

Rogelio Sinán
Plenilunio



Joaquín Beleño C.
Luna verde



Biblioteca de la Nacionalidad
AUTORIDAD DEL CANAL DE PANAMÁ





Plenilunio



Luna verde

Bajo criterio editorial
se respeta la ortografía de los textos
que presentan arcaísmos
propios de su Edición Príncipe.

Por la naturaleza de este proyecto editorial,
algunos textos se presentan
sin ilustraciones y fotografías
que estaban presentes en el original.
•••••

Rogelio Sinán

Plenilunio



Joaquín Beleño

Luna verde

Diario dialogado

Biblioteca de la Nacionalidad

AUTORIDAD
DEL CANAL DE PANAMÁ
PANAMÁ 1999



Editor

Autoridad del Canal de Panamá

Coordinación técnica de la edición

Lorena Roquebert V.

Asesoría editorial

*Natalia Ruiz Pino
Juan Torres Mantilla*

Diseño gráfico y diagramación

Pablo Menacho

Impresión y encuadernación

Cargraphics s. A.

863

S615

Sinán, Rogelio

Plenilunio, Rogelio Sinán.—Panamá: Autoridad del Canal, 1999.
134 p. ; 24 cm.—(Colección Biblioteca de la Nacionalidad)
Contenido: **Luna verde**: diario dialogado, Joaquín Beleño Cedeño,
278 p.

ISBN 9962-607-22-1

1. LITERATURA PANAMEÑA—NOVELA

2. NOVELA PANAMEÑA

I. Título.

La presente edición se publica con autorización de los propietarios
de los derechos de autor.

Copyright © 1999 Autoridad del Canal de Panamá.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio,
sin permiso escrito del editor.

Printed in Colombia - Impreso en Colombia

La fotografía impresa en las guardas de este volumen muestra una vista
de la cámara Este de las esclusas de Gatún, durante su construcción en enero de 1912.



**BIBLIOTECA
DE LA NACIONALIDAD**
Edición conmemorativa
de la transferencia del Canal a Panamá
1999

BIBLIOTECA DE LA NACIONALIDAD

A esta pequeña parte de la población del planeta a la que nos ha tocado habitar, por más de veinte generaciones, este estrecho geográfico del continente americano llamado Panamá, nos ha correspondido, igualmente, por designio de la historia, cumplir un verdadero ciclo heroico que culmina el 31 de diciembre de 1999 con la reversión del canal de Panamá al pleno ejercicio de la voluntad soberana de la nación panameña.

Un ciclo incorporado firmemente al tejido de nuestra ya consolidada cultura nacional y a la multiplicidad de matices que conforman el alma y la conciencia de patria que nos inspiran como pueblo. Un arco en el tiempo, pleno de valerosos ejemplos de trabajo, lucha y sacrificio, que tiene sus inicios en el transcurso del período constitutivo de nuestro perfil colectivo, hasta culminar, 500 años después, con el logro no sólo de la autonomía que caracteriza a las naciones libres y soberanas, sino de una clara conciencia, como panameños, de que somos y seremos por siempre, dueños de nuestro propio destino.

La *Biblioteca de la Nacionalidad* constituye, más que un esfuerzo editorial, un acto de reconocimiento nacional y de merecida distinción a todos aquellos que le han dado renombre a Panamá a través de su producción intelectual, de su aporte cultural o de su ejercicio académico, destacándose en cada volumen, además, una muestra de nuestra rica, valiosa y extensa galería de artes plásticas.

Quisiéramos que esta obra cultural cimentara un gesto permanente de reconocimiento a todos los valores panameños, en todos los ámbitos del quehacer nacional, para que los jóvenes que hoy se forman arraiguen aún más el sentido de orgullo por lo nuestro.

Sobre todo este año, el más significativo de nuestra historia, debemos dedicarnos a honrar y enaltecer a los panameños que ayudaron, con su vida y con su ejemplo, a formar nuestra nacionalidad. Ese ha sido, fundamentalmente, el espíritu y el sentido con el que se edita la presente colección.

Ernesto Pérez Balladares
Presidente de la
República de Panamá



Rogelio Sinán

Plenilunio





Aquél que tú crees sano, no lo es tanto
como para que lo envidies.
Lleva oculta la epilepsia
en lo más recóndito de sus entrañas;
lleva el demonio en la sangre.

BOVIO, EL GENIO



Lectora, hoy echaremos a un lado eso que llaman el sentido común y trataremos de hilar con los conceptos una trama sutil que nos permita cubrir la calidad y aun nos ahorre su presencia habitual. Ensayaremos una especie de alquimia utilizando los mil y un recursos de nuestra fantasía, gran experiencia para la cual contamos con un insuperable laboratorio: el cerebro. Verá en él galerías y retorcidos pasillos por los que con frecuencia se extravían los más listos. ¡Cuánta gente hay perdida entre la malla de sus razonamientos! Imagínese en el trance difícil de quien gira en su mente, loco, a tientas, sin hallar la salida. Por eso es peligroso todo juego mental. ¡Oh, tranquilícese! No es cosa de alarmarse. ¿Por qué no hacer la prueba?... Hasta es posible que dé usted con la piedra filosofal del arte... Pues ¡bien! Haga un esfuerzo imaginativo: eche un vistazo hacia su mundo interior... Busque en la duda las formas de la idea. Distinga imágenes, sonidos, sensaciones... ¿Ve usted qué turbamulta de cachivaches raros? Nuestra mente parece un bric-a-brac... Observe aquellos enormes anaqueles donde se multiplican mil vasijas distintas: alambiques, crisoles, probetas... ¡Todo un laboratorio!... Note, allá, esos fantasmas cual jirones de niebla. Son conceptos en flor, larvas anónimas del pensamiento. En fin, que bien merece la pena penetrar en la mente; pero antes de avanzar, debo iniciarla en cierta magia secreta de la ficción... Alcánceme una retorta... Cualquiera... Esa del pico hacia abajo. Qué avechucho, ¿verdad?... Combinaremos diversos elementos: Varias ondas sonoras, un polvillo de luna y unas gotas de extractos glandulares... Ahora, un poco de fuego para fundir la mezcla.. ¡Mire usted, va elevándose como un túmulo

de humo! Es la neblina de las grandes pasiones, ¿No oye esa música, esos ayes, esos tambores lúgubres? Expresan la tragedia interior de un mundo en llamas huyendo de sí mismo... ¡La experiencia resultará sublime!

Entre paréntesis, ¿puedo encender mi pipa? No vaya a responderme que la molesta el humo. Yo también soy alérgico a eso y a muchas cosas. No fumo casi nunca, pero hoy es necesario. Si me niega tal goce me corta usted las alas de la imaginación. Lo primero, ya sabe, es crear la atmósfera idónea. Y, desde luego, nada hay mejor que el humo para asuntos de magia Déjeme usted pensar que soy autor de novelas. Ya es cosa bien sabida que en las películas inglesas no hay escritor sin pipa. No piense que en efecto voy a fumar. Y mucho menos en pipa. Se nota demasiado la nicotina. Deseo experimentar únicamente la sensación de estar mirándome en un espejo y ver mi imagen convertida en el óleo que un buen novecentista titularía: RETRATO DE ESCRITOR FUMANDO EN PIPA... Guarde, pues, sus melindres a sabiendas de que es tan ilusoria mi pipa como el humo que se desprende de ella.

La verdad es que hoy vamos a jugar como al pañuelo escondido. Usted lo esconde, yo busco; yo lo escondo, usted busca... Y, así —a veces frío, a veces caliente—, resolveremos el juego. Sería mejor llamarlo prestidigitación debido a cierta especie de truco que consiste en esconder y descubrir ilusiones. ¿Y no es función del arte presentar apariencias, meras sombras, como si fueran reales? Lo malo es que podemos enmarañar las cosas en forma que ni el hilo de Ariadna nos ayude a salir del laberinto. Extraviados en sus oscuros sótanos vagaremos a tientas tropezando con entes de ficción cuyo lenguaje nos será incomprensible. Escucharemos por doquier maldiciones, lamentos, alaridos... Y, ya desesperados, tal vez terminaremos preguntándonos cuál sea la realidad. Nuestra pregunta nunca hallaría respuesta.

Procure, pues, seguirme a través del laberinto mental, pero no olvide que somos una parte de la ficción. ¡Acérquese! Verá

que el Minotauro es menos fiero de lo que cuentan. Sin embargo, no vaya a imaginar que éste es el mismo laberinto de Creta. Se trata de algo abstracto. Total un enredijo de pasiones complejas donde seres humanos se debaten y tratan de zafarse, como Laocoonte, del monstruo que los liga: La fantasía.

Prosigamos.

Ha avanzado la noche. Espacio y tiempo nos son ahora propicios. Va apagándose el rumor hogareño y las últimas palabras quedan truncas al cerrarse las puertas. Al fin sola, usted dispone acostarse. Y, como estamos en época de guerra, cierra bien las cortinas. Pueden venir las bombas... ¡pum! ¡dum...! ¡Adiós, lectora!... No, lo que la preocupa es que el vecino curioso la atisbe en un momento tan íntimo... Para estar más segura, ha suprimido las luces fuertes. Borrados los contrastes, su silueta se ha hecho menos visible. También los medios tonos dan a la habitación mejor aspecto de alcoba. Sobre el mar de penumbra en que naufragan las cosas familiares, flota apenas el lecho, iluminado por esa luz difusa que invita a la lectura o al duermevela.

Quitándose las medias a la orilla del sueño, usted, lectora, produce la impresión de quien se alista a sumergirse en las ondas de ese espejo —¿río? ¿lago?— cuyas aguas reproducen su imagen. ¡Qué formas caprichosas adquieren los objetos en el cristal! Luces y sombras, jugando al arabesco, cambian la realidad. Se escucha el suave rumor de la corriente y el río sigue su curso entre ramajes que bambolea la brisa. Se siente —se respira— como un vaho vegetal, y, a lo lejos, se lamentan las tórtolas.

En pleno dominio de sí misma, usted termina de quitarse las medias, las tira sobre el césped, se levanta, respira, abre los brazos, bosteza, deja libre el cabello, lo sacude, y, caprichosa, resuelve contemplarse —imagen pura, desnuda— sobre el agua. Mientras va hacia la orilla se desviste como quien se deshoja. Poco a poco se desprenden las ropas. Es el otoño que se anticipa al sueño invernal. Pegada al tronco sólo queda una hojita... (¿Será

un recuerdo bíblico?) Y el tallo de su cuerpo campea esbelto, triunfal sobre las hojas...

Pero, ¿qué le sucede? ¿Se cubre? No me venga con melindres de estatua. Sepa usted que hasta la Venus de Milo prefirió estar sin brazos por no cubrirse. Pero, dígame: ¿su actitud de pudor se debe sólo al acto mío de mirarla, o acaso a la conciencia que usted tuvo de ese hecho? ¿Me explico? Le confieso que al verla a usted desnuda lo único que percibo es el concepto que usted personifica. Además, no se olvide que somos elementos de la ficción. De manera que si ambos existimos es en un mundo irreal, imaginario, ficticio, como entes ilusorios, fuera del bien y el mal... Sin embargo —¿por qué debo negarlo?— la verdad; dejando aparte sofismas, es que en este momento, usted, lectora, es todo un caso de nudismo integral.

Pero, en vez de mirarme, contéplese al espejo. ¿Qué tal? Bonito cuerpo, ¿verdad? Le agrada verse más allá del azogue. ¿Quién es aquella? ¿Usted? Casi lo dudo. Pero, al fin y al cabo, ¿cuál es más real, aquella o usted? No deje de advertir que ambas difieren en múltiples detalles. La que se ve a través del espejo está desnuda y a la orilla de un río, a diferencia de usted que está a la orilla del sueño. ¡Contemple bien su imagen ahora! Vibra inquieta al reflejarse en el agua... Sopla fuerte la brisa; riza el cristal; la imagen riela, se desgaja en jirones. ¡Qué corriente importuna! ¿Va a llover? (¡¡¡chiss!!!) ¡Qué hielo! ¡La humedad de la brisa! ¡Caramba! Un estornudo puede ser el origen del mal de Margarita Gautier. ¡Fíjese, hasta las aguas del espejo tiritan! ¡Cúbrase usted! ¡Muy bien! Ese piyama... ¿de seda?... lo supuse, produce una agradable sensación en el cuerpo. ¿Le hace falta un botón?... ¡Bueno, a la cama! Permítame abrirla. ¿Se le enfriaron los pies? Bajo la colcha se le calentarán. ¡Duerma tranquila cual la bella durmiente!

¿Qué? ¿Sufre usted de insomnio? En ese caso, nada hay mejor que un libro. Se nota mucho menos el brusco chapuzón de quien se arroja de la vigilia al sueño sin las debidas precau-

nes. Si desea un libro raro, distráigase con éste de Pirandello. Con esos personajes tendrá usted suficiente para su mundo abstracto. Posiblemente soñará cosas vagas: Filosofías corpóreas... Conceptos que respiran como seres humanos... Fantasmas en embrión... Razonamientos que huyen...

¿Se asusta usted? Entonces, no quiere a Pirandello. ¿Qué desea? Un libro mío... ¿Cuál de ellos? ¡Tengo tantos en la imaginación! Si le parece, puede irse distrayendo con lo que escribo en este mismo momento. Tendrá la sensación que siente el sabio que ve crecer la rosa, por las noches, en su laboratorio. Este ejercicio sienta bien a las mentes —como la mía o la suya— sobreexcitadas. No es la simple lectura de ideas, frases, imágenes. Más bien es un intento de forjar apariencias, darles forma, matiz y movimiento como si fueran reales; pero mucho más reales más perfectas, eternas.

Sin embargo, para que usted las sienta vivir es necesario que ponga en juego su facultad creadora, porque con la lectura sucede como con la televisión: La estación transmisora emite imágenes, sonidos, peripecias; pero se necesita que alguien mueva la llave del receptor para que esos factores adquieran forma concreta en la pantalla.

No se ponga nerviosa, lectora. ¡Bien! Ahora, conecte el mecanismo de su imaginación. (¡Tic!)

Prosigamos...

Su alcoba se ha diluido. Ya estamos en mi estudio. Hace calor, pero el ambiente que nos rodea es propicio. Papeles, libros, cuadros por todas partes. La atmósfera no puede ser más grata.

¿Por qué vino a mi estudio? Sería bueno preparar la coartada. Puede llegar su esposo (suponiendo que esté casada) o algún hermano de esos de armas tomar. Desde luego, esta noche, la esperarán los suyos inútilmente, pues seguirá conmigo hasta la aurora... Si llaman a la puerta, usted se esconde detrás de esa cortina. Hay una puerta que da al otro aposento. Tiene allí hasta

una radio que puede utilizar si el visitante no es un pariente próximo.

¿Le agrada madrugar? No se preocupe. Saldrá usted de su sueño entre aleluyas y repiques de Júbilo, pues debe usted saber que al lado nuestro hay una iglesia antillana cuyos fieles son amigos del canto. Ya escuchará “El Mesías” ejecutado por un coro soberbio. Mañana es día de gloria; hoy, Viernes Santo. ¿No lo sabía? Esta noche no es la más a propósito para juegos de magia... Suelen verse fantasmas...

Pero, ¿a qué amedrentarla? Al fin y al cabo, ya estamos en piyama. Usted prepara un coctel, mientras yo, en un diván (tengo en las manos un libro y en los labios mi pipa) me dispongo a leer. Ciertas lecturas se aprecian más fumando. Y a veces me concentro de tal manera que hasta podría decirse que estoy fumando un libro y leyendo una pipa.

¿Por qué alza la cortina? ¿Está curiosa por mirar la otra alcoba? Ya me lo suponía. ¿Dudaba acaso de que en verdad hubiese una radio? ¡Entre y convéznase! ¿La ha visto?... ¡Bien!... ¡Conéctela!... ¡Ya está!... Pero no empiece a decapitar aullidos. Busque algo interesante. ¿Qué está sincronizando? Es un nocturno que yo conozco... ¿Chopin?... No estoy seguro... Parece y no parece... Tiene acordes tan raros... Evoca el mar, los pinos... Semeja una tormenta... ¡Juraría que es Chopin!... ¿Esas campanas?... ¡Esos truenos!... ¿Son golpes?

(Alguien llama a la puerta).

—¡Cierre lectora! ¡Pronto!

Yo corro la cortina. Me arreglo un poco. Y abro... (¡Malhaya la visita!)

—¡Pasen ustedes! ¡Pasen!

—(¡Vaya tipos más raros!) Una joven. Un anciano. Un obrero. (¿Dónde estará mi bata?).

—Hagan ustedes el favor de sentarse.

—(¿Qué buscará esta gente?) La muchacha obedece. (Menos mal). Luego, el viejo. (¿Y el otro?) Permanece de pie.

La joven (no la conozco) es rubia. Tendrá veinticinco años. Alta. Esbelta. Delgada. Viste toda de negro: mangas largas, blusa amplia, falda corta (quizá un duelo reciente). El viejo —calvo, pequeñito, azorado— también viste de negro, pero sin elegancia. Deja casi notar cierto descuido en sus ropas. Las miradas, los gestos y todo en él dan muestras de gran perplejidad.

El otro es un jayán desgarbado de aspecto tenebroso. Moreno, casi prieto, trae abierta la camisa que deja al descubierto la pelambre del pecho. Su semblante, amargado, presagia la tormenta pronta a estallar.

La muchacha se estremece de pronto presa de los sollozos.

No sé qué debo hacer. Tanto el anciano como el Jayán detienen mi intención de ayudarla. Me parece tan raro todo esto. (Al fin y al cabo debo saber qué quieren.) Y, acercándome al viejo, le pregunto:

—¿Con quién tengo el honor?

El anciano se hace un fajo de nervios y mira muy cohibido a la joven como esperando una orden para hablar; pero al verla con el rostro inclinado, se desazona y encuentra mil pretextos antes de responderme: saca un pañuelo enorme lo desdobra; se lo lleva a la boca; tose; tartamudea; me mira...

—Usted dispense —me dice—. Le confieso que yo no habría venido...

—¡Ni yo! —grita el jayán—. ¡Ha sido ella la que nos ha obligado a venir!

La radio emite las notas de un violín. Apenas oye la melodía, la joven alza el rostro como con cierta angustia. No puede contenerse. Exclama:

—¡Kreisler!

Y queda como en éxtasis.

El viejo inicia un tímido gesto de sobresalto, pero al verla tranquila se serena, y musita como hablando consigo:

—De haber finalizado su carrera en Amberes, sería gran violinista...

Vuelve hacia mí los ojos, y agrega:

—Pero no fue posible, ¿comprende? Los malos tiempos vinieron... La desgracia cayó sobre nosotros... Mi fortuna se diluyó en las manos de Crispín... Y, para colmo de males, ocurrió el accidente... No quiero recordarlo... Fue terrible... ¡Terrible!

—¡No le haga caso! —vocifera el jayán—. ¡Mejor, amárrelo; porque ese viejo loco no sabe ni lo que habla! ¡Miente siempre!

—¡Cállate tú, insensato! —grita el viejo—. Y se le queda mirando.

Jadea un rato, y añade:

—Usted bien sabe que yo no miento, señor.

—¿Yo?... —le respondo—. Si ustedes no se explican... ¿De-sean hablar conmigo? Es muy posible que estén equivocados... ¡Veamos! Si se trata de algún caso jurídico yo los puedo ayudar. Aunque presiento que lo que ustedes buscan es un médico...

(Se oye una voz que dice: ÚLTIMA PARTE DE LA DANZA MACABRA.)

—¿Me permiten? —agrego—. Voy a apagar la radio.

—Déjela usted —dice ella—. No me disgusta

—Al menos, la haré bajar un poco.

Y, elevando la voz, digo:

—¡Lectora, disminuya el volumen!

(De la radio surgen varios silbidos, y al fin se deja oír una cadencia apacible.)

—¡Yo me voy! —grita el tipo—. ¡Ya estoy harto de espectros!

—¿Dónde están?—digo yo.

—¡Vete si quieres! —le grita ella furiosa—.

¡Sería mejor!... ¿Qué espectros?... Si hay alguno, eres tú, que eres mi sombra... ¿Por qué has seguido siempre mi huella como un perro?... ¡Ya lo sé!... Eres esclavo de un deseo insatisfecho...

Yo también... ¿No te enteras de que estamos ligados?...

—¡Sí! ¡Sí! Pero, ¿hasta cuándo? —gruñe él—.

—Eternamente... Porque somos conceptos sin espacio ni tiempo, gracias a este señor.

(¡Qué laberinto!)

—Dice usted que...

(Palabra de honor, siento una especie de escalofrío.)

Comprende. Ríe con cierto sarcasmo. Y, en tono de reproche, continúa:

—¿No recuerda?... ¡Ya debía imaginármelo!... ¡Que va usted a fijarse en nuestra vaga existencia!... Fue fácil darnos vida y empujarnos al mundo como cualquier piltrafa.

Su voz suena colérica, enronquecida, vibrante.

El viejo tose, nervioso.

—Señorita... —le arguyo—. Me parece que está usted acusándome injustamente... Debe haber un error... ¡Sí!... Le confieso que yo...

—¿Será posible?

—¡No insistas! —interrumpe el obrero—. ¿Cómo quieres que el señor nos recuerde, si volvemos a él bajo un aspecto distinto? ¿No comprendes que somos diferentes de como él nos miraba? A ti él te ha visto únicamente desnuda bajo la luz lunar... Ahora, enlutada desde el cuello a las piernas, ¿puede él reconocerte?... Ya tú no eres la misma... El luto te ha transformado en otra...

(Se produce en la radio una interferencia)

El viejo tose de nuevo.

Ella echa atrás la cabeza sobre el respaldo del diván, cierra los ojos; y se pasa las manos sobre la frente para aclarar recuerdos.

La luz va matizándose hacia el claro de luna.

(VAN A ESCUCHAR USTEDES EL SEGUNDO CONCIERTO DE LA SINFÓNICA...)

La sinfonía se inicia a todo volumen, y, de pronto, produce la impresión de que se aleja hacia el infinito... Sigue oyéndose apenas, muy lejana...

Un rayo verde cae sobre la muchacha, que, al verse iluminada por la luz del anuncio, se yergue y queda rígida con la expresión abstracta de una máscara.

Me mira. Se sonríe.

—¿No recuerda?...

Hace una pausa y prosigue:

—No sé en qué fecha fue, pero ha pasado algún tiempo... Me parece que aún contemplo el paisaje bajo el efecto de aquella luna inmensa... Sucedió en Bella Vista... Había sonado la media noche... ¿Qué hacía usted por ahí, solo, a esas horas?... ¡Quién sabe!. Se detuvo junto a un jardín... Y se quedó extasiado frente a la placidez de un estanque en cuyas aguas rielaba lindamente la luna... La brisa, entrelazada a las veraneras, tejía sombras grotescas sobre los muros... La fragancia de Jazmines y mirtos completaba la embriaguez de la noche... Y, usted, maravillado, dejó a su mente hacer el juego de la creación y transformó el panorama: Del jardín hizo un parque; de los mirtos, cipreses; y del estanque, una piscina romántica... Sólo faltó un detalle: el ruiseñor. ¿Por qué motivo si tenía ya cipreses, luna y agua, no hizo cantar al ruiseñor?

—Los ruiseñores no llegan hasta el Istmo —arguyo.

—¿Acaso puede la realidad negar el juego de la imaginación?

—Verá usted... los escrúpulos de la fantasía... Pero no discutamos...

—Continúo: No hubo diques que frenaran su mente...

—¡Claro está! Entusiasmado...

—No se detuvo allí...

—Seguí forjando mi sueño...

—Hasta el momento de crear la forma humana...

—¡Galatea rediviva...! ¿Usted?

—¿Recuerda?... ¡Surgí, grácil, etérea, contenta de vivir!... Nací romántica y me sentí poema, retoño de la vida: Forma abstracta, desnuda, imagen pura de la creación... Calladamente me seguía usted plasmando... Sus miradas se adherían a mi cuerpo,

modelaban aún mi arcilla dócil; hasta que satisfecho, quedó un rato embebido contemplándome con ese arrobamiento que envuelve al escultor frente a la obra que ha hecho surgir del mármol... ¿Se repetía la historia de Pigmalión? ¡Quién sabe!... Por lo menos así me parecía, con la ventaja de que yo era una especie de Galatea consciente... Por eso, al animarme, lo hice dentro de ciertas normas establecidas, y procuré amoldar todos mis gestos a actitudes de estatua... Sentí lo placentero que es respirar, vivir... ¡Qué deliciosa me pareció la brisa!... Y hasta la húmeda suavidad del césped me produjo en las plantas un cosquilleo inefable... Lentamente me aproximé a la orilla del agua, alcé los brazos y me lancé en parábola... Al hundirme, quebré el espejo móvil... Y resurgí inundada de luna y de luceros... Luego, noche tras noche, prosiguió usted la gesta creadora... Poco a poco me dio cuerpo y leyenda persistentes: Yo soy Elena Cunha, ¿recuerda?, única nieta de Don Céfaro Cunha, portugués de los pocos que lograron labrarse una fortuna en el Istmo... Pero, ¡de qué manera!... Verá, se dedicaba a un oficio muy poco limpio... ¡Asómbrese!... ¡Trata de blancas!...

El anciano da un salto. Grita:

—¡Cállate!

—¿Por qué ocultarlo, abuelo? Tu riqueza tenía olor de burdeles. No por nada se diluyó cual humo... Por tal razón tus clientes jamás me pretendieron debidamente... ¡Claro!... Como llevaba sangre tuya en las venas, querrían que fuese exacta a mi madre: ¡ramera alegre!

—¡Te he dicho que te calles!

El obrero intercede.

—Compréndala, Don Céfaro. Lo que ella necesita es hablar, desahogarse.

El viejo insiste:

—¡Sí! ¡Sí! Pero yo quiero que este señor conozca las razones que dignifican mi actitud.

Y dirigiéndose a mí:

—Ya usted bien sabe que ella no puede coordinar... Sus facultades flaquean bajo el influjo del plenilunio... ¡obsérvela!... ¡Ya está mirando al cielo!

Elena Cunha se ha aproximado al porche; y, como está iluminada por los efectos malvas de un anuncio, parece transparente, cadavérica, irreal.

El viejo inquiere:

—¿Qué claridad es ésa? ¿La Luna?

—¡No, no! —dice el jayán, aproximándose a Elena.

—¿Ya vas a molestarla? —gruñe el viejo—.

Pero él no le hace caso.

—Mejor déjelos —digo—. Querrán estar a solas.

La luz cambia de sitio e ilumina al anciano.

Yo insisto:

—Pero, dígame: ¿lo que ella ha dicho es cierto? ¿No será que es lunática?.

—Para que usted comprenda —me dice— tendría que referirle antecedentes muy dolorosos... cosas ya superadas... circunstancias que corroen la memoria en su tormento por pasar del yo íntimo a la conciencia.

—Por favor, no divague. Explíqueme: eso de la trata de blancas, ¿es cierto?

—Sí, señor. Pero entienda que la verdad del hecho no implica corrupción de mi parte.

—No comprendo...

—¡Ni falta que hace!

—¿Cómo?

—Perdone usted. Mi angustia me hace lanzar a veces expresiones mordaces.

—Con lo cual se diría...

—¿Que estoy loco?

—No digo tanto, pero... su nieta...

—Elena, sí... Es posible... Sin embargo, ¿quién puede asegurarlo?

—Acabe usted.

—Bueno... Escuche: desde niño yo he sido víctima de un sino cruel. Mi familia fue perseguida por una dictadura sangrienta. Yo estudiaba en un seminario. Fui testigo de ruindades sin fin... Hasta los curas disparaban contra la pobre gente amotinada. ¡Era horrible! Me escapé y no se cómo llegué a París. Había perdido la fe en mí mismo... Bebía. Me intoxicaba... Sin embargo, en mis momentos lúcidos, volvía siempre a mis libros. Iba a las bibliotecas. Me hartaba de aforismos y de razonamientos... En una de esas tardes conocí a una muchacha, lectora asidua y muy extraña en sus gustos según me dijo... Conversamos. Salimos al jardín. Cayó la noche. Y (usted sabe cómo son estas cosas en Europa) de los libros pasamos a los besos y a las caricias... Al poco tiempo, sin conocernos lo suficiente, nos casamos. ¡Qué locura! Después vine a enterarme de que era histérica. Las crecientes lunares la trastornaban y la hacían divagar de tal manera que perdía la noción de la realidad. Por las noches intentaba matarme con un puñal. Se acercaba como sonámbula a mi lecho... Recuerdo que ella usaba un camisón blanco, largo, que le llegaba a los pies y que la hacía parecerse a un fantasma... Yo auscultaba la noche, velando, alerta, insomne... Cuando se me acercaba, le quitaba el puñal, y, en mis brazos, la llevaba a su cama, donde la hacía dormir acariciándola como a una niña... Pensé que ese trastorno podía oponerse a sus funciones genésicas, pero me sorprendí al saber lo contrario. Mi esposa quedó encinta, y el período de gestación fue para ella definitivamente saludable... Pero el parto, sabe usted, fue terrible. No pudo resistirlo...

Hace una pausa. La emoción lo doblega.

—¡Cálmese usted!... ¿Murió?

—No la pudieron salvar... Nació una niña, ¿comprende? Quedé solo con una hija en los brazos. ¿Qué hacer? Era preciso salvar a toda costa aquel vestigio de mis amores. Y, ya lanzado tras esa nueva fe, no hubo a mi paso escrúpulos, que pudieran

frenar mis ansias de oro... Me mezclé con la gente más obscena: rufianes, chulos, pícaros, vendedores de drogas... Y me volví elegante, presumido, atildado... Vivía muy bien... A mi hija quise educarla con esmero y la interné en uno de esos colegios aristocráticos regentados por monjas. Allí creció alejada de mí... Años más tarde, en una ronda nocturna, resultó un hombre muerto... Me culparon a mí... Tuve que huir... Me vine al Istmo. Y el oro del Canal favoreció mi negocio. Especulé trayendo mujeres y trafiqué a mis anchas pero fui depravándome cada vez más. Me ilusionaba pensando que en el Istmo nadie me conocía y que, una vez rico, podría volver a Europa, asegurándome una vida pacífica con mi hija. Hermoso sueño que vi desvanecerse cuando estalló la guerra del catorce. Ella, la pobre, logró salir a tiempo de Bélgica; pero, al llegar al Istmo, me fue hostil. Todo lo que hice para ganarme su cariño fue inútil. Me repudiaba públicamente. Y, creyéndose ella misma contaminada, se dio a la vida fácil y no me fue posible salvarla. Sin embargo, como todos sabían que a pesar de eso, yo la haría mi heredera, no le faltaron buenas propuestas de matrimonio: Familias arruinadas, sin escrúpulos, que ansiaban restaurarse. Pero mi hija, que por naturaleza era excéntrica, prefirió enamorarse de un borrachito de sociedad sencillamente porque este había vivido en París y hablaba bien el francés. Y, para hacer más romántica la aventura, resolvieron casarse sin previo aviso. Por supuesto, la familia del “niño” puso el grito en el cielo: Aquella unión les resultaba afrentosa... Logré aplacar sus furias a peso de oro. Me sangraron hasta decir no más... A los dos años les nació a los esposos una niñita defectuosa. Murió al nacer. Y aun la madre estuvo en trance de muerte. Desde entonces se mostró retraída. No volvió a ser la misma. Parecía otra. Lloraba sin motivo aparente. Durante ese misticismo romántico llegó su nueva gravidez. Tuve el cuidado de ponerle a su lado un médico hábil y una enfermera seria... Nació otra niña, Elena, que, como usted ha visto, es perfecta. Sólo que ella ha heredado las excentricidades y extra-

vagancias de la abuela. Tiene alucinaciones terribles. La atracción de la luna la hace vagar sonámbula por el jardín... Pero eso viene después... Es necesario que yo le cuente ciertos detalles para que usted comprenda...

Hace una pausa y tose convulsamente.

—¿Quiere agua?

—No me hace falta. Son efectos del humo. Fumo siempre.

—¿Me quiere usted decir por qué su nieta no lleva el apellido del padre? Se llama Elena Cunha... ¿No es así?

—Cosas de ella. No quiso nunca al padre. Desde niña prefería estar conmigo. ¡Claro está! La mimaba. Puse en ella el cariño que no me fue posible brindarle a mi hija... Chocheces, dirá usted. No lo niego. Vivía pendiente de ella; porque, no se por qué, me recordaba a mi esposa... Sin embargo, como yo continuaba el trato ilícito con rameras y con los traficantes de drogas, los padres de la niña resolvieron alejarla de mí. Por lo menos, quisieron intentarlo, pero sin resultados satisfactorios. La pequeña no hacía más que llamarme. Fue entonces cuando mi hija resolvió irse de gira por Europa. Alegaba que no podía sufrir su nostalgia de aquellos sitios. Algo de eso era cierto: pero la verdadera razón era alejar a mi nieta de lo que ellos llamaban el escándalo de mi vida. Se apartaban de mí como quien huye de un contagio fatal. Sí, no deseaban contaminarse con mi miasma. Sin embargo, no les ardía en las manos mi dinero que les hacía posibles la decencia y el lujo... Cuando los vi alejarse en el vapor, me alegré, pues me quitaban como un peso de encima, pero con ellos se iba también la niña... Usted comprende, sin la nieta a mi lado ya no supe lo que era vida. Me sentí solitario, abandonado, sin voluntad de acción. Desatendí mis negocios y me dejé robar de aquellos mismos que antes me respetaban. Se apoderó de mí como una especie de abulia. Volví a beber. Me inyectaba. Y fui cayendo, cayendo... Un día borracho, me encontré a un hombrecito de aspecto tímido que decía conocerme. Se llamaba Crispín. Yo hice un esfuerzo mental para encontrarlo

en mis recuerdos, pero me fue imposible hacer memoria de tal sujeto. Siguió pegado a mí toda la noche. Al fin y al cabo, no me desagradaba. Me divertían sus gestos, su figura, su fingida moralidad. Era un perfecto casuista. Alegaba mil casos de moral ¡El muy canalla quería regenerarme! Ya verá de qué modo lo consiguió... Al día siguiente me lo encontré en mi casa, al pie del lecho, con el café ya listo... Desde entonces se convirtió en mi sombra. Se fue a vivir conmigo. Me cuidaba. Y atendía a mis asuntos con marcada solicitud... Ríase usted, mis negocios se fueron mejorando y, hasta yo mismo me sentí otro, más sano, más cambiado. Por supuesto, ya usted comprenderá que el tal Crispín me pareció como un enviado del cielo. Le di plena confianza. Cerré los ojos. Y me dejé robar como un imbécil... La verdad de todo ello se me hizo clara una tarde, con relación a cierta suma que le pedí. Me había llegado una carta de Amberes en que se me anunciaba la gravedad de mi nieta. Por supuesto, me puse muy nervioso. Precisaba mandar cierto dinero para que la operara un especialista de no sé dónde. Después supe que era mentira todo aquello. Mi yerno, que era un gran jugador, había perdido esa suma y hacía falta pagarla. Eso era todo, pero yo, créame usted, aunque lo hubiera sabido, me habría cortado un brazo con tal de contentarlos. Llamé, pues, a Crispín. Le dije que alistara esa suma para mandarla a su destino. Pues, bien, lo hubiera visto. Montó en cólera y me dijo:

—Tu familia te va a arruinar. ¿No te das cuenta? ¡Te sangran! ¡Te degüellan! ¡Es lamentable! Tu ceguera mental no te permite ver claramente el latrocinio de que eres víctima de parte de ellos. Y, además, ¿de dónde quieres que saque ese dinero? ¡Ya no te queda nada, nada, nada! ¡Te han arruinado esos canallas!

Y, al decir esto, Crispín representaba tan hábilmente su cólera, que yo quedé perplejo. Ingenuamente me seguía imaginando que toda aquella crisis se debía al gran sentido de responsabilidad de que hacía alarde, a su moral, a sus cánones, a su amistad. Sin embargo, su tono brusco me pareció excesivo. Por

más sinceridad que él demostrara no debía inmiscuirse en mis asuntos privados ¿Cómo iba a permitírsele? Fue la primera vez que reprobé su conducta y sus excesos de economía.

—No te permito —le dije— que te erijas en juez acerca de la línea de conducta que han de seguir mis familiares. Son asuntos que sólo yo decido. Conque, vete a los Bancos y prepara los giros para el envío inmediato de ese dinero.

Acorralado por mi requerimiento, me pidió mil excusas, se hizo el muy afligido, y, ya sumiso, resolvió obedecerme. Sin embargo, comencé a sospechar que algo muy sucio debía haber en el fondo de todo aquello. Y haciendo alardes de cortesía con él, logre enterarme de lo que recelaba... Crispín había invertido —según dijo— todo mi capital en transacciones que la crisis bancaria hizo imposibles. Y lo más sorprendente del asunto es que yo mismo había firmado las hipotecas de un gran número de mis propiedades y el traspaso inmediato de otras a nombre de un fulano que ni yo conocía... ¡Era asombroso! Me había entregado, pues, en cuerpo y alma, con los ojos vendados. Y me hallaba de pronto frente a un hecho categóricamente irrefutable: ¡mi miseria integral!

La tos nerviosa no lo deja seguir.

—¡Cálmese usted! —le digo—. Trate de descansar.

Hace un esfuerzo. Respira. Vuelve a toser.

—Perdone —me dice—, es una asfixia que me ataca a menudo... Ya usted sabe... ¡el tabaco...! Los excesos traen estas consecuencias... (vuelve a toser)... Perdone... Ya verá hasta qué punto llegó la infamia de Crispín...

La tos vuelve a aferrarlo y lo estremece como a un pobre muñeco. Abre los ojos desmesuradamente. Respira hondo. Jadea.

Dejo de verlo, porque el rayo de luz ha iluminado las figuras del porche. Elena Cunha se aparta del jayán haciendo un gesto violento que desgrana su cabellera rubia: La roja polvareda la ciega unos instantes y echa atrás la cabeza para hacerla caer como cascada en sus hombros. Su voz resuena lúgubre:

—¿Hasta cuándo vas a seguirme, Amargo?

¿De qué modo te lo debo explicar? ¿No comprendes que siento repugnancia de tu lujuria absurda? Tú no eres más que un fajo de apetitos sexuales... Y no haces otra cosa que arrastrarte pegado a mí, olfateando mi huella inaferrable.

—¡Fuiste mía! ¡Debes serlo!

—Aquello fue una ilusión...

—¡No, Elena!... ¡Acuérdate!... Tú estabas sobre el césped, desnuda, iluminada por un rayo de luna... Te quejabas, te retorciás ansiosa... Me acerqué a ti... Sentiste mi aliento sofocante, despegaste los párpados, me viste... Nuestras bocas se fundieron en una... Nuestros cuerpos...

—¡No eras tú! ¡Era el de Amberes! ¡El otro!

—¡Ese murió!

—¡Mentira!

—¿Cómo he de convencerte de que era yo?

Esa noche fuiste mía. Vuelve a serlo. ¡Ven!

—¡Déjame!

—¡No! ¡Ven! Es necesario que tú le abras un cauce a mi torrente de fuego. Es un océano de lava, encarcelado, que desea abrirse paso...

—¡Que me dejes!

—Has de ser mía de nuevo!... ¡Tienes que serlo!... ¡Sí!

—¡Suéltame, bruto!

La luz vuelve a apagarse.

Notando mi interés, el viejecillo me dice:

—No tenga usted cuidado. Es lo de siempre. Viven así, engañándose...

Y explica:

—Cuando ocurrió la escena del jardín, ese infeliz creyó que Elena Cunha se le daba espontáneamente. ¡Qué ilusión! No había tal...

Lo miro atónito, sin comprender.

Agrega:

—Ella pensaba en el otro...

—Y como advierte que continuo perplejo puntualiza:

—¡El de Amberes!

—Explíqueme...

—Se trata de su primer amor...

Hace una pausa y prosigue:

—Lo fusilaron al estallar la guerra, pero ella cree que él vuelve, de vez en cuando, a sus brazos, como antes de la muerte... Así alimenta aquella vieja pasión, alucinada por el maléfico halo de la luna.... Por eso, aquella noche, estuvo a punto de entregarse al Amargo... Sólo inconscientemente, pues, al llegar el astro a su plenitud, ya ella no es dueña de sus actos... Presa de la influencia lunar, baja al jardín, desgarras sus vestiduras, y se echa sobre el césped... Sufre entonces ese desdoblamiento que le falsea los hechos, y, sintiéndose nuevamente en Amberes se entrega al éxtasis en que convergen todas sus ansias hacia un sólo propósito: el anhelo de estar con el ausente... Cualquiera que la bese en ese momento tendrá para ella las facciones del muerto... Y, convencida de su ilusión, no esquivará caricias, besos y actos, por violentos que sean... Por tal motivo, podrá usted comprender que, mientras no salga el astro, Elena Cunha seguirá despreciando a ese babieca, pues lo verá como es en realidad, materia bruta, sin la máscara etérea con que ha de revestirlo su locura.

—Pero, entonces —le digo— si se trata de un caso de demencia, será ficticio lo del jardín, los árboles, el agua, y la creación de sí misma... ¿No dijo Elena Cunha que ella es un personaje de mi invención?

—Sería difícil explicarle ese asunto... Mire usted, conversamos y no nos entendemos... Pero, al fin y al cabo, no se olvide que una mente desviada...

—¡Ah, ya comprendo! ¡Bien claro está!

—¡No crea!

—¿Cómo?

—¡Un momento!... Para que usted comprenda la verdadera causa y razón del crimen es preciso que me oiga atentamente...

—Pero ¿qué diablos es lo que ustedes quieren? ¿Un abogado?

—¡Escuche!

—¡Diga pues!

—¿Por dónde íbamos...? ¡Ah sí!... Le estaba hablando de Crispín... Ese bandido socavaba las bases de mi fortuna con el mayor descaro, y, ríase usted, todavía yo no lograba entender... estaba ciego... Tenía como una venda sobre los ojos...

—¿Cómo se explica —le digo— que siendo usted un pícaro (¡perdone!) se dejara explotar?

—¡Precisamente porque estaba seguro de lo contrario!... ¿Cómo iba yo a pensar que un enten endeble como Crispín iba a robarme?... Convencido de que tenía en mis manos a los rufianes, me creía poderoso en ese mundo del hampa... Lo lógico — que sólo yo no vi— tenía que ser lo contrario... ¡Claro está!... Pues, a medida que me apartaba de esa canalla para hacerme hombre digno, más iba desprendiéndome de mi aspecto salvaje... La bestia que era yo perdía las garras, la pelambre, el hocico... Me volvía como el lobo de San Francisco, manso y bueno... Poco a poco dejaban de temerme... Sobre todo porque, vuelto a mis libros yo iba hallando mi auténtica personalidad reflexiva; recuperaba mi personalidad... Es muy lógico que ese renacimiento de mi espíritu me hiciera ser más puro y me alejara cada vez más del vicio... Pensaba ingenuamente que podía desprenderme de aquel oprobio con una lavadita de manos... Por eso me hice gente, me rehuí en mi villa, y (¡qué inocencia!) dejé a Crispín al frente de todo... Por supuesto, como él hacía las veces del lobo, representó su parte con tal acierto que le crecieron uñas, piel y hocico: Un lobo hambriento que devoró rebaños y pastores... ¡Con qué rabia me clavó los colmillos ese demonio! Me quería destrozarse. Tenía la saña del descuartizador. ¡Bah!... El muy bandido no contaba con que, al dejar mi aspecto de lobo, yo volvía a ser un hombre. Y, ya usted sabe, en todo

hombre se esconde un cazador... ¡Así fue!... Aquella noche, cogí el arma; salí; quedé al acecho; disparé... Jamás he oído mayor detonación... Aún me parece sentirla en los oídos... Ninguna droga despejará mi mente de ese estruendo...

Don Céfaro respira. Está cansado.

Se hace un corto silencio que interrumpe la voz de Elena:

—¡No puede ser! ¡Te engañas, te ilusionas, Amargo!... Si estuve entre tus brazos fue solamente porque creía que tú eras el otro... De no haber sido así, ¿Cómo supones que te hubiera besado con tanto ardor?... ¿Por qué motivo debía darme esa noche a un desconocido?... ¡Hubiera sido un absurdo!... Sobre todo, siendo tú un criminal... ¿No recuerdas?... Ibas en busca de mi esposo para matarlo... Ese era tu único fin... ¿Vas a negarme que estabas acechándolo y que cambiaste de idea cuando me viste, tendida allí desnuda?... Tu lujuria te hizo olvidar el odio y la venganza...

—¡Sin embargo, me lancé contra él!

—¡En qué momento lo hiciste...! ¿Olvidas eso? ¡Fuiste cruel!... ¡Tú no sabes con qué lujuria sádica esperaba mi cuerpo el estallido del goce... ¡Qué fuego ardía en mis venas!... ¡Agonizaba!... ¡Mi ser languidecía como las plantas en espera del agua!... ¿Te das cuenta?... ¡Me hacía falta la savia que fecundiza!... ¡Me la negaste!... ¡Torpe!... ¡Inútilmente me revolqué acezante sobre el césped!... ¡Sí, claro! ¡Tu venganza debía ser más urgente que mi terrible angustia insatisfecha!

—¿No debía protegerte? Yo pensé que...

—¡Mentira!

—Cuando sentí el acero...

—¡Lo sé! ¡Te defendiste!

—Pero, di, ¿era posible seguir allí, contigo, dado al placer, aún viendo como rajaba las tinieblas la hoja mortal? Tu marido nos hubiera clavado contra la tierra como a bestias en celo.

—¡Imagínate! ¡Qué bello hubiera sido el desenlace con esa muerte plácida!

—¡Cualquiera pensaría que estás loca!

—¡Sí, loca de infinito! En ese instante no te besaba a ti sino al amado de mi ilusión, y, por lo tanto, al morir, habría seguido con él, eternamente, como Pablo y Francisca: ¡Dos sombras que se besan en el espacio! ¡Qué glorioso final de escena para mi acto vital!

—¡Maravilloso! Tratándose del otro, ¿qué me importaba? Muerta tú, muerto él: ¡sombras en viaje! Pero el que iba a fallecer no era el otro, ¡era yo! Era mi carne la que sufría y sangraba al recibir las heridas... Para ti, yo era el muerto; para el arma, El Amargo. Y, desde luego, me hallé frente a un dilema claro y definitivo: o te salvaba del cadáver viviente que era Crispín, o, más allá de la vida, tendría que habérmelas con el espectro. Resultaba más fácil librarme de ambos. Por eso estuve a punto de matar a tu esposo. Quería echárselo al muerto como carnada. Pero alguien se interpuso. ¿Quién disparó?

—¡No sé! ¡Cállate!

El viejo reclama mi atención.

—¿Quiere escucharme?

—¡Siga!

—Me he adelantado a los acontecimientos... Para que usted se entere es necesario que yo le cuente todo, fecha por fecha, en orden, sin omitir detalles... No sé si ya le he dicho que construí una villa... Usted perdone... Mi memoria flaquea... Cuento las cosas sin la cronología necesaria... Me confunde la obsesión de Crispín... Ah, reconozco que era un hombre habilísimo, pues, antes de robarme, mejoró mis negocios... Y, además no lo niego, me atendía como si fuera un hermano... Y eso es lo doloroso, ¿comprende?... Veinte años de compañía agradable, consecutiva... Piense... ¡Una vida entera!... Parecerá increíble, pero así fue... ¡Veinte años!... Ni los sentí pasar... Aun advirtiéndole a usted que yo y Crispín disputábamos con frecuencia... Pero eran rachas, cosas de viejos... Claro, el viejo era yo... Me sulfuraba a menudo... Aun por las noches, Jugando al ajedrez...

—¿No le parece que se aleja del tema?

—¡Sí! ¡Sí! Tiene razón... Quería explicarle la pena que sentí al verme engañado por un hombre que era casi mi hermano... Pero lo de la ruina fue más tarde... Levanté, pues, la villa para mi nieta, con jardín y piscina... Quise crearle un ambiente adecuado a su juventud... Por sus cartas me había enterado ya de su acendrado romanticismo... Me hablaba de ciudades de ensueño: de Amberes, de Bruselas, de Brujas; de viejas catedrales bajo la lluvia; de los otoños grises y de las hojas que el viento hace viajar... Interpretando su sensibilidad yo le hice un marco digno de su belleza y de su espíritu... Me había comunicado que volvería muy pronto con sus padres, y que ella viviría en Villa Elena conmigo... Yo estaba contentísimo... Debía enviarles cuanto antes el dinero del viaje... No era poco lo que pedía la madre... Pero, ¿yo qué iba a hacer?... Necesitaba conseguir esa suma lo antes posible... Vendí (con la feliz intervención de Crispín) unas acciones... Envié el giro bancario... Y esperé con afán... Pasó un mes, dos, tres, cuatro... ¡y muchos más!... ¡No vinieron! Mi nieta me explicó la verdad: ¡Mi yerno se jugó en Monte Carlo todo el dinero!... ¡Ruin!... Me atacó tal acceso de rabia que me sentí de muerte... Estuve enfermo por varios días... Lo más curioso es que Crispín me atendió divinamente... Le confieso que, de no ser por él, no habría podido restablecerme... Y, aún más, tuvo el cuidado de no hacerme reproches de ninguna índole... Su mutismo me hubiera parecido excesivo en otro momento pero entonces lo preferí a su charla... Me dejaba estar solo, lo que era una fortuna, porque así me era fácil reflexionar... Desde luego, me hice el firme propósito de no hacer más remesas inmerecidas... Para mi nieta, sí... La pobre vivía sola en Amberes. Prefirió estarse allí, porque a su padre no lo podía sufrir ni resistía las andanzas de tren en tren. Olvidaba decirle a usted, que, con la carta, Elena me había enviado unas fotos, en las cuales se la veía bellísima... Crispín, al contemplarlas, quedó pasmado... No hacía más que mirarlas... Y todo era exclamar: ¡Qué maravilla! ¡Qué encanto!...

Se le hacía agua el hocico... Yo recuerdo que, al verlo manosear aquellas fotos, le dije: “¡Dame acá, viejo verde!”... Lo dije en son de broma, claro está; pero él se sulfuró; tomó las cosas en serio... Y, yo, que estaba de buen humor, insistí: “Ya tú sabes que no se ha hecho la miel para la boca del asno”. ¿Para qué dije aquello? ¡Hubiera visto que ofendido se puso! Me contestó: “¡Del asno, no, don Céforo; pero del lobo, sí!” Y, remedando una carcajada sarcástica, me dio la espalda y se fue... Dejó pasar varios días sin dejarse ver... Yo, entusiasmado por la falsa llegada de mi familia, había dejado pasar el tiempo sin enfrentarme a mi derrumbe económico. De repente cayó como una bomba la noticia de la declaración de guerra... Se desencadenaba otra hecatombe como la del catorce... La historia se repetía... Los alemanes invadirían a Bélgica... Su poderosa maquinaria de guerra sembraría la barbarie a su paso... Se mencionaban ya las violaciones de niñas inocentes, los desmanes contra pobres ancianos, la matanza de poblaciones enteras, la ignominia, el espanto... Era de nuevo el desencadenamiento de su furia contra la civilización; el odio absurdo negando la cultura, aniquilándola, borrando toda huella de espiritualidad... Ya puede usted imaginarse mi angustia, con Elena en Amberes. De los otros no recibía noticias; pero había que salvarlos... Me quedaba la Villa... No tuve más remedio que hipotecarla en condiciones desventajosas... ¿Qué iba a hacer?... Lo importante era reunir el dinero... En eso estaba, cuando supe lo del desastre... Parece que mi yerno colaboraba con organizaciones nazis... Cuando lo sorprendieron, estaba con la esposa. Murieron ambos al querer escapar...

Un acceso de tos lo convulsiona.

—¡No se afane! —le digo—.

Se echa hacia atrás jádeante.

Las siluetas de Elena y de El Amargo se hacen notar de nuevo.

La voz de él suena sorda, febril:

—Escucha, Elena: Si el odio y la venganza pudieron más que el goce fue porque me embargaba el sufrimiento del suceso

reciente. No me has querido oír, y es necesario que estés más al corriente de la verdad. Si tú pudieras ponerte en mi lugar, si hubieras visto cómo murió Camila... Era tan joven... Y era mi única hermana, ¿comprendes?... Creció casi en mis brazos... Por eso la quería más que a mi madre... La hubieras visto... Parecía una torcaz... Tenía el encanto de su alocada adolescencia... Saltaba siempre... Cantaba... No hacía más que jugar... Y, sin embargo, ¡que dedicada a sus estudios!... Por las noches, a la luz de la lámpara de petróleo, ponía al día sus cuadernos, aprendía sus lecciones, recitaba sus versos... Yo a veces no salía por las noches sólo por agradarla... Me contaba sus cosas, sus temores, sus pequeños percances escolares... Yo me sentía feliz con La Macksita... Yo la llamaba así... Debes saber que, entre nosotros, gente del pueblo, ciertos nombres resultan agradables y se adoptan sin ton ni son... Por ejemplo, yo soy Miguel Camargo, pero mis compañeros me llaman Mack Amargo... Dicen que ando amargado... Puede que sea verdad... Desde pequeño no supe de otra cosa que de amarguras. No creas que soy un “Mack”.

Hace una pausa y sigue:

—Mi madre era mesera de cabaret... Yo no he sabido quién fue mi padre... Algún soldado o algún marino torpe... Quién sabe... A lo mejor, un canalla... Polvo de otras naciones, mala simiente que empuja a nuestras playas la ventolera... Las puertas del Canal abrieron cauces para el bien y el mal... Sea como sea, mi madre se defendía a su modo... En ese tiempo no se ganaba mucho en los cabarets... Es posible que ella fuese poco hábil. Hay oficios que requieren perversidad y bajezas... Yo voceaba periódicos y tenía que esperarla en la cantina hasta horas bien avanzadas de la noche... Recuerdo que por dormir tan poco, sentía una sed de sueño nunca saciada... En el colegio me adormilaba siempre... Mis notas eran bajas. Así crecí... Una noche vi salir a mi madre del cabaret con un señor elegante... Se fue con él en auto... Inútilmente la esperé desvelado... Volvió de madrugada, borracha... Desde ese día, mi madre no tuvo paz...

Andaba siempre con él... Le soportaba groserías y desplantes... Ahora veo la razón de su entusiasmo tardío... Embrutecida por la vida tediosa del cabaret, ella, la pobre, necesitaba asomarse a un mundo nuevo, a una ventana romántica... ¡Pobre ilusa!...

La abandonó cuando ella más lo necesitaba... Los mismos vientos que lo trajeron se lo llevaron... Ella, encinta, no tuvo más remedio que abandonar el cabaret mientras llegaba el encargo... Fueron días de zozobra que no hace falta recordar... Nació una niña... Mi madre no se sintió afligida... Al contrario, se la notaba alegre... Aquella niña le auguraba ternuras que la obsedían... Volvió al trabajo con mayor entusiasmo... Yo cuidaba a Camila, y poco a poco, la vi crecer entre mis brazos... La responsabilidad me hizo sentirme más hombre... Me tocó hacer de padre... Por eso me agradaba verla crecida cuando ya iba a la escuela y recitaba sus versos de memoria... Era una personita con veleidades... Yo, en cambio, un haragán sin estudios... Me ganaba la vida a salto de mata... Y así íbamos viviendo... Hasta que vino la racha de bonanza... Comenzaban las obras de las nuevas esclusas para del Canal... Faltaban brazos... Y me enganché en las filas de obreros... Venían de todas partes... Los nuevos vientos de auge acumulaban sobre el país la más extraña hojarasca... Renacía esa Babel que es el destino de Panamá: ¡Crisol de razas, puente del mundo, el Istmo gira como ruleta... al rojo... al negro... a lo que diga la suerte!

Hace otra pausa y prosigue:

—Ya mi madre no se sentía muy bien... Aquella vida la había acabado... La existencia del cabaret obliga a excesos que al fin y a la postre traen consecuencias malas... La vida nunca olvida estas cosas... Sabe vengarse bien... Y, además, ya Camila era chiquilla de bailes, de modo que mi madre abandonó el cabaret... Mi salario nos permitía existir... Hacíamos vida vegetativa, en una casa de vecindad, de esas que están por El Chorrillo... Camila salía de vez en cuando con sus amigas... Se divertía a su modo, pero sabía cuidarse... ¡Era admirable!... Al

lado de ella se nos hacía más grata la vida... Un día, a mi madre la atacó un mal extraño... No sé qué... Consecuencia de su vida azarosa... La llevé al Hospital... Languidecía... Y, para colmo de males mi impaciencia me hizo perder el puesto. Trabajaba en el *rol de plata*... Los gringos, ya tú sabes, se desviven hablando de buena vecindad, de buen trato, *new deal* y otras cosas; pero, con todo y eso, nunca olvidan las discriminaciones raciales: Los blancos, por un lado; por el otro los negros... En eso no transigen... Y los blancos son ellos; los demás somos negros, gente ruín, *rol de plata*... para ellos, buena paga, comodidades, todo; para nosotros, nada, sólo faenas duras bajo el sol, bajo el agua... — Trabaja, come... ¡y muérete!

Respira fuerte y sigue:

—Como yo estaba inquieto, mortificado, ansioso, no soporté el *buen trato*... Me rebelé... Me echaron... ¿Qué hacer?... Anduve errante, *amargado*... Me angustiaba la enfermedad de mi madre... Por fortuna, la falta de un salario, en ese tiempo, no era como para desesperarse... Había dinero y era fácil ganarlo... Para el Istmo la guerra significó abundancia... De las nuevas esclusas llovía sobre nosotros un torrente de dólares... Surgían nuevos negocios... Por las calles deambulaba la gente ávida de placeres... No había casa que no abriera sus puertas para nuevas cantinas... Se construían hoteles para los blancos; cabarets lujosísimos; casas de citas; burdeles clandestinos; fábricas de aguardiente... ¡El maremagnum!

La luz de los anuncios —verde, roja— se proyecta a intervalos sobre su rostro ya sudoroso. Se enjuga con la manga y prosigue:

—Me hice chofer de *chiva*. Mi automóvil era un bus pequeño, pero era tal la aglomeración de pasajeros que el público prefería aun apiñarse con tal de hacer el viaje. El negocio me producía bastante y ahorré algunos realitos. Mi hermana y mi mamá estaban contentas. Comenzamos a vivir con holgura y hasta hicimos proyectos para el futuro. Pensábamos comprar un

terrenito; construir una casa; criar gallinas... y otras mil tontearías que uno imagina cuando le sobran dólares...

Nota un gesto de Elena, y se apresura a explicarle:

—Te extrañará, sin duda, que hable de dólares... pero, ¿qué?... es muy difícil decir balboas... Me produce la impresión de algo irreal... Y, además... (¿por qué debemos negarlo?) lo que íbamos ganando no eran balboas. Eran dólares. Dólares de la Zona. Dinero americano que nos caía a manos llenas... Diluvios de billetes con la efigie de Washington... Monedas con el águila... Mil níqueles con el indio y el búfalo... Las arcas del Tío Sam se derramaban para fines de guerra... Y el chorro era tan grueso que salpicaba... Nos caían en el Istmo algunas gotas —muchedumbre de gotas que muchos recogían avaramente, sedientos— ... Yo me cegué. No tuve escrúpulos en gastar mi dinero con prostitutas... ¡Habían llegado tantas al Istmo! ¡Mexicanas, cubanas, argentinas... de todas partes las había!... Mujeres rubias, de ojos verdes, perversas, habituadas a sacarle a uno el oro muy lindamente...Y, además, había el *chance*, la lotería, los tragos, la hípica, y otras mil diversiones... De manera que lo que yo ganaba con mi sudor diluía sin que me diera cuenta... *La Macksita* mi hermana, se oponía al despilfarro... ¿Ya te dije que era una señorita de doce años? ¡Bonita! ¡Graciosísima!... Sabía atender la casa. Me esperaba con la comida lista, y cuidaba a mi madre en el Hospital... Sin embargo, como aún era tan joven, se la había encomendado a una vecina que regentaba el edificio. Era una vieja prieta a quien llamaban La Bruja porque hacía ensalmos. Más negra que Mandinga, chancletuda, melosa, gran alcahueta y vendedora de rifas clandestinas... A pesar de todo esto, como hacía buenas migas con *La Macksita*, dejé que la cuidara por ser nuestra vecina más próxima. En mala hora se me ocurrió. ¡Vieja pícara! Ella tuvo la culpa de lo que sucedió. Estoy seguro de que sin su hábil medianía, ese bandido de Crispín seguramente no se hubiera atrevido a hacer lo que hizo. Sólo siento no haber podido ahogarlo como intenté. Habría querido

convertirlo en masa vil, tumefacta; pero era resbaloso como un reptil. Se deslizó de mis manos... Me mordió, ¿sabes tú? Aquí en el brazo, me ha quedado la marca de sus colmillos, odioso estigma que irá conmigo hasta la fosa común.

—Dices que amabas tanto a tu hermana, sin embargo, el dolor de su muerte no te ha evitado seguirme a todas partes.

—Los dolores del alma —le responde— al igual que los dolores del cuerpo se apagan pronto; a lo sumo nos dejan en el ánimo una huella muy leve que se disuelve en una suave nostalgia... Lo que no muere nunca, lo que renace, es el deseo irrefrenable... ¡Por eso te persigo!... ¡Seré tu sombra mientras no me permitas saciar mi sed!... No solamente por lo que se refiere a mi instinto, sino por lo que atañe a mi amor propio que ahora se siente como llevado en la berlina... ¡Si supieras que humillación me oprime: la certeza de haber abandonado a una mujer pronta al goce y al margen de la dicha!... ¡Y aún pretendes que pueda resolverme a dejarte!... ¡Eso nunca!... ¡Con lo que te has debido reír de mi sandez!... ¡Siempre recuerdo tu risa escalofriante!... ¡No quiero oírla más!... ¡Sería terrible!... ¡No podría resistirla!...

La luz cambia de sitio.

Dejo de ver las formas de El Amargo y de Elena.

Don Céfaro prosigue:

—Cierta tarde recibí un papelito... Era mensaje sin firma... Me llamaban del Hospital... ¿Quién sería?... Se notaba que era alguna mujer... Pero, ya usted comprende, yo estaba atribulado sabiendo que mi nieta corría peligro en Amberes... Debía enviarle dinero lo antes posible... Ya me la imaginaba entre las garras de esos terribles nazis, maltratada por la Gestapo, ¡que sé yo!... Pero, espere... me olvidaba decirle que lo de la hipoteca sobre la Villa y las demás transacciones las realizó Crispín con el apoyo de un tal Gaitán... Me decía que era un amigo de infancia... ¡Ya verá qué patraña!... Pero, vamos al grano... Envié el dinero a mi nieta, y me sentí más tranquilo... Cables van, cables vienen... La guerra continuaba... La horda nazi corría amenaza-

dora... Vino el desastre de Dunquerque... Y, a todo esto, yo no tenía noticias de Elena... Cayó París, ¿recuerda?... La línea Maginot fue una mampara ridícula... ¿Qué sería de mi nieta... Yo estaba desolado... El Ministerio de Relaciones no supo darme noticias... La Embajada, tampoco... Me imaginaba a Elena entremezclada con los saboteadores... Ya sabía, por sus cartas, que era antinazi... Y era de suponer que fuese excéntrica como la abuela... Y, siendo así... ¡Acabemos!... Recibí al fin un cable en que decía que vendría por Génova... ¡Menos mal!... Pero, qué interminable me pareció ese viaje... Soñaba con el barco... Lo veía hundiéndose al impacto certero de los torpedos... ¡Una gran explosión!... De la humareda salía mi nieta saludándome con un pañuelo... Yo le decía: “¡Muchacha, ven ligero! ¿Qué esperas?”... Ella intentaba huir... Le disparaban... “¡Corre, Elena!”... Pero ella no podía aproximárseme y se alejaba hacia Bélgica... —“¿A dónde vas?”... Y oía su voz lejana que gritaba: “¡A Dunquerque!...”

—Usted me dijo que recibió un mensaje del Hospital, ¿no recuerda?

—¡Ah, sí!... Lo había olvidado... Cada vez que recuerdo aquellos días me trastorno... Le decía... ¡Sí!... El mensaje... Como estuve atareado, me distraje y no asistí a aquella cita... Más tarde, recibí un nuevo aviso... Se me llamaba con urgencia... Y, aun sin saber quién era la persona, resolví complacerla... Por cierto el Hospital no me quedaba distante, e hice a pie el recorrido... Recuerdo que las calles estaban inundadas de sol... Los periódicos anunciaban nuevos avances nazis... Ya Hitler había invadido Polonia, Dinamarca, Noruega, y otras tierras. Nadie podía frenar ese torrente de maquinaria bélica... Yo pensaba en Elena mientras recorría el camino hacia el Hospital. Ya le he dicho que irradiaba un sol fuerte. Los árboles de acacia no daban sombra. La brisa, al remecerlos, les desprendía las flores, y todo el pavimento se cubría de pétalos purpúreos... Cuando llegué al final de la calle noté un tejemaneje de gente que corría de

un lado a otro despavorida... Supe que un toro bravo había logrado escaparse del corral. ¡Lo de siempre!... De pronto vi al animal en fuga. Se debatía furioso... Los vaqueros trataban de atajarlo. (¡Por aquí! ¡Por allá!) Bufaba ansioso y se veía acorralado por la chiquillería que iba arrojándole piedras... Las mujeres (que nunca han de faltar) chillaban presas del pánico cada vez que la bestia, enloquecida por los ladridos, arremetía contra alguien... Recuerdo que aquel toro furioso me hizo pensar en Hitler. Lo había visto en un diario, caricaturizado, todo erizado de armas, convertido en una furia satánica, arrasando poblaciones tranquilas, indefensas, pacíficas... Sentí un escalofrío... Me vi en los cuernos de aquella fiera... Sentí terror... Y, no queriendo arriesgarme, monté en un autobús que me dejó algo distante del Hospital... Llegué cansado, pero, ¡qué fresco me pareció el recinto de espera!... Había bastantes pacientes de caridad... En la carta se me indicaba el número de la cama.

—Sala 3. —me dijeron en la oficina.

En ese instante llegaba un policía con un herido todo bañado en sangre. Pensé que a lo mejor era una víctima del toro. Pero Supe en seguida que se trataba de un caso muy corriente.

—Llegan muchos —me dijo una enfermera—. Se emborrachan en las cantinas, y, de repente, por el menor motivo, se agarran a puñetazos, y se destrozan... ¡Da pena ver la forma como malgastan el dinero!

Un hombre dijo:

—¡Ya nunca volverán tiempos como éstos!

Y otro agregó:

— ¡Sólo los ricos aprovechan!

Me alejé, avergonzado, recordando mis épocas mejores.

Cruzando el corredor sentí el tufillo del cloroformo con tal intensidad que estuve a punto de arrepentirme... Topé con enfermeras, empleados, médicos... Y, ya en el ascensor, sentía un calor pegajoso, desagradable, pues, aun estando lleno dio todavía cabida a un subalterno con una cesta enorme de ropa lim-

pia... Por fin me hallé en la sala de caridad... La enfermera me indicó a la paciente... ¡Me pareció tan pálida!... (¿Quién sería?)... Ciertamente yo no la recordaba... Susurró con afán:

—¿Sabe quién soy?

Y yo no supe qué contestarle. No le ha tocado a veces hallar personas que lo detienen a uno por la calle y que, partiendo de un abrazo efusivo, nos preguntan al notar nuestro hielo: ¿Qué te pasa? ¿No te acuerdas de mí?... Pues eso mismo me sucedió frente a esa pobre paciente... Lo notó... Vi en sus ojos la gran desilusión... Si me detengo en todos estos detalles al parecer insignificantes es porque se han grabado en mi memoria, han resurgido vívidos desde la hora del crimen, y, además, porque me parece que ellos forman la médula de los hechos... ¡Bien!... Para no cansarlo le dije:

—Usted perdone...

—Sí ya veo... —me repuso—. Debo estar muy cambiada... Y, además, sin pintarme... Pero, usted sí se acuerda de “El Gato Negro”, ¿verdad?

—¡Por supuesto!

Me hacía volver, de golpe, a mi olvidada vida de oprobio... “El Gato Negro” fue uno de los diversos cabarets que yo surtía y frecuentaba... Tenía en él varias chicas bajo mi tutelaje contractual... Y todas ellas me pagaban como una especie de tributo que me debían por el simple hecho de traerlas a Panamá, vasallaje que me daba ocasión para obligarlas a vender drogas... Pero, habiendo pasado tantos años de aquello, ¿Cómo me iba a acordar?... Comprendí, desde luego, que aquella pobre enferma debió ser una de éstas. Pero, ¿cuál? ¡Eran Tantas!

Comprendiendo mi duda, puntualizó:

—Una noche se formó un tiroteo... ¿No recuerda que se escondió en mi cuarto? Me sorprendió... vistiéndome.

—¡Ya caigo! ¡Moniquita!

—¿Cómo he cambiado? ¿Es cierto?

Traté de consolarla.

—Se te ve decaída —le dije—; pero no es cosa de afligirse... Ya verás que muy pronto volverás a estar buena y tan bonita como antes... ¿No será nada grave?

—Parece que es agotamiento nervioso... También...el corazón...

—¡Mucho cuidado entonces!

—¡Lo sé! El Médico ha dicho que cualquier impresión...

En ese instante, se aproximó a la enferma una chiquilla.

—¡Mamá!

—¿Qué? ¿No saludas?

—Buenas tardes, señor.

—Esta es mi hijita Camila.

—¿Tan crecida? —repuse.

Y agregué:

—Me parece que tú tenías un hijo.

—¡Claro! Por eso mismo lo llamé a usted.

Pensé que iba a pedirme dinero o un empleo. Seguramente lo notó en mi semblante, porque se apresuró a tranquilizarme:

—Gana mucho dinero, pero es algo alocado. Todo lo gasta... Es claro que puede disponer de su dinero como le agrada, para eso es hombre, pero es una injusticia que yo esté en esta sala de caridad cuando él pudiera tenerme bien...

—¡Sí! ¡Sí! —dijo la niña.

—¡Tú, cállate!

—Pero, mamá... Lo bota con las mujeres... Y se emborracha siempre... Los amigos son los que lo han perdido. ¡Era tan bueno!

—Sí, eso es lo que más siento... Mire usted, señor Céfaró, mi hijo Miguel se ha criado modestamente... Era muy serio... Me aconsejaba desde pequeño... Parecía un hombrecito. Y ni aun siendo mayor me dio motivos de queja... Pero es en la bonanza cuando se ha descarriado... ¡Imagínese!, como ahora en Panamá abunda el dinero por causa de la guerra, se ve con los bolsillos llenos de dólares y le ha entrado el afán de divertirse en esos sitios que yo conozco. Al principio todo anduvo al dedillo... Guar-

dó algunos centavos... Hacía grandes proyectos para el futuro; pero, el oficio le granjeó los consabidos amigos que nunca faltan... Comenzó a emborracharse le dio por la hípica... frecuentó los burdeles... y ya no hubo maneras de contenerlo... Menos mal si solamente fuera eso... Si no quiere atenderme, no he de quejarme... Ya se arrepentirá... Lo que me aflige es el ejemplo que le da a esta niñita... Lleva allá a los amigos... Se emborranchan... Y ya usted sabe lo que puede pasar... Si por lo menos estuviera yo en casa... Usted ve, ya Camila está bastante crecida... Puede ocurrir una desgracia —¡Ni Dios lo quiera!—. Por eso lo he llamado... Ya usted sabe lo que es aquella vida de cabarets y vicios... Deme usted un consejo... ¿Qué debo hacer?... Por lo menos, cuídeme a Camilita mientras salgo... No sé... ¡Tengo una angustia!... A veces pienso que...

Se echó a llorar.

—¡Pero, mamá! ¡No te aflijas! ¿Qué va a pasarme?

—¡Cálmate, Moniquita! ¡No seas tonta! —le dije—.

Desde luego, le prometí ocuparme del asunto. Yo hablaría con Miguel. Haría un intento por corregirlo. Y, si era inútil, cuidaría de la niña. ¡Cómo no! Y hasta creo que le prometí llevarla a casa cuando Elena llegase.

Les pregunté:

—¿A qué hora puedo hablar con Miguel?

—Generalmente va a almorzar a las doce —dijo Camila—. Durante el día es formal. Miré la hora en mi reloj. Eran las once pasadas. Resolví ir en seguida.

—¡Hay que apurarse! ¡Acompañeme! ¡Vamos a hablar con él!

Por el camino, ya en el bus, me explicaba sus pequeñas angustias. Se confundía. Reía. Movía los rizos de un lado a otro. Me daba golpecitos en el brazo. Y desprendíase de ella tal simpatía que hacía volverse a los viajeros para mirarla. No sé por qué esa niña, de piel cobriza y de mirada inocente, me hizo evocar horas lejanas, dándome la impresión de que era mi hija... Y hasta pensé que a lo mejor esa noche que yo pasé con Moniquita...

Pero, ¡no! ¡Era imposible! Sabía que no era así. Estaba seguro. Y, sin embargo, yo no podía negarme a esa afección bondadosa que me impulsaba a amarla como a algo íntimo, propio.

Llegamos a la casa. Miguel no estaba.

—Puedo esperar —le dije.

Y me senté. Camilita me mostró sus cuadernos, sus tareas, sus dibujos. Muy limpios, cuidaditos, con calificaciones muy altas. Se notaba el cariño que sentía por la escuela.

—Quisiera ser maestra para enseñar.

—¡Por supuesto! —le dije—. Serás una maestrita muy diligente.

A mis espaldas sonó una voz chillona.

—¡Qué milagro, don Céfaró!

Me volví sorprendido. Era la vieja Sabina, negra ducha en enredos. La había conocido, tiempo atrás, siempre escurriéndose por los burdeles, ofreciendo sus rifas, ungüentos y otras cosas.

—¡Eh, Sabina! ¿Qué haces aquí?

—Vive al lado —dijo Camila.

—Yo soy la cuidadora —arguyó ella—. Me coloco Crispín.

Aquel asunto no me agradó. La tal Sabina me repugnaba. Como la conocía, no dudaba de lo que era capaz. Pensé en seguida: “A esta niñita hay que sacarla de aquí”. Pero las cosas a la carrera no resultan. Tenía, primero, que entrevistarme con su hermano. Sin embargo, mientras llegase Elena lo más cuerdo era alejar a Sabina de aquella casa. No sé si ya le he dicho que el edificio en que vivían era mío. Lo administraba Crispín.

—Mira, Sabina —le dije—, esta niñita queda bajo mi amparo. No quisiera que tuviese tropiezos. Si el hermano no paga, no te preocupes. Le dices a Crispín que yo respondo. Yo hablaré con Miguel.

—¿Ya se va usted? ¡Qué lástima!... ¿Cuándo regresa? —me preguntó Camila—.

—Mañana, muy temprano, —le contesté—.

—No se olvide —me dijo—.

—No mijita, no me voy a olvidar.

Pero, mi amnesia, ¿sabe usted? Yo siempre he sido víctima de la amnesia. Las fuertes emociones hacen en mí un efecto de borrador. Lo olvido todo. Mi cerebro se nutre del presente y vive al día como las esponjas... Por eso, cuando llegué a mi casa, aquella tarde, y leí un cable en que Elena me anunciaba su llegada en el avión de ese día, cerré los ojos y no pensé en otra cosa que en ir a recibirla... Lo demás lo olvidé. Fue tan intenso mi júbilo, que todos mis propósitos se disiparon. Tal como si una mano borrara de mi mente los nombres de Camila, de El Amargo y de Mónica...

El Mack y Elena, han escuchado las últimas palabras del viejo.

Se aproximan.

—Cuando volví esa tarde —dice El Mack— noté a Crispín en el zaguán de la casa. La expresión que se reflejó en su rostro al verme me hizo pensar: “Este viejo viene a cobrarme”. No obstante, vi en su aspecto una actitud diferente de la habitual y que lo hacía parecer un búho al sol. Traía en los labios una sonrisa equívoca... Yo había frenado el auto y lo esperaba sin soltar el volante... Se me acercó melifluo:

—¿Qué tal, Miguel Camargo?

—¡Pasándola!

—¿Y esos negocios?

—¡Chébere!

(Nosotros los chiveros hablamos raro. Y en la jerga que usamos, decir chébere significa *¡Muy bien!*) Me dio en el hombro una palmada.

—¡Magnífico!

—Si quiere que le pague, le puedo dar un adelanto —le dije.

—Y, aunque hizo un gesto vago como diciendo “Déjalo”, lo vi frotarse las manos, lo cual significaba satisfacción de su parte. Saqué varios billetes y se los di.

—Aquí tiene. Una quincena. ¡Cuéntelos bien!

—¡Oh, no hace falta! —dijo, pero los fue contando, muy lentamente, con los dedos, con el hocico, y... (¡es sorprendente!) los contaba también con el olfato. Me daba la impresión de que iba oliendolos para ver si eran buenos... ¡Muy bien, hombre, muy bien!... ¡Billetes nuevos! ¡Soberbios! —me decía, y, aún dudoso, les echaba un vistazo al trasluz—. ¡Nuevecitos! ¿De dónde sacas tantos. ¿Tienes acaso minas? Pero, te has molestado... Yo no venía a cobrarte...

—Haberlo dicho...

—¡No! Está bien... Ya que has pagado... Mejor es ir cumpliendo... Pero... quería decirte que... ¿tú sabes?

—¿Yo? ¡Nada!

—Por eso te lo digo. El viejo chocho estuvo aquí.

—¿Quién?

—¡Don Céforo!

—¿A mí, qué?

—¿No te das cuenta? Don Céforo es un rufián profesional. No ha hecho más que eso en su vida. Forjó su gran fortuna vendiéndole muchachas a los burdeles... Traía del Interior cholitas sanas, sencillas, inocentes... Las adiestraba un poco... Se distraía con ellas... y las lanzaba al mundo como diciendo ¡ahí va eso!

—¿Qué me importa su vida? El es el dueño del edificio. Habrá venido a verificar las cuentas que usted le rinde. A lo mejor...

—¡Estás loco! ¿No ves que el viejo verde le ha echado el ojo a tu hermanita? Estuvo hace poco con ella... Debes tener cuidado.

Al oír tal infamia, la sangre se me subió a la cabeza. Era tan grave lo que el viejo decía que era imposible creerle. Crispín, ducho en insidias, me había asestado un golpe certero, pues recordé la vida de miserias de mi madre, explotada de cabaret en cabaret, esclavizada por el otro rufián. Igual destino le tocaría a mi hermana si yo no me oponía. De la rabia se me crisparon los puños, y hubiera cometido un despropósito si Crispín, repitiendo sus consabidos gestos conciliatorios, no me hubiera calmado, susurrándome:

—No seas atolondrado... Yo me encargo de todo... Si vuelve acá, amenázalo. Entre tanto, yo le diré a Sabina que proteja a tu hermana... ¡Vamos arriba!

Subimos.

Y al llegar al pasillo, me suplicó:

—Ten calma. Es preferible que no amenaces a Camila. Puede ser contraproducente. Sería mejor la más completa reserva.

En efecto, no se habló del asunto. Crispín envió a la vieja por unas cuantas cervezas y charlamos en buena paz... Después de aquello, el viejo Céfaro no volvió... Crispín me dijo que él lo había disuadido... Pero, en los días subsiguientes, fue Crispín el que siguió visitándonos con el menor pretexto. Parecía un buen amigo. Y hasta le hizo a mi hermana un gran regalo de Navidad. Desde esa fecha nosotros lo llamábamos Papá Crispín. También Sabina se volvió más solícita y cariñosa. ¿Quién iba a imaginar que entre los dos tramaran aquella infamia?

El Mack Amargo deja de hablar. Se sienta silencioso; cruza una de las piernas sobre la otra, y apoya en ella el codo: sobre el puño coloca su mentón de maxilares potentes.

Elena Cunha, abstraída, con las pupilas fijas como en algo invisible, prorrumpe:

—Fue en Amberes... La brisa del otoño desprendía de los árboles innumerables hojas amarillentas que iban cubriendo el césped... Me agradaba vagar de tarde en tarde por uno de los parques de la ciudad... Solía sentarme en una banca apartada, y deleitábame viendo caer las hojas errantes, vagabundas... Esa vez me dirigía al rinconcito de siempre cuando vi, sorprendida que un extraño se me había adelantado... Mi primera impresión fue de disgusto... Me creía con derechos sobre aquel sitio y me chocaba ser defraudada por aquel solitario desconocido... Era muy joven; vestía todo de negro; y su sombrero de ala ancha me impedía verle el rostro... ¿Quién sería?... ¿Qué tramaba?... Pensé que a lo mejor ya conocía mi costumbre de ir sola a ese lugar y estaba allí acechándome para raptarme... Mi cerebro fantásti-

co, preñado de lecturas terroríficas, me hizo verme enredada en un escándalo policíaco... Me hallé súbitamente maniatada en algún sótano oscuro, sufriendo la amenaza de un maniático, que, paulatinamente, iba arrojando sobre mí sus puñales de hoja certera... Veía llegar de pronto la policía... Sonaban tiros... Y me salvaban...

—Buenos días, señorita. ¿No me recuerda?

Me lo vi de repente junto a mí. Al descubrirse, pude apreciar su rostro jovial. Sobre sus ojos le caía una guedeja de cabello que él se echó atrás de golpe. Una elegante chalina negra flotábale en el cuello. (¿Era poeta? ¿Pintor?)

Las palabras le salían temerosas.

—Si no me engaño —dijo— conversé con Ud. en la Exposición Surrealista.

Lo miré con sosiego. Aquel semblante no me era familiar. Esa mañana conocí a tantos “genios”...

El insistió:

—Le mostré mis trabajos... Soy Ninski, el escultor... ¿No me recuerda?

Caí de golpe.

—¡Claro! ¡El escultor comunista!

—Baje la voz —me dijo—. ¡Es peligroso!

—¿Por qué? ¿No hay libertad en Amberes?

—No tanta ya... El nazismo se infiltra poco a poco por todas partes. Ya la quinta columna es un sistema perfectamente organizado... Se ha extendido hasta América. Lo raro es que Inglaterra deje correr las cosas... Desde el pacto de Munich, en el que Chamberlain, Deladier, Hitler y el Duce cedieron a Alemania el territorio Sudete sacrificando de esa manera a los checos en beneficio de una paz falsa, ¿qué barreras resistirían al Führer?... La guerra es inminente... El odio nazi volará sobre el mundo... Nosotros los judíos no hallamos tierras donde vivir... Mi nombre y mis ideas hacen pensar que soy ruso, pero yo soy de aquí, soy ciudadano del mundo, y, hasta ahora era feliz en Amberes,

pero dentro de poco no tendré más remedio que preparar mi viaje hacia las Américas... Por allá aún es posible vivir tranquilo... Por acá ya hemos perdido la paz... Las hordas nazis no respetan a nadie, mucho menos a los Judíos... Comenzaré por refugiarme en París... Es posible que la línea Maginot los contenga...

Aquel hombre me subyugó en seguida... Desde entonces viví para él... Me olvidé de mí misma y me pasaba en su estudio horas enteras entre figuras de yeso que me miraban con sus pupilas blancas... Quiso hacerme una estatua y, ¡por supuesto! yo le posé desnuda, sometiéndome a sus más nimios caprichos... Quería plasmar el alma musical de las cosas con la materia dúctil... Yo tenía que servirle de modelo todas las noches tocando mi violín bajo la luna... Y lo más sorprendente era que la obra iba surgiendo a su antojo... Era un gran torso de concepción compleja cuya cabeza medusea salía del vientre significando el nacimiento del ritmo... La idea de Ninski era plasmar la síntesis del ser humano creador en la figura de una mujer desnuda que le arranca al violín su nota amarga —nuestra angustia presente—; pero insistía a la vez en sugerir todo el ambiente lunar que me envolvía. Ninski intentaba —según pude entender— desintegrar la materia hasta llevarla a la compleja abstracción, dando la idea del infinito con multiplicidad de curvas yuxtapuestas en espirales difuminadas. Anhelaba la exaltación del sexo en esa extraña combinación de formas...

La pasión nos cegó. Nuestros dos cuerpos desnudos —en el jardín lunado bajo los pinos— formaron un tupido enmarañamiento del cual salían —a ratos— nuestras almas a respirar el aire de las ideas... A todo esto, la guerra había estallado. Un mar de fuego caía sobre Polonia. La maquinaria nazi iba aplastando a Dinamarca, Noruega, Holanda. La ofensiva relámpago arrollaba pueblos y pueblos. Y los cielos de Bélgica temblaban de expectación. Era preciso escapar. Ya no había tiempo que perder. Pero, ¿cómo intentarlo? Todos los puestos estaban reservados en los aviones. Los andenes del tren bullían de pánico en

movimiento. La gente se apiñaba en racimos. ¿Cómo huir? Necesitaba salvar a Ninski a toda costa. Yo sabía que los nazis no le perdonarían su procedencia judía. Ya imaginaba la blitzkrieg infernal sobre Amberes. Veía caer del cielo como moscas, a los paracaidistas. Tenía que apresurarme. Sin embargo —parecerá increíble—, Ninski no demostraba la menor inquietud. Le preocupaba más el resultado de su obra. Había vaciado la forma en yeso, y apenas le faltaban algunos toques finales. Era inútil que le hablara del viaje. Parecía ausente. Sólo pensaba en su obra.

Un periodista yanqui, amigo de ambos, Joe Hall, quien siempre andaba con nosotros, me sugirió una forma que facilitaría el viaje de Ninski. Fuimos a ver al Cónsul de Panamá. Mi pasaporte estaba listo. Me habían dado la visa dos días antes, pues siendo panameña, no había dificultades para mi viaje. Los papeles de Ninski los arregló Joe Hall con mucho tino, pues consiguió del Cónsul un pasaporte provisional por cuyo medio Ninski pasaba a ser un estudiante panameño. Lo grave era su idioma flamenco. No tendría mas remedio que enmudecer en caso de peligro.

Joe me dijo:

—Esta noche salen unos americanos a París. Yo voy con ellos. Si ustedes quieren yo les consigo cupo en ese autobús.

Tal fue mi júbilo, que le di un gran abrazo.

—¿Por qué no lo dijiste?

—No había pensado...

—¡Tonto!

Joe Hall era novato en Europa. Parecía algo cohibido. Se hallaba trastornado por lo precipitado de los sucesos. Además, desde el fondo de su callada timidez, me hacía una corte contumaz. No se enojaba nunca conmigo, a pesar de que lo trataba a veces con bastante rudeza.

Le pregunté:

—¿A qué hora debe salir el auto?

—Como a las diez —me dijo.

—Bueno. Espérame. Voy a telefonarle a Ninski para que se prepare. Pasaremos por él antes de esa hora.

Telefoneé. No estaba.

—Bueno. Vamos a recoger mis cosas. No hay tiempo que perder.

—De paso yo traeré mi maleta —dijo Joe—.

No había taxis. Tuvimos que ir a pie. Por fortuna, después de algunas cuadras, hallamos uno. Subimos.

—¡Al Metropole, ligero!

Era en el centro de la ciudad. Nuestro vehículo corría apartando gentes. La bocina chillaba con persistencia monótona.

—¡Pronto! ¡Pronto!

Recuerdo que era viernes. Fue tan trágico aquello que la fecha se me ha quedado impresa. Serían las ocho de la noche. No he olvidado tampoco que había luna. Una magnífica luna.

De repente comenzaron las bombas. En contra nuestra corrían muchos civiles. Trataban de escapar horrorizados, hacia los más cercanos refugios. Nuestro auto aminoraba la marcha.

—¡Siga! ¡Siga! —gritaba yo—.

—¡Imposible! ¡No se puede seguir!

Caían bombas y bombas. Y era tal el estruendo, que para hacerse oír era preciso gritar a voz en cuello. Los stukas giraban sobre nosotros con un ruido infernal. Nuestro chofer detuvo el auto. Ni por dinero quiso arriesgarse. Tuvimos que bajar. Los civiles, presas del pánico, nos empujaban gritando:

—¡Ya se acercan los tanques!

—¡Los stukas están ametrallándonos!

—¡Están cayendo muchos paracaidistas!

—¡Son los boches! ¡Los boches!

—¡Es la invasión!

Nos guarecimos en un refugio. Se oían los comentarios más raros.

—¡Han tomado ya el centro de la ciudad!

—Están acuartelados en el Metropole.

—Han invadido el barrio judío.

No pude contenerme.

—¡Vamos, Joe! ¡Vamos!

Salimos. Continuaba insistente el tableteo de las ametralladoras. Caían algunas bombas aisladas lanzadas por los junkers. A lo lejos se veían las llamaradas de algunas casas incendiadas.

—No podemos seguir —me dijo Joe— los alemanes vienen por ese lado. Si no retrocedemos perderemos el auto. Vamos al Consulado Americano.

—¡No puedo, Joe! ¡No puedo dejar a Ninski!

—Debemos acercarnos al autobús. Estoy seguro de que va a adelantarse.

Lo que decía me pareció razonable. Volvimos. Cuando llegamos al Consulado Americano nos dijeron que el autobús nos esperaba al otro lado del puente. Yo me desesperé.

—En ese caso preferiría quedarme —le dije—. Yo no abandono a Ninski.

El secretario del Consulado nos ofreció llevarnos en su roadster. A él no lo detendrían. Y además, conocía perfectamente los arrabales. Llegamos.

—¡Ninski! ¡Ninski!

Hice sonar la aldaba con precipitación. El edificio tenía un portón enorme.

—¡Ninski! ¡Ninski!

Posiblemente no escucharía mis gritos debido al ruido de los stukas. El funcionario y Joe hicieron fuerza sobre el portón. Lo abrieron. Penetré desolada.

—No grites —dijo Joe—.

Los árboles del patio se recortaban sobre un cielo rojizo. Corrí hacia el sitio donde él tenía la estatua... Quedé paralizada... Había soldados... Uno... Dos... Varios nazis... Preparaban sus armas frente a Ninski, pero él seguía impassible, como si nada, trabajando en su estatua bajo la luna... De pronto oí la

horrísona detonación... Lo vi doblarse... Vi saltar en pedazos la obra de arte... No supe más de mí... Perdí el sentido...

Cuando volví del choque, ya iba en un autobús a toda marcha. A mi lado había rostros silenciosos, desencajados, tristes. Oí la voz de Joe.

—¿Cómo te sientes?

No pude contestarle.

En la frontera nos detuvieron. Se nos dijo que los ingleses habían volado los puentes. No se podía pasar. A una señora judía que iba allí con dos hijas le entró tal pánico, que se puso a gritar.

—¡Tengo pasajes para el Washington! ¡No puedo detenerme! ¡Voy a perder el barco!

Había una joven judía que parecía enloquecida. Le temía a la Gestapo. Una señora trataba de calmarla. Resolvimos seguir hacia la costa. Joe pensaba que de Calais sería mas fácil llegar a Dover. Un sacerdote belga aseguraba que varios compatriotas habían cruzado en bote el Canal. Yo percibía las voces y los ruidos, pero no conseguía apartar mi mente de la terrible escena que viera en el jardín, y trataba de engañarme poniéndola en duda. ¿El fusilado sería de veras Ninski? A lo mejor era otro. Sin duda no vi bien. Algún portero. Pero ¿a qué ilusionarme? Yo sabía que era Ninski. E imaginábame su cuerpo ensangrentado entre los restos de la obra hecha pedazos.

Muy cerca de la costa se detuvo de nuevo el auto —no recuerdo por qué motivo—. Era imposible avanzar. Y resolvimos seguir a pie hasta el mar.

Fue un viaje accidentado que duró varios días bajo el terrible bombardeo de ambos bandos. Los alemanes habían acorralado a los ingleses sobre las costas cercanas a Dunkerque. Lo que quedaba de las fuerzas británicas trataba de escaparse hacia Inglaterra en toda clase de embarcaciones. Yo presencié asombrada aquel desastre. Sí, vi la retirada de las tropas inglesas cantando en formación mientras la lluvia de balas las diezma-

ba. Fue una matanza de varios días y noches. Sería largo el recuento de aquella hazaña, si bien creo recordar aún los detalles más insignificantes, pero es mejor callarlos. Nuestro grupo se dispersó entre el pánico. Me olvidaba decirle que una muchacha de las que iban conmigo murió al ser alcanzada por una esquirla de metralla. Por fortuna, Joe y yo logramos seguir hacia París entre la muchedumbre que regresaba. A lo largo de la gran carretera se notaba la desbandada de las tropas francesas. La desmoralización de los soldados era increíble. Sus oficiales habían huido. Algunos de ellos no querían resignarse a la derrota. Pero, ¿cómo batirse? ¿Con qué jefes? Se les notaba desamparados.

En París era mayor el desorden. Todos corrían despavoridos sin saber a dónde ir. Nadie podía explicarse lo que había sucedido. Se hablaba de traición y de chantaje. Sin embargo no se hacían ilusiones, pues sabían que la entrada de los boches era inminente y había que huir llevándose lo que fuera posible. Todos corrían en masa atropellándose con los hatos a cuestas. Era el momento del sálvese quien pueda. La consigna era huir.

—¡Vienen los boches!

Y los boches llegaron. Al principio se comportaron bien. Nos parecieron muchachos sencillotes admirados de la belleza de París. Los parisienses comenzaron a perderles el miedo. En todos ellos renacía la confianza. Los nazis deambulaban por aquí y por allá. Compraban cosas y pagaban con marcos. Sin embargo, los que habíamos mirado el París de antes, la espléndida ciudad toda inundada de luces, de mujeres y de lugares placenteros, callábamos ahora frente a las calles solitarias y las tiendas cerradas.

Joe y yo nos alojamos en un hotel de Montparnasse, y nos pasábamos la mayor parte del tiempo en los cafés del barrio. *La Rotonde* y *Le Dome* habían abierto sus puertas nuevamente. La enorme diferencia era que ahora sus sillas estaban siempre ocupadas por los soldados nazis.

Un día bajé con Joe por el Sena. Quería volver a ver ciertos lugares inolvidables. En lo más alto de la Torre Eiffel flameaba la gran bandera con la swástica. Yo no podía sufrir aquellas cosas. Quería marcharme lo más pronto posible. Tenía ya separado mi pasaje para un barco italiano que partiría de Génova. Joe me acompañaría hasta esa ciudad. El seguiría en Europa. Su agencia de noticias le exigía permanecer en París. Yo estaba muy contenta porque al fin me vería libre del pánico. Sobre todo al notar que la bondad de los nazis era un truco de feria. La Gestapo, que estaba ya en París, había iniciado sus desafueros, venganzas y represalias. Afortunadamente pude llegar a Génova sin dificultad. Joe estaba triste. Nos despedimos sin esperanzas de volver a vernos. Los horrores que habíamos presenciado amenazaban continuar sobre el mundo...

Estoy cansada. Déjeme descansar. Lo que sigue, ya usted lo sabe. De Buenos Aires puse un cable al abuelo. Llegué en avión al Istmo.

Cierra los ojos y queda silenciosa.

Don Céfaros prosigue:

—Ya he dicho antes que al recibir su cable el entusiasmo me volvió como loco. Finalmente iba a abrazar a mi nieta. No podía imaginármela crecida, transformada en mujer. La recordaba tal como ella se fue. Cuando era apenas una niña. Pero ¿cómo estaría? Imagínese cuál sería mi sorpresa cuando la vi bajar de aquel avión medio sonámbula, enlutada y tan pálida... No demostró ningún entusiasmo al verme. Apenas dijo algunas palabras de cortesía. Subió en el auto conmigo y nos marchamos a casa. Desde entonces comenzó mi tormento. Elena me parecía un fantasma. Se paseaba por las habitaciones sin pronunciar palabra o se encerraba en su cuarto. No hacía más que leer. Y en el silencio de la noche, de vez en cuando, vibraban en el aire las melodías que le arrancaba al violín. Pero lo trágico, lo verdaderamente angustioso vino después. Fue cuando me enteré de la influencia lunar sobre su espíritu. Yo recuerdo que Elena había

pasado dos o tres días completamente callada. Por las noches, estando yo acostado, había escuchado sus pasos hacia el jardín. Preocupado por todo aquello y creyéndola enferma, bajé esa noche con el objeto de convencerla de que volviera a su cama ya que podía resfriarse. (Entre nosotros los viejos existe la manía de preocuparnos por la tranquilidad de los demás. Y muchas veces nos hacemos odiosos y acaso insoportables. Pero qué se va a hacer, son esas cosas que no se pueden evitar). Bueno, dejemos eso. Como le iba diciendo, bajé al jardín y vi a Elena apoyada contra la balaustrada del estanque contemplando la luna. Me le acerqué. Ella estaba cubierta únicamente por su bata de noche. Fumaba.

—Elena —dije—. ¿No te vas a acostar? Ya es tarde, hijita.

No dijo una palabra. Ni siquiera se dignó volver el rostro hacia mí. Y yo —¡qué tonto!— quise insistir. (Si bien es cierto que mi instinto ya presentía, veía en Elena la encarnación del viejo mal.) Creí oportuno demostrarle mi afecto y apoyé sobre su hombro mi mano trémula. Ya iba a decirle: “Vamos...” cuando ella, bruscamente, con un gesto colérico que no esperaba, dijo:

—¡Déjeme! ¡No me toque!

Me quedé como extático. No supe qué decir, ni qué pensar, ni qué hacer. Frente a aquella reaparición del fantasma mi ternura se derramó en un llanto silencioso, abundante, incontenible. (Bien sabido es que los viejos lloramos siempre por las cosas más simples; pero esa vez, la causa no sólo era angustiada, sino también inevitable. Yo lo sabía). Las palabras hubieran sido inútiles. Alcé la vista al cielo. Estaba espléndido, y la luna, casi llena, resplandecía radiante. Volví a odiarla profundamente. ¡La luna...! ¡La enemiga...! Yo sabía que lo triste vendría después, cuando la luna estuviese llena. Y esperé, cada noche, con cruel ansia, la plenitud del astro... Al fin llegó... Esa noche Elena bajó con el violín. Yo la miraba (la espiaba) desde un gran ventanal. Y recuerdo que la luz de la luna se reflejaba en los cristales...

Elena se apoyó en el barandal y encendió un cigarrillo... La luna, definitivamente llena, se proyectaba enorme entre los árboles... Ella seguía fumando... Yo hasta llegué a pensar, con cierto júbilo, que la cosa no pasaría de allí... Las nubes ocultaron la luna... Ya me iba a retirar de la ventana. (Me dominaba el sueño. Mi costumbre era acostarme temprano). La luna se proyectó redonda sobre unos algarrobos. Sus rayos me inundaron de luz y dibujaron, a través del cristal, un gran rectángulo sobre el piso. Con cierto sobresalto miré a Elena. Mi nieta estaba erguida. La luz del cigarrillo saltó al agua deshaciéndose en chispas. La bata de dormir cayó en el césped. Y Elena, ya desnuda, le arrancó al instrumento sus melodías. Lo recuerdo como si lo estuviera viendo. Desde ese día la luna volvió a ser un suplicio para mi espíritu. En cada plenilunio aquella escena se volvía a repetir, siempre la misma, con ligeras variantes. Y no vaya a pensarse que yo no hice lo que estuvo en mi mano para evitarla. Llevé a Elena a nuestras clínicas más famosas; la vieron nuestros mejores médicos. Pero ya es bien sabido que estos señores usan un bisturí que sólo sirve para cortar apéndices, riñones o algún tumor del cuerpo. Lo malo es que en el caso de Elena precisaba operar el alma. El bisturí no servía. Por fortuna llegó un especialista en psicoanálisis. Volvía, creo, de uno de esos congresos médicos... Pero ese asunto viene después... Es necesario que usted conozca los detalles con cierto orden para que pueda darse cuenta de todo. Es preferible que ella le explique a usted lo que llamaba su descentralización del ambiente...

—Yo —dice Elena— que había visto derrumbarse mi viejo mundo europeo, caí de pronto en esta escalofriante Babel del Istmo. ¡Imagínese! Me sentí totalmente fuera de centro. La ruta interoceánica me pareció una cloaca que derramaba el vicio a manos llenas. Y vi que todo el mundo corría de un lado a otro tras el afán de lucro. Me parecían espectros afanados en llegar pronto al Valle de Josafat. Los ojos de avaricia, los rostros demacrados, las frentes sudorosas, y los vestidos sucios, mal olien-

tes... Unos formaban la facción de los pulpos, de los auténticos succionadores del oro... El otro bando lo formaban los simples, las ovejas, las moscas, la manada de los que se dejaban conducir del ronزال; eran la casta de los trabajadores, los empleados de pequeño salario, los que no habían podido liberarse del cheque, era la clase de los desamparados que miraban, sedientos, pasar el río dorado sin poder humedecerse los labios; eran la tropa de los que trabajaban para los pulpos. Me pareció caer en un infierno de codicias y de odios. Se rendía pleitesía al becerro de oro aun a costa de sacrificios cruentos. Aquellos sacerdotes del nuevo culto, con las manos y el alma empantanadas, inmolan en aras de su dios los más sagrados deberes. Todo caía encharcado: La Moral, en pollera, cantaba el Himno dentro de los burdeles... Aquello era la exaltación del egoísmo, del sexo, de la prostitución. Pero, ¿a dónde iba la República? Los políticos no sabían contestarme. Alguno que otro me decía: “Es el destino de nuestra Tierra. Siempre hemos sido el puente de todas las miserias y de los grandes pecados. Recuerde usted las ferias de Portobelo, el oro de California, el Ferrocarril, el Canal francés, los yanquis, la Gran Guerra, y ahora...”

Les contestaba: “Pero, entonces, nuestras instituciones ¿a dónde van a parar? ¿Qué va a ser de las nuevas generaciones? ¿Qué educación les damos? ¿Cómo podríamos contrarrestar el mal ejemplo?” Me respondían: “Son detalles sin importancia. Hemos vivido siempre así. También nosotros, cuando chicos, recibimos el mal ejemplo y, ya usted ve, persistimos como si nada” Comprendí que era inútil insistir. Yo hablaba pero no me entendían. Y todo aquello me producía el efecto de caminar entre sordos o entre sombras. Era de veras como si predicara en la playa, en el desierto, en el éter. Los llamados políticos mentían con un descaro indignante. Se hablaba de reformas, de mejoras y de enormes progresos. La prensa hacía un despliegue de propaganda vocinglera. Y en el fondo de todo aquello sólo quedaban las heces del licor y los regüeldos fétidos. Las mejoras ha-

bían vibrado en los discursos, y, después de la gira, todo quedaba en el olvido... Bueno, después de todo, nuestra historia siempre había sido igual. Dejaba el mando un presidente, y lo cogía otro —que a lo mejor llegaba con buenas intenciones— pero los hombres que lo rodeaban eran las mismas figuras estereotipadas. Los eternos ególatras. Los sempiternos buitres del presupuesto. Enormes aves de rapiña con uñas afiladas y pico corvo. Sin embargo de vez en cuando, de aquella turbamulta de apetitos se levantaba alguna voz de protesta. Las esperanzas de redención volvían a flote. Se respiraba mejor por un instante. No todo parecía corrompido. Sin embargo, sólo era falsa alarma. Las voces de protesta eran de aquellos que no lograban un permiso para abrir más prostíbulos... Y, por supuesto, sobre ese mar tempestuoso el País daba tumbos como un ebrio o como una embarcación que condujese en la bodega alguna carga desnivelada. Hay un poema de Enrique Ibsen en el que se habla de un barco donde los pasajeros se notaban inquietos, descentrados y no sabían la causa de su desasosiego. Finalmente les llegó a los oídos una noticia escalofriante: ¡Aquel navío llevaba en la bodega un cadáver! Así como a esa nave veía yo al Istmo. La república traía a bordo un cadáver pútrido. ¿Dónde estaba? ¿Cuál era? Yo no podía saberlo, pero algo hedía en el Istmo. Solamente un remedio heroico podía salvarnos: Era preciso buscar ese cadáver donde estuviese y cremarlo o echarlo al mar. Libre ya de aquel incubo, la República renacería perfecta como un tallo lozano. Comencé a investigar y me di cuenta de que aquella hedentina emanaba de tumbas honorables. Lo malo es que sobre ellas habían crecido tremendos avisperos cuyas ponzoñas se alborotaban cada vez que alguien hurgaba los sepulcros blanqueados. No había nada qué hacer. Estábamos definitivamente perdidos. Y entonces comprendí por qué las nuevas generaciones permanecían impasibles. Sabían perfectamente que era inútil luchar. Se alzaban de hombros. No tenían fe. Habían perdido todas las esperanzas. Y preferían mecerse muelle-

mente sobre la gran hamaca de su indolencia y a la sombra de la rama fiscal... Ya he aceptado que yo volvía de un mundo en decadencia que estaba derrumbándose por momentos. Pero traía una fe, traía conmigo una experiencia terrible. Yo conocía las causas que habían dado lugar a aquel desastre. No es, pues, difícil imaginarse cuál sería mi aflicción cuando encontré en mi tierra los mismos gérmenes del odio. ¿Quién no comprende que era como para volverse loca? Cuando se suicidó en América Stefan Zweig yo hubiera deseado su valor. La insufrible tristeza que lo empujó al suicidio era la misma decepción que me ahogaba. ¿Por qué se suicidó? Pues muy sencillo: Porque miró volar sobre la América los ángeles del mal. Sin embargo, yo no tuve valor para seguirlo... Fui cobarde. Preferí recluirme dentro de mí, en mi Villa, para vivir en soledad dentro de un mundo fantástico, imaginario: recuerdos dolorosos que en cierto sentido constituían “mi mundo de ayer”.

Y en ese mundo me refugié con mi instrumento y mis fantasmas de Amberes. Viví para mí misma, sin preocuparme de la vida circundante ¿Qué me importaban ya las discusiones que sostenían Crispín y Papá Céforo? El tal Crispín me parecía un renacuajo desagradable. Volvía de sus faenas, mal vestido, sudado y asqueroso. Despedía un cierto olor característico de las gentes avaras. (Porque debo explicarle que los avaros del Istmo son los que hieden más. Su pestilencia es definitivamente peculiar. Se siente a leguas.) Por eso yo no podía sufrirlo. El tal sujeto me crispaba los nervios. Y no había más remedio que soportarlo a todas horas, ya que a pesar de mi regreso, se había quedado en casa, y allí vivía, pegado a nuestra vida como una sanguijuela. Inútilmente me quejé al abuelito. El pobre viejo no podía deshacerse de aquel estorbo; por más que, muchas veces, llegó a decirle que se fuera que nos dejara vivir nuestra existencia sin fisgones molestos. Pero aquel hombre parecía invulnerable a la decencia. Yo entonces puse en juego mi orgullo. Lo traté rudamente. Le lanzaba indirectas. Lo miraba como a una sabandija.

Y, sistemáticamente, pasaba por su lado sin contestar a sus saludos... ¿Cree usted que todo aquello produjo efecto? Nada de eso. El muy canalla se reía. Y muchas veces era yo la que me sentía en ridículo ya que mis actitudes más trágicas él las interpretaba falsamente, las desvirtuaba —con procaz agudeza— y las hacía parecer como una especie de insinuación al juego. Era pues yo —según su juicio— la que daba ocasiones para el relajo.

Me decía:

—Doña Elena, siempre con sus coqueterías...

Por supuesto —ya puede comprenderse— aquel cinismo me exasperaba. No lo podía sufrir. Me enloquecía. Y lo más fastidioso era que me lo hallaba siempre en mi camino como una sombra. Digo mal. Tal escoria no podía ser mi sombra... Era más bien... ¿cómo decirle?... ¡un arácnido!... ¿No ha visto alguna vez esas arañas repugnantes, negruzcas? Pues, esa es la impresión que él me causaba. Era además pegajoso como un murciélago... Usted sabe que los murciélagos son mucilaginosos, ¿verdad? Así era él. Se adhería como se adhieren los pulpos: chupaba, succionaba, extenuaba. A mi abuelo ya lo había aniquilado. Ahora trataba de liquidarme a mí. E iba tejiendo a mi alrededor como una tela de araña. Quería envolverme en ella insidiosamente. Me saludaba cada mañana con sus mejores frases: “Dichoso el aire que acaricia su frente...” Estupideces propias de él: Y yo pasaba a su lado sin mirarlo siquiera, como si no existiese. Sin embargo, bien sabía él que mi indiferencia era aparente. El tal Crispín no dejaba de comprender que todo aquello me sulfuraba... ¿Por qué lo hacía? Quién sabe... A lo mejor mi presencia resultaba un estorbo para sus planes devoradores. Después caí en la cuenta de que aquellos desplantes expresaban su estúpida manera de enamorarme. Aquel hombre me hacía una corte despiadada. Desde luego, yo no me había enterado. Su melosa galantería producía en mí un efecto contradictorio. Cada una de sus frases más bien era un insulto. Al fin parece que se dio cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos, pues intentó

maneras más convincentes. Yo recuerdo que me habían preocupado en esos días las noticias sobre la guerra. Hitler había invadido a la Rusia Soviética. Sus ejércitos mecanizados estaban ya a las puertas de Stalingrado. Por suerte ya Inglaterra comenzaba a imponerse. Pero, ¿por cuánto tiempo podría seguir haciéndolo? No parecía muy cerca el término de la contienda. Todo hacía suponer que los germanos se adueñarían del mundo. Y aquello me enervaba. Mi fe en la causa aliada comenzaba a flaquear... Esa tarde, mientras bajaba la escalera interior, me pareció escuchar una discusión entre Crispín y mi abuelo. Conversaban en la oficina de éste. Y aunque no es mi costumbre detenerme a escuchar tras los rincones, era tal el volumen de sus voces que, sin quererlo, llegaban a mi oído mientras bajaba. No le niego que la curiosidad femenina logra imponerse a veces sobre todas las reglas del decoro. De manera que la actitud mía, en ese instante, fue la de quien escucha algo prohibido. Y era muy natural que reaccionase de tal manera, puesto que yo temía de aquel sujeto cualquier insidia. La situación en casa había llegado a tal estado de tirantez que yo esperaba de un momento a otro una ruptura final. Y, por supuesto, la única solución del conflicto hubiera sido que Crispín abandonase la Villa. ¡Qué ilusión! Me equivocaba de medio a medio. Imagínese cuál sería mi estupor cuando escuché la propuesta que hacía Crispín. ¡El muy bandido me pedía en matrimonio! ¿Puede usted suponerse situación más grotesca? Me eché a reír. Me saltó a borbotones una risa cristalina e hiriente. Me dio como un ataque de histeria. Y entré al despacho riéndome como una endemoniada. Quería que el viera en esa viva hilaridad mía la expresión más perfecta de mi desprecio.

(Al evocar la escena. Elena Cunha no puede contener su risa histérica. Su aguda carcajada chisporrotea, salpica, se diluye y al fin se quiebra en una queja de profundo rencor).

El abuelo trata de consolarla con golpecitos en el hombro.

Y, dirigiéndose a mí, agrega:

—Se reía como ahora. Sí, señor. La atacaron los nervios. Pero lo más curioso fue la reacción de Crispín contra su risa. Al principio me pareció desconcertado. Creí que iba a cohibirse. Y hasta pensé: “Menos mal. Pueda ser que, sintiéndose ofendido, se vaya de esta casa y no vuelva más. Ya era tiempo”. ¡Pero, no! ¡Qué esperanza! Se recobró asumiendo la más inesperada actitud. Lo hubiera visto. Montó en cólera. Dejó caer el puño sobre la mesa con gran estruendo acompañando su ademán con aullidos desconcertantes y groseros. Gritó:

—¡Basta de bromas! ¿Se va a callar? ¡Entienda que no se lo tolero!

Sus ademanes parecían los de un loco. Elena al verlo se quedó muda. Yo comprendí enseguida la situación. Era preciso definir el equívoco a todo trance. Y a pesar del respeto que me infundía aquel tipo, me revestí de mi mayor dignidad y en tono seco le contesté:

—Aclaremos. ¿Qué es lo que tú no puedes tolerar?

—¡Sandeces!

—¡Insolente! —le respondí—.

Mi nieta, ya ciega de impaciencia, gritó:

—¡Fuera de aquí!

Pero el efecto fue contraproducente. Se echó a reír con risa malévolamente irónica.

Yo me indigné:

—¡Que salgas! ¡Vete! ¡Vete! ¿No entiendes?

Movió con gesto ambiguo las dos manos (sus dos manos de renacuajo) y me dijo:

—No se apresuren tanto. Antes exijo una explicación.

—¿Con qué derecho pides explicaciones?

—Con el derecho que me concede la propiedad de esta casa. De manera que si alguien debe salir, serán ustedes, no yo.

Yo creí comprender y aún dudaba. Por eso, ya inseguro, le contesté:

—No entiendo...

Aquella frase (me di cuenta en seguida) no tenía la firmeza de mi carácter. Sonó sin brío por falta de convicción.

El lo notó, y en tono sarcástico me dijo:

—Las escrituras cantan.

—Si no te explicas...

Mi voz perdía firmeza. Ya comprendía la infamia. Aquel bandido nos tenía en su poder. Sin embargo, abrigando una ligera esperanza, lo induje a explicarse.

—¿Qué enredo es ese? ¿Vas a aclarar al fin?

Con toda saña, repuso:

—La Villa ésta y las casas están hipotecadas como usted sabe, a un señor cuyo nombre puede leer si quiere en las escrituras. ¿No lo recuerda ya? Se llama: Juan de la Cruz Gaitán.

Sentí que todo me daba vueltas. Me apoyé en el escritorio. Todavía dije:

—¿Y qué?

—Pues, nada. Que ese señor soy yo.

Me ví obligado a sentarme. De no hacerlo, tal vez me habría caído.

Se echó a reír.

En tal momento tuve la sensación de que la sangre no corría por mis venas. Me vinieron de pronto a la memoria todos los medios de matar. Había leído tantos crímenes célebres. Me vi en el acto de levantar un grueso pisapapel de cobre que yo tenía en el escritorio y descargarlo con furia sobre la frente. Vi el chorro de su sangre salpicar por doquier y hasta sentí mis manos empapadas en su desagradable viscosidad. Pero, no. ¡Qué ironía! Soy incapaz de asesinar a una mosca. Sin embargo, habría querido insultarlo, darle de bofetadas, propinarle puntapiés a destajo, pero pasaba el tiempo (tal era mi impresión y aquel canalla seguía plantado allí burlándose de mi debilidad... Elena tuvo que intervenir...

—Es lógico. Te vi desfigurado, descompuesto, deshecho. Temí que iba a darte algo. El desagrado te había afectado tanto...

Al decir esto, Elena se aproxima al abuelo: Le hace un mimo piadoso, y, dirigiéndose a mí:

—¿Sabe? —me dice—. Mi abuelo no se sentía muy bien en esos días. El pobrecito no resistía ya más. Por eso me asusté al verlo tan pálido. Pero, volvamos a Crispín. Lo que había dicho me daba a mí un pretexto para vengarme de él. Aquel imbécil no supo imaginarse con quién luchaba; pero yo sí sabía la clase de hombre que era él, y, dominando mi orgullo, resolví pisar bajo para humillarlo. Tuve en seguida la intuición —clara, nítida— de lo sencillo que podría ser esclavizarlo a expensas de mi belleza. Por supuesto que, para lograr mi objeto, no había otra escapatoria que someterme a su demanda de matrimonio. Mi primer paso para vencerlo consistiría en ese acto repugnante. Después vendría mi turno. Lo demás se lo dejaba a mi sexo. Se comprende que en los momentos más íntimos es la mujer la que domina, si sabe hacerlo. Y yo...

—Sí, cometiste la tontería de encadenarte y fuiste esclava de tu venganza.

—¡Déjame hablar, abuelo! ¡Tú bien sabes que esa era la única solución!

Y, dirigiéndose a mí, prosigue explícita:

—¿Qué remedio quedaba? Frente al claro dilema de aceptar la miseria con toda su secuencia de humillaciones (imagínese usted lo que todo ello significaba para mí, habituada a vivir en la elegancia de las grandes ciudades europeas) o someterme a la coyunda nupcial con aquel truhán insufrible, opté por lo último. ¿Qué me importaba soportar su presencia (desagradable sin duda) con tal de arrebatarle lo que era mío? Ya sabía yo los medios de conseguirlo con leyes más seguras que las que abundan en los códigos. De manera que, ya resuelta a todo, cerré los ojos y acepté su propuesta de matrimonio. Pero esas bodas no tuvieron lugar inmediatamente. Ya Ud. comprenderá que le exigí condiciones y un plazo prudencial. Total tres meses para amoldar mi espíritu a la vida de la perfecta casada, en cuyo

lapso debía comprometerse a subvenir a mis gastos para que calculara lo que podía costarle una mujer como yo. A nada de esto opuso inconvenientes. Lo que sí lo alarmó fue mi reclamo sobre la Villa Elena. El muy idiota no quería concederme los derechos que me correspondían. Lo hubiera visto. No quería transigir y reulaba como un cangrejo terco. Pero yo, en pleno goce de mi coquetería, fui aproximándome y lo seduje con mi mejor dialéctica. Se defendía villanamente con excusas ridículas. ¡Pobre hombre! Luchaba inútilmente contra mi enorme fuerza de seducción. Hacía aspavientos y resollaba como un becerro herido. Finalmente le asesté el puntillazo mortal.

—No sufra tanto —le dije—. Firmaremos conjuntamente las entregas. Dando y dando.

Aceptó. No le quedaba otra escapatoria. Lo tenía dominado. Y en seguida comencé a succionarlo. Al día siguiente le pedí un automóvil a todo lujo. Ni siquiera le permití ir conmigo para escogerlo. Yo fui sola a la agencia y separé un roadster Plymouth elegantísimo. Costaba caro, pero, ¿qué me importaba? Podrá objetárseme que todo aquello era absurdo hasta el extremo de poner en peligro todos mis planes. No, señor. Nada de eso. Yo estaba bien segura de lo que hacía. Y había resuelto gozar de esos tres meses en plena libertad. Quería perderme por caminos lejanos y hartarme de lecturas para aquietar mis nervios. De manera que, sin decirle una palabra a Crispín, una mañana monté en mi roadster y me lancé en gira por las provincias centrales...

—Como era de esperarse —agrega el viejo— la escapada de Elena no le agradó a Crispín. Me vi obligado, pues, a hilar delgado para que depusiera su enojo. Por las noches lo distraía enfrascándolo en partidas de ajedrez en las que no era muy ducho, pero como mi objeto era entretenerlo, me dejaba ganar sólo por verlo contento. De vez en cuando me preguntaba: “¿Sabe algo de su nieta?” Yo me quedaba en vilo, sin saber qué inventarle. Lo cierto era que Elena no se ocupaba de escribirme, y, por supuesto ¿Yo qué le iba a decir?

—A todo esto —dice El Mack— ya mi madre había salido del Hospital. Convalecía lentamente. Y su presencia en el cuarto fue un obstáculo para los planes de Crispín. De manera que aminoró sus visitas. Por otra parte, yo logré deshacerme de mis tribulaciones y de mi vida airada. Me desprendí de mis amigos e hice vida tranquila. Mi negocio me producía dinero. Y me sentí nuevamente feliz con mi familia. La Macksita seguía en la escuela. Progresaba. Soñábamos de nuevo con la idea de construir nuestra casa. Y hacíamos mil proyectos para el futuro contentos de la vida...

—Regresé de mi gira —dice Elena— mucho antes del plazo establecido. Volví decepcionada. El Interior de la República no me produjo la impresión halagüeña que yo esperaba. Todo aquello me pareció tan pobre. Tan iguales los pueblos, tan escuálidos. No hallé en ninguna parte la vida simple, sana, jovial, característica de la vida del campo. Sólo vi tierras tristes, abandonadas de la mano del hombre. Los tallos del maíz y de la caña de azúcar se secaban marchitos por el sol. No resistían la acometida del viento. Un polvo rojo., desagradable, terroso, se levantaba por todos los caminos. Muchas veces el auto no podía penetrar en ciertas partes. Eran senderos miserables, desatendidos. No hallé una sola ruta decente por la que se pudiera correr a toda máquina hacia las poblaciones cercanas a la costa o hacia las que se pierden sierra adentro. Pero, vuelvo a insistirle que lo más lamentable era ver tantos campos abandonados. Al preguntar la causa se me decía que los hombres preferían emigrar “hacia el Canal porque en la Zona pagaban más”. También a las mujeres las había enloquecido la sed del oro. Ellas también abandonaban los campos en esa especie de éxodo. ¿A dónde iban? A Panamá, a Colón, a las ciudades de la riqueza y el vértigo. Entre tanto, la miseria caía sobre los campos. La malaria, la anemia y otros males devastaban lo máspreciado de la vida. Vi a niños esqueléticos, inflados, granulados. Salíanme al paso por doquier, desnuditos, sucios de barro, tristes. Y aquellos pobrecitos for-

maban la generación del futuro. El panorama no podía ser más trágico y desolador. Por eso resolví volver cuanto antes. Me oprimía las entrañas tanta miseria. Además, ya las lluvias habían llegado. La polvareda atroz de los caminos se volvía barro, fango; lodazales por donde ya los autos no podían avanzar. Lo cual significaba que, durante el invierno, los pueblos apartados vivirían en el más lóbrego aislamiento. La humedad más tediosa caería sobre ellos. Y entonces comprendí por qué motivo los campesinos abandonaban sus montes. Era mejor ganar un buen salario en la Capital, aun a costa de apretujarse en cuartos malolientes o embrutecerse bajo el sopor alcohólico... Volví, pues, de mi gira, decepcionada, y apresuré mis bodas con Crispín. No quise fiesta, ni pompa, ni regalos. Eso está bien para otras. Para las mojigatas que se nutren del oropel y santifican la entrega. ¿Para qué tanto rito? Lo esencial es la ley que nos defiende del hombre. Lo que me interesaba era el convenio civil. Mi matrimonio se llevó a efecto a escondidas, con el mayor sigilo. Yo no quise que nadie se enterara. Era mejor. La fingida aristocracia del Istmo no me agradaba. Preferí estar aislada. Y, aun después de las nupcias, salía sola en mi roadster con mis libros y me iba a estacionar frente a las ruinas de la vieja ciudad. Por lo menos entre ellas podía evocar la vida de la Colonia. Veía surgir de nuevo, como en otra época los majestuosos templos de La Merced, Santo Domingo, La Concepción: Sagradas ruinas abandonadas a la ferocidad tropical por nuestra inercia incurable...

Hace una pausa y prosigue:

—Pero usted lo que necesita son los hechos, y yo me pierdo siempre en fastidiosas divagaciones que a nada nos conducen. Yo he sido siempre esclava de los razonamientos. Sin embargo, ya sé que en este caso las ideas sobran. Hacen difícil la comprensión de la más simple verdad. Pero hay detalles de autoanálisis de los que no es posible prescindir.

—¡Elena! —grita el viejo—. Te vuelves a perder. ¡Cuenta los hechos!

—Los hechos, ¡sí! ¡Los hechos! ¿Qué quiere usted saber? ¿Nuestro conflicto matrimonial? Muy bien. Aquello comenzó desde la primera noche. Yo, desde luego, me había negado a hacer el viaje de novios. En tales circunstancias me parecía ridículo. Y para viajes bastaba el que había hecho por las provincias centrales. Ya estaba saturada de carreteras. Y, sobre todo, ¿resistiría usted un viaje en compañía de Crispín? Yo por lo menos no me hallaba dispuesta. Quedó pues descartado lo del viaje nupcial. La fastidiosa luna de miel se iba a efectuar en mi Villa. El matrimonio se realizó temprano. Por fortuna, Crispín tenía negocios que atender y me vi libre de su presencia hasta ya entrada la noche. No se olvide que esa era nuestra primera noche de bodas. Debía, pues, prepararme para cumplir debidamente con mi cónyuge como lo exige la ley, aun a sabiendas de

inquietase su demora (¡encantada!) sino porque me hacía esperar inútilmente. No sabía qué pensar. Y hasta supuse que, Crispín, por un rasgo de gentileza muy comprensible habría resuelto no molestarme esa noche. ¡Qué equivocada estaba! Su lamentable carencia de criterio se hizo notar inmediatamente. Abrió, sin previo aviso, la puerta y entró de sopetón en mi alcoba. Ríase usted. Se había vestido de mamarracho. ¡Qué figura grotesca! Traía un pijama a rayas que era como para matarlo. Parecía un escurrido espantapájaros... Y se quedó cohibido, frente a mí, sin palabras... Comprendí que había llegado mi turno... Dejé el lecho... Coloqué en su anaquel a Geraldty... Y, sin darle tiempo de reponerse, desabroché mi bata, la hice caer de súbito a mis plantas y, desnuda, permanecí impasible sobre aquel pedestal de seda y ondas... ¡Era Venus urania surgiendo de las aguas! ¡Pobre hombre! No esperaba una impresión tan violenta. Y, por supuesto, se quedó trastornado, como quien ve visiones. El muy tonto había querido sin duda causar su efecto. Por eso había llegado tan arrogante con su pijama tutankámico (que olía a almacén hindú) y con el aire de quien llega a posesionarse de una isla conquistada. Y, en efecto, allí estaba, frente a él, exuberante, la tierra prometida, bella, sonriente y sana: tierra fértil que ansiaba la simiente fecunda. Pero hacía falta el brazo del sembrador y el arado pujante. ¡Pobre Crispín! Era impotente para tan buena tierra de sembradura. Para él se requería la nauseabunda blandura de las ciénagas donde se siembra el tallo fácilmente en comunión con el fango y con los vermes.

Cayó, pues, a mis plantas, silencioso, y acarició mis piernas con el vago temor con que los indios palpan las formas de una diosa. Me pareció un reptil. No hizo otra cosa que babosear mi piel. ¡Qué desagrado! Al más leve contacto de sus labios me escalofriaba. Sus besos helados producíanme el efecto que sentimos al contacto de un sapo. Sin embargo, me mantuve allí, rígida, con la mala intención de atormentarlo. Aquel pobre hombre no era capaz de nada. Se puso a sollozar como un chiquillo.

Aún recuerdo que sus bronquios emitían ese ruido característico de los perros asmáticos. Fuí cruel hasta saciarme. No tuve un solo gesto de bondad. Mis dos manos no supieron abrirse a la más leve caricia ni a la más simple demostración piadosa. Al fin, cansada, lo aparté con desdén, cubrí mi cuerpo con mi salto de cama y me alejé hacia el jardín...

Elena calla un instante. Parece latigada.

Don Céforo prosigue:

—Yo estaba desvelado, (sentía calor), y había salido al raso de la noche para aspirar la brisa. Inútil gesto. Ni el más ligero soplo se hacía notar. Era una de esas noches caliginosas, claras. La luna... (No se olvide de ese detalle trágico: ¡Brillaba una magnífica luna!, El plenilunio me ha perseguido siempre. Los momentos más tristes de mi vida se proyectan sobre una luna enorme. Repito, pues, que estaba desvelado porque yo presentía para Crispín la misma escena que yo viví la noche de mis bodas. Yo sabía que si Elena se había resuelto de pronto al matrimonio lo había hecho bajo el influjo de la luna creciente. Ya el astro había llegado a su plenitud... ¿Qué iba a pasar esa noche?... En ese instante vi salir a mi nieta, cubierta con su túnica, hacia el jardín, y me oculté tras un mirto. Me puse en la actitud del que se esconde para espiar lo prohibido. Elena había llegado al estanque, y, ya desnuda, contemplaba la luna. Es algo indigno de mí, pero confieso que no pude privarme de mirarla. Sin embargo, le puedo asegurar que si seguí clavado en aquel sitio no fue precisamente por admirar la desnudez de mi nieta. Usted comprende que hubiera sido absurdo. Lo que me retenía pegado allí era una especie de fruición contra mi yerno Crispín. ¿Cómo explicarme? Yo que bien conocía la situación humillante en que lo ponen a uno las excentricidades de una esposa lunática (teniendo en cuenta que yo experimenté todo aquello siendo muy joven y con pleno goce de mi virilidad), quería saciarme atestiguando la situación grotesca en que iba a hallarse Crispín. ¡Oh, le confieso que por nada del mundo habría perdi-

do ese espectáculo de la bella y el monstruo! En ese instante me venían a la mente aquellos sátiros de orejas puntiagudas y cabellera hirsuta. Era una escena definitivamente mítica... En efecto, Crispín había salido tras ella... Se detuvo muy cerquita de mí, y, al ver el cuerpo de Elena, quedó en cuclillas como un lobo en acecho... Pude escuchar su respirar afanoso... Y, luego, (¡asómbrese!) fue acercándose a ella, en cuatro pies, como bestia famélica... Aún no creo exagerar si le aseguro que de su belfo colgaba un hilo tenue de baba perceptible por la luz sideral. Ya mi nieta, presa de su locura, se había echado en el césped y comenzaba a entrar en esa especie de trance que antecede al delirio. Crispín aproximábasele con ademanes simiescos. La luna se reflejaba espléndida en el agua. Todo el ambiente respiraba quietud. Ni siquiera la más ligera brisa movía los árboles. Podían oírse los ruidos más sutiles: la caída de una hoja o el vuelo de un murciélago... De repente, mi nieta comenzó a retorcerse poseída de su cruel paroxismo. Yo sabía (por haberla observado anteriormente) que en ese instante mi nieta imaginábase en los brazos de el otro: Se entregaba al espectro del viejo amor, del hombre fusilado en Amberes. La pobre abría los brazos, en un inútil gesto romántico, para estrecharlo contra sí. Le susurraba palabras de pasión; le brindaba todo su cuerpo hecho deseos. Crispín ya estaba al tanto de ese desdoblamiento de Elena. Yo lo había prevenido. Y hasta le había rogado que la dejara sola en esos momentos de morbosa alucinación. Pero aquel hombre (¡parece un hecho insólito!) cuando miró a mi nieta convertida en una flor de lujuria, se dejó arrebatar de las más bajas pasiones.

Su muerta reciedumbre resucitó lozana. Su sadismo brutal, acostumbrado a triunfar en los burdeles, lo hizo excitarse locamente frente a aquella criatura convertida en una bestia espasmódica. Y se lanzó voraz sobre su cuerpo como el lobo de la Caperucita. Fue así como aquel bárbaro sació sus más groseros deseos... Satisfecho, se levantó, bien harto, antes de que ella volviera de su crisis, y huyó como un ladrón. Iba nervioso ca-

minando de prisa con el sigilo de quien ha cometido una falta. Pero yo comprendí que se alejaba feliz. Su gran cinismo lo superaba todo. Sentíase triunfador. Había encontrado la manera más cómoda de unirse con mi nieta sin sentirse humillado. La demencia de Elena resultaba para él un atractivo sexual. Era muy lógico. La doble personalidad de la enferma le brindaba la adquisición de dos hembras: una esposa orgullosa y una ramera lúbrica. ¿Qué mucho le importaba a Crispín que la coyunda sexual le fuera dable únicamente a condición de que él mismo se revistiera de un aspecto macabro? No vaya a imaginarse que él no sabía. Aquel hombre conocía bien la parte que iba a representar. Pero, si no dudaba que Elena, al entregársele, se daba a Ninski ¿cómo podía sufrir el adulterio y fomentarlo con su propia actuación? Me dirá usted que el otro, al fin de cuentas, no era más que una sombra. Muy bien. Yo no lo niego. Pero, no olvide usted que, para Elena, la realidad era otra. Para ella se trataba, aun inconscientemente, de una unión legal. No va usted a negarme que mi nieta era adúltera y Crispín, el más soberbio cornudo. Pero —¡fíjese bien!— lo más curioso es que el delito de Elena resultaba para él la solución más ecuánime del problema; porque precisamente fue la anormalidad de aquel connubio lo que logró excitarlo. De manera que no podía haber mejor arreglo. Crispín, siendo polígamo, resultaba burlado y a su vez, burlador; Elena, siendo adúltera, resultaba engañada y, a su vez, fiel esposa. Parecerá increíble, sí, pero era cierto. Aquella insania de sentirse burlado y burlador fue el gran hallazgo para Crispín. Desde entonces esperaba la luna con frenesí creciente. De modo que la luna —mi mayor enemiga— resultaba para él la más perfecta rufiana... Lo mejor del asunto es que, a medida que aquel convenio tácito avanzaba con el correr del tiempo, Crispín iba adentrándose en su parte de espectro. Se rasuró el bigote y comenzó a adecentarse refinándose cada vez más. Cuando Elena —en sus momentos de insania— conversaba con él imaginándolo Ninski, Crispín no se inmutaba. Le seguía la co-

riente. Y hasta llegó a aprobar —en su papel de fantasma— lo que decía mi nieta contra él. No he conocido comediante mejor. Su repugnante superchería pasó los límites de la decencia. Una noche le dijo a Elena:

—¡Ese Crispín es un solemne canalla!

Elena Cunha prosigue:

—De estas cosas yo no me daba cuenta. Mi abuelo no se atrevía a contármelas por miedo de que un nuevo capricho mío diera al traste con el plan de venganza que él venía combinando. Usted bien sabe que el odio engendra el mal. Y, en estos casos, el egoísmo supera los más tiernos afectos. ¿Qué le podía importar mi neurastenia, si yo venía a servirle como de Némesis para poner a flote su economía? Con todo y eso, no lo culpo ¿Por qué? Yo, al fin de cuentas, tenía el mismo propósito. Mis mejores intentos iban encaminados a arrebatarle a Crispín lo que indebidamente se había apropiado. Y si mi insania favorecía esos planes, tanto mejor. Pero vuelvo a insistirle que yo nada sabía de esas escenas pecaminosas. Mi única técnica consistía en intimidar a Crispín con mi desprecio, si bien, de vez en cuando, lo alentaba con ligeros descuidos. Usted sabe que las mujeres somos duchas en las lides del dar y del no dar. Pero esto era posible únicamente en mis momentos normales: quiero decir, cuando la luna no inyectaba en mi mente su maléfico influjo. No olvide usted que apenas sufría el desdoblamiento, perdía todo dominio sobre mis centros nerviosos y me volvía un juguete entre sus manos. Sin embargo, recuerde que aquella desviación de mi sistema sólo duraba dos o tres días por luna, de manera que yo era dueña de mis actos buena parte del mes. Esto me daba ocasión de superarlo ganándole ventaja. Por regla general, durante el día, yo triunfaba; pero mis noches eran siempre algo raras. ¿Por qué voy a engañarlo? Aquel delirio me hacía saltar del lecho, a medianoche, sonámbula, llevándome al jardín a conversar con el que yo imaginaba era el otro.

Sigue hablando Don Céfaró:

—Crispín no descuidaba estos momentos de su extraña neurosis y sabía aprovecharlos acercándose a ella para hacerse pasar por el difunto. Sin darse cuenta, Elena lo acogía tiernamente suponiéndolo Ninski. Ya puede imaginarse el resultado. Mi nieta le consultaba al falso espectro sus planes y lo hacía copartícipe de la venganza. No tengo que agregarle que todo esto ponía en guardia a Crispín.

—Pero ¿por qué no lo evitabas? —pregunta ella.

—Lo intenté muchas veces. Te lo advertí. Era inútil. No me creías. Aquello te parecía un absurdo. ¿No recuerdas que me desesperaba asegurándote que era verdad? Tú, a veces, terminabas por aceptar. Me prometías dominarte. Pero, como si nada. Por las noches se repetía la escena. Yo sabía que el remedio sólo podía encontrarlo algún neurólogo. Pero tú no creías en nuestros médicos. Me decías que ellos únicamente entienden de cirugía y enfermedades somáticas. Fue entonces cuando pasó aquel médico por el Istmo...

Elena se acaricia la frente y prosigue:

—Era un neurólogo renombrado... Nuestra prensa se ocupó por extenso de sus aportaciones en el campo psicoanalítico... Volvía de aquel famoso congreso médico que motivó una polémica entre nuestros mejores facultativos. Dictó tres conferencias en la Universidad. Las escuché con verdadero deleite. Era muy claro en la exposición de los problemas freudianos. Y, además era joven, bien parecido, culto... Pero ya que le he dicho bien parecido será mejor que le confiese mi primordial motivo de interés: Aquel hombre me recordaba a Ninski. Desde que vi en la prensa su retrato me interesó. Por eso fui a escucharlo. Era asombrosa la semejanza. La voz, los ademanes, el rostro. Es muy posible que tal identidad fuese ilusoria, algún efecto de sugestión. Lo cierto fue que yo sentí en seguida la simpatía que —según él— hizo posible el análisis de mi neurosis.

Fui a visitarlo. Se apresuró a decirme que no podía atenderme. Iba a quedarse muy pocos días en Panamá, porque sus clien-

tes de Río (señoras ricas, neuróticas) lo esperaban con ansia. Sin embargo, cuando charló conmigo se entusiasmó. Su viaje quedó en suspenso unas semanas, pues, quería someterme a un tratamiento especial. Según parece mi caso le brindaba material atractivo para sus experiencias. Lo recibí en la Villa. Establecimos la hora de las consultas que por consejo de él se efectuarían por las noches en el jardín.

Lo más curioso es que Crispín no se opuso. Ya él comenzaba a no sentirse muy cómodo con la parte que le tocaba representar. ¡Claro! Lo atormentaban los más extraños celos. ¿Celos de quién? De él mismo. Aun así no los podía soportar, y esperaba que mi restablecimiento le sería provechoso. Su gran aspiración era gozar de una paz menos ficticia. Pero se equivocaba de medio a medio porque nuestra existencia requería aquella niebla de irrealidades bajo cuya ilusión nos deslizábamos como dentro de un sueño. Sí, nuestro gran error fue pretender zafarnos de aquel mundo fantástico. Nuestra miseria sexual no soportaba la realidad. Por eso, cuando nos enfrentamos a ella nos sentimos perplejos cual murciélagos a la luz del día. Desde entonces, continuamos andando, engeguados, a tientas, como si nos halláramos en otro mundo. Entre nosotros ya no hubo entendimientos. Y vino la tragedia con toda su secuencia de atrocidades.

Las sesiones con el psicopatólogo comenzaron casi inmediatamente. Su terapéutica consistía en producirme la hipnosis según el viejo método de Charcot y otros neurólogos de La Salpetriere; pero se convenció en seguida de que yo conocía ese recurso. Cambió entonces su plan y resolvió someterme a la dialéctica de los razonamientos freudianos. Su intención era hallar entre mis viejos recuerdos la primera raíz de mi dolencia para desarraigarla de cuajo cual cizaña disociadora e inútil. Yo tenía que emprender como una especie de marcha atrás dentro de mí, “a la búsqueda de mi tiempo perdido” o caminando, como dice el poeta, “por los viejos senderos retorcidos que el pie, desde la infancia, sin tregua recorrió”...

Ya usted sabe que toda marcha atrás es convulsiva. Aquel sistema me hacía rememorar las sacudidas que produce el expreso cuando busca los rieles del nuevo viaje. Aun las fieras del circo se rebelan cuando las hacen recular. Estas imágenes del tren y de las fieras —lo mismo que los versos que acabo de citar— son nudos importantes en la malla de mis reminiscencias infantiles. El neurólogo llevaba un diario estricto en que anotaba circunstancias e imágenes que a mí se me antojaban triviales.

La curación de mi dolencia dependía del análisis que yo pudiera hacerle de mí misma tratando de encontrar las más recónditas huellas. Es sabido que lo que se decía mi locura —mis excesos, mis alucinaciones— sólo se presentaba bajo el influjo del plenilunio... (Estoy tratando de repetirle a usted mi confesión con las palabras exactas. Si quiere, las puede confrontar con el expediente). Mis desviaciones mentales comenzaban a manifestarse cuando la luna iba adquiriendo su plenitud. Le suplico que me deje insistir en los detalles, porque de lo contrario pierdo la asociación de mis ideas... Aquello... (déjeme recordar)... comenzábame con un fastidio enorme contra todo lo que me circuía... Me indignaba por la menor simpleza... Una palabra; a veces, una mirada... Cualquier gesto sencillo me exasperaba... No quería hablar con nadie y me encerraba en mi alcoba... No salía ni a comer... Y me pasaba las horas meditando o leyendo... A medida que iba creciendo el astro yo me volvía más áspera e irascible... Cuando mi esposo trataba de calmarme me enfurecía con él y lo insultaba. Me volvía una pantera. Todo lo échaba al suelo, libros, ropas, papeles... Y a veces, el odioso Crispín llegó a sufrir golpes certeros que yo le propinaba arrojándole lo primero que hallaba: figulinas de Sevres, objetos de arte, miniaturas que había enviado de Europa... No reparaba en nada. Mi abuelo (él era el único que me sobrellevaba) me conducía a la cama y me dormía cantándome y haciéndome caricias como cuando era niña... Su experiencia lo hacía ser cauto amable, más obsequioso...

En las noches de plenilunio, salía al jardín, me echaba sobre la hierba fresca y caía como en estado de trance, en una especie de éxtasis como los que refiere Santa Teresa. Sentía que iba ascendíendome por las piernas como un escalofrío que terminaba por hacérmelas insensibles. Se me oprimía la garganta quitándome el respiro y produciéndome un loco anhelo de gritar. Sin embargo, lo que experimentaba no era la sensación de asfixia que sentiría un sujeto estrangulado; era más bien ese jadeo sofocante que antecede al espasmo: era el exceso de placer quintaesenciado hasta el desfallecimiento... Mi cuerpo comenzaba a vibrar rítmicamente poseído de convulsiones febricitantes, en espera de el otro, del fantasma... Yo lo veía avanzar hacia mi cuerpo como en las noches de Amberes, con su melena al viento y su chalina flotante... Venía como de un mundo misterioso y fantástico: volvía cortando siglos y trepanando nieblas... Yo sentía sus caricias, sus besos y su aliento... Creía desfallecer... Sí, mi cuerpo, como tierra reseca, estaba listo para ser fecundado. Anhelaba no solamente el filo del arado que se hunde, quería también el riego que nos hace llegar hasta el deliquio... Era el instante que mi esposo escogía... ¡Me aprovechaba villanamente...!

Hace una pausa y prosigue:

—Estoy cansada... Pero... Bueno, volvamos a mis reminiscencias infantiles, algunas de las cuales, como he dicho, descubrieron la clave de mi neurosis... No sé si será cierto que un susto de la madre, en el período genésico, puede repercutir en la conducta de la criatura, lo cierto es que algo de eso me debió suceder... ¿No te acuerdas, abuelo?

—Yo supongo —dice él— que te refieres a la vez que tu madre sufrió el ataque...

—Sí —afirma ella—. Explícaselo como me lo contaste.

—Sólo recuerdo que fuimos a pasar unas semanas en una casa de campo, cerca de un río. Una noche contábamos historias de aparecidos... Tu madre tuvo que ir hasta el río... De repente escuchamos un aullido desgarrador, por lo menos así nos

pareció... Salimos todos despavoridos... La noche estaba clara... No vimos nada extraño, pero a tu madre la recogí del suelo, inerte, fría... Cuando logramos hacerla volver en sí, nos dijo que había visto un fantasma... Por supuesto que muchos le creyeron... Yo sabía que eran frutos de su imaginación atormentada... Tu madre era propensa a las pesadillas y sufría de unos terrores atroces... Prueba de ello es que cuando le exigimos que explicara con más detalles, nos dijo que la luna la había querido devorar. Yo no le dí importancia a ese incidente; por eso resolví comprar la casa para que ella viviera cerca del campo en una atmósfera adecuada a su estado, pero tampoco olvidó los alaridos que ella lanzó la noche en que naciste. Se parecían bastante a aquel aullido que nos llenó de terror...

—El médico me dijo —agrega Elena— que la psicosis hereditaria sirvió como de campo propicio al desarrollo de esa impresión intrauterina... (Usted sabe que los especialistas usan palabras raras...) Y aquello germinó en terreno fértil, pues tuvo pronto sus efectos... Siendo niña me desperté una noche lanzando gritos de terror. Yo recuerdo que la ventana, abierta, dejaba entrar los rayos de la luna... Corrí junto a mi madre. La hallé sentada, orando... Me susurró “Ya imaginaba que te ibas a asustar. La luna te daba en pleno rostro...”

Más tarde, allá en Europa, recibí otra impresión perturbadora... Viajábamos en tren... Era de noche... Yo iba pegada a los cristales... Las tinieblas sólo dejaban ver, de vez en cuando, algunas luces lejanas... De repente vi reflejarse en los cristales algo como un gran disco luminoso que se precipitaba en contra nuestra... Yo recuerdo que le grité a mi madre: “¡Mira, mamá, la luna viene a besarme! ¡Fíjate!...” Y, apenas dije aquello, se oyó el choque... Fue un descarrilamiento terrible... Lo que yo había mirado era la luz del expreso contrario. Y, al recibir el golpe, aquel detalle se grabó en mi cerebro produciéndome la impresión de que era el astro lunar... Cuando me desperté en el Hospital, después del choque, sentí un dolor terrible en la cabeza. Lo

atribuí a las vendas que me oprimían las sienes estrechamente y hasta intenté quitármelas... Mi madre, desde un lecho cercano, procuraba tranquilizarme... Una enfermera explicaba a no sé quién los detalles del accidente... Decía: “La niña sólo sufrió leves heridas... Yo imagino que recibí en el cráneo un golpe interno, sin lesión exterior, porque, a través de mi angustia me ha molestado siempre ese detalle neurálgico... Siendo ya grande, los viajes en el tren —que han sido muchos— me han producido siempre un malestar de fatiga con cefalalgia aguda y pesadillas nocturnas... También debo agregarle que, durante una temporada de estío, en París, mi madre me obligó a acompañarla, todas las tardes al circo... Yo iba de mala gana, pues las fieras me horrorizaban... Mi madre argumentaba que debía distraerme, pero eso era el pretexto. Era ella la que sentía un placer morboso al escuchar los rugidos de las fieras... Luego pude enterarme de que mi madre se entendía con el domador...

Enterado de mi proceso patológico, el psiquiatra creyó encontrar la causa de mi angustia en esos viejos terrores contra la luna, el tren y aquellas bestias del circo. Su labor terapéutica se había llevado a cabo “sin dolor”, con esa misma facilidad con que el dentista extrae la pieza que nos hace sufrir... Ya he dicho antes que las conversaciones psicoanalíticas se llevaban a efecto en el jardín. El me hablaba con la mayor persuasión. El tono de su voz era agradable, melodioso, insinuante. De vez en cuando usaba términos raros. Me hablaba de complejos, de traumas, de síndromes y no sé qué otras cosas. Me decía que los síntomas de mi mal se extinguirían a medida que desaparecieran del mecanismo psíquico los diversos factores —las lesiones— que lo determinaron... Por medio de la hipnosis fue borrando mis representaciones psíquicas desagradables; por lo menos logró hacerlas salir de las tinieblas del subconsciente. Pero como el instinto sexual es lo que impulsa las acciones humanas, no tuve más remedio que referirle mis experiencias lésbicas en el colegio, con las demás muchachas, y otra aventura lúbrica, ya fuera

del convento, que no me atrevo a repetir... Mis amores con Ninski lo impresionaron hondamente; sobre todo cuando le hablé del parecido que él tenía con el otro. No hay para qué decir que, a medida que yo olvidaba al muerto, renacía como a una vida mejor. Como es de suponer, la verdadera razón de todo aquello era que estaba enamorada del médico. Sin darnos cuenta nos fuimos acercando. Nuestras vidas se sintieron ligadas. Nos devoró el deseo... Del psicoanálisis pasamos a los besos... Y, de pronto, caímos al abismo... No hubo mejor milagro para mi curación... Claro, mi instinto, insatisfecho desde hacía tanto tiempo, volvía a encontrar su cauce... ¿Qué más necesitaba? Era el remedio definitivo... Liberada de mi angustia depresiva, me sentí renacer a un mundo nuevo. Era otra. La vida me pareció más bella, más digna de vivirse... Ya no volví a sentirme descentrada... El ambiente no me desagradaba... Tanto es así que, al recorrer de nuevo, en mi automóvil, ciertas calles estrechas, me parecía redescubrir mi ciudad. Y todo aquello me daba la impresión de hacer un viaje por puertos nunca vistos...

Don Céfaros prosigue:

—Los acontecimientos precipitáronse con motivo del ataque a Pearl Harbor. No sé si usted recuerda que aquel hecho sobrecogió los ánimos. El pánico cundió por todas partes. Comenzaron las prácticas de oscurecimiento. Y fue tal el terror, que, en las primeras noches, sucedieron casos insólitos. Hasta hubo una mujer que dio a luz en un parque. La vida complicóse. Racionaron la gasolina, las llantas y otras cosas. Por las noches no se podía salir. Hasta los viajes se hicieron más difíciles. Los grandes trasatlánticos interrumpieron sus rutas. Sólo quedaron disponibles las vías aéreas. Pero aun así, conseguir pasaje en un avión resultaba casi más que imposible... Y, frente al grave problema de no poder volver a su país, el joven médico apresuró su viaje. Tal prisa era muy lógica. Nadie sabía lo que podría suceder. Se rumoraba que las bombas niponas no demoraban en caer sobre el Istmo. Y si esos diablos destruían el Canal ¿quién se

salvaba? Las aguas de Gatún inundarían la ciudad. ¡El panorama no podía ser más tétrico! Hasta mi nieta quiso partir. Ella alegaba que la tenían nerviosa las noticias. Pretendía que su mal podría volverle con todo aquello. Crispín, a quien tenía muy contento el bienestar de su esposa, creyó muy oportuno no oponerse a aquel viaje y hasta la acompañó a buscar boleto. La gestión no era fácil porque en las oficinas de la Panagra las filas eran interminables... El médico halló cupo, gracias a que tenía prioridad. Y, como era prohibido declarar la fecha de salida, se fue sin previo aviso... Yo no sé si Crispín habría entendido las intenciones de Elena. Yo sí me daba cuenta de sus propósitos. Lo que ella pretendía era fugarse con el médico.

—Tú piensa lo que quieras —dice ella— pero esa explicación me parece superflua.

—No tanto —responde él— ya que se trata de hacerle comprender a este señor el estado de desesperación en que quedaste cuando se diluyeron tus esperanzas.

—Si mi intención hubiera sido fugarme, nada me hubiera disuadido.

—Tanto es así que hiciste cuanto estuvo a tu alcance...

Elena Cunha hace un gesto de impaciencia que da por terminada la discusión.

Don Céfaro se vuelve a mí e insiste:

—Ya puede imaginarse lo que ocurrió. Esta muchacha, aparentemente curada, quedó de pronto sin el sostén espiritual que le brindaba su amante. Con la fuga del médico vino a faltarle lo que para ella constituía el remedio. Si usted la hubiera visto... Desde entonces no halló tranquilidad. Se volvió inquieta, irascible, desconcertante... Con todo y eso no volvieron a presentarse sus conflictos traumáticos. En efecto, la vi pasear bajo la luna con la mayor serenidad. Sin embargo, se notaba intranquila. Le faltaba algo. Su libido, despierta y ya lanzada por nuevos derroteros, se halló de pronto detenida. Necesitaba precipitarse en bulliciosa corriente... Pero no era factible, pues

la única esperanza que le quedaba a Elena era un esposo incapaz.

—Por las noches —dice ella— me debatía en el lecho presa de mi anhelo sexual. Me hallaba vanamente en posesión de mi capacidad funcional. ¿Cómo no iba a desesperarme? Sentía unas ganas locas de lanzarme por los caminos del placer. Me rebelaba contra las conveniencias sociales que le impiden a una mujer decente irse, perderse por las calles oscuras a la búsqueda de hombres. Ese era mi deseo, ¿por qué negarlo? Únicamente me retenía mi orgullo, la hipócrita cordura que nos obliga a recubrir de apariencia, nuestros instintos canallescios. Y yo más que ninguna debía ser precavida, ya que el pasado de mi familia ponía a la sociedad en mi contra. Hubiera sido como encender la mecha. Si usted supiera cómo nos clasifican. Mi abuelo, un traficante; mi padre, un chulo; mi madre, una ramera; mi marido, un cretino. Qué magnífico material para un archivo del crimen ¿no le parece? Por eso prefería mantenerme como enclaustrada en la Villa, pero me daba cuenta de que por más que resistiera, las fuerzas ya me estaban fallando, y llegaría un momento en que forzosamente sucumbiría...

—Mientras tanto —dice Don Céforo—, Crispín era también una víctima del nuevo estado de cosas, puesto que, hallándose ella curada, él no tenía ocasión de hacerla suya. Ya usted sabe que la anormalidad de Elena era como un incentivo contra su timidez, un formidable excitante. Suprimido ese estímulo, el pobre hombre quedaba definitivamente desarmado, pues la cura de Elena resultaba para él un verdadero desastre. Era el derrumbe de la estabilidad conyugal. De no haberse efectuado esa curación, nuestra vida habría seguido su marcha, quizá desorientada pero al menos segura. No olvide usted que la neurosis de Elena le brindaba a Crispín la posibilidad de dos hembras: una esposa modelo y una amante lasciva. Pero todo cambió al curarse Elena. Desde entonces sólo existió para él la hembra brava, soberbia e indomable. Y, por supuesto, no volvieron a darse

las escenas de oprobio en el jardín. El viejo sátiro no halló más a su ninfa bajo los árboles, pues Elena se ocultaba en su alcoba y allí pasaba el tiempo leyendo. Cuando salía al jardín iba vestida de riguroso luto. Mi nieta era severa en sus ropas y aun quedándose en casa usaba trajes de mangas largas y cuello alto. Dejaba al descubierto únicamente la cabeza y las manos. ¡Pobre Crispín! No le quedaba ni el recurso de verla. Y, para colmo de males, Elena lo trataba con tal frialdad que aquel hombre parecía enloquecer. Imagínese lo que sería mi vida en medio de ellos. Eternamente los veía girar en torno mío como dos sombras que anduviesen buscándose...

—En efecto —dice ella— nuestro drama consistía en esa búsqueda desesperada. Nuestras almas se buscaban a tientas inútilmente, pero no se encontraban. Entre nosotros había dos elementos aisladores: su timidez y mi orgullo. Polos disociadores que mi dolencia había logrado fundir ficticiamente.

—Y no vaya a pensar —dice Don Céfalo— que no hice lo posible por unirlos de nuevo. ¡Imagínese! Con el miedo que les tenía... Por supuesto, yo prefería evitarlos. Me escurría como un gato por los rincones. Procuraba hacerles menos notoria mi presencia. Habría deseado volverme hombre invisible. Ya era cosa sabida que cuando me encontraba en medio de ellos me convertía en escollo donde al fin se estrellaba la tempestad. Pero ¿hasta dónde podía llegar aquello? Ya no sabía qué hacer ni de qué medios valirme para hallarle al conflicto una solución. De todos modos, el único remedio consistía en ahuyentar la timidez de Crispín, y, en esos casos nada hay mejor que el vino. El gran obstáculo era que él no bebía. Con todo y eso, preparé una cena íntima para la Navidad y conseguí entusiasmarlo hasta el extremo de que bebiera un poco. Yo estaba bien seguro de que bajo el efecto de aquel nepente el asunto caminaría como sobre rieles. Pero —¡válgame Dios!— en mala hora se me ocurrió tal cosa. Fue contraproducente. Al pobre diablo lo atacó una de vómitos que ¿para qué le digo? le hubiera ido mejor bebiendo el

bálsamo de Fierabrás. Cuando al fin se repuso, le entró una lloradera con más hipos que un toro degollado. Aún así, y suponiendo que al sentirse mejor ejercería sus derechos debidamente, lo acosté (con intención maliciosa) sobre el lecho de Elena. Pero ¡qué va! La causa estaba definitivamente perdida. Ya usted verá...

—No tuve más remedio —dice ella— que acostarme con él. Y hasta sentí cierta lástima cuando lo oí quejarse al lado mío. Posiblemente los efectos del vino produjeron en mí cierta actitud bondadosa. No podría definir si fue piedad o deseo. La verdad de los hechos es que le acaricié la frente y aun no tuve reparos en acercármele para brindarle un poco de mi calor.

Al recordar la escena, Elena guarda silencio. Se frota las dos manos nerviosamente y hace un gesto de náuseas.

Al fin prosigue:

—No podría relatarle aquel momento escabroso... Al recordarlo siento tal repulsión que aún me parece revivir esa escena... Sepa usted solamente que él, sintiéndose brioso, comenzó a besuquearme acariciándome con sus manos escuálidas... Desde luego, yo me mantuve rígida, cerré los ojos, y lo dejé bufar haciendo esfuerzos inútiles... Temblaba... Era un azogue... Pero todo era en vano... Por fin, desesperado, lanzó una exclamación, y, rechinando los dientes, comenzó a sollozar como un muchacho...

Don Céfaró prosigue:

—Desde entonces nuestra vida se deslizó bajo una atmósfera tensa. Casi no nos hablábamos. Crispín pasaba el tiempo fuera de casa. Volvía medio sonámbulo. Comencé a presentir que se inyectaba o que fumaba canyac. La actitud de mi nieta lo trastornaba. Y como ella lo tenía dominado, fue exigiéndole ciertas devoluciones a cambio de caricias. Usted dirá que el sistema era canallesco. Pero ¿qué quiere usted? Cuando la fiera lleva la soga a rastras es fácil someterla. Era el momento del desquite, ¿por qué no aprovecharlo? Crispín era hombre al agua. Parecía

un perro flaco de esos que van por los rincones olfateando quien sabe qué. Seguramente pasaba el tiempo en los burdeles de donde había salido para explotarme...

—¡No es cierto! —grita El Mack— Aquel bandido giraba como un peje alrededor de mi hermana. Si yo hubiera sabido lo que él pensaba habría evitado tanto derramamiento de sangre.

Todavía sigo viendo un revoltijo de sábanas manchadas. En las manos me queda aún la impresión desagradable, viscosa. Sigo oyendo, clavado en mi cerebro un alarido tajante, un llanto sordo que no termina nunca y un ronquido de bestia agonizante. Yo llevo en mis pupilas tres espectros que desgranar aullidos y enarbolan oriflomas de sangre...

—Ya vuelve a delirar —me dice Elena— Desde la noche trágica del crimen el Mack Amargo fuma con más intensidad no sé que hierbas prohibidas.

—¡Marihuana! —agrega él—. Me hace olvidar.

—Pura ilusión —dice ella—.

—Por lo menos siento una dejadez, un vago anhelo de volar, algo raro que me da la impresión de nebulosas concéntricas, de voces trucas, de algo así como trozos de canciones que giran... giran... giran... Y me hacen recordar los torbellinos que me asustaban cuando vendía periódicos...

—Es inútil que sigas divagando —concluye Elena—. No tienes más remedio que desprenderte de tu drama. Te sentirás mejor cuando desgarres la malla de recuerdos que te laceran... No nos hagas perder el tiempo.

El Mack Amargo vuelve a fumar. Aspira el humo profundamente y sigue hablando:

—La mejoría de mi madre era ficticia... Día por día yo la veía consumirse... Nadie sabía el motivo de su tormento... Lloraba siempre... Fue poniéndose pálida, transparente... No quería dejarse ver de los médicos y prefirió encomendarse a un curandero antillano... Un tipo de esos que hacen ensalmos... Era un negro esquelético, bastante repulsivo... A La Macksita le pro-

ducía terror... Según parece era muy ducho en su oficio... Recuerdo que mi madre no se habría sometido a aquella prueba de no mediar en el asunto la maldita Sabina... Una mañana presentóse con él y, por supuesto, ya no hubo escapatoria... Como primera medida el brujo imbecil me hizo tapiar la pieza con tiras de papel asegurándome que así no volverían los espíritus... No quedó una rendija sin su correspondiente fragmento de periódico... Para colmo de males el curandero metió debajo de la cama una vasija con brasas e incienso... Se elevó una humareda desesperante... Mi madre se asfixiaba presa de la sofocación... La atacó como una especie de ahogo... El curandero rezaba cerca de ella haciendo gestos muy raros... En ese instante, no sé por qué motivo llegó Crispín... Y al darse cuenta de lo que sucedía nos increpó llamándonos asesinos... Me obligó a abrir la puerta e hizo salir al negro más que de prisa... Nos pareció tan franca su indignación, que lo dejamos hacer. Después de todo, sentimos un alivio, ya que el brujo nos estaba cansando con tanto rezo y humo... Crispín pidió en seguida una ambulancia, y, entre él y yo, mi madre regresó al Hospital... Aún recuerdo que, mientras la instalábamos en un cuarto, Crispín dio en prodigarse en relación a la “ignorancia del pueblo que aún cree en brujas y curanderos”... Y tuve que aceptarle algunas bromas de esa índole cuando volvíamos a casa... Los días siguientes, con la excusa de saber de la enferma, Crispín nos visitaba con más frecuencia. Yo confieso que tal solicitud no me chocaba. Al contrario como yo estaba siempre fuera de casa me parecía un resguardo para Camila... ¿Quién iba a suponer lo que tramaba aquel cínico?... Quizá también mi hermana ingenuamente, lo trataba con demasiados mimos... Él, por supuesto, no perdía la ocasión de agasajarla con pequeños regalos para la enferma... Yo hasta llegué a pensar que entre mi madre y Crispín... ¡Qué tontería!... Aquel viejo me estaba entreteniendo con cartas falsas y yo no me enteraba... Casi podría jurar que ya mi madre se estaba ilusionando con ese amor de última hora... Las flores que

Crispín le levaba cuando iba a visitarla con Camila y ciertas frases ambiguas hacían que ella viviera bajo una cierta atmósfera de romance... ¡Pobre ilusa!... Se pintaba los labios y se ponía grotescamente bonita para hacerse agradable... A todo esto, Crispín iba tejiendo su trama insidiosamente... Un domingo fue a vernos contentísimo alegando que nuestra compañía le daba suerte en la Lotería... Cuando anunciaron las cifras ganadoras lanzó una exclamación... ¡Había ganado!... Y en seguida envió a la negra Sabina por cerveza... Por supuesto que todo era mentira... Lo que él necesitaba era atraerse nuestra confianza. Quería que La Macksita le perdiera el temor a la bebida... Y yo — ¡qué idiota!— le di a beber tres vasos... ¡Nunca he debido hacerlo... La falta de costumbre la hizo marearse... Tuvimos que acostarla y nos marchamos... Crispín siguió conmigo toda la tarde y, esa noche, me obligó a acompañarlo a los cabarets... Era su ambiente... Las mujeres se le acercaban tímidas... Le conversaban en secreto... Ya usted sabe que él les vendía estupefacientes... Varias de ellas eran realmente bellas, elegantes, espléndidas... Para mí, aquellos sitios eran nuevos... Yo no los frecuentaba... Nosotros, los del pueblo, no nos dejamos explotar tan fácilmente... Nos agradan más bien otros lugares de poco lujo, sin tantas exigencias... Y no es que nos jactemos de económicos... ¡No señor!... El dinero se hizo para gastarlo... Lo que sucede siempre es que los ricos tienen de sobra y ¡claro!... nunca se les acaba... Lo que no comprendí en ese momento sino mucho después fue la celada que me tendía Crispín... El viejo zorro quería hacerme caer en el garlito... Me hizo bailar, conversar con varias mujeres para enterarse de mis gustos... Y, al verme decidido por una de ellas, la invitó a nuestra mesa... Era una rubia graciosa alta magnífica... La llamaban La Pulpa. (Buena forma de apellidarla pulpo porque ella succionaba, explotaba; era habilísima en sacarle el dinero a los incautos...) Crispín no regateaba los gastos... Yo estaba bien borracho y no hacía más que bailar y divertirme... Me creía el más perfecto conquis-

tador... De acuerdo con Crispín aquella infame desplegó todo su arte de seducción... Me hizo creerla enamorada, a tal extremo que yo como un becerro, me dejé echar el lazo... No sé por qué, de pronto, me entró tal somnolencia que me fui desplomando sobre la mesa... No recuerdo lo que pasó después... Al día siguiente me desperté afiebrado. Aquella tarde Crispín no apareció... Yo resolví dar vueltas en mi chiva para reunir dinero, pues mi deseo más vivo era volver al cabaret esa noche. Quería bailar de nuevo con La Pulpita... Yo estaba bien seguro de que ella me quería, ¿por qué motivos iba a dejar perder esa conquista halagüeña...? Trabajé varias horas de mala gana y con un dolor de cabeza desesperante... Sin embargo, no hice mucho dinero... Era difícil redondear una suma como la que exigía una noche de cabaret... En esos sitios ya había llegado al máximum la explotación. Se derrochaba el dinero a manos llenas... Con todo y eso, resolví por lo menos llegarme al bar con la esperanza de verla unos minutos... La busqué con los ojos, pero no la encontraba... ¿En dónde diablos se habría metido?... De repente la sentí al lado mío toda hecha arrullos como gata mimosa... ¡Era magnífica!... A pesar de ser falsa, fingía bien su ternura procurando halagarme... Se colgaba de mi hombro y prometíame la flor de los deleites... ¿Qué no habría dado yo por contentarla?... Quería que me quedara, pero ¿yo qué iba a hacer?... Tuve que huirle, retirándome con la miel en los labios... Sin embargo, la suerte me era adversa... Estaba escrito que yo sería una víctima de La Pulpita... ¡Tal era el plan satánico de Crispín!...

—Olvidaba decir —agrega Elena— que, a poco de marcharse el neurólogo, me di cuenta de un hecho trágico. ¡Noté que estaba encinta! Lo cual significaba que iba a tener un hijo del doctor... ¿Cómo ocultarle la verdad a Crispín?... Aquel problema me dejó consternada... No porque yo temiera que mi esposo, en un momento de rabia, fuese capaz de un crimen... Lo que yo sí temía era un escándalo provocado por él, alguna insidia de su naturaleza turbia... Una alimaña como él podría servirse de ese

hecho para humillarme... Sin embargo, la dicha de ser madre superaba el temor... Me daba cuenta de que mi nuevo estado era la causa de mi asombrosa curación... Era el mandato de la Naturaleza, pues mi cuerpo se preparaba para nutrir el vástago que germinaba en mí... ¡Toda mi vida la debía a esa criatura!... ¿Cómo iba a descuidarla?... Sería tan grato decir: “¡Mi hijo! ¡Mi niño!”... Pero con todo y eso yo no podía oponerme a la realidad... Era preciso que Crispín lo ignorara... Para ello, sólo cabía un recurso: La intervención quirúrgica... ¿Podría yo resignarme a que los médicos me arrancaran aquello y lo tiraran como cizaña inútil? ¡Eso nunca!... ¡Yo no abrigué jamás en mi cerebro tal infamia!... No lo habría permitido!... Aquella cosa, mi niño, debía nacer... Ansiaba verlo alegre, feliz, al lado mío... Ninguna ley de la tierra podría negarme el derecho de ser madre... Si Dios había querido depositarlo en mis entrañas ¿cómo iba a destruir lo que forjó su designio?... Ya presentía sus formas, sus manita, sus pies. ¡Y, sin embargo, faltaban tantos meses!... Cuán distante me parecía el momento en que empezara a notar sus pulsaciones... Me imaginaba sentirlo ya en el vientre palpitante con un gran corazón... Y me daría pataditas como un pequeño ser impaciente... Llegaría al fin la hora de darlo a luz... Bien sabía yo que las madres alumbraban con dolor, pero anhelaba que se acercara pronto esa hora amarga en que el grito se estruja entre los dientes... Me hacía falta ese trance para sentirme digna... Deseaba ese dolor... Lo avaloraba no como un sufrimiento sino como una dicha. Porque nada es más grande que la curiosidad de la púerpera por mirar a su niño... ¡Ver al fin la avecilla que vivía en nuestro nido!... ¡Oh, nada es comparable a tal goce!... Yo no quería privarme de esa gran experiencia aun comprendiendo que mi estado de júbilo era fruto de un egoísmo natural... ¿La alegría de ser madre puede acaso ser causa suficiente para justificar el adulterio? ¿Que iba a decir Crispín? ¿Cómo ocultarle aquel hecho que ineludiblemente significaba el deshonor para él? Me rebelaba sólo al pensar que aquel villano pudie-

ra considerarse vilipendiado por mi hijo. Mi única salvación era ingeniarme para que el vástago resultara hijo suyo. Pero ¿cómo lograrlo? ¡Yo había perdido ya toda esperanza de contacto con aquel hombre!

El Amargo continúa su relato:

—Y así estaban las cosas cuando ocurrió la infamia que nos condujo al hecho criminal. Desde entonces somos inseparables... No hemos sido otra cosa que eslabones de una misma cadena.

¡Ninguna fuerza humana logrará desatarnos!

Hace una pausa y sigue:

—Ya he dicho antes que La Pulpita me tenía ilusionado con promesas de amor... Tenía la más exótica colección de mohines y arrumacos. Parecía una gatita. Yo, para no gastar, esas tres noches me fui a su camarín con el pretexto de ayudarla a vestirse para la escena. Me sentía febricitante cuando mis manos rozaban su epidermis y ella vibraba como potranca briosa. Tenía la piel tan suave que mis dedos se volvían algo torpes al abrocharla. Usaba siempre vestimentas muy raras para sus bailes exóticos. Su vientre, al descubierto, dejaba ver una ensenada que no podrían llenar todos los besos del mundo... Yo me desesperaba suplicándole que accediera a mis ruegos... reía como una loca y me apartaba para salir a escena... Regresaba acezante, sudorosa, pero siempre halagada por los gritos y aplausos que le arrancaba al público... Una noche me vio tan afligido que, fingiéndose tierna, me susurró: “El domingo puedes venir”. Y agregó: “Supongo que mis amigas van a la playa por la tarde. Sin embargo, como no estoy segura te avisaré. Ya tú sabes que la negra Sabina viene a venderme rifas. Te mardaré el recado con ella...” Conté los días. las horas... Me hacía falta dinero... El Viernes Santo fue Crispín a mi casa...

—Pero antes —dice Elena— falta la escena de mi alcoba. El estallido de desesperación que, liberándolo de todo freno, lo transformó en un potro desenfrenado. Esa semana yo no tuve quietud... Me dominaba la obsesión de endosarle aquella falsa

paternidad. Obstinada en esa idea maligna no hallé escrúpulos en retenerlo a mi lado con la intención de seducirlo. Y hasta llegué a valerme de subterfugios cínicos para que no saliera en esos días. Esa noche despedí a la muchacha que me atendía, bajo una excusa cualquiera... Me fingí enferma... E hice que él me aplicara no sé qué unturas sobre el pecho y la espalda... Crispín fue poco a poco sometién dose a mis requerimientos... Y, al sentir que su mano se entretenía lasciva sobre mi seno, me desprendí el corpiño con ese vago gesto muy femenino que da entender sofocación y al mismo tiempo deseo. La pobre víctima languidecía... Bufaba como un caballo en celo... Aquella noche, por fin, desesperado, hundió su bello bajo la florescencia de mi corpiño... Ya esperaba, feliz, la acometida brutal cuando él, de pronto, se levantó colérico y huyó dando un portazo... No pude detenerlo... ¿dónde iba? ¡Al infierno!... Si hubiera imaginado los resultados, yo no habría ido tan lejos... Fui demasiado cruel... Sí, no lo niego... ¡Yo soy la responsable de la tragedia!...

El Mack Amargo prosigue:

—Cuando lo vi llegar, imaginé que se sentía mal. Me pareció trastornado. Lo que más me admiró fue verle el rostro encendido como si fuera a darle algún ataque de apoplejía... Y recordé que, una vez, en mi chiva, se desplomó un individuo... Era bien gordo... Demasiado rechoncho... Parece que el calor le había hecho daño... Se estaba abanicando cuando, de pronto, se sintió mal y comenzó a hacer muecas tan chocantes que parecían de burla... Yo tuve que llevarlo al Hospital... Allí dijeron que eso era apoplejía... Ese detalle parecerá superfluo y, sin embargo, me viene a la memoria cada vez que me acuerdo de Crispín... Esa tarde yo me estaba afeitando para salir... Mi hermana había llegado minutos antes del hospital. Volvía contenta porque notó a mi madre muy mejorada... Y estaba tan alegre que cantaba una canción muy en boga... Yo, por falta de luz, me rasuraba en la puerta. En eso estaba cuando noté a Crispín por el espejo y me sentía contentísimo. Su presencia me parecía

oportuna... Camila y yo salimos a recibirlo, pero nos alarmamos al ver su aspecto... Crispín entró de rondón, sin saludar, y se tiró en el camastro... Le dije a La Macksita: “¡Trae un vaso de agua!”... Me aproximé a Crispín: “¿Qué pasa, viejo? ¿Qué le sucede? (Acostumbrábamos llamarlo viejo a secas, por su aspecto raquítico y su calvicie, pero aún era hombre entero.) Lo hice beber el agua... Se calmó un poco... Y, ya repuesto, resolvió festejar la mejoría con cerveza... (A veces pienso que era un bufón perfecto y que fingía a cada instante)... Sabina fue a buscar las botellas y comenzamos a divertirnos... (Será bueno advertir que él no bebía casi nunca... Le agradaba que los demás lo hicieran y aparentaba estar ebrio como los otros...) Yo me harté de cerveza... Entusiasmado por la idea de mis éxitos, no reparé en la trampa que me tendía Crispín... Seguramente le dio algo a La Macksita... Alguna droga... Tal vez le echó en el vaso algún diabólico estupefaciente... Cocaína o cantárida, vaya usted a saber... Aquella infamia se debió cometer bajo el efecto de algún narcótico... De lo contrario Crispín no habría podido dominar a mi hermana... Camila era chiquilla formal... Le interesaba continuar sus estudios y proseguirlos en la Universidad.

—¿No le parece que se aleja del tema? —le digo yo—.

—En efecto... ¿Por dónde iba? La droga... Sí... Mi hermana no había bebido tanto como para sentirse mal; por eso, cuando la vi reírse hasta quedar sin aliento, creí que era un efecto de la buena alegría de que disfrutábamos... Crispín alegre, destornillábase de risa... Todo aquello me pareció estupendo... La frase más sencilla, el menor gesto nos producía un estallido de risa... Mientras tanto Sabina seguía abriendo botellas. Y la dicha aumentaba... Mi hermanita dio en tararear una canción... Le hicimos coro... Yo comencé a batir sobre la mesa como sobre un tambor... Y resultó que hasta la negra Sabina se unió al grupo con su voz destemplada... Crispín, entusiasmado, bailó con La Macksita, pero hacía tales muecas, que a ella le entró un ataque de hilaridad. Una risita convulsa que fue degenerando

en sollozos y acabó por volverse llanto convulsivo, desgarrador... Al darnos cuenta de que aquello era serio, suspendimos la fiesta... Yo me puse nervioso... “¡Alcali! ¡Amonia! —decía Sabina— ¡Que huelga álcali!”... La Macksita se había tirado sobre la cama... Todo su cuerpo se estremecía de angustia... La hice beber de un vaso que preparó la vieja... “La van a revolver —decía Crispín—; lo que sucede es que tiene triste el vino”... Eso del vino me pareció un indicio de embriaguez... “¿Cómo —pensé— si solamente hemos bebido cerveza”?, pero no dije nada... Ya mi hermana se había calmado... Sabina le humedecía la frente con un pañuelo empapado en algo... Crispín aprovechó ese momento para decirme, como quien se acuerda de una cosa importante: “¡Caramba, me olvidaba!” y, apartándome hacia un rincón, agregó: La Pulpita me dio una carta para tí. Casi la olvidé”... Me puse tan contento, que se la arrebaté de las manos y me salí al balcón... Al abrirla, se rasgó en dos... Me llamaba... Decía: “¡Ven esta tarde. Quiero... no te lo digo. Pero llega lo antes posible. Si no vienes, no volverás a verme!” ¿Cómo?... pensé... ¿Por qué motivo adelantaba la cita? ¿Qué me quería decir con aquel “quiero”? ¿Pretendería dinero? Me había dicho que querían deportarla no sé por qué. En esos casos hace falta dinero para ligar a ciertos tipos. A lo mejor la carta sugería una promesa... De ser así estaba a punto de realizarse mi más ardiente deseo... No era el caso de malgastar el tiempo en conjeturas... Lo mejor era correr a sus brazos... Pero, si se trataba de dinero ¿qué iba a hacer?... Yo no tenía suficiente... Fue el momento que aprovechó Crispín para acercárseme: “No pierdas esta ocasión... Si te hace falta dinero, despreocúpate”... Y me alargó un billete de veinte dólares... Yo me arreglé lo más ligero que pude y me marché... Todavía al irme, le dije: “¡Le recomiendo a La Macksita!... Y luego, en dos zancadas, descendí la escalera me acomodé en mi *chiva*, y arranqué muy contento... Las calles estaban atestadas de gente con todo y que caía una llovizna monótona. La tarde estaba gris... Oscurecía... Los faro-

les del alumbrado despedían ya su luz... Y, a pesar de que el tránsito, bastante denso, dificultaba el paso de mi *chiva*, logré hacerla avanzar con peripecias audaces y ruido de bocina... Dejé el vehículo en la plazuela del Internacional... El gran anuncio del cabaret se reflejaba —rojo y verde— sobre el húmedo asfalto... Ya el bar estaba lleno de marineros y de soldados yanquis... Formaban una bulla infernal... En una mesa apartada vi a La Pulpita rodeada de “héroes”... Al verme, hizo una seña displicente y siguió hablando con ellos como si tal... No me agradó... Yo pensaba que iba a encontrarla en otro temperamento... No hallé una sola mesa desocupada... Tuve que resignarme a hacer la barra saboreando cerveza... La Pulpita se reía divertida... Los buenos muchachotes del Army and Navy dejábanse ordeñar de lo lindo... Aquella espera me tenía fastidiado... Sin embargo, yo me hacía la ilusión de que La Pulpita, repleta de aguardiente y de dinero, sería presa más fácil y menos exigente... Pedí otra pinta y encendí un cigarrillo... No veía ya la hora de que llegaran los patroles y los M-P con la orden de recoger a la soldadesca... Mientras tanto, me entretuve leyendo los anuncios del Bar... Casi todos invitaban al vicio... Beba Ron... Beba Whisky... Beba Cerveza... WELCOME SAILORS AND SOLDIERS... No se fía... COCA-COLA... Refresca y fortalece... La bella anunciadora, en bañador, sonreía bajo un enorme paraguas... A lo lejos se divisaba el mar y unas barcas... Brillaba un sol de fuego sobre la playa... Y, a pesar del calor, la linda rubia sonreía satisfecha porque bebía sabroso. Fume usted... CHESTERFIELD... LUCKY STRIKE... CAMEL... “¡The finest cigarettes of the Americas!” Y una atmósfera densa de humo y gritos me iba nublando los sentidos... Varios marineros entonaban una canción... Y el barman antillano, vuelto unas pascuas, unía su voz al coro... GOD BLES AMERICA... Las mujeres se sentían guerrilleras... ¡HURRA! ¡HURRA!... Cayeron unos vasos produciendo un repiqueteo de vidrios rotos... No veía a La Pulpita... “¡Deme un whisky!”... Se formó una trifulca... Rodaron unas

sillas... Volaron vasos... Las muchachas gritaban... Los agentes del orden iniciaron su programa de pitos... Varios “héroes” iban saliendo heridos... Los demás, tambaleándose, celebraban el triunfo... GOD BLES AMERICA... “;Otro whisky”... No la veía... ¡Malhaya!... La batahola recomenzó... ¡DRINK BEER AND REMEMBER PEARL HARBOR!... Finalmente iniciaron la retirada... Yo escuchaba la música del cabaret como algo muy distante y muy triste... ¿Dónde estaría La Pulpa?...

Le pagué al camarero... Me devolvió dinero...

—¿No eran veinte?

—Ya los cambió hace tiempo.

—Da lo mismo.

—¿Otro trago?

—Sirve nomás. ¡Ey! ¿Quieres llamarme a La Pulpita?

—Fue a cambiarse. Ya baja... ¡Mírela allá!

—¡Sirve otro!

Se me acercó sonriente.

—¿Qué hubo, Amargo? ¿Bailamos?

No supe qué decirle. La seguí como un perro.

—¿Qué pasa? ¿Estás bebido?

—Un poquito...

—Siempre que bailes bien...

—No te preocupes.

La sala estaba llena de gente. La voz del cantante era insinuante, pero no recuerdo lo que cantaba... Mi estado de embriaguez no me impedía sin embargo, seguir el ritmo de la danza... La Pulpita también había bebido bastante (cosa extraña, porque ella únicamente bebía los tragos falsos del cabaret).

—Te demoraste demasiado —me dijo—. Estuve libre desde temprano, pero como hubo clientes, me exigieron bajar... Estos *bachiches* del cabaret me tienen frita... Me habían dado la noche libre, y, ya has visto, he trabajado toda la tarde... Ahora me han dicho que me darán el día de mañana... Si tú quieres, me esperas en mi cuarto... Yo subiré algo tarde... ¿No te parece bien?...

Por supuesto, me parecía admirable. La música cesó. Gritos. Aplausos...

—¿Nos sentamos?

—¡No, chico! Sube al cuarto. No gastes más dinero. Coge la llave. Puerta 6. Primer alto. Mejor es que descanses... Es temprano. Yo voy a demorarme...

Resolví obedecerla... Eran las diez... Subí... Me eché en la cama como estaba... Me sentía fatigado... La cabeza me daba vueltas... Perdí la sensación de las cosas... Y me dormí soñando...

Elena Cunha prosigue:

—Aquella tarde, cuando Crispín, fugándose, me abandonó, semidesnuda, en el lecho, yo quedé trastornada, poseída de la más cruel angustia... Mi desesperación tenía motivos muy lógicos... Por una parte, se me hacía imprescindible aquella unión; necesitaba conquistar a Crispín, me urgía un pretexto para endosarle el hijo. Por otra parte, los besos de mi esposo, sus caricias, su ardor, su aliento cálido, me habían sobreexcitado... De tal modo que me sentí extraviada, perdida, sin ninguna esperanza... En ese instante (me atrevo a confesarlo) me interesaba más hallarle un cauce a mi deseo insatisfecho que la legalidad de mi hijo... ¿Por qué debo mentir?... Las mujeres somos así... Me daba rabia palpar mi cuerpo, sano, floreciente, anhelante, tirado allí indefenso como una cosa inútil y olvidada... Poseída de esa lujuria insana me revolcaba sobre el lecho... Mordía rabiosamente las almohadas, hasta que ya no pude más y comencé a sollozar... El llanto, amargo, me salía a borbotones, con gemidos de asfixia... Parece que mi abuelo, que estaba en guardia, oyó mis gritos...

—Y, ¿cómo no iba a oírlos? —musita el viejo—. Aquella tarde yo me había adormilado en un sillón... Me despertó el portazo que dio Crispín al salir... Me puse alerta... ¿Qué habría pasado... Yo estaba en esos días como en ascuas... Y me sobresaltaba por el más leve ruido... Me levanté en seguida, y, caminando con precaución, me llegué hasta tu alcoba... Oí tus gritos,

y, lo primero que imaginé fue que aquel bruto había llegado a golpearte (¿qué otra cosa podría esperarse de él?...). Entré en tu cuarto, dispuesto a defenderte... Te vi, semidesnuda, sobre el lecho, estremecida por el llanto convulso... “¿Qué ha sucedido, hijita?” —te pregunté—... Recuerdo que tú volviste el rostro con cierta ansia...

—Por supuesto. Creí que era Crispín.

—Y, al ver que el que llegaba era yo, te cubriste con un gesto de rabia...

—Era muy lógico. De ti yo no esperaba la solución de aquello, sino sólo reproches.

—Pero yo, haciendo caso omiso de tu desvío, me senté a consolarte, lo cual te enterneció profundamente.

—Sí, Nono. Tu ternura me hizo sentirme bien...

—Y tu llanto se diluyó tranquilo. Ya calmada, me lo explicaste todo. Tu alocada insatisfacción, tus temores, y tu angustia por lo que iba a venir... Al darme cuenta de la verdad, al comprender que se trataba de un hijo espurio, de un fruto del pecado, me horroricé. Temí las consecuencias. Sentí precipitarse sobre nosotros un aluvión de desventuras. Y quise convencerte de que el único medio de resolverlo era mediante un aborto. Tú te encolerizaste. Me dijiste que, en ese caso, preferías sacrificarlo todo por tu hijo. Procuré hacerte ver lo vergonzoso que sería todo aquello y la miseria que deberíamos afrontar. Todavía tú no estabas en posesión de tus bienes. Tú caíste como del cielo. No habías pensado en eso. Y te llevaste las manos a la cabeza, desesperada, gritando: “Pero ¿será posible que no hallemos un medio de salvarnos?”. Entonces yo, nervioso, violentando un secreto, te hablé de las escenas bajo la luna; del terrible connubio que se llevaba a efecto cuando Crispín, febricitante por tu demencia, te poseía en el jardín.

—Para mí, todo aquello fue una revelación. Pude explicarme entonces por qué razón había vivido tranquila desde la boda. ¡Qué infamia! Por supuesto, yo estaba convencida de que mi

esposo era un cínico, pero ¿cómo iba a imaginármelo capaz de tanto? De no mediar mi angustia, yo no sabría decir qué habría pasado. Pero, en ese momento no me podía indignar. Se trataba de mi hijo, y aquello me brindaba un recurso para salvarlo. Si mi antigua neurosis había servido como de afrodisíaco para Crispín, yo había encontrado —¡por fin!— la solución de mi enigma. Nada era más sencillo. Sólo había que fingir el paroxismo neurótico. Volvería a ser la loca poseída por la influencia lunar...

—Como es de suponer, yo me negué a esa locura.

—Pero ¿por qué razones? —alega ella—.

—Qué sé yo... Tuve miedo de las posibles consecuencias...

—¡Nada! ¡Nada! Yo me sentía feliz... Y ¿qué importancia podía tener tu miedo frente a la solución de mi tormento? Lo que me interesaba era mi hijo. Yo tenía que salvarlo a toda costa.

¿Quién podía detenerme?

—Pretendí disuadirte de que pusieras en práctica tu antojo ya que era Viernes Santo... Dicen que en días como éste...

—Sí, comprendo que no tuve paciencia. De seguir tu consejo, no habría ocurrido el crimen. Pero ¿quién va a saber lo que está escrito? Aquella sangre tenía que desbordarse tarde o temprano...

El Mack Amargo quiere seguir. Elena lo interrumpe nerviosa:

—Falta algo todavía... Convencida de que debía fingir el paroxismo, dispuse realizar mi proyecto esa misma noche... Como a eso de las nueve llegó Crispín... Me pareció confundido... Jamás lo vi tan raro... Caminaba con el mayor sigilo... Yo lo estaba esperando en la terraza, protegida por la penumbra, pero no había sentido ningún rumor, y casi grito cuando lo vi pasar, todo cohibido, como quien teme dejarse ver... La luz verde de uno de los faroles se proyectó en su rostro... Le vi un aspecto trágico... Las ropas descuidadas... El cabello en desorden... ¿De dónde volvería? Seguramente de alguna de sus rondas plebeyas... Y,

convencida de que su confusión favorecía mi proyecto, resolví sorprenderlo con la simulación de mi locura... Pretendía solamente provocarle, como antes, una violenta escena de celos para que se enterara de mi neurosis... Y, ya dispuesta a todo, lancé el más disonante de los aullidos... ¿Para qué hice tal cosa?... Aquél homúnculo se dio tal asustada que por poco se cae. Pegó tres saltos y se escondió en su cuarto. Aquella mueca me pareció tan cómica que estalle en carcajadas. Me reía como loca, sin fingimiento alguno de tal modo que me contorsionaba sobre el diván. Me había atacado como una especie de hipo que me ahogaba haciéndome sollozar...

Al recordar esa escena, Elena ríe complacida.

Don Céfaros prosigue:

—Cuando escuché su carcajada estridente, me puse en guardia, puesto que, aun suponiendo que era pura ficción, yo estaba inquieto y sumamente nervioso. En ese instante entró Crispín a mi pieza: “¡Venga ¡Venga! ¡Está loca! ¡Se va a morir!” Por supuesto, me fingí atribulado y lo seguí sin chistar. Entre él y yo llevamos a Elena hasta su alcoba para que reposara.

—Me dejé conducir como sonámbula, con los ojos cerrados, convencida de mi superchería; pero no sé decir si en realidad simulaba o era que ya en efecto me volvía el maleficio... Me estiré sobre el lecho, fría, hierática, con los músculos tensos... Crispín salió del cuarto sin hacer ruido... Después oí sus pasos en la terraza y escuché a mi abuelito darle las buenas noches...

—Le dije “Buenas noches” —dice él— y fui a acostarme con el firme propósito de quedarme despierto... No me agradaba mucho ese capricho de Elena... Preferí estar alerta... Pero al cabo de un rato comencé a darme cuenta de que el sueño me iba a vencer y procuré distraerme... En busca de algo para espantarlo, abrí mi armario... No sé por qué motivo (¡era el destino!) yo tenía mi escopeta cargada para salir de cacería... Me deleitaba vagando por los montes, inútilmente, pues nunca hallaba nada... ¡Estaba escrito que mi tiro final sería certero!

—No te preocupes, Nono —exclama Elena—; ya verás cómo todo puede arreglarse... Déjame proseguir... Ya falta poco... Cuando sentí a Crispín en la terraza, me levanté del lecho, desenfundé el violín, templé sus cuerdas, y comencé a arrancarle melodías olvidadas, mis viejas añoranzas, los motivos de mi romance espectral... Sentí de nuevo renacer en mi espíritu la otra pasión... Volví a ser de repente la Elena verdadera no la enferma, la otra, la de antes de la guerra, con plena lucidez de mis actos y con mi enorme anhelo de ternuras... A medida que vibraba la música, seguía escuchando afuera los pasos de Crispín, indicadores de que caería en la trampa... Sus pisadas inquietas y su nerviosa tos me revelaban su excitación creciente... Total, sólo faltaba que él me viera desnuda para que se lanzara sobre mi cuerpo... Me asomé a la ventanita del baño... La noche estaba quieta como en espera de algo sensacional, si bien no se notaban aún las grandes masas del arbolado, esas oscuras siluetas que la fronda recorta sobre el cielo cuando nace la luna... Sin embargo, yo estaba convencida de que saldría... Y salió...

El Mack Amargo no puede contenerse. Da un paso hacia adelante y, dirigiéndose a mí, sigue el relato sobreexcitado:

—Aquella noche todo estaba en mi contra... Yo recuerdo que penetré en la alcoba de La Pulpa y me dormí como un plomo... Por supuesto, tuve sueños muy raros... Me parecía encontrarme entre soldados que disparaban... Sentía un gran alboroto... Gritos... Cantos... Y, en medio de la turba, la muchacha que bebía Coca-Cola, me gritaba colérica: “¡Drink beer and remember Pearl Harbor!” De repente, me bañó una ola enorme y desperté... Era Sabina que me había disparado un vaso de agua.

Le pregunté:

—¿Qué pasa?

—¡Despabílate! ¡La Macksita está grave!

—¿Cómo así?

—¡Una desgracia!

—Pero ¿qué fue?

—¡No hay tiempo! ¡Apura Amargo!... Es necesario llevarla al hospital.

—Bueno ¡bajemos!

Y nos precipitamos escaleras abajo... En el zaguán di un tope a unos borrachos que discutían, y eché a correr, sin escuchar sus protestas, perseguido por la voz de Sabina que me gritaba: “¡Apúrate!”... Montamos en la chiva y arranqué a toda marcha... Fue tan brusco el envión que casi tumbo a Sabina.. Hice un viraje por el Parque Lesseps y tomé el rumbo de la “4 de Julio”... En los oídos me vibraba la música del cabaret... Veía en mi mente, como en gran mescolanza, los anuncios del bar... BEBA CERVEZA... PREFIERA COCA-COLA... Fume esto, fume aquello... Le pregunté a Sabina: “¿Qué sucedió? ¡Di, pronto! ¡Qué fue! ¡Maldito sea!”... Sólo un gemido fue su única respuesta... En una esquina me detuvo el silbato de un policía... Se aglomeraron los autos por congestión del tránsito y empezó el gran bullicio de las bocinas... Pasaron varios autos blindados y algunos jeeps... Aquella espera me ponía más nervioso... Comencé a blasfemar... Y, ya colérico, la emprendí con Sabina: “¿Vas a decirme al fin qué le pasó a La Macksita?... Pero ella, temerosa, no se atrevía a contarme... Se hacía la distraída... Pensé: “¿Será una broma?”... Dieron la orden de continuar... Aceleré... Me indignaba la posibilidad de un engaño... En todo caso no perdía la esperanza... Aún sería tiempo de regresar al cuarto de La Pulpita... Pero ¿a qué ilusionarse?... Con mujeres como esa jamás se está seguro... Sabina murmuraba: “¡Condenada cerveza!”... Pensé que La Macksita habría seguido bebiendo... En mala hora se le ocurrió a Crispín acostumbrarla a ese vicio... En adelante le prohibiría beber... Oí la música de un cabaret lejano... La Macksita se sentiría mareada... ¡Chiquilladas!... No sería nada grave... Sin embargo... “¿Ya lo viste, Sabina? Te lo dije: ¡No le des más cerveza!”... Pasó un camión en fuga... ¡No es por eso!—gritó Sabina—... La Pulpita se quedaría esperándome... “Luego entonces...” —le dije—... En ese instante llegá-

bamos a un cruce... Había revuelo... No se podía pasar... Oí el silbato del policía... Se había formado un gran barullo de gente... Parece que era un choque... Eché el vehículo por otra calle y penetré en “El Chorrillo”... Ya íbamos a llegar... Sabina dijo: “¡Amargo, te lo debo decir, a La Macksita la han desgraciado!”... Casi pierdo el dominio del volante... Le pregunté: “¿Qué has dicho?”... Llegamos a la casa... Detuve el auto... La vieja farfullaba: “¡Ese Crispín condenado!”... Comencé a presentir la realidad... No sé cómo subí... La puerta estaba ajustada... Ni el más leve rumor... ¿Se habría llevado Crispín a La Macksita?... Penetré con cautela... A la luz tenue que despedía la lámpara de kerosene pude entrever los objetos... Sobre el lecho yacía mi hermana, pálida, cadavérica, exangüe... Abrió los ojos con gran dificultad... Me pareció horrorizada... Se quejó... Dijo algo que no pude escuchar... A mis espaldas se lamentó la vieja: “¡Pobrecita!”... Yo levanté las sábanas... Lo que vi me dejó sin aliento... ¡Sangre, sangre por todas partes!... Junto al lecho vi otros lienzos manchados... “¿Cómo fue?”... La Macksita no podía responderme... Sabina barbotaba: “¡Yo tuve que salir a hacer mi venta de rifas... Crispín me aseguró que iba a quedarse atendiéndola... Cuando volví, me pareció oír gemidos aquí en el cuarto... Vine a ver... Y encontré a la La Macksita bañada en sangre... Me dijo que se había adormilado y que notó como en sueños cuando Crispín, con un aspecto de loco, se le fue encima... ¡Válgame Dios!... Mejor es que la lleves al Hospital... Con tanta sangre perdida, si no llegas a tiempo puede morirse...” Me volví como idiota... No podía decidirme... Mi odio contra Crispín era mayor que mi pena... Por mi mente cruzaron mil ideas... “¡Apura! ¡Apura! —susurraba Sabina.— Hay que dar parte a la policía!”... ¡Vaya una fórmula!” Crispín tendría mil medios de defenderse... Con dinero podría acallar la prensa... Para él no era difícil hacer que hasta las mismas autoridades echasen tierra sobre el asunto... Lo más cuerdo era evitar el escándalo... Sabina (aun a sabiendas de lo que había ocurrido) se hacía la sor-

prendida, lamentándose como una urraca... Me propuse ganarme su confianza para cogerla en falso convencido de que al fin y al cabo ella, a las buenas, me diría la verdad... La muy astuta no hacía más que gemir: “¡Pobre criatura! ¡Qué desgracia, Dios mío! ¡Pide ligero la ambulancia del Hospital!”... Pero no le hice caso... Sabía que tal recurso podía dañar mis planes, pues las autoridades llamarían a Crispín con el pretexto de interrogarlo y urdir la farsa de siempre... Yo estaba convencido de que hallaría la fiera en su madriguera... Allí estaría relamiéndose harto de sangre, desprevenido... Le caería de sorpresa... Pero, ante todo, lo urgente era salvar a mi hermana... La levanté, con gran cuidado, en los brazos (Sabina me ayudaba) y fui bajando con ella hasta la *chiva*... Procuré acomodarla con toda la premura que su estado exigía... Hice subir a la vieja... Y arranqué... Sin embargo, preferí hacer el viaje con la mayor cautela... Era preciso que nadie se enterara... Por todas las esquinas me llamaban los que querían servicio. Yo no me detenía... Les contestaba: “Voy a guardar”... Y así llegamos al Hospital... Fue necesario esperar un poco... Le expliqué a la enfermera: “Se trata de algo grave... Una hemorragia”... Mi hermanita había perdido el sentido... En la camilla, como una muertecita, fue llevada a la sala de operaciones... Ya el médico de turno estaba listo para operar... No me dejaron entrar... Y no sabiendo qué hacer, Sabina y yo no sentamos en un banquito del corredor... Esos minutos me parecieron siglos... Salían y entraban enfermeras, silenciosas, solícitas... ¿Qué pasaría?... ¿Por qué motivo se demoraban tanto?... Lo que me preocupaba sobre todo, era que alguna *nurse* pudiera conocer a La Macksita y cometiera la imprudencia de irle a mi madre con el cuento... Desde luego, yo todavía pensaba que aquello no era grave... Ya estaba acostumbrado a ver tragedias como esa... Una muchacha que se deja engañar no es nada nuevo... Entre nosotros, gente del pueblo, no se le da importancia a pequeñeces de esa índole... Suceden con frecuencia... Pero el asunto cambia si el hecho se comete sin voluntad

de parte... Ya entonces se convierte en todo un caso de honor... Sin embargo, como no nos agrada inmiscuir a la policía en nuestra vida, buscamos al culpable y le exigimos la debida reparación... Ya es sabido que las autoridades se enteran cuando el asunto llega a las manos del forense con señales de sangre... Por eso y por estar convencido de la vitalidad de La Macksita sólo hablé de hemorragia... Fue el gran error, pues si yo hubiera declarado los hechos ella se habría salvado... ¡Jamás he sido tan torpe como esa vez!... Sí, lo comprendo... Me obsesionaba la idea de chantajear a Crispín para vengarme de una manera cínica... Mi plan era abordarle en su propia casa y aun hacerle un escándalo delante de la esposa hasta sacarle ventaja... Desde luego, nunca pensé matarlo... No creo yo en el honor como lo entienden los otros... Me basta con los puños... Son las mejores armas, sin peligro de audiencias fastidiosas... A lo sumo, varios meses de arresto... Total, muy poca cosa... ¿Cómo iba yo a pensar que él, tan enclenque, se atrevería a enfrentáseme?

—¡No divagues, Amargo! —exclama Elena—.

—Tienes razón —replica—. Bueno... ¡Sí!... El Hospital... Aquella espera me tenía ya impaciente... Por fortuna, salió de nuevo el médico quitándose los guantes... Pensé: “Ya ha terminado la operación”... Y era así, en realidad pues ya traían a mi hermana en una mesa portátil... No pude verle el rostro... Iba cubierta como un gran catafalco... Sentía cierta aprensión, aunque las enfermeras no parecían inquietas. Una de ellas me dijo: “Puede pasar”... Yo entré... Vi a mi hermanita cuando alzaron la sábana que la cubría... Parecía muerta... “La perdida de sangre” —pensé—... Dos enfermeras la habían depositado ya en su lecho, pero una de ellas gritó: “¡Llamen al médico! ¡La hemorragia ha seguido!”... Noté la gravedad al ver que el médico la hacía llevar de nuevo al salón de operaciones... “¡Parece que ha empeorado! —dijo Sabina—. Será mejor contarles lo que pasó o se muere!”... Yo me puse nervioso... Me aproximé al doctor y le narré lo ocurrido... “¿Por qué no lo dijo antes?” —me contes-

tó; hizo un gesto como de desagrado y entró al salón, nervioso... Me senté... En ese instante, frente a una muerte próxima, mis pensamientos tomaron otro curso... Si perdía a La Macksita ¿qué iba a pasar? Sólo pensarlo me crispaba los nervios... Pero, aun así, recuerdo que no surgió en mi mente la idea del crimen... En ese caso yo habría llevado un arma... ¿Cómo puede matarse sin la ayuda de un revólver o un hacha?... A no ser que sea fácil hallar a mano algún objeto pesado... Pero el que va a matar no ha de atenerse a las circunstancias... Necesita ir armado para estar bien seguro... Claro que un hombre fuerte le queda aún recurso de estrangular a su víctima... Pero digo estas cosas porque se las oí al Fiscal durante el juicio... ¿Cómo iba yo a saber tantas maneras de asesinar?... Es increíble lo que puede aprenderse en una audiencia... Llega uno a convencerse de que los abogados son técnicos del crimen... Nada podría fallarles... Lo saben todo... ¡Qué buenos criminales pudieran ser!... Cuando le oí al Fiscal todo el proceso que, según él, tuvo lugar en mi cerebro y que él llamaba la premeditación, creí que hablaba de otra persona... Por sus cálculos, yo llevaba un revólver, que eché al estanque, después de disparar... ¿Por qué motivo penetré en el jardín?... No señores... Yo iba dispuesto al crimen... Quizá era cierto... Lo que nunca pensé fue de qué modo liquidaría a Crispín... Y en efecto lo estaba estrangulando cuando escuché el disparo... ¿Pero, a qué divagar?... Me he adelantado... Volvamos a los hechos... Regresemos a aquel momento trágico del Hospital... Sabina y yo esperábamos en silencio, cada cual en un extremo del banco... Se repetía de nuevo el ir y venir de uniformes... El tiempo transcurría... Las enfermeras parecían más nerviosas... Entraban y salían apresuradas... Yo comencé a intuir que algo muy grave debía pasar... Y, a medida que el signo de la muerte se delineaba en mi cerebro como algo inevitable, relampagueaba en mí la idea del crimen... Pero era algo impreciso, algo confuso... Recuerdo que Sabina comenzó a lamentarse y hacía unas muecas raras... Yo le iba a preguntar lo que

pensaba de todo aquello, cuando salió el doctor y entró a lavarse en el gabinete aséptico... Me pareció notarle un ceño adusto que no le era habitual... En su semblante vi una expresión de pena que me desorientó... “¡Mala cosa!” —pensé—. E iba a seguir tras él para enterarme, pero no fue preciso porque una de las enfermeras se me acercó anunciándome la defunción.

—¿Puedo llevármela? —le pregunté—.

—¡Imposible! repuso—. Se trata de un delito según parece... Tiene que examinarla el médico forense... A lo mejor resuelve hacerle la autopsia... Yo creo que es preferible que usted dé “el parte”... Bajen los dos a la oficina de policía... Los necesitan... Deben ustedes declarar...

¿Para qué dijo aquello?... No obstante estar seguro de mi inocencia, me puse nerviosísimo... Sabina, peor aún... Ella, en efecto, tenía grandes motivos para estar intranquila... Su existencia no había sido otra cosa que un eterno escamoteo de la ley... Y, en el asunto de La Macksita (después se supo) le tocó hacer de cómplice... Por eso resolvimos (sin confesárnoslo) darle larga al problema... En la oficina parece que no tenían gran apuro... Dijeron que la autopsia se efectuaría al día siguiente... El cadáver lo llevarían a la morgue donde debía pasar toda la noche... Yo prometí volver con la denuncia del caso... No recuerdo haber vertido una lágrima... Sabina, sí... La idiota no hizo más que llorar cuando volvíamos a casa... ¿Le remordía la conciencia por la ayuda prestada?... Sin embargo, de haberse imaginado las consecuencias... ¡No sé!... Bueno, ya en casa, la dejé convencida de que, al guardar la *chiva*, regresaría... Deseaba sorprender a Crispín y no quería, desde luego, que Sabina lo previniera telefoneándole... Por eso procuré entretenerla diciéndole:

—No vayas a acostarte sin limpiar esa sangre. Lava el cuarto. No dejes ni una huella. Y sobre todo, no le cuentes a nadie lo que ha pasado.

No podría precisar exactamente lo que bullía en mi mente cuando arranqué de nuevo a toda marcha... Lo que sí sé de cier-

to es que me guiaba la imagen de Crispín... Con todo y eso, al llegar a la Plaza de la Estación (iluminada por el soberbio anuncio del cabaret) detuve el auto y entré con el propósito de ver a La Pulpita... No sé por qué intuí que aquella intrusa tenía también su parte en mi desventura... Pero es también posible que mi entrada en el bar sólo escondiera una intención lujuriosa... Vaya usted a saber... Bueno... Recuerdo que me senté en un ángulo y pedí un trago... Ya eran más de las doce... ¿Dónde estaría La Pulpa?... Faltaba aún mucho tiempo para que ella subiera... ¿Qué pensaría al entrar y no encontrarme en el cuarto?... No sé por qué motivo se me ocurrió en seguida una coartada.. Estableciendo que ella me suponía desde temprano en su cuarto, ¿qué testigo mejor en mi defensa si ocurría una tragedia?... Yo podía liquidar muy lindamente mi asunto con Crispín y regresar a la pieza número 6... De esa manera habría matado a dos pájaros de un tiro: vengarme de Crispín y solazarme con mi estupenda rubia... Aquel ingenuo desquite me decidió... Pedí otro trago, me lo bebí de un golpe e iba a salir cuando alguien me detuvo.

—¡Aló, Mack!

Una cholita, vulgar, desprestigiada, que quería darse tono porque la habían empleado en el cabaret. Era tan grande la demanda de besos, que aun las más infelices tenían su *boy*.

La miré con cierta ira:

—¡Zafa! ¡Zafa! —le dije—.

Hizo una mueca y se colgó de mi brazo.

La aparté bruscamente.

—¡Busca a otro!

Y ella a mí:

—¡Mack Amargo, te has dejado engañar!

—¿Por qué lo dices?

—¡Porque se fue a Colón!

—¿Quién?

—¡La Pulpita!

—¿Sin licencia?

—No, chico. ¡Se le acabó el contrato! ¡Creo que vuelve a La Habana!

—¡Hija de perra!

—Sí, Mack. ¡La platinada te jugaba bajezas!

Comprendí... ¡Sí, señor!... Tuve en seguida la percepción exacta de la burla... ¡Me pareció tan clara!... Crispín le dio dinero para que me engañara... Con razón La Pulpita me hizo subir al cuarto... Me quería retener mientras el otro se saciaba a sus anchas... ¡Hijos de una...! ¡Ya me las pagarían!... Sentí la sangre palpar en mis sienas... Corrí... Me eché a la calle... La noche estaba clara... Un tren en marcha me hizo entrever la huída de La Pulpa... ¿A esas horas?... ¡No!... Sería un tren de carga... Sin embargo, hay detalles que no se olvidan nunca... Los bufidos de la locomotora... El estertor de la máquina... Los borbotones de humo... La campana con su toque estridente... Las dos barras del cruce que descendían cual guillotinas fantásticas... Y, allá arriba, en el cielo, sobre las casas míseras de Guachapalí, la luna... ¡Oh, sí!... Hay detalles que se quedan impresos en la memoria... Aquello ¿sería un presentimiento de la tragedia? No sé... Monté en mi *chiva* y la lancé velozmente con rumbo a mi destino... Todavía, hasta ese instante, señor, yo no pensaba matar... Tenía la mente nublada por los tragos y por mi instinto ciego... Yo iba como esos toros que se echan a correr, enfurecidos, cuando ven algo rojo...

Hace una pausa para tomar aliento. Respira fuerte. Aceza.

Elena Cunha, aprovechando ese lapso, continúa su relato:

—¡La luna había salido por fin!... ¡Yo estaba alegre!... ¡Ya mi triunfo era un hecho!... En la terraza, percibía las pisadas de Crispín... Resonaban de un lado para otro con monótono ritmo... ¿Cómo no iba a pensar que su impaciencia se debía a mi demora?... Ya era tiempo... Me despojé... Cubrí ligeramente mi cuerpo... Tomé el violín... Salí... Crispín fumaba pegado a una columna... Cuando me vió pasar, tiró el tabaco listo para la acción... Lucía una luna como mandada a hacer... Crucé el jardín

y me acerqué a la piscina... Dejé caer mi túnica... Y, en actitud de estatua, le arranqué a mi violín las melodías olvidadas... Yo no he tocado nunca como esa noche... Cada nota era un garfio, cada espiral un lazo... Era mi anhelo de atraer a Crispín, de subyugarlo a mi antojo...

Don Céforo, nervioso, como quien ya presiente la tragedia, se adelanta y explica:

—En mala hora se le ocurrió esa idea... Desde mi cuarto, como un gato en acecho, yo captaba los más nimios detalles... Y, era tal mi impaciencia, que hubiera preferido salir, si la presencia de Crispín, en el pórtico, no me hubiera arredrado... Miré por la ventana... Desde luego, la luna me indignó; siempre fatídica, se proyectaba enorme sobre los árboles. ¿Qué nuevos sinsabores me anunciaría?... En ese instante vi pasar a mi nieta... La suerte estaba echada... ¿Quién ganaría?... La luz del astro rielaba sobre el agua... Las sombras se movían... Se respiraba una brisita muy tenue... “Si lloviera —pensé— sería mejor”... Habría querido detener la gran farsa... Pero los hechos ya iban precipitándose... Sentí, sobrecogido, las notas del violín... Me parecieron amargas, dolorosas, como si Elena las fuera desgarrando del instrumento... Su silueta se destacaba esbelta junto a la balaustrada... Poco faltaba ya para el falso éxtasis...

El Amargo prosigue:

—No hace falta explicar con qué alocada velocidad lancé mi *Chiva* hasta Bella Vista... Todo el barrio dormía... Siento a menudo cierta envidia insufrible contra los aristócratas de ese barrio... Tienen casas bonitas... Elegantes chalets... Villas soberbias... Y deben ser felices... Los jardines están arregladitos... Hay flores a montones... Y, la grama, siempre cortada al rape, provoca echarse al suelo a dormir o a contar las estrellas... Sufro un rencor profundo al ver los juegos de los niñitos ricos... Visten siempre de nuevo... Gritan, chillan... Y corretean alegres tras el perro... ¡Qué bestia más hermosa!... Nunca muerde a los niños... Pero si se aproxima un extraño, ¡cuidado con el perro!... Sobre

todo si el extraño es un pobre... Nuestros perros del pueblo no establecen diferencias de clase... Pero estoy divagando... Usted perdone... Siempre olvido los hechos... Yo recuerdo que el barrio estaba en calma bajo la noche... Y el motor de mi chiva hacía un escándalo definitivamente insoportable... ¿Qué se podía esperar de un cachivache como ése?... Resolví abandonarlo e hice el trayecto a pie... Crucé las calles desiertas y me quedé escondido en un paraje poblado de árboles... Las sombras se adensaban bajo el ramaje... La Villa estaba cerca... Sabía que era la última, la de la esquina, rodeada de murallas... Avancé con sigilo, tratando de fundirme en las sombras... No deseaba que me oyera algún perro... No hay nada más terrible que esos ladridos a media noche... Cuando ya estaba cerca de la Villa oí la música de un violín... ¿Quién tocaría a aquellas horas?... Me aproximé... Crucé la calle... Me pegué a la muralla... Aquella música salía de allí... Era tan triste que me puse a escucharla y hasta experimenté como una especie de calma... Me sentí más pacífico, sin deseos de venganza... Sólo entonces recordé a La Macksita... Hasta ese instante no tuve la certeza de que había muerto... Su cuerpo delicado reposaría en la Morgue entremezclado con los otros cadáveres... Me invadió una gran ola de llanto... Y, mi ternura, reprimida hasta allí, brotó serena... De repente dejé de oír la música... Probé una sensación de soledad... La noche me pareció más lóbrega... Más lúgubre el silencio... Más inmensa mi cuita... Volvió a invadirme aquella cólera ciega de bestia enfurecida... Me froté con la manga los ojos húmedos... Y me dispuse a actuar... Necesitaba saltar el muro que, aun no siendo tan alto, presentaba un obstáculo: tenía el borde con vidrios... Agudas puntas que lucían como estrellas a la luz de la luna... Saltar por ese lado hubiera sido destrozarme las manos... Por las ramas de un árbol sería más fácil... Los estudié con calma, y hallé uno cuyas ramas caían sobre el jardín... Aprovechando las ranuras del tronco subí por él hasta quedar a horcajadas sobre una de sus ramas... Jadeaba... Respiré a pulmón pleno... Aquella atmósfera, Impregnada por la

fragancia de las flores de acacia, me hizo pensar en el cadáver de la Macksita... Si conseguía sacarlo del hospital le haría un velorio con profusión de flores... Ya sabía dónde hallarlas... Y remecí las ramas produciendo una gran lluvia de pétalos... El cadáver lo arreglaría Sabina... La Macksita yacería sobre un catre, yerta, rígida... ¿Tendrían que desnudarla?... ¿Por qué diablos lavarán a los muertos?... Es algo bien grotesco... Presenciarlo debe causar espanto... Sin embargo, yo no sé lo que es miedo ni me asustan los cuentos de fantasmas... Muchas veces he cruzado de noche el cementerio sin la menor zozobra... Pero, esa noche, cuando logré mirar hacia el jardín sentí un ligero estremecimiento... Sobre el césped había una cosa blanca que se movía. ¿Sería un espectro?... Procuré infundirme ánimo reprochándome con palabras mordaces... “¡Cobarde! —me decía—. ¡No te achiques!”... Poco a poco me sentí más tranquilo y, deslizándome sobre otra de las ramas, fui a caer al jardín... Inútilmente traté de no hacer ruido... La hojarasca crujía bajo mis pies... Quedé en cuchillas pronto a huir si era necesario... La Villa estaba a oscuras... No parecía habitada... Me infundía sobresalto el más ligero rumor que producía el viento al remecer el ramaje. Me fui acercando a gatas hacia aquello que se movía en el césped y distinguí por fin como dos cuellos de cisnes... Pensé que aquellas aves estarían arrullándose junto al estanque... Pero sus contorsiones eran tan raras... ¿Serían de veras cisnes?... Seguí avanzando, cauto, y me detuve de pronto sobrecogido... Lo que veía moverse eran los brazos de una mujer... Estaba tendida sobre el césped, desnuda, y retorciéndose como animal herido... Percibía claramente sus formas blancas al claro de luna... Aquella *pulpa* me hizo olvidar a la otra... Lo que yo había deseado toda mi vida se me ofrecía por fin a pocos pasos... Bastaría dar un salto para caer sobre ella... Besarla, hacerla mía... ¿Cómo explicar ahora mi estado de ánimo?... Seguramente me embruteció el alcohol o lo avanzado de la hora... No sé... Pero lo cierto fue que perdí el sentido y acercándomele, la estreché entre mis brazos...

El Mack intenta repetir esa escena. Elena Cunha lo rechaza, violenta:

—¡No, Amargo! ¡Me haces daño!

Forcejean.

—¡Que me sueltes!

Don Céforo interviene:

—¡Ten paciencia, hijo mío! Dentro de poco no hallarás resistencia.

Parece comprender y, ya sereno, ríe con cierta malicia.

Elena Cunha se acaricia los hombros y murmura con falsa ingenuidad:

—¡Ese demonio tiene brazos de hierro!... ¿Lo ha visto?... ¡Es una bestia!... ¿Quién podría detenerlo?... ¿Cómo iba yo a negármele a esa masa de músculos?...

—¡Mentira! —grita El Mack—.

—¡No me interrumpas!

—¿Qué ganarías mintiendo?... Di la verdad... ¿No es cierto que estuviste de acuerdo?

Ella comprende que es inútil fingir, alza los hombros y confiesa:

—Es verdad... Si me expuse a la comedia del éxtasis no fue sencillamente por endosarle un hijo a Crispín sino empujada por mi ardiente deseo... De tal modo que, mientras debatíame bajo la luna sólo pensaba en eso... Todo mi cuerpo ardía... Necesitaba a Crispín... Quería entregármele con toda mi pasión... En ese instante sentí que me besaban, y, creyendo que era él, abrí los ojos... Pero no era Crispín, era un extraño, tal vez un criminal... El sobresalto me hizo lanzar un grito... No sé ni por qué lo hice, pues confieso que ya me había entregado sin reservas al abrazo de aquel desconocido... Y, aún simulando negarme a sus caricias, ya había resuelto dármelo... Lo malo fue aquel grito...

—Lo del grito no hubiera sido nada — dice Don Céforo.

—El mal estuvo en mencionar a Crispín —agrega Elena.

—Porque al oír su nombre —dice El Mack— me di cuenta de que ella era la esposa y, por supuesto sentí mayor el ansia de subyugarla... ¿Qué venganza podía ser más certera?... Pero, no era venganza... Más bien, brutalidad. ¿A qué negarlo?

—Me agrada que lo digas, pues yo no me avergüenzo de confesar lo que pensé en ese instante... Cuando yo comprendí que era otro el hombre que me vencía (más fuerte que Crispín lleno de vida, y, por lo tanto, fecundo) sentí un júbilo inmenso... Mi hijo estaba salvado, pues siendo involuntario tal ultraje a mi cuerpo, Crispín debía aceptarlo como hijo suyo... Fue una idea momentánea, pero bastó para volverme feliz y decidirme a aquella entrega inmediata...

Don Céforo interrumpe:

—Si no hubieras gritado todo habría andado bien... Yo hasta recuerdo que estaba ya dispuesto a no meterme entre ustedes y me había retirado de la ventana para no ser testigo de aquella farsa...

Hace una pausa, y, dirigiéndose a mí:

—Ya iba a acostarme y estaba desvistiéndome, pero tenía el oído atento a todos los ruidos del jardín... En ese instante partió el silencio el grito desgarrador de Elena... Pensé inmediatamente que Crispín la mataba... Tuve plena conciencia de que la estrangulaba... ¡Ah, canalla!... Descolgué mi escopeta (yo la tenía cargada con perdigones)... Y me precipité... Choqué en el pórtico con Crispín... Iba armado con algo muy brillante... Lanzó una exclamación y se lanzó hacia el estanque... Yo pensé: “¡Va a matarla!”... Y preparé mi fusil...

El Mack Amargo continúa:

—Cuando yo vi venir en contra mía a aquel sujeto quedé un rato indeciso, y aún dudaba de que fuese Crispín... Entre los árboles no podía distinguirlo... Venía apartando ramas y dando tropezones... Al fin lo tuve cerca... Lo tenía a pocos pasos... ¡Era él!... Lo sorprendente fue que aquella certeza me dejó indiferente... Algo más grande que mi odio en contra de él aniquila-

ba mi voluntad... En ese instante no hubiera habido fuerza capaz de distraerme... Parecía entorpecido por la pasión... Y ¡claro! no le temía a la muerte... Crispín llegó acezante y se detuvo a pocos pasos de mí... Noté en su mano el centelleo del acero, pero no me inmuté... ¿Cómo decirle?... Recuerdo solamente que él quiso separarme de Elena y yo, enojado, lo aparté con tal furia que rodó por el suelo... Parece que saltó, muy ofendido, y, ya dispuesto a matar, me hirió en el hombro. Yo al sentir la punzada, me levanté frenético y arremetí... ¡Pobre hombre!... Se fue al suelo, de bruces, al primer empujón... Aún sigo oyendo el tintinear del acero sobre las piedras... Y, mientras me detuve llevándome una mano a la herida, Crispín hizo el intento de hallar el arma... Me le fui encima... Pero de entre mis manos resbalosas de sangre él deslizóse como una anguila... Corrí, bestializado, dispuesto a estrangularlo... Lo atajé en un recodo, bajo los árboles, y no halló más remedio que meterse en el cauce lleno de miasmas que servía de desagüe... Seguí tras él, furioso, chapoteando en el fango... Me enredé en las raíces... Las arranqué colérico... Y, ya libre me disponía a lanzarme nuevamente tras él, cuando, de pronto ¿quién lo iba a imaginar?...

—¡Qué noche horrible señor, —dice Don Céfar— No me hubiera creído capaz si mis sentidos no siguieran gritándome: ¡Asesino! ¡Asesino!... ¡Sí, señor! ¡Qué miseria!. ¡Yo asesiné a Crispín!... Todas mis fibras anhelaban matarlo... Desde que eché a correr, atormentado, tras él, ya había dispuesto el gatillo de mi escopeta... Pero al mirar la escena que se desarrollaba, me quedé tras un árbol... “Mejor así —pensé—, pues ese intruso me evitará el trabajo de asesinarlo”... Sentí un alivio enorme... Finalmente nos libraríamos de él... Respiraríamos tranquilos y recuperaríamos nuestros bienes... Tras aquel escondite vi la escena... Pero lo más extraño, lo que más me aterró fue la conducta de Elena... Se había pegado a un tronco, como yo, y contemplaba la lucha con menos estupor que si mirara acariciarse a dos bestias... Su impasibilidad me horrorizó... También Elena anhe-

laba la tragedia... Aquel canalla moriría entre mis manos, en las de ella o en las de aquel intruso... Cuando lo vi en el fango chapoteando desesperadamente, comprendí que Crispín iba logrando ventaja... ¿Podía salvarse entonces...? No pude tolerarlo... Me eché el fusil al hombro... Y disparé...

—¡No! —grita ella—. ¿Por qué ibas a matarlo?

—¿Tú qué sabes? Caíste allí privada...

—Aquel disparo me hizo pensar en Ninski... Vi la escena de nuevo... Lancé un grito... Perdí el conocimiento...

El Mack Amargo prosigue:

—El estallido me había dejado estático, pero al oír el grito, volví el rostro hacia Elena... La vi caer inerte al pie del árbol y me quedé confuso... Sería cosa difícil describir lo que pasó por mi mente... Lo cierto del asunto es que ignoraba quién disparó... Sólo recuerdo que vi caer de bruces a Crispín sobre el fango... Pero también Elena había caído, y, pensando que la herida era ella, corrí pronto en su auxilio... La levanté en mis brazos... Estaba helada, yerta... Me dirigí a la casa... Vi entonces, a mi lado, a este señor, nervioso, que me mostró la alcoba... Pero, imagine usted, aquel disparo había llenado la noche de ladridos y de voces humanas... Pensé: “Dentro de poco vendrá la policía”... Me entró un miedo endiablado... Dejé a Elena en la cama... Y eché a correr... Jamás olvido la visión de su cuerpo... Había notado que ella no estaba herida... En el pantano habría expirado Crispín... Sin detenerme a averiguar la verdad iba a escaparme por el zaguán, pero alguien daba golpes que estremecían la puerta... Oí los gritos de gente que corría... No me quedaba más que saltar el muro... Seguía oyendo a los perros... El bullicio aumentaba... De un gran salto me agarré a la muralla... No recuerdo haber sentido dolor cuando me herí con los vidrios... Me monté sobre el muro... Salté... Y eché a correr hacia la parte del mar... Mis pasos resonaban pesados en la noche... En mis oídos se clavaban punzantes los agudos pitidos del policía... Llegué a la plaza. Trataron de atajarme y me lancé hacia la playa... No vi otra solución que

refugiarme en el corral del ganado... Las bestias se asustaron... Me oculté en medio de ellas... Aún recordó que la brisa del mar no amortiguaba la peste insoportable de la boñiga...

—Mientras tanto —dice ella— yo había recuperado los sentidos y me sentía mejor... Me molestaba mi neuralgia de siempre, sobre todo porque oía fuertes golpes del lado del zaguán... Mi abuelito resolvió abrir la puerta... Yo me quedé en la alcoba y desde allí oía el bullicio de la gente que entraba... Miré por la ventana del baño... Habían traído linternas... Y hacían preparativos para sacar al muerto del barrizal... Todo aquello me llenaba de horror, pero no pude contener mi curiosidad y me vestí a la ligera, con la celeridad de quien no quiere perder un espectáculo... Parecerá increíble pero la muerte de Crispín no me causaba dolor, por lo tanto, no me sentía dispuesta a hacer de viuda dolorosa y desconsolada... Me hallaba en un estado de impasibilidad casi absoluta... La suerte de mi abuelo me tenía sin cuidado... Más pensaba en el otro... ¿Quién sería?, ¿Qué deseaba?... ¿Por qué entró en el jardín?... Me habría agradado verlo de cerca... Hablarle... Y procuraba escuchar lo que decían, con la esperanza de saberlo ya a salvo... Pero aquellos curiosos ponían más interés en las maniobras que estaban realizándose para extraer al muerto del lodazal. Se habían aglomerado junto a la ciénaga y alumbraban con antorchas y lámparas... Al fin, dos hombres sacaron el cadáver... Parecía un gran fante de chocolate... Lo tendieron sobre la orilla seca, boca arriba... La luz de las linternas dejaba ver apenas algo informe recubierto de barro sanguinolento y brillante... Mi abuelito no quería ver aquello... Le daba horror... Yo, en cambio, no perdí ni un detalle de aquella escena... Se oían los comentarios más caprichosos...

—Lo asesinaron y lo echaron al cauce.

—¿Quién sería el asesino?

—En este barrio no se podrá vivir...

—De día, los toros; de noche, los ladrones...

—¡Imagínese!

Peligran nuestros hijos...

—Parece que... ¡Canallas!

—Quisieron secuestrar a la señora...

—¡Qué bárbaros! Para pedir rescate...

—¡Pobre viejo!

—¡Sabían que era riquísimo!

—Con el negocio que hace...

—Sin embargo, se portó muy valiente.

—Se oyó un grito terrible...

—Eso fue antes...

—¡No! Después del disparo.

—¡Le digo que fue antes!

—No discutan ¡Ya viene la ambulancia!

En efecto, se oía ya la sirena... Vi llegar otros hombres, más policías, un médico... Este último venía de ropa blanca y no se quiso ensuciar.

Dijo:

—¡A la morgue! ¡Necesita un buen baño antes de la autopsia!

Colocaron al muerto en una camilla... Chorreaba lodo y sangre... Al conducirlo, la gente hizo cortejo con lámparas y antorchas como tras un sepulcro de Viernes Santo... Extrañas sombras jugaban en los árboles... Y la aguda sirena de la ambulancia volvió a herir mis sentidos...

—No vamos a cansarlo —dice el viejo— poniéndolo al corriente de lo que constituye todo un legajo... Lo puede usted leer... Nada ha faltado... Hasta la lucha enconada que sostuvo El Amargo entre las bestias cuando lo descubrieron en el corral...

—¡Qué batahola! —dice él—. Yo había pensado saltar hacia la playa, pero no había contado con los perros de presa... latían como demonios... Y se precipitaron en contra mía... Se formó un alboroto del mismo diablo... Los agentes pitaban... Gritaban los vaqueros... Y las reses se revolvían inquietas con deseos de escaparse... La luz de las linternas aumentaba el pavor alzando sombras que se peleaban solas... Traté de refugiarme en un recodo del

maderamen... Me resbalaba... Caí... De mis heridas salía abundante sangre... Inútilmente procuraba estancarla con mis manos resbalosas de fango; mi carne, desgarrada, me clavaba agujones... Y los perros, con su bulla infernal, me enloquecían... Al fin, los hombres se me echaron encima... Yo quise resistirme, pero toda energía se debilita bajo los golpes... Me sacaron a rastras grotescamente sucio de excremento y de sangre...

—Cuando los dos agentes —dice el abuelo— presentáronme a este hombre en ese estado, yo le vi tal aspecto de criminal, que no hallé inconveniente en acusarlo con la mayor vileza... Mi antigua cobardía me dominó en ese instante... Volví a ser en seguida el hombre de antes, el mercader de drogas, el rufián sin escrúpulos... Lo increíble, lo que me hizo temblar fue su conducta... ¿Usted comprende?... Lo lógico habría sido que él se indignara, que se me echara encima enfurecido... Pero no dijo nada... Su actitud me pareció tan absurda... Parecía ensimismado mirando a Elena... Se la quería beber con la mirada... Era increíble... De no haber tanta gente, se habrían precipitado la una en brazos del otro... Por mi parte, yo lo seguía acusando, convencido de que así me salvaba.

—¡El asesino fue él! —grité—. ¡Todos lo han visto! ¡Se metió en el jardín! ¡Quiso robarnos!

Lo más inesperado fue que Elena, con voz ronca e hiriente, me declaró culpable.

—¡Estás mintiendo, abuelito! ¡Me das asco! ¡Di la verdad! ¡Tú fuiste!

No sé lo que pensé... Me vi ultrajado... Me sentí tan pequeño, que perdí la esperanza de su ternura... Si Elena me acusaba ¿quién me podría salvar?... Y fue tan grande mi pena que empecé a sollozar como un muchacho...

Al confesar su delito, el pobre viejo no puede reprimir un gemido.

Elena corre a su lado.

—¡No! ¡No! ¡Tú no lo hiciste, abuelito!

Él se apresura a explicar.

—Sí... Reconozco que ella no lo hizo adrede... Aquel impulso se debió a un nuevo ataque de su neurosis... La prueba es que ella misma —como volviendo en sí— tuvo un momento de lucidez e hizo el gesto de reparar el daño, pero no pudo... Su conciencia se ensombreció de nuevo... La atacó el paroxismo... Y fue preciso conducirla a la alcoba... ¡Era que el íncubo la volvía a poseer!...

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! —grita ella entre gemidos...— Don Céforo comenta:

—Su caída le provocó un aborto... Y además (ateniéndonos a lo que dijo el médico) sucedió que la impresión del disparo y el colapso nervioso en circunstancias iguales a las que motivaron su neurosis produjeron un grave retroceso en su mecanismo psíquico.

El Mack Amargo manifiesta cierta inconformidad.

—¡En mala hora quise vengarme! —exclama—. ¡Toda la culpa es mía!

Quiere excusarse, pero no halla palabras. Titubea. Se confunde, como el niño que ha quebrado un espejo y aún pretende acomodar los fragmentos.

Se expresa al fin, con frases atropelladas:

—Nuestra vida ha quedado rota, ¡es cierto!... ¿Pero por qué se quejan ellos dos? Yo fui el blanco de la vindicta pública!... ¡Yo cargué con la culpa!... ¡Me acusaron a mí!... ¡Sí, nadie quiso creer lo que ella dijo espontáneamente!... ¡Decían que era un efecto de su imaginación desviada!... ¡Algún impulso obsesivo!... ¡Yo qué sé!... ¡Nunca falta el consabido doctor!... Había que oírlo... Se presentó a la audiencia muy orondo... Parecía un mismo *pritti* y hablaba más que un loro sobre asuntos difíciles... Yo (palabra de honor) no comprendí lo que dijo... Creo que ni el Juez tampoco, porque de vez en cuando se rascaba la oreja... El mediquito decía cosas tan raras... Creo que habló de la herencia... de las simulaciones... del deseo de mentir... y otras cosas...

En resumidas cuentas resultaba que Elena era anormal y desde luego no era un buen testimonio... Lo que había confesado debía considerarse como la manifestación de algún resabio de algún viejo rencor contra el abuelo... De manera que Elena era una víctima de su desequilibrio mental, y, por lo tanto, inocente... Yo, en cambio, un criminal... Y aún confieso que habría sido capaz de echarme el muerto a la espalda... Lo hubiera hecho por ella... ¡Sí, señor!... Pero Elena se portó ingratamente... ¡Ni siquiera me visitó en la cárcel!...

—¿Cómo iba a visitarte —dice el viejo— si ella estuvo gravísima?

—¡No le crea! —grita El Mack—. Lo cierto era que me ignoraba... Cuando se mejoró de su dolencia no recordaba nada... Confesó ante el jurado que no me conocía... que ella (¡la pobre!) no se había dado cuenta de la tragedia... Estaba en trance... Pero lo más curioso fue la vuelta que se le dio al asunto... La prensa de esos días amplió el suceso con proporciones de escándalo... Yo leía los periódicos que me enviaba Sabina (la grandísima bruja trataba de salvarse por la bondad). Gracias a ella me podía divertir leyendo aquello, pues no me permitían hablar con nadie... Me tenían incomunicado... Ya puede imaginarse con qué júbilo releía las noticias... ¡Qué sarta de invenciones!... ¡Me acusaban!... Venía en todos los diarios la descripción del hecho con detalles insospechables... Pero cada palabra era más falsa que la otra... Todo aquello me producía la impresión de que se hablaba de un crimen muy distinto, no del nuestro... Y hasta la misma foto que me tomaron esa noche me parecía tan rara... Al contemplarla, no me reconocía... ¡Yo no era ese!... Pues, en ella realmente tenía toda la facha de un Criminal... Cualquiera, al verla, lo habría pensado así... Lo confirmaba, además, toda la crónica del crimen, en la que se narraba lindamente la existencia del Mack... Yo era la escoria social, la pestilencia, el fumador de canyac, el fruto torpe de la prostitución y del vicio, el alcoholismo en acción, el chulo, el vago... ¡y para usted de con-

tar!... Yo era el auténtico criminal lombrosiano, según dijo el Fiscal... ¡Ni más ni menos!...

Hace una pausa, y continúa:

—En cambio, se le rendían honores a esa inocente víctima que era Crispín... En la foto se le veía más joven... Lo llamaban (verá usted qué sarcasmo) lo llamaban “dechado de bondad y ciudadano perfecto”... ¿Quién lo hubiera creído?... Lo que más me extrañaba era su aspecto de ingenuidad... Y, además (daba risa) le habían puesto otro nombre... Lo llamaban JUAN DE LA CRUZ GAITAN... ¿Sería un error?... ¡Ni en broma!... ¡Era Crispín!... El mismo de los burdeles, el rufián redomado, el canallita... Pero ya sabe usted lo que sucede cuando muere algún rico... Aun siendo un pillo se convierte en el más santo varón... Lo mismo se decía de Don Céfaró... Tanto él como Crispín eran puntales de nuestra sociedad... Me eché a reír... Aquello era como para volverse loco... ¿De dónde habrían sacado tanta moralidad?... Aquellos pulpos, aquellos dos bandidos eran —según la prensa— gente muy honorable... ¡Yo, en cambio, resultaba un chivero sin dios ni ley!... ¡Así va el mundo!...

Vuelve a callar.

Don Céfaró y Elena se alejan hacia el porche discretamente.

El Mack Amargo sigue hablando en sordina:

—Lo más interesante fue el análisis del Fiscal... Era un tío sordo, nervioso, muy moreno... No podía estarse quieto y preguntaba los menores detalles... (¿Qué fué?... ¿Qué dice?... ¿Qué?... Ya me tenía fastidiado... Siempre se ha dicho que la Justicia es ciega... Menos mal, pero ¿sorda?... No puedo concebirlo... Aquel fulano no hablaba mal del todo... Se indignaba... Gesticulaba... Rugía como una fiera... Sacudía la cabeza... ¡Era de verlo!... El pobre no se enteraba nunca de las risas del público ni de la campanilla del Juez. Y, por supuesto, según él la exponía, nuestra tragedia parecía una novela detectivesca... ¿Qué montón de mentiras!... ¡Y no era para menos!... ¿Cómo se iba a enterar si era tan sordo?... Tampoco hay que olvidar que yo

mantuve el más estricto silencio en los detalles que afectaban a Elena... Y, como, dado su extravío cerebral, no era admisible lo que ella declarara, quedaba en pie, únicamente, la acusación del viejo en contra mía... De manera que, a falta de evidencias, el bendito Fiscal se vio obligado a establecer conclusiones sobre hechos falsos... Es cierto que Don Céforo, no sé por qué motivo, declaró haber disparado contra alguien... No lo pudo negar... La carabina lo denunció... La hallaron en su cuarto... Pero el Fiscal afirmó que nada en claro se podía deducir de ese detalle, puesto que los expertos habían establecido que lo que hirió a Crispín no fue una bala de perdigón sino de Colt 32... ¡Es asombrosa la ciencia de estos niños!... Averiguan hasta la marca del arma... ¿Cómo lo hacen?... Quién sabe... Yo no sé de estas cosas... Pero, en cambio, el Fiscal era un experto en balística... No podía equivocarse... Según él, hubo esa noche dos armas que dispararon a un tiempo... Sólo de esa manera podía aceptarse el hecho de que se oyera un solo disparo... En este punto coincidían los testigos... Y la reconstrucción de los hechos, según él, era ésta: Yo iba armado con un Colt 32... Iba dispuesto a vengarme... (Decía dos palabritas que no puedo olvidar. Hablaba siempre de “Premeditación y Alevosía”. Estas palabras las usan solamente los abogados y los turistas de Coiba...) Yo iba, pues, a vengarme “con premeditación y alevosía”... Monté en el muro “con premeditación y alevosía”... Salté al jardín “con...” Bueno, si sigo así hago el-cuento-que-no-se-acaba-nunca... Lo cierto es que Crispín no se dejó sorprender... Estaba oculto... A lo mejor me esperaba... Y me atacó por la espalda, no con alevosía ni pendejadas sino con un cuchillo... En ese instante, ella, Elena, lanzó un grito de espanto... Yo, tal vez asustado, me distraje... Crispín, lleno de miedo y desarmado, quiso escapárseme... Yo disparé contra él y eché al estanque el revólver (por más que lo buscaron, nunca dieron con él)... Minutos antes apareció Don Céforo... Me vio apuntar... y, ¡claro! disparó contra mí... De esa manera dejaba demostrado que ambos tiros salieron al unísono-

no... Era muy fácil suponer que, debido a la oscuridad y a su falta de pulso el pobre viejo no me hubiera acertado... “¡Vaya usted a saber a dónde diablos fueron a dar sus perdigones!” (¡Todo estaba muy claro!)... Eran tan lógicas las conclusiones del Fiscal que hasta yo mismo las hallé acertadísimas... No había nada que hacer... Yo era el culpable... ¡Yo cometí aquel crimen con premeditación y con revólver!... Aún recuerdo las últimas palabras del Fiscal... Creyó oportuno insistir sobre mi mala vida de perdulario, declarando que yo era un vástago espurio crecido al margen de la Ley y en un ambiente malsano... Desde luego, según él afirmaba, yo no tenía la culpa de ser malo, de ser un pervertido y una lacra social... Finalizó su discurso asegurando que la vagancia, la miseria y el vicio seguirían azotando eternamente la nave del Estado si no se exterminaban debidamente tales morbos nefandos... Total: que yo era un bicho travieso, y, por lo tanto, pedía que se me diera el pasaporte para la Isla de Coiba... Por fortuna el Jurado no se puso de acuerdo... Mi abogado, que es un buen tinterillo, les armó tal barullo a aquellos señores, que la audiencia se transformó en holgorio... Sobre todo porque ese día la sala estaba llena de choferes, prostitutas y macks... De manera que el caso sigue en pie... Va a rehacerse el proceso con un nuevo Jurado... Don Céforo y Elena fueron a verme hoy a la cárcel... Consiguieron sacarme no sé cómo... Ella no quiere que me condenen... Sabe que yo soy inocente... Está segura de que no disparé... Tiene un recurso de prueba absoluta... Ella asegura que, además de nosotros, existió aquella noche cierto testigo presencial... ¡Era usted!... ¡No lo niegue!... ¡Usted bien sabe quién disparó!...

—¿Por qué motivo debo saberlo? —arguyo—.

—Yo mismo no lo sé... Si lo supiera, no habría venido a verlo... Sin embargo ¿no ha dicho Elena Cunha que somos personajes de su creación? Ese es un punto que yo deseo aclarar. Por fin ¿qué somos: ficción o realidad? Si nuestra vida sólo es imaginaria, no tiene más valor que la de simples muñecos cu-

yos hilos mueve usted a capricho... Si es así, nuestro drama no tendría nunca fin... Sería un eterno, doloroso retorno... ¿Quién negará al autor la potestad sobre sus propias criaturas? Usted puede acabarnos con la misma facilidad con que nos trajo a la vida... Ya que Elena asegura ese dominio de usted sobre nosotros —injusto, desde luego—, hemos venido a suplicarle que cambie las escenas finales de su obra... ¿Qué bellezas puede agregar a un libro la muerte de Crispín? Al fin y al cabo no era más que un gusano indigno... ¿No sería más humano someterlo a un bochornoso desprecio y a la justa vindicta pública?

—¿Por qué hacerse ilusiones? —le digo—. Usted bien sabe que el oro de Crispín habría acallado todo posible escándalo... ¿Cree usted en la Justicia?... ¿No acaba de contarnos que ha sido víctima de sus venalidades?... Aunque, después de todo ¿quién le asegura que lo que ha dicho Elena sea cierto?... ¿Puede acaso creerse lo que sólo es producto de una mente desviada?... Aun aceptando su restablecimiento, ¿no será esa invención un mero gesto de su piedad ingénita?

—No había caído en cuenta —dice el Mack— de que nuestra ficción pudiera ser un simple mito piadoso... Me había asido a esa idea como a una fácil tabla de salvación... Sin embargo, cuando Elena habló de eso me pareció notar que usted estaba de acuerdo... Tanto es así que aún discutió con ella ciertos datos precisos como el del ruiseñor.

—Creo que si lo hice fue porque ya intuía, me daba cuenta de su anormalidad.

—En ese caso prefiero no insistir... Dígame ahora; si no somos ficción, si lo del crimen fue dura realidad, ¿no queda un punto por aclarar?

—¿Qué punto?

—El de “ese cierto testigo presencial”... Elena afirma que usted estaba allí... ¿No acostumbraba frecuentar aquel sitio para atisbarla? Fácil es comprender que tal deleite —poco digno de usted— se le negara durante el corto lapso de mejoría de Ele-

na... Por eso, preocupado, volvió a rondar la Villa aquella noche de plenilunio... Y, al verla a ella desnuda...

—¡Espere!... ¿No mencionó usted antes un gran muro que rodeaba al jardín?... ¿De que manera la habría podido ver?

—Esa muralla —dice el viejo, acercándose— no existía en un principio... La hizo elevar Crispín... ¿Usted comprende por qué?... Quería ocultar su falso adulterio con Elena... Hasta recuerdo que ordenó repararla... Lo tenían preocupado ciertas rendijas indiscretas...

—Lo cual hace pensar que... por algún agujero...

—Presenció usted la escena —me dice el Mack Amargo— ¿no es así?

—¿Quién lo afirma? ¿La Policía?

—¡No! ¡Elena!

—¿Ella atestigua haberme visto?

—No tanto... Pero supone que...

—¿Es posible que crea usted tanto absurdo?

El Mack Amargo pierde todo dominio sobre sí mismo.

—Entonces ¿a quién debo creerle?

Se golpea con el puño la palma de la mano y se dirige hacia Elena gritándole:

—¡Ven, tú! ¡Díselo tú!

—Déjame, bruto! ¿No ves que me haces daño?

Yo comienzo a inquietarme.

—¡Por favor, sobrellévelo! —me susurra Don Céfar—. ¿Qué más da? ¡Tenga calma!... Es preferible seguirle la corriente... ¿Por qué contradecirle?... Invéntele algo que logre serenarlo...

—¿Quiere usted sugerir que El Mack Amargo también?...

—Tenga paciencia, señor...

Él, intuyendo lo que el viejo me dice, se le abalanza airado.

—¿Quieres callarte? ¡imbécil!

Y le da un empujón. El pobre viejo tiene que hacer esfuerzos para no caerse, y a fuerza de equilibrio logra al fin apoyarse

sobre uno de los brazos de mi poltrona; allí, todo jadeante, con los ojos salientes, lo ataca un nuevo acceso de tos.

Elena corre a su lado.

—¡Pobre abuelo!

Mira al Mack irritada, pero no logra hablar, se le hace un nudo en la garganta; y su iracundia se disuelve en sollozos.

Fuera de sí, El Amargo alza los hombros con cierta indiferencia.

Luego dice entre dientes:

—¡Todo fue culpa de ellos!

—¿De quién? —le grita Elena—.

—¡De ustedes dos!

—¡Mentira!

Y, a un gesto de él, recalca:

—¿Por qué mientes, Amargo?... ¿Quién te invitó a inmiscuirte en nuestra vida privada?... Di tú, ¿fui yo a buscarte para que me asaltaras como lo hacen las bestias?... ¿Acaso no comprendes que todo habría cambiado sin tu presencia indigna en el jardín?... ¡El intruso fuiste tú, pobre iluso!... ¡Tú eres el responsable de todo!

El Mack Amargo la mira embelesado sin saber qué decir.

Ella prosigue:

—Pero, al fin y al cabo, ¿de qué estás inculpándonos? ¿Aún no te has enterado de que eres una sombra vulgar?... El verdadero culpable es el señor...

Y, dirigiéndose a mí, prosigue airada:

—Sólo así se comprende nuestro embrollado nudo de situaciones.

El Mack Amargo no parece aún conforme, pero Don Céfaro le dice algo al oído, alguna frase tan eficaz, que el otro se deja vencer como un niño. Ambos se alejan hacia un rincón del porche.

Elena Cunha los sigue con la vista y me dice:

—No quieren comprenderlo. Somos formas abstractas, conceptos sin sostén sencillamente porque usted no ha encontrado

para nosotros la expresión adecuada... Y aquí nos tiene usted, seres anónimos, nebulosos, sin consistencia alguna... ¿Cuándo va a decidirse a eternizarnos dentro de formas nítidas?...

—Permítame... —le digo—. Si todo lo que ha dicho fuese verdad ¿sería posible que razonara usted con tanta lógica? Pero, aun así, recuerde que, siendo personaje, no hablaría usted con quien, como usted dice, es su autor.

—¡Oh, nada de eso!... Conozco muchos libros...

—Sí, pero en esas obras el autor no figura tal como es, sino como ente ficticio.

—¡Muy bien! Pues de ese modo también puede ocurrir que, ahora, sea usted un personaje de su misma creación.

—Puede creerme que... si no lo he soñado...

—¿Por qué ponerlo en duda? Hasta es probable que, en este mismo instante, sueñe usted...

—¿Qué sugiere?... ¡No! ¡No!... Precisamente cuando ustedes llegaron me disponía a escribir...

—¿Estaba solo? Me pareció escuchar...

—Sería indiscreto...

—¿Con quién hablaba usted?

—Con la lectora.

—¿No será entonces ella quien nos está soñando?

—O leyendo... —explico yo—. Puede ser...

—¡Qué escepticismo! ¿Por qué vuelve a dudar?

—Porque la idea de ser leído o soñado no me resulta grata.

Prefiero ser autor.

—En ese caso, pruébeme alguna hipótesis menos abstracta.

—Déjeme usted pensar...

—¿Lo he convencido?

—Tal vez... La voluntad de ayudarla me sobra, pero repito que solamente en sueños...

—Desde luego, puesto que aquella noche... ¿Recuerda?... Hacía una luna tal como la de ahora... Lástima que estas luces no dejen apreciarla... ¿Quiere usted apagarlas?

(Sólo por complacerla, me acerco a la pared y desconecto el conmutador. Al apagarse las luces, los rayos de la luna dan al estudio cierto aspecto ilusorio).

—¡Ahora, sí! —dice Elena—. Continúo: Aquella noche volvía usted de una fiesta en casa de unos amigos... Como es de suponer había bebido en exceso y, desde luego, con la mente anublada por el alcohol, anduvo errante bajo los árboles... Al llegar al jardín, quedó en suspenso... No hacían falta rendijas para mirar la escena que se desarrollaba: la llevaba en la mente... Y en esa triste noche de Viernes Santo imaginó el desenlace... Sólo que, ya en su casa, lo invadió un sueño plúmbeo y olvidó todo aquello... ¿Por qué no hace un esfuerzo mental?... Quizá recuerde aquella escena del crimen tal como usted la vio bajo los falsos dictados del alcohol... ¡Bien!... ¡Anímese!... Trate usted de sentir las mismas cosas que sintió aquella noche... ¡Mire la luna!... ¡Espléndida!.. Ya está llegando al punto en que estaba cuando el crimen...

(¿Qué debo contestarle? Estoy confuso. No tendré más remedio que adaptarme a su juego, aun simulando, únicamente por no contradecirla).

Parece que comprende mi pensamiento. Se me acerca y me dice:

—Tal vez le sea difícil recordar lo que ocurrió aquella noche. Y es muy lógico. El subconsciente de usted está rehuyendo revivir esa escena... Pero haga algún esfuerzo por evocarla... ¿Sabe usted con qué fin?... Sencillamente para que El Mack Amargo conozca la verdad... Él sólo quiere saber quién disparó. ¿Quiere evocarla?

Sin notarlo debo haber expresado, con algún gesto mío, mi reticencia, pues ella, contestando a ese ademán de rechazo, me dice:

—Supongamos que usted no es el autor, que otra persona fue quien imaginó toda esta trama difícil... ¿Podría decirme usted de qué manera encuadraría el desenlace?

Con marcada intención intensifica sus últimas palabras procurando que los otros la escuchen.

—¿Quién hizo aquel disparo?

Don Céforo y El Mack, interesados, se acercan a nosotros.

Yo hago un esfuerzo mental como tratando de crearme la conciencia de aquella realidad posiblemente olvidada... innumerables imágenes inciertas, torturan mi memoria... La vaga nebulosa va adquiriendo contornos cada vez más precisos... Veo al fin, algunos árboles bajo la luna... Distingo claramente los reflejos del agua... Y, más allá, algo blancuzco que se agita en el suelo... Luego las sombras comienzan a agitarse como en una película...

—¿Y? —dice Elena—. ¿Por fin?

—¡Sí —respondo—. Creo recordar la escena... Aquella noche sólo había en el jardín cuatro personas: Crispín, usted, Don Céforo y este hombre a quien se acusa injustamente del crimen... Ahora bien, si la bala que disparó Don Céforo se perdió en el vacío, debemos aceptar que El Mack Amargo llevaba una pistola...

—¡No! —dice él—. ¡Yo le juro que jamás he sabido lo que es un arma!

—Bueno, entonces —arguyo— nos queda una persona.

—¡No! ¡No! —me dice Elena—.

Yo insisto:

—¿No deseaba reavivar mis recuerdos?... Bueno, escuche: Cuando bajó al jardín usted llevaba un revólver.

—¡No! ¡No! —vuelve a decirme—.

Yo continúo impertérrito:

—¡Sí, usted estaba armada cuando llego al estanque... Iba dispuesta a liquidar a Crispín si no lograba su intento...

—¡No! ¡No! —repite Elena—. Y retrocede hacia el porche sobrecogida de pánico.

Me dirijo a El Amargo, y, señalándosela, prosigo:

—Al ver tu lucha con él, quedó en acecho, impasible, de espaldas contra un árbol... Estaba bien segura de que ibas a

matarlo; pero al ver que Crispín había logrado escurrírsete, ella, que es buena tiradora, se echó el arma a la cara, midió con toda calma la puntería y disparó... Toda la historia de su caída sobre las piedras y el colapso nervioso formaban parte de la simulación... Pero el impacto fue demasiado fuerte, de lo contrario no habría perdido al niño... Ya sabemos que no quería perderlo... La criatura significaba todo para Elena. Prueba de ello es que le ha vuelto el conflicto...

El Mack Amargo mira hacia la terraza con cierto desaliento.

—Yo tenía una esperanza —murmura—. Había creído que ella quería salvarme, pero ya que es así debo acusarla... No queda más remedio... Voy a hablar con Elena!...

El viejo Céforo lo detiene, diciéndole:

—Déjala en paz ahora, por favor. Considérala. ¿No la ves cómo sufre?

Iluminada por la luz de la luna Elena Cunha parece menos real.

Don Céforo prosigue:

—Es muy probable que Elena disparara, pero puedo jurarles que no se ha dado cuenta... Créanme ustedes... Y aun puedo asegurarles que, de ser cierto, no lo recordará... ¿Tiene un sonámbulo conciencia de sus actos?

El Mack Amargo protesta:

—¿Quién puede asegurarme...

El viejo trata de convencerlo.

—¡Te juro que...

—¡No insista!... Aún suponiendo que lo de ella sea cierto, mejor es que declare... Es el momento oportuno... Después sería ya tarde... Usted lo ha dicho... Cuando se sienta bien será difícil hacerla recordar...

—¡Por favor!...

—¡Es preciso!... Comprenda usted... Se trata de salvarme... Usted bien sabe que yo soy inocente... ¿Por qué he de ir a la cárcel?... ¡Son veinte años!... ¿No le parece injusto?

—¿Y es justo que ella vaya?

—Eso es asunto de ustedes... Sea como sea, ya todo el mundo sabe que Elena es anormal... Mató, como usted dice, sonámbula... ¿Quién puede condenar a una persona que sueña un crimen?... Y, además, con ustedes la justicia es benigna...

—Si sólo se tratara de esquivar la justicia no habría problema; pero debo explicarte que la menor sorpresa en este instante sería fatal... Elena quedaría trastornada definitivamente.... No quiero ni pensarlo... ¡Ella no es loca!... ¡Créanme!... Esos ataques le pasan en seguida... Verán... Cuando la luna llegue al punto en que estaba cuando el crimen, la atacará el delirio... Estoy seguro... Y es posible que voluntariamente nos confiese el delito.

El Mack Amargo arguye aún:

—¿Está seguro de que va a confesar?

—No sé... Todo depende...

—¿De qué?

—De lo que el subconsciente le dicte... Porque si en vez del crimen recuerda lo de Amberes volverá a ser la de antes, la novia del fantasma... Lo grave es que después lo olvide todo y se sumerja en una amnesia integral.

—No me someto. Déjeme hablar con ella. Y como el viejo trata aún de detenerlo, lo aparta de un envión.

—¡Espera un poco! —le grito—. Si la asustas, puede volverse loca para siempre. Y eso sería más grave.

—Pero ¿qué debo hacer? —dice confuso—. Con tal de que confiese...

—¿Qué quieres que confiese? —inquire el viejo— si no logró enterarse? Lo más que puede hacer es aceptar la posibilidad de aquel crimen cometido por ella en pleno estado de hipnosis...

Y yo lo dudo aún, ya que, al fin y al cabo, ¿por qué hemos de creer lo que ha inventado el señor?... Esa hipótesis bien puede derrumbarse con esta afirmación: No somos personajes ficti-

cios sino seres de carne y hueso. Eso de la ficción se le ha ocurrido a mi nieta porque lee demasiado. ¡Malhaya las lecturas! Pero eso es falso, ¡falso!

El Mack Amargo argumenta:

—Esa razón no me convence, porque no ha de negarme que este señor me ha puesto en la más lógica pista del criminal. Nadie pensó en Elena. Y, sin embargo, me parece tan claro. ¿Quién podría ahora quitarme que fue ella quien hizo aquel disparo?

—¿Pero tú no comprendes que este señor ha combinado todo eso por lo que ha dicho Elena? Yo mismo, sin pensarlo, le sugerí hace poco estar de acuerdo con lo de la ficción.

—Entonces ¿puede probarme lo contrario?

—Eso es muy fácil. Precisamente hoy día se cumple un año del hecho criminal... La luna está situada casi en el mismo punto en que estaba cuando el crimen... Si somos personajes, la escena volverá a repetirse tal como aquella noche...

—No me convence.

—¿Por qué?

—Porque si a Elena le da por simular...

—Sólo hay un hecho que puede convencernos de nuestra realidad. Una evidencia palpable...

—¿Cuál es?

—Pues la posible presencia de Crispín.

—¿Que dice usted? —le digo—.

—El Mack Amargo abre los ojos visiblemente inquieto.

Tartamudea:

—¿Crispín? ¿Cómo? ¿El difunto? Dice usted que...

—Es muy claro... Si somos personajes, nuestra vida volverá a producirse infinitamente... Y es lógico pensar que, al repetirse la escena del jardín, los personajes resurgirían activos evocados por los hechos en sí... De esa manera, Crispín emergería, cuchillo en mano, dispuesto a asesinarte.

—¡No! ¡No! —le dice El Mack—. No me someto a la prueba.

—No es que yo te asegure que él va a venir... ¡Ni pensarlo!...

Lo que yo quiero demostrarte es precisamente lo contrario... que Crispín no vendrá... Con lo cual se verá que ni tú ni yo ni Elena somos entes ficticios sino personas reales... No comprendes que si Elena ha aceptado la tesis del señor es porque piensa que ella es un personaje... Ya se convencerá de lo contrario... Lo verás... Imagínate que el porche es el jardín... Mira a mi nieta... Ya va a caer en trance... Repitamos la escena...

El Mack Amargo se deja convencer.

El viejo agrega:

—Súbete a esta mesita e imagínatela como si fuese el muro: luego desciende de ella y te aproximas a Elena...

Poseído de su papel, El Mack sube a la mesa en que acostumbro escribir, y, desde lo alto, mira hacia el porche dispuesto a dar el salto.

Yo pienso: “Es necesario defraudar esta farsa, de lo contrario perderán todo freno”.

Sin tiempo que perder me precipito y vuelvo a encender las luces...

La nueva claridad niega a la escena su misterioso encanto. El Mack Amargo monta en cólera. Y al notar que junto a él pende la lámpara cuyas luces lo ofenden, la zafa del alambre y la echa al suelo sin miramiento alguno. Todo el ámbito queda de nuevo a oscuras. En la sombra resuena el tintineo de las bombillas quebradas.

Fingiéndome ofendido por su actitud, le grito:

—¡Ya buscaré otros medios de entorpecer la escena!

¿Para qué dije aquello? El Mack Amargo, perdida la paciencia, da un tirón al alambre, pero al ver que no cede lanza un sordo gruñido. Poseído de absurdo frenesí patea en la mesa y aun deja comprender que intenta ahorcarse con el mismo cordón.

Imaginando el escándalo (la policía, la prensa), me subo a la mesita en que él está. Es el momento que sin duda esperaba, pues me echa de inmediato el hilo al cuello y me hace un lazo a la altura de la nuca.

Procuro hallar en vano el nudo, a tientas con la idea de zafarme, y grito:

—¡Auxilio! ¡Socorro!

Ni el eco me responde.

Inútilmente busco con la mirada a Don Céforo. Lo noto al fin oculto tras mi poltrona de la que emerge a veces su gran calva cual la de un monigote mecánico.

—¡Cayó usted en la nasa! —me dice El Mack Amargo con socarronería.

Ríe sarcásticamente y agrega:

—Ni he pretendido ahorcarme ni quiero hacerle daño. Sólo deseo impedir interrupciones que a nada nos conducen. Y espero que tendrá usted paciencia.

Aun convencido de que podré soltarme prefiero no intentarlo por el momento para evitar su cólera.

—Me someto —le digo—; pero recuerde que usted está en mi casa y que esto es un atropello.

—Perdóneme —responde—. Al fin y al cabo la escena será corta, de manera que dentro de muy poco lo pondré en libertad. Tenga cuidado. No mueva demasiado la mesa porque puede volcarse y quedaría usted colgado... Pero, mírela a ella... ¡Escuche a Elena! ¡Ya empieza!

Se oyen afuera entrecortados gemidos.

—¡Va a comenzar la escena! —dice El Mack—.

En efecto, los rayos de la luna dejan ver en el porche a Elena Cunha ya en poder de la hipnosis. En su loco delirio por desvestirse rasga sus vestiduras y se echa al suelo presa de convulsiones.

Mientras la miro atónito siento en mi oído el sofocante aliento de El Mack cuando me dice con notoria impaciencia:

—Todo va a suceder como ocurrió aquella noche de Viernes Santo... ¡Fíjese bien!... Ya Elena está tendida en el césped a orillas del estanque... Detrás de aquel sillón está Don Céforo como cuando acechaba a Crispín semiescondido tras el tronco de un

árbol... Yo que estoy sobre el muro doy un salto y quedo en pleno jardín...

—¡Tenga cuidado, por favor! —le suplico— ¡Puede volcar la mesa!

—Tiene razón —me dice—; pero ¿qué debo hacer? Es necesario que todo se realice tal como aquella noche de plenilunio.

—Sí —le respondo—, pero no olvide usted que “aquella noche” no pendía yo de un “hilo”.

Parece comprender y, procediendo con la mayor cautela, desciende de la mesa y se dirige hacia Elena andando a gatas como una bestia absurda.

Desde su improvisado escondite Don Céfaro contempla la escena, sin dejar de mirar hacia el vestíbulo como en espera de alguien.

Sobre el frío pavimento del porche Elena Cunha gime y se contorsiona imaginándose en poder del fantasma.

El Mack Amargo se le aproxima cauto y bruscamente la aferra entre sus brazos.

Tres alaridos de ella, penetrantes, metálicos, rasgan la noche lóbrega.

—¡Crispín! ¡Crispín! ¡Auxilio!

—Súbitamente se escuchan en la puerta fuertes golpes de alguien que quiere entrar.

El Mack Amargo se levanta de un salto y queda alerta como a la defensiva.

El viejo Céfaro se asoma sorprendido. Su cabeza brilla grotescamente.

Elena Cunha se apoya en la baranda y permanece impasible.

Los golpes se repiten cada vez más violentos.

El Amargo se me arrima aterrado y tartajea todo trémulo:

—¡No le abra! ¡Es él! ¡Crispín!

Tres nuevos golpes retumban en la noche.

Poseído del más franco pavor, El Mack Amargo trata de asirse a mí. Se me echa encima. Yo pierdo el equilibrio. Y, al caerse la

mesa, siento el templón horrible del alambre en mi cuello. Desesperadamente braceo cortando sombras. Me inunda un mar de nieblas que sube, sube, sube... Procura respirar... Y en ese agónico esfuerzo, trago sueños...

—*¡Capitán, nos hundimos!... ¡Que se salve quien pueda!... ¡Quién ha dicho que estamos en el mar?... ¡Hemos caído en un océano de sombras!... ¡No, lectora, son conceptos en flor, razonamientos!... ¡Malhaya la visita!... ¡Kreisler! ¡Kreisler!... ¡Disminuya el volumen!... ¿No es LA DANZA MACABRA?... ¡Escuche, Elena, se lo debo decir, los ruiseñores no llegan hasta el Istmo!... ¿Y ese canto?... ¡Por favor, no discutan!... ¡Tu fortuna tenía olor de burdeles!... ¡Has de ser mía de nuevo!... ¡No! ¡No! Suéltame, bruto!... ¿Quién disparó?... ¡El fantasma!... ¡Apura, Amargo! ¡La Macksita se muere!... ¡Oye, Sabina, no le des más cerveza!... ¡Pobrecita!... ¡La devoró un gran lobo!... ¡Sangre!... ¡Sangre!... ¡Mira mamá, la luna!... ¡Monte pronto!... ¿Para dónde va el tren?... ¡Para la Habana!... ¡Bueno sírvame un trago!... ¡Welcome, sailors, drink beer and remember Pearl Harbor!... ¡Hurra! ¡Hurra!... ¿¿Por qué bailas tan mal??... ¡Sube a mi cuarto!... ¡Cuidado con el perro!... ¡Zafa! ¡Zafa!... ¡Se le acabó el contrato!... ¡Hija de perra!... ¿Por qué no lo dijo antes?... ¡Le suplico darle un baño al cadáver!... ¡Me haces daño!... ¿Por qué mientes Elena?... ¡Ibas armada cuando fuiste al jardín!... ¡Qué noche horrible!... ¡Criminal! ¡Asesino!... ¡Dí la verdad! ¡Tú fuiste!... ¡Pobre Amargo!... ¡Quería hacerle un velorio con profusión de acacias!... ¿Por qué, no era un muñeco de chocolate y barro?... ¡Extra!... ¡Suicidio con preme-pen-de-ja-da-le-vo-sía!... ¡Zafa, Sabina!... ¡Extra!... ¡Aleluya!... ¡EXTRAÑO CASO DE UN ESCRITOR AHORCADO!... Pero ¿quién fue? ¿“El Mesías”?... ¡Extra! ¡Aleluya!... ¡LOS ALIADOS AVANZAN!... ¡Extra! ¡Extra!... ¡Detengan esa sangre!... ¡Extra! ¡Aleluya!... ¡Aleluya!...*

Al fin respiro. ¿Quién era el capitán? ¿Y esa sangre? Me duele la garganta. Escucho gritos y cantos. (¿Aleluya?) Estoy

tendido sobre el frío pavimento... ¿Me quedaría dormido? ¿Habré soñado? Quisiera convencerme. Abro los ojos. No hay nadie en el estudio. Ha amanecido. La luz del nuevo día da a los objetos un aspecto distinto. Pero con gran sorpresa me cercioro de que mis visitantes se han marchado. Me supondrían cadáver, y, temiendo nuevas complicaciones, harían mutis a tiempo. (¡Extra! ¡Aleluya!)

Me levanto. Al hacerlo, siento un nudo en mi cuello. Me llevo a él ambas manos y noto el lazo eléctrico. (¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Extra! ¡Extra!) Además la mesita está tendida en el suelo. Me desato el cordón y me doy cuenta de que por buena suerte se desprendió de lo alto. Menos mal, si no, ahora sería un grotesco ahorcado. ¡Qué estupenda noticia! ¿SUICIDIO O CRIMEN? Periodistas, Fotógrafos. Curiosos. Y en todos los periódicos fotografías enormes. El cadáver suspendido del techo. EXTRAÑO CASO DE UN ESCRITOR AHORCADO. (¡Extra! ¡Aleluya!).

Menos mal que estoy vivo. Sin embargo estuve a un tris de la muerte. Me imagino regresar de otro mundo. Me sigue molestando aún el rasguño que me produjo el hilo. No puedo, pues, dudar de esta aventura que más parece sueño. Salgo al porche y encuentro claras huellas del vestido de Elena. Pero aún sigo dudando de que sea realidad lo que he vivido. Prefiero distraerme contemplando la vida que despierta del letargo nocturno.

Unos chiquillos corren ya, calle abajo, voceando las noticias. Salmodian:

—¡EXTRA! ¡EXTRA! ¡LOS ALIADOS AVANZAN! ¡EXTRA! ¡EXTRA!

En el recinto de la iglesia antillana el coro entona los últimos compases de “El Mesías” handeliano. (¡Extra! ¡Aleluya!)

Ahora recuerdo que hablé de esto con alguien. ¡Pues, claro! La Lectora. ¡Qué memoria! La olvidé por completo. ¿Se quedaría en mi alcoba? Voy a ver. A lo mejor escaparía horrorizada. La experiencia no ha resultado grata para ella.

Me aproximo a la alcoba. Descorro la cortina. Abro la puerta. ¡Caramba! Está dormida sobre mi canapé.

Con gran sigilo me le acerco. La llamo:

—¡Oiga, lectora!

Se despierta asustada. Y en seguida me parece notar que me desprendo de una cruel pesadilla... Prueba de ello es que el dolor de mi cuello desaparece.

Me mira sonriente. Desperézase. Hace varios mohínes. Y se levanta airosa dando muestras de que desea marcharse.

Al fin comprendo.

—Parece ser, lectora, que es usted la que ha soñado todo esto. Me ha jugado la peor de las partidas y aún sonrío satisfecha. Su conducta me parece desleal sencillamente porque usted no ha cumplido con nuestro compromiso. No tendrá más remedio que brindarme el desquite; y aun le advierto que en mi próximo sueño no saldrá bien librada. Sin embargo, ¿por qué debo ofenderme? Yo mismo la he iniciado en este grato juego de irrealidades. Si le agrada podremos ensayar una experiencia menos densa de sombras. Aunque de todos modos, por hoy, creo que es bastante. Hemos logrado conocer peripecias dignas de una novela. Dejemos en el libro los dictados de nuestra fantasía mientras la vida nos depara otra hazaña cual la de Elena Cunha. El caso de ella no debe parecernos extraño, pues ya sabemos que nuestra vida misma no es más que la expresión de un paroxismo neurótico. Por eso, frente a un mundo que insiste en destrozarse contradictoriamente creyendo que su lucha ha de llevarlo a la conquista del bien, creo que debemos decir casi rezando:

—¡Bienaventurados los que sueñan, porque de ellos será el reino de la creación!

Al despedirme de usted, Lectora amiga, salgo de nuevo al porche.

La vida sigue su curso rutinario, pero me siento alegre no sé por qué motivo. Debe ser por el sol. Otros chiquillos pasan voceando las noticias.

PLENILUNIO

—¡EXTRA! ¡EXTRA! ¡LOS ALIADOS AVANZAN!

—(¿Qué dira Elena Cunha?)

Una escuadrilla de aviones rasga el cielo con sus cuchillos móviles.

Y en la iglesia vecina ya el coro finaliza el oratorio de Handel.

—¡ALELUYA! ¡ALELUYA!







Joaquín Beleño C.

Luna verde

Diario dialogado





*Al estudiante de América
Lic. Ramiro Priolé,
encarcelado por la dictadura militar
de Odría en el Perú.*



Advertencia

Los acontecimientos que vamos a conocer a menudo se definen con expresiones de orígenes rigurosamente sajones. Adrede hemos decidido publicar el diario de Ramón de Roquebert con estas infracciones que le restan integridad al idioma castellano; pero de ninguna manera se debe juzgar este hecho como una descortesía literaria.

Considerando que las palabras contienen una pureza mágica cuando, a su popular evocación, se logra la desnudez simbólica que conjugan el espíritu y el ambiente.

En Panamá, los idiomas inglés y castellano con préstamos universales de otras lenguas y dialectos, precipitan una cruda infusión lingüística —si esto podemos decirlo así— a cuya heroica influencia muy pocos espíritus se pueden sustraer.

La obra de Ramón de Roquebert, copia fiel de la realidad en sus diferentes dimensiones, no podía sufrir impugnaciones idiomáticas, por parte de nosotros, en favor de la lengua castellana. Sobre todo cuando nuestro aporte personal ha sido distribuir cronológicamente los sucesos; traducir del inglés al español —blue moon— su nombre original; y rescatar del olvido y de la destrucción un documento que aun con todas sus contradicciones, nos pertenece a todos por igual y no exclusivamente al estudiante que expiró envuelto en su propia sangre, el 12 de diciembre de 1947, cuando la gendarmería ametralló la Universidad Nacional de Panamá.



El encuentro

La noche del 22 de diciembre de 1947 estaba convencido de que un extraño fenómeno planteaba conflictos dentro de mí. Antes de probar bocado alguno, decidí dar un largo paseo por la rampa, cerca de los muelles de cabotaje. Me era muy difícil llegar hasta la casa, porque un presentimiento obligaba mis actos más sencillos. Un anuncio desconocido guiaba mis acciones; era un afán de vagar con el rumbo previamente señalado contra todas las condiciones que me impusiera. Caminé para encontrar una persona a la que debía formularle mis excusas. Estaba fatigado y lo atribuía al agotamiento físico sufrido durante los diez últimos días, en que estudiantes, obreros y maestros nos unimos en un lazo de sangre y lágrimas para rechazar el convenio sobre sitios de defensa que hipotecaba gran parte del territorio panameño a los Estados Unidos de Norteamérica.

Al cabo de diez días, respiraba profundamente el aire marino. Como había pleamar, la luna no brillaba en el cielo; pero el firmamento estaba espléndido con una claridad de leche de luna. Durante todo el trayecto recorrido por las silenciosas aceras, sentí un íntimo deseo de empedalear. Para darme un aire arrogante y resuelto, empecé a cantar una vieja canción institutiva. Mar adentro, en la ruta que rielaban los fanales marineros, gorjearon salados cordajes en el mástil de las horas. A lo lejos, los vientos lanzaron a los horizontes las balandras que dibuja-

ban todas las distancias. Completamente solo, apoyado en la baranda de mampostería, me percaté que las piernas me temblaban y que un cordoncillo de agua helada se bifurcaba por mi espina-zo. Pensaba con sobrada razón que estaba muy débil y que pali-decían lamentablemente los impulsos de mi corazón. Últimamente había abusado de mis cualidades físicas y era por eso por lo que me sentía flotando en las aguas hechizadas de conchas de luz. Desde el fondo del nácar saltarino escuchaba claramente un ga-lope. Y aquella terca voluntad que yo había estado tratando de anular para que no me suplantara se densificó poderosamente, provocándome un extraño placer que se diluía en angustia y miedo. De pronto, vi acercarse hasta la escalera de la rampa dos indígenas fornidos, de piel más bien clara que morena, vestidos modestamente con pantalones de caqui y chalecos oscuros; los cabellos negrísimos jugaban debajo de sus orejas con los taquitos de madera perfumada que las atravesaban. Desde el borde de mis zapatos una escalinata deconchada de ostiones, aparecía y desaparecía entre el chasquido de las olas.

El más viejo de los indígenas, bajó algunos peldaños, se arre-mangó los pantalones y metiendo el pie desnudo en el agua, indagó la noche clara para divisar los triángulos veleros que ya apuntaban a perderse en las escamas del mar. El otro indígena, más joven y esbelto, pareció sorprenderse de mi presencia. Miró mi facha y me di cuenta que él advirtió que yo había perdido mi personalidad, suplantado por un espíritu más poderoso que todas mis fuerzas internas. Alzando la mano amenazó:

—¡Chumaqui-la-guarra!

Inmediatamente el indígena más viejo se interpuso entre su puño amenazador y yo. Este gesto pareció calmar al indígena enfurecido. El anciano me miró con mucho cuidado, como si estuviera acostumbrado a medir las personas para dirigirle las palabras, con una gran calma me preguntó:

—No tenga miedo, él es mi hijo, ve muchas cosas raras dentro de su cabeza.

—¿Y qué fue lo que me dijo?

—Chumaqui-la-guarra.

—¿Qué significa eso? —repuse intrigado porque yo anteriormente, estaba convencido, había oído esa misma expresión.

—En nuestra lengua quiere decir: Yo soy un hombre...

—Es curioso, tengo plena conciencia de haberla oído; y aún más, creo haber conocido a su hijo.

—Si usted trabajar en la Zona del Canal, quién sabe puede haberlo conocido. Él trabajar en un lugar que se llama... Milla Uno o Milla Cuatro. Yo ser jefe de una tribu muy grande en Jaqué, allá donde hay un campamento de soldados blancos que los panameños no lo pueden gobernar. Ellos poner arena negra sobre la tierra y, usted sabe, los aviones llegar subiendo y bajando. Un día llegaron a Moja-Larga a buscar hombres para trabajar. Yo me opuse; pero ellos llevar mucho ron y prometer más cuando estuvieron en Balboa; entonces para complacer a mi hijo René, yo le di permiso para doce meses; para entonces regresar con todos los hombres. Pero René Conquista olvidar las palabras del cacique Pari-Pari, se quedó y por desobediente las piedras de las canteras le partieron la frente, y, desde entonces, solamente decir: Chumaqui-la-guarra. Algunas veces reír y después se quedar en silencio. Me dijeron los hombres sabios del hospital que René tiene la carne de sus nalgas en la frente. Pero que ellos no han podido hacerle mover la lengua. René nunca pide, no entiende, nunca dice nada...

—Estoy seguro que yo lo conozco... —dije, consciente de lo que decía.

—Quién sabe, él era un buen hijo. Pero un hombre malo le dijo que le iba a poner todos los dientes de oro, y como estaba interesado, René Conquista se quedó.

—¡Ah, sí! Los dientes de oro. Usted sabe, René Conquista me conoce, me vio y se enfureció. Usted sabe que él me conoce, yo me llamo Kupka... No, no puede ser. Yo soy Clemente Hormiga; pero tampoco, quizá Ramón de Roquebert...

Inconscientemente me percaté que he cruzado la frontera de mi propia vida y que voy ascendiendo la empinada cuesta, rumbo al tanque de madera. ¡Oh maravilla azul y verde, esplendidez enloquecedora de luz en torbellino de mil colores! A los lejos el mar, ¡divina creación de una claridad transparente como mi propia alma! De pronto, regreso la mirada a René Conquista y le digo:

—René. ¡René Conquista! Tú sabes muy bien quién soy yo! Nos conocimos dentro de una botella de seco hace muchos años. Yo soy Ramón de Roquebert. Antes de trabajar por hambre, me enganché en los muelles de Balboa para lucir una chapa amarilla. ¡Claro! Estaban de moda. Cargué madera y cemento de los barcos suecos, japoneses y norteamericanos. Dormí en la medianoche detrás de los furgones y oía, a lo lejos, el campanear de los vagones de carga. Todavía no estaba intoxicado con el amor de los placeres. Lo hice porque Chilo, Ñato Goyo y Papi Lindo, además de los otros compañeros de Comercio y Liceo, se iban a trabajar en la linga de los muelles 17 y 18, después de abandonar las aulas del Instituto Nacional. Trabajé porque todo el mundo hablaba de comisariatos y del Clubhouse de La Boca. ¡Qué me importaba ser estibador de a dieciocho centavos la hora!

Comí la pasta de harina y mantequilla de los culíes, comí el domplín con akee de los criollos antillanos y me atraganté de los dulces dobles del restaurante de La Boca. Qué me importaba. Todas las mañanas me dormía en el banco de la clase y no sabía la lección. ¡Y qué me importaba! Pero en setiembre murió Herbert. Él trabajaba en el muelle 18 todas las noches. Venían barcos con extraños fardos, para los campesinos de la zona. Atracaban a la medianoche y zarpaban al amanecer. Presentíamos la guerra. Entonces Herbert se volvió loco y murió en Corozal con una fiebre de 42 grados. En su agonía reclamaba que ya la linga que enderezaba los bultos por los aires... y que iba dejar caer las cajas de jugo sobre la cabeza del cantamarca. La muerte de Herbert me afectó y decidí abandonar a Chilo, Loco Lindo y los demás compañeros que descargaban varillas

de acero, cajas de fruta, cemento y heno para depositarlas en el Timber-Yard y en los vagones del ferrocarril.

—Usted habla como un hombre con fiebre —reprochó el viejo indígena. ¿Es usted panameño?

—Sí. Estoy estudiando en la Universidad.

—Comprendo, usted quiere ser como hombre sabio.

—Yo soy estudiante y creo que he venido del Río Hato. No recuerdo mi vida muy bien. Estoy así como René Conquista, con un espíritu dentro. Es absolutamente necesario que yo sepa quién soy, porque he venido a darle un recado. Es como si fuera el encuentro de dos fantasmas de Milla Cuatro en el charco turbio de un mar hechizado sin orillas y sin fondo. Tengo que decirle algo; pero, ¿qué será?

—Yo creo que el señor ve muchas cosas dentro de su cabeza...

Y señaló a su hijo.

René Conquista miraba el mar con la frente de sus nalgas altivamente despejada. El silencio de sus ojos, amargos y lejanos cual dos estrellas negras copiaban la noche y la distancia, sin más ayer ni mañana que el mismo meridiano que dividía su cabeza.

—Es que yo soy también como René Conquista un desterrado que no hilvana sus recuerdos. Puedo entender, deducir y razonar pero sometido a una dirección impuesta por una influencia perniciosa. Todas mis facultades están libres para actuar; pero sujetas a un capricho. Están imanadas y oscilan siempre hacia el magnetismo de su norte interior. ¿Me entiende usted?

—No señor, no comprender.

—Entonces René Conquista tiene que entenderme.

—Él nunca entiende las cosas...

El anciano me dio la espalda para llamar un “panguero” que hacía brotar escamas luminosas de la piel del mar. Entonces descansé la mirada en los ojos de René Conquista para identificarme. Era inútil, no había luz de entendimiento en sus ojos. Un

amuleto de oro colgaba de su cuello y en sus orejas los taquitos de madera tenían el reflejo de los faroles marineros y la fosforescencia biológica de las escamas del mar. Era un amuleto de oro, temido e inofensivo, en cuyos ojos sin vida se contemplaban las altísimas estrellas.

El jefe indígena seguía llamando al “panguero”. Yo seguía convencido que todas mis cualidades de ser humano eran aprovechadas por un espíritu que se deseaba manifestar a René Conquista, y así dejé escapar un llamado imperativo.

—¡René! ¡René Conquista!

“René Conquista...” Chirrió metálico el zinc del muelle inglés.

René Conquista deshizo una sonrisa que le asomó en los labios, y fue como si su boca se hubiera convertido en un amuleto de oro. No sé por qué extraña influencia el esplendor dorado de su boca me hizo retroceder medio embrujado. Quise huir, dispersar mi angustia aullando mi dolor por todos los callejones del muelle; pero no pude moverme porque sentí el cosquilleo de aguas heladas en las piernas después que se ha gozado o después del impacto violento de su varillazo. Estaba avergonzado y el remordimiento asomaba a mi rostro como artista desconocido que mira la escena detrás del telón. Cuando traté de reaccionar contra una emoción que no estaba ligada a mi pasado y a mi conciencia, ya era tarde. Con el remo en ristre, el “panguero” se acercó a la escalera. René Conquista y su padre Pari-Pari saltaron a la “panga” y se alejaron. Cantando a lo lejos, el —ruaschuas— de los remos fueron dibujando canciones en la epidermis del mar.

¡Qué bien que me acuerdo!

Escudriño la noche lacteada, amasando recuerdos con los años de sudor, sangre, ron y cemento...

Mayo.

Trasparencia gris...

CAPÍTULO I

1

● Qué bien que me acuerdo! Mayo. Traspirencia gris. “Palomitas de San Juan” en cielo encapotado, denunciando lluvia. Son las siembras. El campo recién vestido de verde y oloroso. Por el camino retorcido, machete al hombro, regresa el campesino danzando las inquietudes del trillo, y salomando la pena que no cabe en su pecho. Las carretas, traqueteando, se alejan con la carga de leña que mojaron los primeros aguaceros.

Sobre el lomo de una colina, jinete al viento, un hombre se anuncia con su sombrero pintado. Desde el portal de la casa del pueblo, lo identifico: don Cheno pronto llega y apeándose dice:

—Santos y buenos días... *mijito*, que Dios me le dé salud... ¿Qué hay de mi compadre don Porfirio?

—Bien todos, don Cheno — respondo—. ¿Qué le trae por aquí?

—Ya estamos en las mismas. Las tierras que me dio el gobierno, me las vuelve a quitar para dárselas a los gringos.

—Anjá, cómo ha sido esto. Explíqueme, don Cheno.

—Pues usted verá. Hoy me mandó a decir el alcalde que tenía que vender mis tierras porque los gringos las quieren para hacer un club de oficiales. No he podido ni protestar, cuando es la misma autoridad que me dio la tierra la que pide que se la venda. No he tenido más remedio que firmar un papel. Ahora,

ya no tengo nada. Me voy prontito para Panamá. Dicen que hay mucho trabajo y se gana buena plata.

Mi corazón se descubre al oír el nombre de “Panamá”. La mente me ilumina un inmenso pueblo de grandes edificios, de luces, carros, mujeres maravillosas y hombres muy bien vestidos. Sin pensar en la desgracia de don Cheno, le digo:

—Si va a Panamá, ¿me lleva, don Cheno?

—Ay, *mijito* —me responde—, la platica que cargo no me alcanza ni para los míos

—Mi abuelo pagaría los gastos...

—No, Monchi, no: el hombre no debe abandonar su tierra...

Esto es lo último que me dice. Monta en su caballo y se aleja trotando por la calle pedregosa. ¡Ya sé para dónde va! En el extremo del pueblo está la tienda y cantina del Chino León...

Medianoche. El trote de un caballo se detiene frente a la casa. En la noche la voz resuena clara.

—¡Adiós, don Porfirio...!

Se oye el galope partir la calle. Galopa alocadamente. La calle gime, en el peso del silencio.

Casi madrugada. Llegan Vicente y Onofre.

—¡Don Porfirio! ¡Don Porfirio!

—Digan los que hablan de afuera.

—Su compañero Cheno se despeñó en el Caimito. Está moribundo. Dice que lo vaya a ver. Ligerito don Porfirio que se le muere el compa.

Acompaño a mi abuelo al “trabajadero” del compadre Cheno. Noche negra que los caballos temen. Dando tumbos entre los barrancos, al golpe de las bestias, llegamos. El pobre compadre tiene la cabeza destrozada. Los sesos le brotan blancos. No hay un médico. La muerte es inevitable. No podemos reconocerlo; pero su voz lo identifica.

—Compa, ayúdame con las mujeres. Yo ya me quedo. Que no me puedo ir. Que se vayan ellas. Compa, que la plata no la tengo, que me la jugué con Micaelo. Hágamelo, Compa.

—¡Micaelo bandido! —reprocha mi padre—. Nada más que vive para la “pinta”.

—¡Hágalo, don Porfirio! No me las deje así peladas... que se vayan para Panamá que yo las voy a cuidar.

Presiento que don Cheno se suicidó...

2

Mi abuelo le entrega cien pesos a la viuda. Mucho más de lo que recibió Don Cheno por sus tierras. Comienza el éxodo agrario, desalojamiento campesino. Dicen que vienen los gringos. Ya están en La Venta, en Sesteadero y en El Salado. Casas curiosas de oficiales adonde llevan sus mujeres y las “cabaretistas” de la capital. La gente huye hacia Panamá. Yo también quiero huir a la ciudad. En estos llanos todo es triste. Todo está agotado... No hay diversiones, ni hay institutos. La esperanza está a la altura del pasto seco del verano.

Un mes después se va la viuda de don Cheno.

El mismo día de su partida, van a la finca hombres de la ciudad con instrumentos de medir tierra. Viajan en una camioneta color oliva. Los acompaña el terrateniente, el cacique de toda la región de estos llanos que colindan con los cañaverales de los ingenios centrales. Desde el patio viene la conversación:

—Fíjese, don Porfirio, que la seguridad de la patria exige este sacrificio de su parte. Nada más que le pedimos que venda los potreros y los manglares. ¿Usted qué hace con eso? ¡El país está en peligro! Yo que soy representante del gobierno; que he trabajado política junto con usted, sé por qué se lo digo. Necesitamos sus tierras.

—¿Pero por qué? —reprocha mi padre—. Si el gobierno quiere engordar ganado o sembrar nuevas rosas, yo lo puedo hacer, si ellos quieren ayudarme...

—Ahora no se trata de sembrar ni de engordar. Estamos en guerra. ¡Usted lo sabe! La seguridad del país reside en que el ca-

nal tenga una verdadera defensa. Los Estados Unidos nos han pedido estas tierras para construir muchas cosas por aquí, como club de oficiales, campamentos, muelles y un aeropuerto. Todo para la seguridad del canal; para que no puedan destruirlo y los barcos sigan cruzando de un mar a otro. Esto le conviene a usted y a todos los ríohateños porque donde llega el gringo, llega la plata...

—Sí, y las mujeres se vuelven zorras, y los hombres chulos. Vea, yo no me meto con la guerra ni con los Estados Unidos, ¿porqué ellos tienen que meterse conmigo?

—Es muy triste lo que le digo. Pero hay un tratado entre Panamá y los Estados Unidos...

—¡Qué tratado ni qué tratado: a la porra con todos esos papeles que sólo sirven para enriquecer a los grandes y humillar a los chiquitos! Váyanse: Lárguese, don Eulalio, si no quiere que ahora mismo le meta un tiro.

Hace un gesto de lanzarse a la cocina a buscar el Winchester. Pero don Eulalio se retira prudentemente, sentenciando...

—Si no las vende a las buenas, las venderá a las malas que es peor.

Mientras se aleja la camioneta despidiendo sol por su carrocería esmaltada, mi abuelo mastica blasfemias:

—Gringos desgraciados, todo lo quieren. Se meten en todo, están en todas partes.

Desde aquel día mi abuelo va pensativo de un lado a otro de la casa. Acaricia de una manera nueva a sus animales. Es una ternura de despedida. A Granito de oro, a Barriga de Cebo, al Borriguero. Los bueyes mansos interrogan con sus enormes y estúpidos ojos.

3

—Don Porfirio, hemos tenido que vender.

—Adiós, don Porfirio. Me subo para El Hato.

—Don Porfirio, estamos fregados. La tierra ya no es de nosotros.

—¿No ve cómo llegan los gringos?, a motetadas. He tenido que vender. Me voy.

Todos los pequeños propietarios de tierra desfilan por casa. Vienen a consolar sus cuitas que ya no tienen remedio. La tierra ya no es de ellos. Un gobierno se las da; el otro gobierno se las quita para arrendárselas a los gringos. Con tanto hombre manso que pasa llorando su pena, el Winchester que guinda en la cocina no sirve para nada.

Un día, seducido con las leyendas sobre la ciudad, me acerco a mi abuelo y le digo:

—Tata...

—Dígame usted también, Ramón. Sea encutarrao como los otros.

—Abuelo. Yo quiero estudiar. Yo quiero aprender. Conocer la ciudad.

—¿Para qué? Eso nada más se vuelve gringos, cabaretistas y cantinas.

—Dicen que está el Instituto Nacional.

—Entonces, ¿tú también quieres que venda?

—Yo no quiero, pero ya todos se van. Está solo. Además, el maestro me dijo que las leyes del país hay que cumplirlas. Dijo que eso es tan necesario como saber dónde queda el norte y dónde queda el sur.

Mi abuelo me mide indiferente. Luego sentencia herido...

—¡Tú también, Ramón! Tú también...

4

Mi tía Alicia y mis dos primas, Ubaldina y Lola, Conchita la vieja criada y tía Fina enmudecieron dentro de la tragedia que vivimos. Secretamente, tía Alicia deseaba que Uba y Lola aprendieran costura en Panamá; secretamente también, tía Fina deseaba que yo fuera un bachiller. Recordando a Fina me con-

muevo por su castísima vida de mujer, sin pecar, de beata y comesantos. Muerta mi madre, la única mujer que he querido en el mundo, ha sido a mi tía Fina. Me cuentan que ella y mi madre eran muy parecidas. El mismo cabello rubio; espigadas y muy elegantes para sentir y para hablar. Yo he vivido enamorado de los ojos tristes de Tía Fina. Y nunca he podido saber qué misterio ha enriquecido su mirada inolvidable.

El silencioso muro doméstico que envolvía a mi abuelo, y la petición de mi parte para ir a estudiar, surtió sus efectos, a la larga. Meses después don Eulalio fue llamado por Don Porfirio. Sonriente y complacido acudió el cacique. Ofreció precio a mi padre como deferencia especial, asumiendo él, personalmente, la compra. Los llanos del Limón y todas las tierras de mangles, hasta el mar, pasaron a poder de los gringos. La mano de mi abuelo tembló al firmar la escritura de venta. Sólo le quedaba, arriba, en la montaña para Poro-Poro y La Quemada, unas tierras indóciles para cebar ganado y duras para primeras siembras. Al acabar la entrega, mi abuelo nos reúne y dice:

—Alicia, Uba, Lola y Ramón se van para Panamá. Tienen que irse arreglando porque pronto llegará el mes de mayo.

Pocas veces en mi vida he sido tan feliz como en aquella ocasión. Todos mis sueños se veían cumplidos. Una inmensa dicha me sacudió.

5

Meses después, Conchita, la vieja criada de la casa nos despedía.

—¡Adiós, Monchi! ¡Adiós, Lola!

—Adiós, tata. Adiós, Fina.

—¡Ubalдинаaaa...!

—¡Sí...!

—¡No te enamores con gringo... !

Todos en la autochiva reímos de la ocurrencia de Conchita.

LUNA VERDE

El vehículo acelera. El cauce arenoso del río se escurre. Acá, lo que fue casa de verano. Allá, el rancho de Mateo, el mozo del potrero. Doblando una curva, el destino, blanco como el cauce seco y arenoso de mi abuelo don Porfirio, que se va empequeñeciendo al nivel del pasto, todavía húmedo, del aguacero de abril.

CAPÍTULO II

6

Los cambios de vida ofenden si ellos se reducen a una estrechez de espacio y alma. Enferman con la distancia. Deprimen esas construcciones iguales, de barracas contagiosas con sus paredes carcomidas. Contagian el alma sus guindarajos de ropa, sus patios de mugre y hollín, cocinas de zinc, colgantes de los balcones. Matas de ruda contra los hechizos y hojas de perro para adivinar el número que jugará el domingo en la lotería. Niños de mugre, hambre y obscenidades. Cajones y muebles viejos. Camas de esprines oxidados de orín y tuberculosis. Mujeres que dispersan chismes, a las que el placer se les hincha en el vientre, para parir seres abandonados. Ropas de patio, jamaicanos cansados, leña, carbón, hombres indiferentes y sin camisa que miran la danza de las calles embardnadas de desperdicios. Cuartos solos, tristes, lentos, cálidos y recogidos en enigmática pobreza de dinero y miseria. Luz de roedores, lentes de telarañas, vaho asfixiante, pringos de manteca, motitas de hulla eructadas en columnas de fuego por la planta de gas. Miseria, chisme, enfermedades, sexo y ropas de mil colores. Eso es un barrio proletario.

Todas las noches nos sacude la algarabía del cuarto vecino. Milí, la de las caderas anchas y boca de ternero, remueve la calma con los gritos de su protesta. La mamá miss Mary y su

hermana Ayota, han repetido mil protestas para decirle que se largue de esa casa. ¿La razón? Milí tiene tres meses de embarazo. Su marido que no le da de comer y menos de vivir, le procura placer y con placer, hijos. Una escalerilla de chiquitos tiene Milí. De esta manera: mujer, mujer, dos hombrecitos y mujer. ¿Qué será este parto...? Miss Mary piensa: ¿será mujer? Todas las noches discuten la pendencia doméstica los criollos jamaicanos. No duermen ellos, ni dejan dormir a los demás. En la medianoche, Ayota se levanta y enciende la luz. Es un cuarto pequeño en donde hay radioconsola, máquina de coser a pedal, muebles de pino para la sala y comedor. Una cama doble y su mesa de noche. Estante de ropa. Debajo de la cama, cajas de cartón de leche evaporada, que contienen lozas, brujerías y ropa de cama. Un biombo y detrás una estufa *Perfection* de querosín. Latas, trapos y una vieja silla donde míster Loyd fuma sus recuerdos. Además, batería de lavar ropa, trastos de cocina. Y los chiquillos que duermen regados en el suelo. La mamá, el papá, las hijas, y la quinta hija de Ayota duermen en la cama. El hijo mayor de miss Mary duerme en el corredor que forma el balcón, frente al cuarto.

—¡Chomba del Diablo: chomba!

—*Shut up your mouth!* —ordena alguien en el cuarto.

—¡Chomba del Diablo, anda, ve a parir a la calle! —En diciendo esto, sacude a Milí que empieza a gritar, llorar y patalear en la cama. De los cuartos vecinos, golpean quejas contra la pared.

—¡Chombos del infierno, cállense el hocico!

Ayota vuelve a gritar.

—¡Chomba, vete! Yo no voy a estar buscando hombres en la calle para que tú vayas a parirle hijos, hijos, hijos a tu marido. ¡Vete con él! ¡Chomba del diablo!

—¡Cállense la jeta, yumecas condenados!

Suenan más golpes.

—*Hoooo! Ohhh! Oh my god!* —Milí se pone a rezar.

Míster Lloyd ordena silencio. Miss Mary se revuelve en la cama, pero no despierta porque tiene que viajar hasta Miraflores para trabajar, lavando ropa.

—¡Yumecas! ¡Yumecas del Demonio, callen la jeta!

—¡Yumecas tu madre! —protesta Ayota, a las quejas que le golpean el cuarto.

Alguien apaga la luz. De la oscuridad también se apagan los gritos y las protestas. Húndese la negrura silenciosa en la noche. De pronto, vuelven a encender la luz. Se oye el ruido de una vara de escoba que golpea un esprín. Se presiente el cosquilleo de los chinches. Silencio. Oscuridad. De nuevo encienden luz. Ahora es Milí la que se levanta para ahuyentar el llanto de su hija de siete meses. Se pone a batir leche. Apaga la luz. Se levanta miss Mary. Se le oye hacer el desayuno. Entonces entona un salmo, esparciendo al aroma del café:

—¡Oh, Dios del cielo! ¡Qué dulce es estar en tu compañía...!

Estos son nuestros vecinos conocidos. No duermen ni de día ni de noche. Me asfixio de ellos y del calor del cuarto. Sólo me consuela que escapo del barrio del Chorrillo, cuando vuelvo, al colegio por la mañana. Al salir, una vecina le aconsejaba a Milí:

—Si quieres abortar esa barriga toma té de borraja con reíces de palma. Si eso no te sirve, coges la misma agua de mar, borraja y caneca y te la tomas hervida. No falla... ¡Te baja enseguida!

7

Tía Alicia escucha asombrada. Ella vive la vida mía y la sufre solamente porque Uba y Lola están en la escuela de costura, donde las monjas. Sufre con resignación. En eso se parece a tía Fina. Le hablo de las clases. La fachada del colegio. Las esfinges, las mujeres en los aires, el aula máxima: todo es grande, enorme y sobrecogedor. Es la escuela más grande de Panamá. Y la más bonita. Tía Alicia escucha extasiada. Le suenan muy bien mis palabras en los oídos de su esperanza.

—Estudie, Ramón, tiene que hacerse un hombre hecho y derecho.

—Estudiaré para que no me digan más manuto...

—¿Así te dijeron? —se queda pensando y recomienda—: No le hagas caso...

—Dicen que llevo el “monte” encima. Que soy como los demás: todavía no he aprendido a caminar con zapatos y no sé hablar. Y que el presidente de la república debiera mandarnos, a todos los manutos, a nuestros pueblos porque aquí no venimos sino a quitarles la casa y el trabajo a los de la capital...

—¿Porqué no se lo dices al maestro?

—Es que no son maestros: son profesores, hay uno para cada materia. El otro día, el profesor de historia regañó a uno de ellos. Al que dicen es nieto de un prócer de la independencia.

Tía Alicia queda pensativa. Indaga:

—¿Y qué dijo el maestro ese de historia?

—Fue un discurso muy largo. Comenzó diciendo que él era también interiorano y que en su tiempo los muchachos eran más respetuosos que los de ahora. Que él había trabajado en una imprenta, en Chiriquí, desde los seis años, para costearse los estudios; había tenido que luchar mucho para poder ser lo que ahora era. Dijo que en Panamá surgir era más fácil que en otros países. Además, manifestó que debíamos respetarnos los unos a los otros, como Dios lo había mandado y no, por el hecho de que yo fuera interiorano, era inferior a los demás de la capital. Todavía dijo más, que nosotros los interioranos teníamos un gran valor, ya que a pesar de no tener dinero, hacíamos un gran sacrificio para venir a estudiar a la capital, en donde todas las cosas estaban más caras. Al final de la regañada, dijo que todos veníamos a la escuela para hacer una patria grande, para surgir en la vida y tener con qué vivir, y teníamos que entendernos sin rencillas, como en otros países donde siempre se progresa.

—¡Muy bien dicho! —sonrió satisfecha tía Alicia.

—Sí, tía, pero Dikie, el nieto del prócer, ¿sabe lo que hacía?

—¿No...?

—Decía que el profesor estaba loco. Y le hacía muecas por detrás.

—Muy mal hecho —dijo apenas y se entregó a sus quehaceres.

Así comenzó mi vida en la ciudad. Alegre por estar en ella. Por tener agua corriente, luz eléctrica y oír la música de todos los radios de la vecindad. Vivía envuelto en un ambiente aleccionador. Pero yo no estaba enterado de la miseria de mi pueblo. Pensaba en mí... No veía la miseria en las casas iguales de dos plantas. No consultaba la derrota en esos nicas, colombianos, cubanos, jamaicanos y nativos tan pobres como nosotros mismos. No tenía la sabiduría del francés para vivir ordenadamente en la suciedad de los patios podridos, de niños barrigones, de ratones peludos como conejos, de cucarachas en rebañones de infección. Yo apenas era un adolescente. Mi sangre francesa y nativa pugnaba por salir. Por sobresalir del montón, ser alguien en este mundo consumido por la miseria y la grandeza de ver transitar el oro a raudales. Así comenzó mi vida, vida un poco más alta que la de los esclavos. Sin embargo, los periódicos anunciaban a Hitler, Stalin y Mussolini; la guerra española y las nuevas obras que se emprendían en la Zona del Canal, imprimiendo color a la economía de la República de Panamá.

8

¡Qué bien que me acuerdo! Yo fui uno de los tantos miles de desamparados que el canal echó en su fosa de despilfarro y miseria. Yo caí en ese nido de tentación, vicios y pobredumbre. Abandoné mi tierra olorosa, porque el gringo subió para arrebatármela. Todo a nombre de una guerra y de la democracia. Hoy todo lo he perdido. La tierra, nuestra tierra que dentellada a dentellada, nos arranca el yanqui para transformarnos en el sirvien-

te de sus necesidades de expansión industrial y comercial en el universo.

Son quince furgones. Colorados de rojo lacre por fuera, sin pintar por dentro. Es el *labor-train*. Tres hileras de bancas de madera rústica: sendas hileras en cada pared y una en el medio. Se combinan las lenguas de todos los continentes. Hay una red de comentarios. El último furgón está reservado a los capataces del *Gold Roll*. Todos son norteamericanos. El mito de seres superiores en esta tierra de injusticias sociales, les permite viajar como hombres, en furgones bien acondicionados, mientras que los latinos como no son ciudadanos de los Estados Unidos, viajan en furgones para ganado.

El capataz gringo no se debe reunir con el empleado del rol de plata. Se contaminaría sólo con su presencia. Esta división racial se mantiene en las fuentes de beber agua, en los restaurantes, comisariatos, cines y en todos los lugares en donde el hombre tenga que convivir. Hay comunidades como La Boca, Red Tank y Silver City para los negros y latinos. Barrios para los blancos como Chagres, Gavilán, Miraflores, Ancón y Balboa. Es rigurosa la segregación. El negro y el latino no pueden convivir con ellos. Es un pecado mortal. En la Zona del Canal el gringo es tabú, el latino es su vasallo y el negro su esclavo.

—¿Qué diferencia existe entre usted y yo, Míster Anderson? Usted es blanco, tiene ojos azules, el pelo rubio. Yo tengo la piel blanca, el cabello rubio y los ojos grises. Usted para tomar agua usa vaso higiénico de papel; yo, una lata colorada. Y él me respondió: “Es que yo nací en los Estados Unidos y usted es panameño. Usted es blanco como yo, pero es latino”. Muy “campante y sonante llegó míster Anderson, viró su espalda y se fue...”

Esto me lo dijo el señor Fidel Camarino, trabajador de Pedro Miguel y constante enamorado de una de las hijas del difunto don Chenó. Fidel gana dieciocho centavos la hora. Bajo la lluvia o bajo el sol que inmisericordes se alternan. Fidel no sabe pedir. Su capataz gana un dólar y cincuenta centavos la hora, y pide au-

mento. Fidel está obligado a cambiar de turno de semana en semana. Un turno de cuatro de la tarde a doce de la noche; otro de las doce de la noche a las ocho de la mañana. Y el mejor, de ocho de la mañana a las cuatro de la tarde. El capataz gana según la jornada que trabaje. Los capataces gringos tienen derecho a cobrar un veinticinco por ciento sobre su sueldo. Fidel tiene que vivir y morir con dieciocho centavos la hora. Dos gobiernos lo castigan: Panamá y Estados Unidos. Uno sólo al capataz. Su dinero se queda en los comisariatos, Zona del Canal; en Panamá, el casero le esquilma el sobrante. El resto del sueldo, como no puede gastarlo en cosa útil, el día nueve, día de pago en el *Panama Canal* y en el *Municipal Engineering Division*, lo gasta, hasta los últimos reales, en las cantinas.

De esta manera, olvida Fidel su pena. Olvida la tierra que dejó y olvida que es un hombre que tiene alguien a quien reclamar.

Fidel Camarino vino a hablar conmigo y me contó estas cosas porque quiere casarse con Isidra. Además, todo el mundo habla de los trabajos de la Zona. Es un mundo que se descubre. Todos nos encaminamos hacia allá. Lugar propicio para conseguir dinero, aunque sea con el reclamo odioso del capataz yanqui.

Días más tarde Isidra, la hija de don Cheno, me lo cuenta todo. Fidel Camarino está preso en la Zona, acusado de espionaje. La más severa censura rige sobre su persona. No se le puede visitar. Ni se permite llevarle comida. Sabe Dios, qué tormentos, suplicios y torturas le deben estar propinando.

¿Y qué culpa tiene Fidel Camarino de la guerra? ¿En qué medida daña la seguridad del Canal, si de su monte en la Atolada no ha salido nunca? ¿Si es la primera vez que asiste al desfile de la civilización y a sus angustias...?

Cuentan los compañeros de trabajo que un turista saludó desde un lujoso trasatlántico Santa de turismo. Los obreros que estaban debajo, cerca de las compuertas de Pedro Miguel, también saludaron. El rosado turista (Mister X) arrojó a los hombres una revista *Life* enrollada. Fidel Camarino la recogió. Em-

pezaba a imponerse de las fotografías (el inglés no puede entenderlo), cuando llegaron los soldados del retén y se lo llevaron junto con otros obreros que también estaban mirando la revista.

Pasaron muchos días. A los demás obreros se les notificó que existen disposiciones muy severas sobre la obtención y portación de objetos dentro de las esclusas. El desconocimiento de la ley no exime de pena a quienes la violan. Sólo Dios y los gringos saben qué castigo les espera a Fidel y a sus compañeros por la ocurrencia de un turista gringo.

Isidra me contó esto cuando se dirigía al *Cabaret Gardel*, centro nocturno de mala reputación en el límite de la Zona del Canal y el Barrio del Chorrillo. Antro de perversión para divertir a la soldadesca y a los estudiantes bohemios, pretendientes de aventuras.

9

Las sombras intactas. Deben de ser las cuatro y media de la madrugada. Rumora la hojarasca que el viento húmedo remueve. Entre las sombras moradas, los rostros obreros agudizan la vista para reconocerse. Centenares de hombres venidos de todos los rincones de la ciudad; llegados de todos los continentes, confluyen a la estación del ferrocarril de la ciudad y de Balboa. Rumbo al Corral, estación de servicios para guardar y lubricar los automóviles oficiales del gobierno de los Estados Unidos. Llegan en grupos, solicitando colocación. Otros esperan los camiones en el Parque De Lesseps, San Miguel y Curundú. Decenas de autochivas de madera se engullen los obreros, rumbo a las instalaciones, Zona adentro.

Se oye el clamor de la madrugada:

—¡Diablo...!

—¡Albrookfield...! ¡Clayton!

—¡Corozal...! ¡Miraflores!

—¡Pedro Miguel... Red Tank... Gamboa...!

En la semisombra brotan figuras de obreros que nadie sabe de dónde surgen. El enorme Tívoli, gris, resinoso y exclusivo está envuelto en oscuridad.

Zumba el aire de voces. Sirios, jamaicanos, martiniqueños, judíos, chinos, polacos, centroamericanos, hindostanos y aquellos cuyo origen se pierde entre la mezcla de todas estas razas, elevan un rumor efervescente de soda simple, impregnando el ambiente de sus notas, de sus canciones y sus conversaciones. El leve frufrú de la bolsa con la merienda proletaria o el ruido de tenedores y cucharas dentro de las loncheras de hojalata, sirven de fondo a esta rapsodia babilónica. Rudas botas obreras, resuenan en el pavimento. El cuero golpea como tablazos. Se entrelazan las palabras fermentando un griterío sordo de marejada. Exótico acento de patrias lejanas, de emociones y recuerdos que se habrán de enterrar en la Zona del Canal en diez horas de sudor y trabajo.

Algunos hombres del campo (se destacan por la calidad de la ropa y la forma propia de vestirse), en cuclillas, fuman sus pipas, mientras llega el camión de Paraíso. En un extremo del comisariato de San Miguel, algunos criollos juegan seven-eleven. Despuntan en la madrugada sus dientes blancos y parejos de sierra y marfil. Dados y dientes giran en la hora morada con grotescas contradicciones de fantasmas y aparecidos. Un grupo de polacos y rumanos, tranquilos, enormes, fuertes y robustos conversan en su lengua, comentando las noticias, en inglés, del *Star and Herald*. ¡Es la guerra! Millones de hombres como carneros. Nadie sabe lo que vendrá. Sentados sobre el guardafangos de un camión oliva, grupos heterogéneos de latinos, panameños y criollos antillanos eructan la juma de esa misma noche. Se les conoce en la cara, en los ojos inyectados de ron y cerveza. Hay grupos aislados de cubanos y españoles. Gallegos de rostros de piedra y culíes con el turbante blanco enrollado en la cabeza. Mujeres blancas y negras, vestidas de blanco, rumbo a los Post Exchanges, a los comisaratos lejanos del interior de la Zona del Canal y a las lavanderías del municipio y del ejército.

Tintinean monedas. Rueda el marfil. Risas, canciones. Miles de hombres de todas las edades y de todos los colores se elevan sobre el límite babilónico para gritar más alto su idioma. Se discute como si, de pronto, las navajas fueran a decir la última palabra. Pero no sucede nada. Son hombres fuertes, jóvenes la inmensa mayoría, seleccionados a través de un riguroso examen médico para que vayan a servir al coloso norteño que cumple con la discriminación de *Gold* y *Silver Roll*. No importa raza y color. El único que en la Zona tiene privilegio es el gringo. Venga de donde viniere.

Las luces de los faroles se arrodillan a la rosada denuncia de la aurora. Huele a monte y a gasolina. Huele a trapo y tabaco, aceite crudo, caucho, pan del comisariato y breva. Huele a tierra y verduras, sudor, sangre, césped, alcohol, cerveza y marihuana. Huele a mujer y a billetes almidonados como uniformes de doncellas negras. Huele a hombre fuerte y robusto.

Pañuelos rojos de arabescos negros. Camisas caqui-azul y caqui-moro, de gruesa tela de algodón. Fuertes contra el sudor, la lluvia y el sol. Pero esto sólo es el telón de fondo de la escena. Descoloridas cubanas y guayaberas serpentean entre la multitud de azul-caqui. Femeninas combinaciones salpican el contraste. Piezas de lo que en un tiempo fueron disfraces, se confunden. La boina de un pierrot, la camisa bolero, el pescador portugués, rumberas, cosacos, príncipes persas, chinos mandarines envueltos en el olor a cemento y sol. Toda prenda que sirve contra el sol y el agua se da cita. Trabajo y guerra, farsa, licor, vicios. Sexo y despilfarro. Sol, cemento y canciones. Carnaval. Eterno carnaval de la vida en donde todas las naciones tienen sus plenipotenciarios. En donde crece y se enfurece la pasión por el verde dólar. Dios del trabajo, dios de la miseria, del aguardiente malo, de la prostitución enferma. Energía que mueve el piñal del traganíquel. Discos rondando la canción eterna de la música medio negra, medio embrujada. Rayadas gorras de aceiteros, blancas y azules de vaporinos. Cascos del ejército norteamericano.

Quepis de la policía nacional de Panamá. Sombreros de fieltro. Pintados jipijapas de tierna pita madurada. Recios cascos de caqui; brillantes y plateados cascos metálicos que bien confundiría Quijote con el yelmo de Membrino. He allí el boceto de miles de seres anónimos. Sin patria, sin cariño en la madrugada. Adoradores de las horas soleadas. Devotos egoístas del dólar que el sajón derrama en millones de billetes que elevan una torre de maquinarias, túneles, tanques de aceite, gasolina y agua, usinas eléctricas, carreteras militares, aeropuertos, diques secos, muelles, estaciones de radio, magazines militares: miles de edificios y de casas para civiles. Viviendas para los *Gold Rolls*. Edifican pueblos completos. Miles de soldados entran a los campamentos por aire y mar. Se tiran grandes cercas de alambre tejido en las reservas militares. Miles de cosas por hacer. Hace falta brazos para servir comida, depositar la dinamita, conducir los camiones, transportar los obreros, levantar los enormes magazines en donde se sepultan millones de toneladas de TNT y dinamita. Día y noche roncan las canteras de Sosa's Hill y de Frederick Snare. Todo está en movimiento. Miles de hombres se han propuesto mover el Frankenstein para que resista la guerra. Es el bárbaro de la Zona del Canal que viste de *Gold Roll* y *Silver Roll* y que pelea por la democracia.

Para este monstruo ya no existe moral, no existe dignidad, ni existen leyes. Todo vive supeditado al dólar. Corruptor de todo lo noble, de todo lo humano y lo digno. Todo está supeditado a la muerte.

10

La siete y diez de la mañana.

El *labor-train* acelera por la curva de la lavandería de Ancón. Va atestado de obreros. Algunos jóvenes van saltando encima de los vagones. Cientos de obreros dejan caer sus racimos de piernas fuera de los furgones. Ya no queda nadie en San Mi-

guel, Curundú y El Corral. Los hombres saludan a las obreras de la lavandería Ancón.

De pronto, alguien se desgarró. El estruendo de los pistones del tren ahoga el grito. ¿Quién fue? Nadie lo sabe. En el andén de Balboa, el policía con el látigo en la mano comienza a cuerear los racimos de piernas proletarias. De los últimos furgones hacen señas. Un obrero se cayó. Es una masa de caqui, sangre y pedazos de pan que brotan de su lonchera. Se demora el tren. Pero el trabajo apremia. Cambian el maquinista. Campanea la locomotora. Chirrian las ruedas asesinas. ¿Que quién fue? Ninguno lo sabe. El sol de verano empieza a cruzar rápidamente sus arcos. Alguien pregunta.

—¿Quién habrá sido?

Y ríe con la satisfacción de no haber sido él mismo. Todos indagan. Miran recelosos para atrás. Las piernas arden de la cuereada del gringo policía en el andén de Balboa.

—¿Quién habrá sido...?

Nadie da noticias. Alguien sugiere que es un obrero de Pedro Miguel. Todos hablan. Es otro ser humano, anónimo e insignificante que se engulló la Zona del Canal...

11

Por la pendiente silenciosa de la calle del Prado en Balboa, me alejo con las pestañas cruzadas del látigo del policía zoneíta y de la cinta roja que se coaguló en el andén de Balboa. Encamino mis pasos rumbo al muelle 18 de Balboa en donde mi cuerpo y mi alma cargarán los despojos militares de los barcos transoceánicos que recalán su solapa a los muelles grises. A mí también me arde la piel del rebencazo gringo en el *labor-train*. Pero como hoy es sábado y no hay clases en el Instituto, ganaré en sobretiempos el dinero de la semana. Pronto me recibiré de bachiller y podré trabajar como persona distinguida.

CAPÍTULO III

12

Se abren trincheras en todos los parques y en todos los patios. Refugios antiaéreos de sacos de arena y tablones. Laberintos en zig-zag en donde los amantes van a trasnochar sus cuitas de amor en las horas asesinas de *Black-outs*.

Al compás de los obreros que cavan los refugios, las lluvias disuelven los días. Se matan millones de hombres en Europa. En el Canal de Panamá hay trabajo para todos, para un estudiante que se acaba de graduar de bachiller. Días secos, húmedos y calientes. El primer “virazón” ha dispersado a los antiguos compañeros. Cuando arreció el invierno, el terco aguacero empapaba un corazón de estudiante derrotado.

¡Si yo hubiera sabido...!; Qué no daría para borrar las huellas de mi pasado! Pero ni la última letra que se escribió en presente puede impugnarse, cuando todo concluye.

Aquella mañana leí despacio aquel cartelón, ya amarillento de tanto pedir hombres, clavado en la puerta principal del viejo comisariato Silver de San Miguel.

SE NECESITAN OBREROS
NO IMPORTA EXPERIENCIA
OCURRA C.L.O. BALBOA,
CANAL ZONE

Empecé por medir mis manos y me alcanzaron el miedo y la incertidumbre. No me resignaba a ser un peón más de a dieciocho centavos.

“¿Y dónde está mi diploma de bachiller?”. Reproché airado. Desde algún rincón una voz me convence:

—“¡Dinero! ¡Comisariatos!”

“Será mi madre”, dije. Y quedé absorto, mirando al cielo. Absoluto silencio. Ella no era. Sería la primera en reprochármelo. ¡Qué estupidez! ¡Seis años de estudio...! ¿y para qué...?

—“¡Dinero! ¡Comisariatos!”

¡Fue la realidad! Mis ambiciones se habían convertido en polvo de escritores. Soñé que un título me abriría las puertas de oficinas del Estado. Estaba convencido que era un ser útil a los demás; pero aún me duelen las corteses y compasivas despedidas. Los dedos y las uñas me amargaron la saliva. ¡Obrero! Ja...¡Que dirá don Porfirio! Reí para ahuyentar la sensación de ser obrero. ¿Y la gente? Riéndose me humillarían en lo más profundo. Di media vuelta espantado. Y de pronto, atrás del pajonal, pararelo a la línea del ferrocarril, atrás de las verdes y amarillas cañas de bambú, más allá de la verja de grueso alambre militar, me llegó el grito de la ciudad. El griterío de las calles, pregonando sexo y despilfarro por la garganta insaciable de todos sus traganíqueles.

“¿Cuál es el capricho que te aleja de la realildad? ¡Anda! Allí hay trabajo. Cualquier labor es buena. En cualquier lado se puede triunfar. Jamás te conduelas de ti mismo, si los demás son incapaces de hacerlo. No seas cobarde. La ciudad es dinero, dinero siempre dinero como vitamina del éxito. Impulso imprescindible para trepar por los resbalosos escalones de la alegría, el placer y el bullicio.”

Entonces caminé hacia la Central Labor Office, en Balboa, Prado, Zona del Canal.

Sólo tenía una razón que me guiaba. Gozar de las locuras de la ciudad. Eso era vivir. Todo el mundo estaba de acuerdo en ello.

Nada ni nadie me detendría ya en mi camino. Era el comienzo de una jornada y si un día me quedaba sin ver el otro, ¿qué me importaba? ¡No era cobarde!

13

¡Filas! ¡Filas! ¡Filas!

Canal Zone: *Silver Roll* que respetar.

En la Clínica: Filas. En los comisariatos: Filas. A los camiones: Filas. En el almuerzo: Filas. A la salida: Filas. En todas partes filas y siempre filas y más filas *Gold* y filas *Silver* para respetar.

¡Odio! ¡Odio! ¡Odio!

Canal Zone: *Gold Roll* que soportar.

Negros contra negros. Negros contra latinos. Gringos contra gringos. Latinos devorándose entre sí; *Gold Roll* contra *Silver Roll*. ¿Qué insulta el gringo? Antillanos que callan y aprueban. Gringos que prefieren el jamaicano porque su lengua inglesa no sirve para contestar, que no para la protesta.

En algunos lugares, en donde el plafón queda alto, hay letreros que dicen:

SERVICE WITH A SMILE

Ese letrero cuelga en el recinto de los soldados del aire. En el Panama Air Deport (PAD). Día tras día saluda ese letrero a jamaicanos, gringos, latinos e hindostanos. Es una sonrisa cordial en este mundo de odio y de insultos. Pero en la Municipal Engineering Division, todo lo humano está censurado. El trato hidalgo, el respeto, la humanidad y la comprensión. Allí todo es ultraje. El que entra a una oficina del MED como obrero, sale humillado como esclavo. Allí el gringo no es hombre; es el amo, la bestia que marca sus pezuñas en los esclavos latinos o jamaicanos.

Canal Zone: Tierra triste de pasto verde, de mulas inmensas¹ y de carreteras blancas y negras. Canal Zone: yo me metí en ti y me despedazaste el sentimiento de ser hombre. Eres egoísta; no llegas a comprender; eres tirana y despótica. ¡Humillas! Todo lo que en ti suena, tintinea a cadenas.

Canal Zone: Has pisoteado mi vida y has dejado en ella vibraciones de turbinas de ferry-boats, roncar de jeeps y camiones matadores. Entré a ti por tus praditos verdes y tus árboles urbanos blanqueados a cal, y salí con las huellas indelebles del *Silver Roll*. ¡Blanco y negro! ¡Decorado infame! Adentro, en tus entrañas, trepita el *labor-train*; hay gemidos de sirena y en todas partes la soberbia altanera del insulto del capataz.

Canal Zone: ¡Yo te odio! Nunca, nunca volveré a acercarme a la ventanilla en donde vociferan los hombres, pidiendo el retorno del carnet de elegibilidad...

Canal Zone: ¡Tierra de odio, de blanco y negro, de insulto y grajo! ¡Te odio...! ¡Y nunca más volveré a hacer filas!

14

Cuando me entregaron la tarjeta de “elegible” supe que era un hombre sano. El Gobierno de los Estados Unidos, al hacerme firmar una declaración de fidelidad incondicional a la Democracia, lo hacía a sabiendas de que no había sífilis ni malaria en mi sangre, ni tuberculosis en mis pulmones, ni pus ni albúmina en mis riñones. Sabía que mi hemoglobina era correcta, la vista puntual. No sufría de hernia ni estaba con la presión arterial alta o baja. El corazón, una bomba perfecta. Toda la ciencia moderna había sido aplicado a mi cuerpo, que es lo que a los gringos les importaba. Mi espíritu no les interesaba. ¡Al diablo con mis sentimientos! Con el dólar y la humillación lo degenerarían. Era un hombre sano para derribar piedras, para levantar sacos de

¹ La mecanización del ejército norteamericano reemplazó la mula por el jeep.

cemento en los muelles 17 y 18 de Balboa. Para abrir zanjas, derrumbar montes y romper el concreto con “yacamán”. Como broche de seguridad, me vacunaron contra la viruela.

Un gringo viejo salió al balconcillo de la oficina de madera de la Central Labor Office de Balboa. Empezó a llamar a los aspirantes por su nombre. A la vez, siguiendo la secuencia les daba el número de su “chapa azul”, que era el orden de entrada. Mi chapa:48.976. Nombre:... Ramón de Roquebert. Descendencia... francesa. Campesino, bachiller en letras con aspiraciones de ayudante a carpintero. Blanco, pelo liso rubio, dieciocho años, cinco pies, nueve pulgadas. Religión católica.

Sin embargo, la tarjeta sepia de elegibilidad decía: Color: Brown. Nationality: Pana.

Le pregunté a un obrero negro que examinaba su tarjeta; creo que le llamaban Chachadi, pero su verdadero nombre era Richard Betson. El negro se quedó contemplando mi tarjeta de elegible un rato. Luego alcanzó a reír. De negro en negro, de criollo en criollo fue pasando mi tarjeta de elegible. Todos reían. Era una risa de despecho y vulgaridad. Yo no sabía por qué era aquello. Me miraban de arriba abajo y volvía a hacer fiesta. Después que dijeron todo lo que quisieron en su lengua inglesa, Chachadi, complaciente, pero a la vez satisfecho, me dijo:

—Esta tarjeta dice que eres negro. ¿Tú ves esta palabra aquí? ¿Ves donde dice color? Bueno, al lado han puesto que tú eres negro como yo y como todos mis amigos. Y por eso reímos de ti. Porque aquí los gringos te han convertido en *brown*.

—¿Y eso es malo...?

—Para nosotros los negros, esto no es problema. Siempre seremos negros y no podemos ser blancos; pero para ti no es bueno. Mientras tu elegible diga que tú eres negro, significa que eres negro, aunque tengas los ojos de gallineta y tengas el pelo más rubio y liso que los gringos. Así pues, mientras seas negro, no podrás ganar un sueldo de *Gold Roll*. Nunca serás *Gold Roll*, aunque tengas todo lo que tienen los gringos.

—¿Quieres decir que ahora yo soy negro?

—Lo mismo que yo, que Wallai y Sandiford. ¡*Nigro!*

—¿Y eso de *pana...*?

—¿Tú eres buchí, verdad?

—¿Cómo?

—*Buch man...* Montuno... Manuto.

—Sí señor —acabé por decirle el criollo jamaicano, y sentí esa misma inexplicable fuerza de vergüenza y mediocridad que me embargó cuando el nieto del prócer me enrostró eso mismo en la escuela. No atiné a preguntar más. Era un pana, un buchí y un brown.

—Que hubo pana —saludó Lalo.

—¿Y qué cosa es *pana...*?

—Panameño, pues, no estás oyendo. Vamos a buscar las órdenes para enganchar en Milla Dos. Tenemos que salir mañana. Hoy ya es tarde. Podemos trabajar con la McClure, la Frederick Snare o con la William Brother.

—YO QUIERO ARREGLAR EL COLOR QUE HAN PUESTO. MIRA, SOY BROWN. NIGRO...

Me dirigí de nuevo a la oficina. En la puerta un criollo delgado, tiernamente acicalado como una mujer, cuidaba la entrada. Le expuse mi caso. Afuera varios grupos de obreros hacían filas para solicitar carnet de elegible y autorización para cruzar a la Clínica, para examinarse. El jamaicano me escuchó. Como todos los demás, se echó a reír. Se reía de mí porque, siendo mestizo, era negro. Al fin me despachó.

—Es por gusto que vayas a reclamar. Tú no tienes pull. Aquí el blanco que no es blanco le ponen color negro. Eres como yo, nigar —y en diciendo ésto se puso a reír con una sonora risa de afeminado que contagió a los demás obreros que me despidieron con grandes risotadas.

Todas las cosas se reían de mí. Era un buchí y un pana. ¿Ridículo, verdad? Aun mi amigo Lalo se sentía incómodo. Reían los guardafangos de los carros irradiando carcajadas de

JOAQUÍN BELEÑO C.

sol en la Administration Building. Reía el prado de la calle Chagres. Las paredes blancas del Hospital Ancón. Los mangos verdes. La Iglesia Episcopal. El comisariato de los Gringos... en Ancón...

Y como aquella ocasión, con el nieto del prócer, me hice el firme propósito de no ser más buchí, de no ser más brown, como si lo que llevo por dentro se pudiera desprender como un casco de trabajador, al soplar el viento contra los camiones atestados de obreros.

CAPÍTULO IV

15

¿Esto qué es? Esto es una montaña...
—Estamos en Milla Cuatro.
—Pero es que aquí no hay nada. Para dónde nos lleva este truck, dando saltos por todos los hombros suaves del camino...
—Vamos para el Steel Yard, arriba de aquella loma, donde está el tanque de madera. ¿Lo están viendo?
—Sí, ya lo veo... ¿Esto es Milla Cuatro?
A la entrada del camino un letrero blanco, escrito con letras negras advierte:

PHOTOGRAPHIE PROHIBITED
BY ORDER OF GOVERNOR

El camión cargado de obreros, recogidos de todas partes, continúa ascendiendo y descendiendo las lomas del camino. Luego vadea una pequeña quebrada. Un rústico letrero desilusiona a los sedientos:

LAS AGUAS DE ESTA QUEBRADA ESTÁN
ENVENENADAS. EL QUE SE ACERQUE Y
TOME DE SUS AGUAS LO HACE BAJO SU
PROPIO RIESGO.

Junto a la quebrada en donde construyen un taller de mecánica, van apareciendo hombres ocultos por la maleza, que saludan a los que llegan.

—¡Pulpos, pulpos!

—Que se bajen los esclavos. ¡Que se bajen!

El camión acelera su velocidad y se detiene en una caseta, al lado del camino.

Estamos en Milla Cuatro.

Los hombres semidesnudos riegan aceite por los caminos. Y entre el monte y el yerbazal de la colina, el mitin de los sopletes de acetileno parpadean sus ojillos verde-azul. A un inmenso tonel de acero lo aprisionan los andamios de madera. A lo lejos, espejea azul y verde, la cinta marinera del Canal, internándose por Milla Uno, mientras los brazos grises de las carboneras de La Boca se perciben en movimiento, alzando a los cielos su plegaria de hulla y arena. Desde aquí todo está distante y transparente...

Al pie de las colinas, los tractores y camiones levantan sus huellas en rojo. Los pescuezos acerados de las grúas y las excavadoras elevan sus fauces repletas de tierra, por encima de los frondosos árboles que la destrucción ha respetado. Por todos los caminos, troncos de árboles que ayer no más bebían, a plena clorofila, toda la luz del sol.

A los lejos, mirando a Fort Kobbe, las montañas, dulcemente seducidas en azul, semejan gigantes que custodian con los brazos cruzados, el cadáver de todos los troncos calcinados.

Largos senderos encerrados entre colinas de helechos silvestres y palmas reales, se bifurcan como serpientes de lodo y piedra, enfurecidas entre ríos desbocados. La soledad de esos caminos embrujados, con sus toldas de bejucos, sus charcas recubiertas de aceite crudo, que forman arcoiris que proyectan la luz que destilan los poro-poros, deja en mi alma una sensación de inseguridad y temor. Es miedo a la patoca que se esconde traidora, en los trillos arrodillados a las montañas, o el can-

sancio de todos estos camellones contruidos al paso de poderosos camiones confabulados con la muerte. Aquí todos los caminos conducen a los tanques. Desde ahora mi vida está unida a estos toneles de acero y de hormigón, cuyo silencio metálico está más allá de la vida y de la muerte de quienes los construyen. Ya he dejado de pertenecerme... No tengo nombre, ni destino. Todo está fichado a un número. 1620: FREDERICK SNARE CORPORATION. Desde ahora en adelante, cuando Purswani, el Hindostán apuntador de la Oficina del Tiempo, pregunte por mí, no tendrá que saber que vengo de Río Hato, y que vine a estudiar al Instituto Nacional para graduarme de bachiller. Sólo tendrá que llamar al 1620. Y yo responderé como un desamparado.

16

Todos los días el aguatero trae a los trabajadores un líquido colorado como sangre de “coquito”. Los obreros esperan con ansia la helada chicha roja que beben con deleite. Como algunos alaban la bondad de la Frederick Snare que trata así a sus trabajadores, yo, sin que ninguno me lo consulte, aseguro que todo lo que tomamos es quinina endulzada con un colorante. Entonces los obreros se ríen de mí. Insisto en decir que aquella chicha es de quinina y que la bondad de la Compañía Frederick Snare consiste en no perder tiempo por enfermedades que le cuestan dineros en horas perdidas y nuevos enganches. Pero todos ríen. Les repito que la compañía trabaja por contratos y que recibe un porcentaje por entrega anticipada de sus obras. Pero todos continúan riendo. Insisto en que los contratos de millones de dólares salidos de las negras arcas que destapó la guerra los cumple la Frederick Snare, empujando a sus hombres con la quinina y el dólar... Pero los hombres no me creen. Yo no puedo saber más que ellos. Yo soy un pobre chiquillo que no sabe lo que es la vida. Los trabajadores se burlan de mí, por

lo que digo y por lo que hago, ya que soy incapaz de trabajar al ritmo de los demás; porque hablo de un manera educada. Entonces hacen mofa de mi hombría.

De mi propia boca supieron que yo era un bachiller. Ingenualmente creí fomentar la admiración de ellos hacia mí: pero fue peor. Las mofas redoblaron. Me apodaron el “abogado”. Todo el día me mortificaban. Para buscar un trozo de madera me decían:

—Abogado, trae aquel código.

—Abogado, busca el testigo Tucutí —tenía que buscar al darienita al campamento.

—Abogado, tráeme los oficios del tiempo —iba, entonces, a buscar las tarjetas amarillas de récord para que María de los Ángeles nos apuntara el tiempo trabajado.

Me obligaron a trabajar en labores pesadas y peligrosas como si se vengaran el no haber tenido ellos la oportunidad de educarse como yo. Otros lo hacían con el deseo visible de castigar mi incapacidad de ser algo más que peón de veintidós centavos.

La envidia de esos hombres me hizo un daño horrible. Son intolerantes. No acababan nunca de saciar su inferioridad en mí. Sin darme cuenta los fui odiando, ignorante de sus propias amarguras. Pronto mis sentimientos y mis maneras se fueron endureciendo como mis palabras y mis ademanes.

Para poder despreciarlos mejor y vivir en paz, participando de sus vidas de obreros insignificantes en Milla Cuatro, me hago eco de sus felonías y sus obscenidades. A medida que endurecen las ampollas de mis manos, voy puliendo mis sentidos y trato de ganarme la confianza de María de los Ángeles, el Pusher de la Cuadrilla, porque como es el único que hace alarde de entendido, gusta de recordar sus dos años de escuela secundaria como una conquista particular. Él cultiva su importancia y yo su buena voluntad, empeñando su gratitud. Los sábados, sigo con él a las cantinas y gasto mi sueldo miserable en farras que alegra el traganíquel de música. Sé que el

único que puede conducirme a alguna parte en Milla Cuatro es María de los Ángeles. Quizá puede acercarme a Kupka, el General Foreman.

La mayoría de los obreros regresan a la ciudad montados como gallos en los tablones de los camiones que riegan el aceite crudo por los caminos y barrizales. Pero los antillanos de Guadalupe, Barbados, San Andrés, Jamaica; lo mismo que los belizeños, nicas y ticos, se quedan, a dormir, en los campamentos de Milla Dos y Milla Cuatro. Días tras días, hemos ido penetrando en la montaña. La naturaleza, de un verde de limón, de caña, de higo, de caimito, de nance, de azotacaballo, de musgos y líquenes, de bejucos retorcidos como tirabuzones se aprieta a la cuadrilla que toma helada chicha roja con quinina. Cuando a las dos semanas los camiones no pudieron recogerlos hasta donde el brillo de nuestros machetes nos llevaron, tuvimos que dormir en el campamento de Milla Cuatro.

Alúmbranse las noches negras con murmullos, letanías de sapos y aguardiente traído de Arrazona. Húmeda la brisa. Lluve constantemente; jugamos baraja, dados y dominó en el campamento, revuelto con una enorme cantidad de hombres de miradas decididas y perturbadoras. Les tengo miedo. Me siento muy lejos de las cosas que amo. Estoy solo entre tantos hombres de ceños torvos que hablan idiomas diferentes. Hombres ennegrecidos del sol de Milla Cuatro. Tenemos que madrugar y hacer nuestro propio café. Pan endurecido del comisariato y fiambre de chorizo y salchicha norteamericana.

17

Una noche, a esas horas de la madrugada, Tourmal, el indostán que hacía la guardia en el Steel Yard, reventó la endeble puerta del campamento. Llegó dando alaridos. Traía la camisa desgarrada. Sangrando por los brazos y las espaldas. Maldecía en su lengua como un condenado a muerte. Mientras lo

curábamos, nos dijo que el tigre lo había atacado. En las espaldas se veían perfectamente las garras. No quiso hacer más guardias. De noche tuvimos que encender hogueras, porque oíamos todos el rugido del tigre. Hasta Tucutí que sabía distinguir los ruidos de la montaña, aseguraba que el “bicho” andaba cerca. Los gringos trajeron rifles, hicieron trampas a la orilla de la quebrada que servía de abrevadero a los venados y machos de monte. Cayeron varias piezas; pero el tigre no apareció.

18

Muy de madrugada llegaban los gringos capataces y las cuadrillas se dividían. Los topógrafos tomaban las rutas. Cadeneros y agrimensores elevaban sus garrochas numeradas en rojo y negro por doquier, siguiendo el rastro a las colinas. Y por la ruta que ellos señalaban iban los macheteros abriendo trochas, pasando por encima de los hormigueros gigantes, pisando los canchales tricolores (azul, blanco y rojo), hundiendo las botas en las charcas negras de sanguijuelas. Espinas y bellas flores moradas de la pica-pica. Pero llegamos a un llano detrás de las lomas como quien apunta a Fort Kobbe, y nos sorprendió un pica-pical.

—Sude, hermano y no se rasque el cuerpo porque si no se lo lleva el diablo.

—Deje que el cuerpo sude. No se hurgue porque se jode.

—Cantemos cualquier cosa hasta que empecemos a sudar.

—¿Y los gringos?

—Ellos no vienen por aquí; ellos conocen ésto. Nos han echado al pica-pical para meterle candela apenas sople brisa. Le echarán petróleo.

Sudamos copiosamente. Las bayas de la dorada y espolvoreada pica-pica de fina pelusilla enloquecedora, se revuelve en el aire. Se nos pega a las ropas y al cuerpo empapado de sudor. Como estamos calientes no la sentimos. Pero ¡Ay si nos

rascamos! No podemos tocarnos. Somos Tabú. Se nos incendia el cuerpo.

—¿Y qué andarán buscando los gringos por estos lados?

—¡Aeródromos! Dicen que van a hacer uno por aquí. El más grande de la Zona. Más grande que Albrook Field.

—¡Más grande!...

—¡Joo...! Eso va ser macho. Y va a haber mucho trabajo.

—¡Por supuesto!

La loma pareja del pica-pical se introduce muy hondo entre palmas reales y corozos. Se oye el chirriar de las cazangas y el revolotear de los animales por los contornos que dividen el matorral y las montañas que empiezan.

—¡Carajo! ¡Me jodí! Muchachoooooooooss... Agua.

—AGUAaaaa...

Era tiempo. Alguien tenía que sufrirla. Prudencio Obispo, un mestizo de La Boca que está contratado por el Panama Canal; pero que clandestinamente trabaja con la Marina porque le pagan mejor, ha sido la víctima. No se puede contener; se restriega el cuerpo con furor de gente loca. Entre más se rasca, peor. La peonada se detiene. Inútilmente pide ayuda. El que se deje restregar sufrirá el rigor inclemente de la pica-pica. Millones de pelusillas se introducen por el cuerpo del salvadoreño que se atrevió a tocarse. El cuerpo siente la comezón, pero si no se rasca, no pasa nada. El sudor contiene el trasparente maleficio de la planta. Pero apenas tócanse las carnes la misma picazón y el mismo dolor provoca tocarse en todos lados. Una hoguera reproduce lo indecible. Se enloquece. Prudencio Obispo huye como Candanga, dando alaridos, tirándose y arrastrándose por el suelo cubierto de troncos, hojarasca y ortiga. Todo es peor. Corre como un venado herido. Como un loco intoxicado de marihuana.

—¡Agua! ¡Agua!

Va rumbo a la quebrada que dista tres kilómetros de donde nos encontramos. Es la única solución. Se pierde a lo lejos, ca-

yendo y levantándose. El monte se eleva en alaridos lejanos de pica-pica. Una picazón que se eleva hasta el enloquecimiento. Hasta la pérdida de los sentidos en millones de pelusillas.

En la tarde tornamos a la quebrada. Nos desnudamos y nos echamos al agua hasta que el canto de los cocoritos nos hacen desalojar la charca.

—Hoy ha sido un día macho, compa.

—Yo no entro más a ese pica-pical. No me voy a joder por veintidós centavos.

—Ése es trabajo para bestias.

—Los gringos son los que deben entrar para que sientan lo que es dolor de perra parida.

—Ellos no se meten aquí. Ellos sólo son machos en el cine. En las películas.

Dejamos la ropa en el agua y regresamos desnudos al campamento del Caimitillo. Prudencio, con todo el cuerpo tasajeado de las espinas y de la ortiga del monte, fuma nervioso, con esa inútil sensación de la pelusilla en el cuerpo. Tucutí le dio a mascar breva y le untó el cuerpo con ron Cuello de Oro y aceite crudo.

—¡Carajo! Paisano. Esto es para que respete la tierra de nosotros.

—¿De ustedes o de los gringos?

—De nosotros que nada más se la tenemos prestada. ¡Algún día los sacamos de aquí! ¡Descuide!...

19

La sarna de miles de mosquitos, arañas y sabandijas hormiguean en nuestras espaldas. Ya no es sólo la pica-pica en nuestros cuerpos de macheteros. Es la basura de la selva y la sabana lo que gira alrededor de nosotros. Arden los ojos del humo de la quema. No sabemos si estamos sudados o estamos perlados de las gotas de sereno que han caído de los árboles.

Nuestros brazos saltan cortando el monte que se derrumba llorando sobre la tierra. Se cumplen órdenes. Abrir caminos que no sabemos adónde irán, aunque estemos con las piernas hundidas en barrizales de sanguijuelas o en manglares lamatosos que aprietan las carnes como ventosas.

Aquella tarde se perdió Florencio Sotomayor de la cuadrilla. Cuando llegó el camión cargando de helada chicha roja, tampoco se presentó. María de los Ángeles empezó a indagar por él. Eran las tres de la tarde. A las doce se había despedido de algunos obreros para ir a hacer sus necesidades. No se le había vuelto a ver más.

—A lo mejor está “hueseando” debajo de un palo —dijo Penca.

—Eso debe ser. Deja que le voy a cortar el tiempo —replicó María de los Ángeles. A las cinco de la tarde ya los hombres comenzaron a demostrar su inquietud. Florencio de Sotomayor no regresaba. Varios obreros nos dirigimos con los que sabían por donde se había encaminado el perdido. Pronto dimos con él. El zumbido de unas moscas enormes y azules como llama de acetileno lo denunció. Estaba morado, revuelto en su propia necesidad. Lo recogimos entre todos y empezamos a llamar. Su cuerpo estaba morado como flor de pica-pica. Es por piedad que lo levantamos. Florencio Sotomayor estaba muerto. Una víbora lo mordió al acucillarse a hacer sus necesidades. Rodeamos el cuerpo y nos persignamos sin hacer comentario.

Milla Cuatro empezaba a destruir a sus profanadores.

20

Casi mediodía. Hendir de hachas y cabecear de follajes heridos. El aliento de un carisó muerde recuerdos de alegría en los antillanos viejos.

Demasiado macho para la vida, María de los Ángeles, el Pusher del Gang de Milla Cuatro, observa el monte con sus ojos

enrojecidos. Y no es que el humo de la candela haya encendido sus ojos. ¡No! Todas las tardes María de los Ángeles acostumbra a irse con su Tío-tío-tú, Clemente Hormiga y Ñángüez a la cañada que dá al Quebradero de los Huíchiches. Allí encienden sus cigarrillos. Luego, sacan la droga hervida y empieza a fumarla muy lejos de los demás obreros.

Cuando regresan vienen alegres y transfigurados.

—¿Sabes, pana?, las hojas de los tallos son azules. ¿Tú estás viendo por dónde yo estoy mirando? Le veo un puntito de oro al piquito de aquel “manto”, ¿lo ves? Cójelo suave, no... Ese es el vacilón. Tú la dejas así sola, te traquea en la mano. Entonces, ¿sabes? hay que castigarla.

—Los tallos del Quebaradero de los Huíchiches son de mi tamaño. Yo me trepé en uno de ellos, una vez y le dije: Ahora vuela. Y el palo de jacinto echó a volar... ¡suave, suave! ¿Tú ves el vacilón? Yo le recogí la rienda. Mira la cancha, Chile, contra los palos, desgraciado. ¡Dale huasca por la recontra! ¡Endereza...! Así es como yo le decía a doña Hilda...

Cuando ya se les va disipando el humo y sus efectos, se les despierta el hambre. Sacan los cuadrados moldes de pan de comisariato y empiezan a comerlo con trozos de oteo y cocada. Clemente Hormiga se dirige a mí:

—Abogadito, algún día tú vas a contar todas estas cosas de Milla Cuatro. Por eso te doy chance de que estés aquí con nosotros. Pero todavía no puedes fumar la yerba. Cuando la puedas aguantar, yo te la paso para que tú le des valor. Pero ahora no. Porque algún día tú te vas a parar en un tribunal a defenderme. Yo soy el bandido que acusan; entonces tú te vas a parar como en las películas y vas a decir: “Señores del Jurado: yo conocí a este *boai* en Milla Cuatro. Era *espar* mío. Un buen *espar*. Les puedo poner de testigo a Tío-tío-tú, a María de los Ángeles, al Cabezón y a Francis Redwood. Buen *boai*. Ustedes dicen que él es un delincuente porque fuma *canyac*. Y ésa no es razón. ¿Quién de ustedes ha fumado la yerba para que diga que eso es malo?

Lo que pasa con la yerbita es lo mismo que pasa con el cigarrillo, la primera vez te da mareo y arrojadera, pero después, naranjas. El placer se hace igual, con la diferencia que es más sabroso. Por otra parte, ¡hermanos lobos!... el que fuma marihuana nunca se vuelve tísico. Al contrario, alimenta. Si ustedes creen que es mentira, fúmense un diablo y si a la hora no están con hamambre, yo dejo que condenen a mi defendido. Yo conozco a Botí Lucas. El *boai* sufría de asma y estaba tísico, entonces un *patuá* le recetó un té de *canyac* con yerba buena y le curó los pulmones. Si quieren les presento a Botí Lucas.

—¡Eso es verdad! Yo estaba tísico y me curó el barbayano Musá con té de *canyac*.

—Eso es. Lo que pasa es que los del Gobierno como no cobran impuesto de la marihuana, no quieren que le hagan competencia al cigarrillo. Si la marihuana fuera mala, entonces, ya la hubieran prohibido en la Zona del Canal...”

Así decía Clemente Hormiga, esperando la aprobación del pusher de la cuadrilla.

Pero María de los Ángeles está hoy alegre por otra cosa. Sabe que esta noche tendrá luz eléctrica en su cuarto porque su mujer se ganó un radio de cinco tubos y no tuvo otra solución que instalar un medidor de electricidad. Si su cuarto fuera un poco más grande compraba un juego de muebles color de vino. Eran una belleza. Ahora que él gana dinero, lo podía hacer. Pero lo estrecho que estaban, durmiendo por el suelo, ¿adónde los iba a meter? Y como él no conoce lo que es el ahorro, malgasta su dinero en aguardiente y ropas brillantes. Camisas Arrow, zapatos Floorsheim, vestidos de casimir inglés, corbatas Wembley, medias Phoenix. Gasta en guayaberas caras y estrafalarias. Toma Whisky inglés, cerveza y ron. Se burla de la vida que es fea y horrible en los patios oscuros del Marañón, en donde tiene que regar sus hijos a dormir sobre el suelo, por la noche.

Seguramente que Machú, su mujer, habrá dicho a los vecinos lo de la fiesta de esa noche. La noticia habrá patinado por

los zaguanes resbalosos, y, en agigantándose, habrá perdido su personalidad porque en el Marañón, en donde está la miseria liberada, cada vecino es el amo absoluto de la vida privada de los demás...

Ya deben de haber llegado los hombres de la Compañía de Electricidad con sus pinzas y sus alambres negros. Los vecinos deben de estar mirando curiosos con el interés de su incumbencia. La chiquillería los habrá recibido gritando de alegría, los deben de estar viendo trabajar con sus cuerpecitos de patios podridos, y habrá discusiones con palabrotas vulgares de sus mentes chiquitas y envenenadas de escenas de cuerpos jadeantes en la promiscuidad cómplice de los cuartuchos.

La Machú mariposeará por el cuarto con la gozada indiferencia de la mujer que se sabe envidiada, porque él, María de los Ángeles, su marido, está instalando luz eléctrica a su cuarto y ya no tendrán que alumbrarse con luz de lámparas de querosín. Ya todos los vecinos deben saber que él tiene un radio. La Machú estará entrando y saliendo del cuarto y mortificará a los electricistas con el temblor de sus carnes, que se presienten absolutas cuando se pone ese vestido de seda que él recuerda muy bien. La Machú ya no tendrá que acordarse de los tiempos en que conoció a muchos hombres en los arenales tibios de Playa Trujillo.

Sin duda, María de los Ángeles está feliz. Me ha invitado a la fiesta en su cuarto. No cesa de alabar la bondad de su mujer. “Es un ángel”, me dice. Y le escucho como quien oye llover. Qué le vamos a hacer. Tendré que ir. Y sigo macheteando la maleza que se enreda en mis piernas.

—Vamos, Concepción —grita, a un campesino, María de los Ángeles—. Cántele a la gente. ¡Demuestre que usted es buchí!

—Sí, ¡carajo! Pero sin buchí, ¡respete! —reprocha el hombre.

—Bueno, Concepción, ¡para que respeten!

El hombre endereza el cuerpo y otea el horizonte; las venas del cuello se le dilatan, las aletas de sus narices palpitan expre-

LUNA VERDE

sivas y por la caña dulce de su garganta se le desgrana el alma. Cuando acaba de salomar hay silencio de tempestad que aguarda. Entonces contestan los guapos, clavando mil siglos de libertad sobre los caminos adoloridos.

Sol, saloma y carisó.

María de los Ángeles insiste en que vaya a su fiesta.

El tiempo sin expresión ha transcurrido aprisa. Son las cuatro de la tarde. Pronto llegará el pagador y con él los camiones que se llevarán el bullicioso pagamento montado en sus espaldas. Se llevarán los dados y el ruido tintineante de las monedas. Después, sólo quedará la eterna tiritataína de los revellines, revoloteando sobre el silencio de selva de Milla Cuatro.

CAPÍTULO V

21

Las cinco de la tarde. Mañana el ánfora de la fortuna alumbrará un nuevo día.

Las seis de la tarde. Faltan sillas en las cantinas. Pero todavía las billeteras siguen cantando la suerte al pie de las aceras. La gente compra la felicidad por yardas.

Las siete. Noche misma. Luz ancha y amarilla en el cuarto. Ron y música. Donde Machú están de fiesta.

¡Marañón! ¡Marañones! Un grito de pescado corcovea por las calles anchas y los patios estrechos. Se desenrolla el cansancio en el griterío de las calles. Viene música de todos los traganíqueles. Hay olor salobre de lamatal fermentado. En los cordajes del viento, camisas y camisolos guindan lujuriosas...

Tres metros de largo por dos de ancho: seis metros de miseria cuadrada. Por cuatro metros de alto: un volumen de veinticuatro metros de lobreguez cúbica.

Ese es un cuarto del Marañón.

Un balboa el metro cúbico de tuberculosis.

Dos balboas el metro cuadrado de promiscuidad.

Un estrecho callejón. Enfrente el patio, más bien, una acequia con licor de limo y bacterias y con la grasa de comidas sobradas. El suelo del patio es negro como la noche que filtran las rejas de los balcones. Patio repulsivo, como pisoteado por

todos los borrachos de un sábado cualquiera. Guindarajos de ropas. Trastos viejos. Más allá, el corredor desemboca en otro patio, y otros patios, y otros callejones se combinan en nuevos patios y callejones oscuros.

Un estrecho corredor. Perpendicular al pasadizo un balcón con toda la oscuridad y sus ruidos de pisadas gruesas que se materializan en polvillo fino de basura y de aserrín molido por las cucarachas. Junto a una puerta que respira el vaho nauseabundo del cuarto enfermo a humedad y a trapos ocultos, se deja oír el sonar terco de la gota de agua cayendo en sumideros lejanos. Pero allá enfrente hay holgorio. Es en el cuarto de María de los Ángeles. La luz salta al patio, pintando el marco de la puerta y arranca de los objetos la sombra de la pobreza. Adentro de aquella puerta, huérfana de ventanas, un bombillo eléctrico se agarra a las telarañas que se columpian en las paredes sucias.

También hay niños. Unos niños pálidos, mugrientos y sarnosos. Unos niños que son en el cuarto como la cama o los caires contra la pared. Más bien son como las sillas. Pero los ojos de los niños iluminan la escena de los hombres sirviendo aguardiente en vasos de cristal; alumbran como la lejana lamparilla a las ánimas que en un rincón del cuarto traquea tenebrosa, imitando el ruidillo de los ratones al devorar los huesos olvidados.

Frente a la mesa de comer, en una tablilla de pino barnizado y con un sencillo mantel rosa, está el amo de la fiesta: Un pequeño radio RCA VICTOR de cinco tubos que comparte la alegría con los trastos y las ollas de la tarde.

Mientras los hombres se mueven alegres y toman aguardiente con dedicación de mártires, en un rincón del patio, la señora Josefa rehuye aquella alegría. Da lástima la pobre señora. Nunca duerme, si dormir es descansar. Pero esta noche le duele, más que siempre, la pierna. Al principio había sido un escozor de sarna, leve e insignificante, hasta que se le hizo una verruga grosera. Toda la culpa la tenía la mujer de Capeto que había echado agua de iguana en el baño, y como ella era de sangre

dulce, las verrugas de la iguana se le habían pegado. Mas de eso hace siete años. Ahora las verrugas se han hecho una inmensa pústula en donde cosquillean gérmenes agusanados. ¡Brujería! ¡Brujería! Todavía ningún curandero ha dado con el mal. Y si va al hospital le cortarán la pierna...

La anciana calla. ¿Qué más puede hacer, si no es resignarse y llevar su pústula como lleva el Marañón las llagas de su miseria?

Hay un olor penetrante de ron y sodas. Pero a las narices de la señora Josefa ha llegado un aroma agorero: perfume de flores marchitas. ¡Malo! ¿Quién llamará muerto...? ¿Y Carmen...? Hace dos semanas que no la ve. Si estuviera en la policía ya le hubieran avisado. ¡Pobre muchacha loca que no sienta cabeza con ningún marido! Y con las cruces que tiene registradas en el Hospital Profiláctico... ¿Quién la va a querer así...? ¡Quién sabe! La señora presiente la muerte muy adentro. En la música de la radio que habla de un amor imposible, en aquella alegría de alcohol que se revuelve en el cuartucho. No lo piensa más. Se despide de mí y arrastra su llaga rumbo a los hoteles de cita y a las cantinas, envuelta la cabeza en su chalina negra.

22

La anciana Josefa se ha marchado. Adentro la radio anuncia:

“JUNTA NACIONAL DE NUTRICIÓN. DEPARTAMENTO CREADO PARA PROTEGER LA SALUD”.

—¡Quita eso, Machú!

—Aguanta un rato...

“SU SALUD ES EL DON MÁS PRECIADO. ALIMÉNTETE BIEN, COMA FRUTAS Y VERDURAS EN ABUNDANCIA, COMA CARNE, UNA DIETA VARIADA...”.

- ¿Tú no oyes, o quieres tu golpe...?
—Sí golpe...
—¿Cómo dijiste...?
—Que mañana hay misa para los sordos.

“...EL AIRE DE LAS HABITACIONES CERRADAS ES MALSANO PARA LA SALUD Y POR CORTESÍA DE LA JUNTA NACIONAL DE NUTRICIÓN ESCUCHARÁN “LINDA MUJER”.

La radio repite un estribillo:

“...TENGO QUE BUSCAR UNA LINDA MUJER...”.

Los cuerpos abrazados llevan ritmo de cintura. Se tropiezan en la estrechez. La antena de la voluptuosidad recoge las primeras emanaciones de los sentidos. Pero como todo lo que se vende, la música empastada termina a los tres minutos. La radio continúa:

“DUERMAN CON LAS VENTANAS ABIERTAS...”.

Un movimiento de la aguja y “...VENTANAS ABIERTAS...” escapa por la puerta única del cuarto. Sintonizan otra radiodifusora.

“...AL JOVEN INTELLECTUAL ROGELIO MIRONES EN SU INTERESANTE CONFERENCIA, EL ALCOHOLISMO”.

—Quita a ese *boai*. ¡Qué din ni qué don!

Machú da vuelta al selector. Aquello de Don les suena casero. A Sir en la Zona. A señores que en tiempo de política seducen con cerveza. Además, quieren música para bailar el aguar-

diente. Alguien propone traer el sexteto y todos aprueban. Cantará Yunyá.

“...CIENTO CATORCE MIL SETECIENTOS QUINCE MUERTOS HAN SUFRIDO LOS NAZIS EN TOBRUK. Y TOME RON PIRATA, EL RON QUE GANARÁ CON LAS DEMOCRACIAS”.

23

Las noches en los patios marañoneros no son noches. Son oquedades de sombras, sacudidas por el parpadeo de los bombillos de los zaguanes. Se respira en ellos un aire que entristece.

Sigo caminando...

Los callejones iguales, iguales. Ahora estoy haciendo un gran descubrimiento. En un *recoveco* de los patios, debajo de una bodega sostenida por pilares de guayacán, están gorjeando voces infantiles. Niños y niñas. Allí está la hija mayor de Machú. Tiene en sus manos una botella de ron y ejerce autoridad sobre los demás muchachos. Me inclino y observo. Seguramente aquella botella fue robada de la mesa. ¿Los delataré? ¡No! No me atrevo... Han traído una lata grande de leche Klim y la llenan de agua; luego endulzan y añaden todo el contenido de la botella de ron. Seguramente ya han hecho esto anteriormente; será para que alcance, pienso, y quizá no me equivoque. Llegan los muchachos trayendo hielo.

Están imitando a sus padres. Para qué voy a perturbarlos. ¿Soy yo acaso el culpable...? ¡No! ¿Entonces...? Los dejaré que sigan libando la dulce venenosidad de aquel ron barato. No les hará daño. Quizá el alcohol mate los microbios de sus boquitas sucias.

En el suelo un guión de luz señala la botella vacía. Leo perfectamente en la etiqueta:

APROBADO POR EL QUÍMICO OFICIAL

Me alejo de allí. Para los seres desamparados de la vida, la embriaguez debe ser una bendición...

24

Regreso al cuarto de María de los Ángeles.

La charla en el cuarto menudea. El alcohol ya navega por los ríos de todas las arterias. El ambiente palpita y grita. María de los Ángeles se sorprende al verme regresar. Creyó que me había marchado. Qué vergüenza da oírlo hablar. Sus alabanzas me enferman, pero yo asiento con ironía. Él también es una persona culta, insinúo. Nadie alaba a otro si no es con el deseo de reflejarse en el alabado. Cuando pueda alcanzar al capataz Kupka, entonces hablaré mejor.

Sentado en un cajón, un criollo protesta porque en aquel cuarto no se puede bailar. Después refiere en el caló de su especialidad, una aventura que yo escucho:

—*Uasia boai! Ta mañana llega un buchí al “machinchap” a buscá su cualquier yap y habla conmigo. Ai don min dat! Yo digo: el boai también necesita pa su vidrio y pa su chance, tu sae... Y lo llevo donde el forman. Tonce el gringo le dice al buchí... “—yu espikinglich”. El boai responde: “Yes”. El gringo jodido, uasia! —“Has yu eni tulls?” le pregunta el man, y el buchí dice “yes”. Entonces, —“okei” —dice el gringo —“guismi yur clerans”. ¿Y sabe qué hace el buchí? Pues contesta: “yes”.*

Todos ríen a carcajadas. Borico continúa:

—*Entonces el gringo sae, se pone bravo, sae y le dice de nuevo: “—Guismiyur clerans”. Y de nuevo el buchí bruto contesta: “yes”.*

Vuelven a sonar las carcajadas en bofetadas rojas.

—*Entonces, sae, el gringo lo coge suave y le dice al boai que lo mira más espantao que diablo “—Gadden-don*

eskarlaimi". Y el buchí animal vuelve a responder: "yes". Carrajo, el gringo se pone más bravo que el carrajo y le dice: "—Gueraut dijier ya sanamabich". ¿Y saben qué contesta el camote del buchí...?

—“Yes”... —aquel yes, sensiblemente mezclado de risa y burla, pregonado a coro, me hiere en el alma. Pero hay más carcajadas. Se llora de tanto reír. Se llora con el dolor de reír. Borico continúa.

—*El gringo arrancó, sae, entonces, el buchí viene a preguntarme a mí que qué fué lo que pasó. Yo le digo que el gringo le mentó la madre al revés y al derecho. Tonce, sae. Uasia! El buchí viene a pegarme a mí, tú sae. Yo le tenía su cualquier lástima, sae; pero... ai don min dat, man... ai kilin boai, ai kilin. El boai agarró una paipa pa enderezármela en la cabeza, y cuando yo iba a... llegó el Guard y arrancó con él. Naa ma supe que lo llevaron arrastrando po la relinga. Y bajo el leño pa que respete, tu sae, a mí me dio lástima después... Yo soy así de jodido.*

Sí, y después ya nadie ríe. Alguien murmura:

—Debía tener sangre de chombo...

Pronto llegará Yényere con Piampiam, trayendo los instrumentos.

25

Llegaron con tumba, marimbola, güiros, bongoses, guitarra, maracas, claves y el cencerro llorón. Mientras se afinan los instrumentos, salgo al patio. Quiero averiguar qué es de los niños que dejé, bajo los pilares de las casas marañoneras.

Yo que soñé conseguir un buen empleo, ahorrar dinero para salir a estudiar al extranjero y labrarme un porvenir, ando por estos patios pestilentes, sin saber que todo esto también es mi patria. Siempre creí que amar a la patria era ser una persona respetable y respetada. Pero me he equivocado. Aquellos niños también son la patria, el alma de la patria que vive envuelta

entre el estercolero de los que viven bebiéndose el sudor del pueblo. Sí, ahora estoy borracho, siendo un placer brutal en conocer la depravación, tengo necesidad de ir a ver cómo los niños que son patria y esperanza se derrumban debajo de aquella bodega infame. Cuando llego a las pilastras, ya la voz de Yunyá rebota en los patios marañoneros.

*Pandero pan parán pararán
pandero pan...*

Los niños están embriagados. ¡Borrachos! El canto pregona claro:

*Pandero pan parán pararán
pandero pan
Las muchachas de hoy en día
ya saben hablar inglés
los gringos les dicen guismi
y ellas contestan yes
Pandero pan parán pararán
pandero pan...*

Levanta ampollas de vergüenza la oscuridad de cuerpos tiernos reclamando placer y locura. Esa fogosidad salvaje en seres nuevecitos, abandonados de Dios y de los hombres. Se agarran y se besan, niños y niñas. El alcohol les revuelve toda la hiel escondida del hombre primitivo. Se menean ebrios, cuerpo a cuerpo, en un nudo de ferocidad y se revuelcan por el suelo, en jadeo baboseante de aguardiente, incitados al placer por el recuerdo de escenas nocturnas que nadie les niega ver. Es la miseria. Seré incapaz de regañarlos, de ahuyentarlos. Claro está, juegan al placer y no perturbaré su felicidad aunque mañana, ya adultos, trabajen a la chulería y a prostitución. Con regañarlos no remediaré nada. ¿Acaso no necesita el gobierno de la prosti-

JOAQUÍN BELEÑO C.

tución? ¡Eso es un negocio lícito! Además, ¿cómo defenderían su virginidad y su reputación del empuje bestial de la soldadesca gringa, las hermanas y mujeres de la clase llamada media, si no existiera un pueblo degenerante que insaciable le brinda sus carnes enfermas al soldado del Canal? Los dejaré, ¡ja, ja! ¡Los dejaré!

*Pandero pan parán pararán
pandero pan
la negra del panadero
ya no quiere más su pan
allá en el Comisariato
se lo regala el Tío Sam
Pandero pan parán pararán
pandero pan...*

Quizá en alguna elegante residencia de Bella Vista, la esposa de algún dueño de casas estará tejiendo ambiciones presidenciales, en la boquita de leche de su hijo.

Una niña empieza a gritar:

—¡Viva el aguardiente, que pa mí no hay macho que aguante...!

El grito se vuelve bilis. Pronto la siguen los demás. Algunos escapan menos embriagados que los otros. Pero los que se quedan enredados entre sus brumas, se enroscan en el suelo y se van quedando hacinados en un montón de cuerpos amasados, en un nudo de miseria.

Yunyá sigue cantando en la noche:

*Pandero pan parán pararán
pandero pan...*

El guión de luz sigue fijo en la botella vacía: APROBADO POR EL QUÍMICO OFICIAL.

26

Y Yunyá, ralla que ralla la noche con los puños de sus güiros.

El cuarto está lleno de sol y aguacero. Ron y marihuana. Carnes de café, muslos calientes en boca de fogones. Sangre ardiente, sensual, yodada. Hay aliento de marisco en boca de las mujeres. La música, lenta y cruel de los cueros y el acero, está soba que soba las balineras de las maracas saltadoras. Se mueven las cinturas, se enciende la sangre a golpe de cencerro y timbales porque todo lo que suena en tambores pinta las almas de selva.

Y el sexteto, cierne que cierne, la noche en música de güiros, en contorsiones de ritmo salvaje. El vientre caliente de Machú se adhiere a las ansias de Piampiam como el vendaje al dolor.

Sigo bebiendo run and coc. En la soda dulce y helada, el ron es delicioso. Luego rechinan vidrios. Ritmo de puños castigan la noche. El cuarto me da vuelta. Gruesas peñas caen dentro de un charco profundo. Silbatos de policías. Carreras, gritos. Poco a poco, me sumerjo en algo frío y vicioso. Me voy hundiendo en un lamatal, acostado y sin poder moverme. Fantasmas de calofríos me recorren las espaldas.

La puerta abierta y la luz prendida. En la cama revuelta, Machú duerme la borrachera. Esa es la primera visión al despertarme María de los Ángeles. Después de la pelea con Piampiam, llegó la Policía al cuarto y ordenó que se acabara la fiesta. Pero María de los Ángeles insistió en atropellar a Piampiam, por haber abusado del respeto de Machú. La policía los llevó a la Guardia y después de ficharlos por escandalosos, les impusieron una multa y los soltaron al amanecer. Y así ha encontrado su cuarto. La puerta abierta y la luz prendida. Muda, en un rincón, la radio. En la cama revuelta, Machú como para cualquier hombre. Dormido en un rincón, yo, Ramón de Roquebert, bachiller y persona entendida.

Pero María de los Ángeles se siente muy macho. Quiere que su mujer despierte porque él así lo quiere. Ella está exánime. No responde. María de los Ángeles empieza a golpearla sin hacerme caso. Yo reprocho sin darme cuenta de lo que digo. Pero él sigue golpeando a su mujer. ¿Acaso no la mantiene? Sacia su brutalidad en el cuerpo de su compañera. Estoy que no puedo contenerme; las piernas me tiemblan y al querer sentarme María de los Ángeles me levanta, despidiéndome en el patio. Apaga la luz cuando entra, y, de dos portazos, cierra la puerta.

Todavía apoyado en la pared oigo los golpes que caen en el cuerpo de la mujer. Ahora ella protesta. Se escuchan chirriando los resortes de la cama. De los zaguanes decorados de oscuridad, viene la voz de los primeros carretilleros. Rebotan las carretillas en los zaguanes.

La noche huele a ron, huele a enfermo y a sexo.

Me dejo ir bajo los primeros goterones que apedrean las calles.

27

Domingo y llueve.

Las calles hierven en hilillos de lluvia remojados en la luz roja de Blackout. El camión se detiene a tomar unos obreros. En un zagúan un grupo de curiosos espera al juez para que levante un cadáver. Alguien pregunta a los que se montan:

—¿Qué pasó allí?

—Dizque una vieja que peló el bollo...

La voz conocida de María de los Ángeles me enoja. Nunca falta al trabajo, aunque sea domingo y éste embriagado. Yo tampoco he ido a mi casa. Mi tía estará preocupada, pero no quiero perder la oportunidad de acercarme al puesto de sub-capataz de María de los Ángeles.

Algunas mujeres clandestinas gritan a los que vamos en el camión:

—¡Pulpos desgraciados! ¡Si se les muere la madre, la van a llorar al trabajo!

—¡Esclavos! ¡Esclavos! ¡Hasta los domingos!
Entonces algunos hombres se ponen a cantar.

*Yo voy a ir
a la oficina de sanidad
para que acaben con tantos cueros
que hay en este Panamá.*

Por mis piernas, caminitos de lluvia zigzaguean y se empozan en los zapatos. Somos cuarenta hombres trepados como gallos en los tablones resbalosos. Ni una miserable tolda para guarecernos de la lluvia. Peor que ganado. Los hombres siguen cantando.

*Chorrillo y Marañón
Calidonia y San Miguel
Abundan cueros por montones
así dice...José Manuel*

Zona adentro. Despierto en el ferry de La Boca. Sigue lloviendo. El golpe de los pistones del cuarto de máquina del Ferry-Boat, reproduce la canción:

*No me gusta este pescado
ni tampoco el oficio de zapatero
no me gusta andar con cueros
ni mucho menos con bagres
no me gusta andar con cueros
ni mucho menos con bagres.*

He sonreído recordando la canción. La lluvia ha dejado collares de rocío en los alambres del telégrafo. Blancura de neblina es el manto de los montes dormidos.

JOAQUÍN BELEÑO C.

Por Milla Dos las últimas gotas del aguacero se escurrieron por mi cabeza.

En Milla Cuatro le contaba a Muñeco, el costarricense:

—¡Anoche me la pasé chupando de macizo!

—Vea usted —me contestó Muñeco—, en Costa Rica sentimos orgullo en decir: Anoche me la pasé con una real mujer. ¡Cosas de la vida! ¿Verdad?

CAPÍTULO VI

28

Siento que el alma quiere vomitar mi pasado en pedazos de dolor. En la primera prueba de mi juventud aposté mi felicidad a la mano del dinero y gané el desprecio. Violentadas mis ropas de lodo y cemento, anuncié a todos que eran ventidós los centavos por cada hora de machete, de barrizales o de concreto. Bajo la mirada burlona de los conocidos y a los desprecios de los obreros, mis sentimientos maduraron a la fuerza como frutos “enguacados”. Por eso decidí robar mi propia sangre, sin importarme el dolor ajeno. Con el bogui repleto de concreto, hacía peligrosas maniobras por los andamios elásticos. El acero en mis brazos ya no me pesaba. Mis músculos se agrandaron y se robustecieron. Mi sueño se hizo firme y mis ojos se acostumbraron a medir la madrugada. En las curvas peligrosas mis piernas ágiles supieron alzarme para caer exactamente en los estribos de los camiones que han degollado a muchos trabajadores. Mi cuerpo asimila ya muy bien el alcohol. Puedo retar al más confiado a tomar ron. Mi estómago resiste la embriaguez, como mi epidermis el sol y mis pulmones la lluvia.

He sufrido y me he levantado. Si ninguno de los obreros puede saber lo que yo he aprendido en doce años de estudios, en pocos meses yo soy igual que ellos y puedo retarlos a competir en lo que quieran. Por eso, cuando le avisaron a María de los

Ángeles que su hijastro lo buscaba en la garita del EMPI, presentí algo malo para él y algo bueno para mí. Y tenía razón, su suegra había muerto en la calle. La muerte que ella presentía se cumplió. María de los Ángeles me recomendó para dirigir la cuadrilla donde Mister Kupka, el capataz general. Me dí perfecta cuenta de que había llegado mi oportunidad.

29

Quizá, mientras yo dormía la borrachera, la anciana caminaba la calle bajo un puñado de estrellas. En el corazón las penas y fiebre en la sangre intoxicada. Su chancletear se ahogaría en el ruido de las cantinas que se derrumban a gritos. Sus ojos adoloridos de la vigilia. La pierna llorando pus; cansada, triste. Recorrería todas las cantinas, flagelada por los insultos de prostitutas y borrachos en la podredumbre de la mañana dominguera... Y sin duda alguna sus ojos se cerraron sin haber reposado la mirada en su hija Carmen. Quizá esos mismos borrachos quedaron con el dolor del recuerdo, cuando ella pasó. Recordarían a sus madres y llorando en silencio sacudirían su dolor del recuerdo, cuando ella pasó. Recordarían a sus madres y llorando en silencio, sacudirían su dolor a los espasmos de una danza ritual y solemne, a la ronda del traganíquel. Pero, en saliendo de alguna cantina, frente a la noche inmensa, algún borracho tropezaría con ella en la oscuridad. Puede que alguien hubiera gritado: “¡Ladrón, ladrón!”. Alguna ramera huyendo perseguida... Sonarían silbatos funerales fluyendo en los canales de la noche y la pobre viejecita quedaría tendida delante de aquel zaguán de rojiza oscuridad. Y debieron llegar pasos y pasos y más pasos. Luego el mismo aguacero que mojó a los obreros de Milla Cuatro, empaparía su cuerpo y sus canas.

¿Pero qué puede importarme esa anciana? Fue el destino el culpable. Quiso seguir una corazonada que se cumplió en ella. Además, los ancianos son flores muertas. Sólo queda el hombre

dispuesto a la disputa del placer o a ser atropellado. ¿A quién le puede importar la tragedia ajena, cuando ésta se cumple solucionando las ambiciones del que no tiene miedo...?

He esperado mucho para no compartir mis ilusiones con Mister Kupka. Después de todo, un norteamericano es un ser semejante a los demás hombres. Soberbios y altaneros cuando tienen el poder en su mano; sumisos y sonrientes cuando están dentro del montón anónimo. Un gringo no puede ser otra cosa que un hombre con todos sus defectos y sus virtudes, y fue por eso por lo que...

—¿Tonight? ¿Are you sure?

—¡Yes Sir! —le aseguré al capataz Kupka.

—O. K. Joe —me despidió él entonces.

Así me despedí del General Foreman esa tarde. Ya no teníamos más que hablar y nos separamos satisfechos.

30

Positivo, es positivo. Kupka es una buena persona. No hacía mucho tiempo que servía en la Zona del Canal, contratado por el Departamento de la Marina. Influenciado por el ambiente altanero en que vivía, procuraba comportarse lo más brutal posible, haciendo alarde de su despotismo temperamental. De esa manera imitaba a los yanquis ancianos que han envejecido trabajando con el Panama Canal. Estos viejos trabajadores del Panama Canal, viven amargados y sus nostalgias son el pretexto para escarnecer a los obreros latinos o antillanos. Kupka llegaba a comprender esto. También él había sufrido en carne viva el desprecio de sus mismos compatriotas, porque la férrea aristocracia burocrática que domina El Panama Canal, no deja que los nuevos empleados norteamericanos compartan la vida social de ellos. Los puestos administrativos en la Zona del Canal se suceden por herencia, de padres a hijos. Los hijos estudian en Universidades de los Estados Unidos y regresan a posesionarse

de los puestos que ya se les han asignando con anticipación. Los nuevos colonizadores yanquis que vienen a la Zona del Canal, están excluidos, no pueden compartir ratos de alegría con las niñas del Panama Canal y tienen que volcarse hacia las ciudades de Panamá y Colón. Mister Kupka sentía un lejano y certero resquemor contra sus propios compatriotas poseídos de la nobleza, en el tiempo, de vivir en el cinturón canalero. Esa élite que se hacía pasar por aristocracia le apeataba. Y por lo demás, él, personalmente, me había asegurado que gustaba de las muchachas latinas. Eran muy bonitas y tenían muchos atractivos intensos.

Por eso era por lo que me había despedido así aquella tarde de Mister Kupka. En realidad, no conocía a su amigo, pero debía de ser persona culta o más o menos civilizada. Por un momento, tuve deseos de cambiar la conversación. Yo les iba a presentar a primas y ellas le tenían miedo a los norteamericanos. Para ellas, un gringo era solamente un soldado que llega a la ciudad para emborracharse y formar escándalos. O un marino de uniforme blanco y lazo negro que agarra y besa a las mujeres a la fuerza por las calles. Él era mi amigo. Estoy seguro de ello. Necesariamente era mi amigo. Cuando el hombre no tiene a la mujer, cuando está sediento de caricias y voz femenina, para él ya no existe el roll de oro ni de plata, sólo queda el macho en busca de la hembra. Sólo queda el hombre en el sentido más primitivo.

31

Esta madrugada viajé rumbo a Milla Cuatro en los tablones resbalosos del camión número 12. Esta noche comparto una deliciosa poltrona, junto a una mesa resguardada del viento que tiene encima bebidas finas de merecida reputación social. En esta mesa oficio de intérprete. Es curioso, ¿verdad? En la escuela siempre estuve deficiente en las clases de inglés. Seis años

de inglés. Seis años de inglés y nunca pude hablar la lengua sajona. ¿Y ahora?...pues, la necesidad; ahora hablo inglés, soy el intérprete de mis primas y los señores Sisson y Kupka. Mis giros y ademanes son escandalosos, sí, ¡lo sé! Pero es que enfrente de nosotros están compartiendo la noche una pareja de novios, pedantes y engreídos que humillaron mi condición de sol y cemento. Desde ahora en adelante me tratarán con toda consideración. Saben que tengo influencia con unos norteamericanos. Ellos nunca sabrán quienes son; pero qué mejor carta de recomendación: Gringos: ¡Dinero y Comisariato!

Uba y Lola indecisas y tímidas, no atinan a decir muchas cosas, aunque visiblemente comparten el halago de saberse cortejadas.

Recuerdo que deben de estar rezando donde María de los Ángeles. La brisa me trae murmullos de letanías lejanas. No lo soporto.

“Que Dios la saque de penas
y la lleve a descansar...”

Me atormenta su recuerdo. Segundo a segundo, la noche se ha ido apretando a mis sienes como un torniquete. Ya no me causa risa ver bailar un lento bolero a mis amigos. Tengo miedo. Esta noche la llevaré intacta en mí. ¡Siempre!...¡Siempre!...

Ahora estoy en camino de conseguir lo que tanto he anhelado. Todo está en que mis primas se porten bien. Si esto es así, conseguiré un buen aumento. ¡Maldito dinero! Ya no me interesan mis doce años de estudio. He preguntado alguna vez a los químicos de alcoholes, a los fabricantes de leyes, a los industriales de la moral y las costumbres, a las especialistas del patriotismo, a los geómetras de las barracas del Chorrillo, Marañón y Calidonia, ¿qué es lo que ellos han hecho con sus conocimientos? ¡No! ¡Nunca! Entonces, ¿por qué no puedo yo especular con los sentimientos de mis primas y las pasiones de

unos norteamericanos a quienes nada les debo? Si los hombres que gobiernan esta tierra disfrutan de la educación como prerrogativa al servicio de sus intereses personales, ¿por qué yo no puedo disfrutar de iguales privilegios? Esta noche, más que siempre, ambiciono tener dinero. Yo también deseo tener billetes grandes con los cuales pagar servidas merecedoras de reputación y distinción como lo hacen Sisson y Kupka. Quiero billetes verdes y ásperos que huelan a sudor, cerveza y mujeres. Además, necesito llegar a *Gold Roll*. No es ninguna pretensión. Si nuestros lindos burgueses, hijos y nietos de nuestros héroes libertadores tienen el privilegio de trabajar en el *Gold Roll*, solamente porque hay coroneles y tenientes que comen en el Club de la Aristocracia o porque sus hermanas están casadas con Mayores y militares de alto rango, ¿por qué yo que tengo doce años de estudios no puedo aspirar a tamaño honor?

¡Dinero! ¡Maldito! *Gold Roll* con sus libretas rojas de treinta dólares!

¡Maldito dinero! Eterno marido de todas las mujeres. Amante veleidosa de todos los hombres. Ambición de la beata recatada, devoradora de ostias, dueña de acciones de todas las destilerías y propietaria de pocilgas inmundas para alquilar. Pasión de la ramera inculta que sabe que su cuerpo habla mejor que sus habilidades de cocinera. Estrella del estúpido. Rapiña de los gobernantes. Aquí los hombres valen por el dinero que pueden gastar. El ladrón de miles de dólares es un héroe. El que en la esquina roba, va a la cárcel, no por robar, sino por no saber hacerlo. Aquí el extranjero mal educando habla contra el país con la boca llena y los bolsillos repletos. Todo es vicio y corrupción. Todo es mentira en el río verde de los dólares.

Pero esta noche siento satisfacción de envilecerme. Es el desangre de mi honor. ¿Y bien?, algún día tenía que ocurrirme. No se puede ser puro en esta ciudad, a menos de quedar hecho un pordiosero. Sí, repito, es el desangre de mi honor aunque no lo digan los pobres mansos y conformes del Chorrillo y Marañón,

aunque digan lo contrario los huéspedes de esta Babel sostenida por pilares devorados a comején. Aunque no lo digan los borrachos de todos los Sábados de pagamento.

Y bien, he bebido y ellos han bailado con toda la decencia que se merece un Jardín de Cerveza. Mi pecho es un lodazal; pero la pareja que enfrente de mí ha sabido de mi condición, me ha saludado con respetuosa conformidad.

32

Semanas después.

¿Qué me importa ya María de los Ángeles? Kupka ha firmado mi —“change of rate”.— Ya soy Pusher. Muy hábilmente he logrado que los poderes que tiene María de los Ángeles pasen a mí. Los obreros sienten por él desprecio. Lo humillan a menudo, aunque yo trato con frecuencia de no darle motivos de resentimiento. María de los Ángeles sigue ganando 65 centavos por hora, pero soy el que manda.

Ahora yo soy el que grita...

¡Trabajen! ¡Suden! Desmenucen las rocas y el concreto aunque tengan que tomar agua caliente. Búrlense ahora del “abogado”. A trabajar todos hasta dejar sobre las ocho, las nueve, las doce y dieciséis horas de trabajo, el último aliento; para que dejen sobre esta tierra que se desmorona en mi corazón, sus últimas energías. Ganen una hernia. Hagan de sus pulmones debilitados panales propicios para imperios de bacilos. ¡Qué me importa! No hay peor cuña que la del mismo palo. Trabajen fuerte para que Kupka gane fama de capataz cumplido, para que mi sueldo aumente como espuma de sudor hasta alcanzar la rata de los *Gold Rolls*.

Yo soy el que grita ahora. Yo soy el rebenque que en manos del dinero escupo mi altanería en el rostro humano para después pasearme orgulloso en la cintura del patrón. Yo sí, que tengo el alma hecha postema del agujón verde de Milla Cuatro.

Cuando llegó el verano, la furia de un fósforo convirtió en cenizas las pajonales y en collares de cal el látigo de las culebras. De Milla Cuatro salió humo y fuego día y noche, durante más de 96 horas. Llegaron los soldados y se levantaron cuarteles de madera. En cada recodo del camino un Policía Militar impuso el respeto de su rifle automático y la rabia serena del mastín que acesaba a su lado. Cuando llegó el verano se pulverizaron las charcas, la malaria se metió en la montaña y el polvo en los pulmones. La dinamita escudriñó, día a día, con más intensidad, el vientre de las colinas. Las grúas devoraron sus entrañas y no era invierno completo, cuando las que antes fueron cimas, quedaron reducidas a los abismos. Llegaron más carpinteros, albañiles, reforzadores, soldados y remachadores. Llegaron muchos hombres que enterraban negras y gruesas cañeras sobre los puentes y debajo de la tierra. Se levantaron más tanques aceiteros. Milla Cuatro rugía como un solo motor Caterpillar.

Hombres de todas las razas, de todos los colores: salvadoreños, nicaragüenses, ticos, beliceños, peruanos, ecuatorianos y jamaicanos. Norteamericanos que manejan los bulldozers, junto con los colombianos. Operadores de grúas y palas mecánicas, soldados, ingenieros, jefes de cuadrillas, mecánicos y vagos que dormían en el Steel Yard.

Los días se revolcaron entre lodazales y polvaredas. Días que trajeron y llevaron mis ansias más intensas de clasificarme *Gold Roll*. Insulté a mis hermanos en lengua extraña. Jamás tuve compasión de nadie, ni bajo los chorros de las compuertas, ni sobre los abismos apuñaleados de piedras filosas. El que se volvió tísico al polvo del cemento, lo despedimos; al que me alabó, lo burlé; al que se insubordinó, hice que su elegible fuera puesto en la lista de black-ball. Era el hombre necesario de los capataces.

LUNA VERDE

He visto las grúas triturar los cráneos. He visto a niños haciendo pinitos de destreza de obreros expertos en los andamios, caer de espaldas: describir un ocho mortal por los tablonos que sirven de andamio, hasta quedar convertidos en charcos de sangre. He visto caer, vomitando, a viejos herniados. En Milla Dos: las marcas fatales de la marihuana que tiñó las manos ágiles de la muerte con la pulpa de sesos proletarios. No me conmueve el rostro de los que se incendian con acetileno o con gasolina, ni los ojos de tiza de lo que se desnucan.

Sé de muchas cosas. Las he visto y no me asusto. Tengo el alma de esas enfermeras que han visto tanto dolor que se olvidan de morir.

Pero recuerdo: ¡René Conquista!

CAPÍTULO VII

34

Incansables cuadrillas de trabajadores, camiones, grúas, paleadoras mecánicas y tractores embisten las colinas. La tierra tiembla cuando se hace detonar la dinamita que eleva por los aires las entrañas devoradoras. Croando entre cangrejales o bufando como monstruos sobre el pecho de las lomas, los bulldozers enderezan sus cuerpos amarillos, rompiendo lo que la mano del obrero no puede destruir. Las grúas giran sus pesquezos sobre las pilas de madera y cemento, y por encima de miles de yardas de tierra removida desfilan las iguanas verdes de rayados rabos. Deformes, las lomas devoradas gimen bajo el martilleo de la maquinaria moderna. Miles de hombres se lanzan contra ellos. Día y noche, ronca la comarca de colinas. Dondequiera que haya una elevación, un tractor y un drilador entierren su aguijón destructor en la tierra, en la roca viva y en los barrancos iluminados de docenas de reflectores. Animada fiesta de técnica saxoamericana. Ruge la selva adolorida. El chillido del mono desvelado agrieta el croar de los tractores. Los termos que en vez de café tienen aguardiente, pasan de mano en mano, avivando la sangre proletaria. Se trabaja veinticuatro horas. Todo el que quiera trabajar hasta morir.

Aquella noche, Guillermo, el colombiano de Medellín, que es contratado de la Snare desde El Callao, en el Perú, eleva su

cuerpo empujando el termo con ron y café. Devenga un dólar veinticinco la hora, y como los demás trabajadores, gana tiempo y medio por cada hora extra. Experto y ágil, Guillermo mueve el tractor montaña arriba, montaña abajo, rebanando las empinadas cuestas. Arrojando la tierra a las pezuñas dentadas de la grúa hidráulica.

La noche ha cerrado oscura. Reflectores iluminan la escena encandilando nubes de mosquitos, chitras y jejenes. De vez en cuando, un búho o un capacho asustado aletea en los vidrios de los reflectores. El aceitero Canales, a los lejos, hace señas a Guillermo. Ruge el tractor; luego se detiene croando quedo...Abajo está el pick-up de Kupka, el General Foreman. En las otras lomas los tractores también se detienen.

La voz de Mister Kupka penetra imperiosa en la noche:

—¡God damn't, keep quiet!

La voz potente del gigantesco capataz endereza por las montañas. Desde las lomas de Milla Cuatro vienen explotando los motores de otros tractores. Atraviesan el claro oscuro de reflectores, se confunden en la distancia. Avanzan unas veces negros, otras veces amarillos.

Kupka reúne a los tractoristas y me ordena:

—Dígale a los operadores que se reúnen en el tanque siete.

Doy la orden. Tres tractores se dirigen al tanque siete en donde un enorme árbol de laurel se ha derrumbado y no se puede remover, porque junto con otro espavé, en la quebrada, ha formado una equis imposible de moverla. Y es peligroso usar dinamita.

Los tractoristas enderezan sus bestias mecánicas de pechos de acero irrompible. Tiran los cables y se unen formando escuadrones de fuerza. Poco a poco los árboles colosales pierden equilibrio. Abajo esplende la quebrada envenenada que se desvió.

Guillermo de Medellín recoge el cable de acero y lo eleva con las poleas de su tractor. Es necesario levantar uno de los troncos para que el otro pueda rodar vertiente abajo. Kupka,

desde un recodo de la loma, grita y vocifera. Su voz ronca de martillo hidráulico apremia a los tractoristas. De nuevo arrancan los motores. Rugen haciendo fuerza. Las venas del gringo Kupka se le hinchan, queriendo ahogar los pistones de los tractores. Falla el truco mecánico y Kupka ruge y se desespera. Hay que apechar a los tractoristas.

No sabemos cuántos “God damn’it” ha lanzado Kupka. Tres tractores no pueden mover dos troncos muertos. No se puede maniobrar bien porque la cuesta es empinada y los tractores correrían peligro de perder el equilibrio con el peso de los troncos, superior al peso de los tractores. Kupka ordena a Guillermo cortar por la orilla del cerro. Maniobra peligrosa. Guillermo detiene el rugido de su monstruo amarillo. Mira el abismo que se abre debajo de su mirada. Se persigna y ríe de las puyas de otro de los tractoristas.

—¡Rézale a Kupka!

—¡A tu abuela!

—¡A la tuya!

El tractor vuelve a pedalear en la tierra arcillosa. Los cables elevan peligrosamente el laurel por los aires. Cabecea afanoso el tractor. Va desnivelado cruzando el lomo de la ladera. La tierra se desmorona. El tractor pierde equilibrio. Corcovea el monstruo empenachado y rebelde. Va saltando por la orilla de la colina que está devorada en un semi cráter. Entonces pica contra las orillas. Pierde el equilibrio. El enorme laurel lo arrastra. Se ha desmoronado un pedazo de cráter.

Saltando por la vertiente picando de frente y dando vueltas, el tractor de Guillermo de Medellín se hunde en la noche del abismo. ¿Por qué no ha gritado Guillermo, el tractorista de Medellín?

Todos los obreros se lanzan loma abajo, en la oscuridad, a buscar a Guillermo.

Encienden fogatas de papel de cemento. Elevan los reflectores para iluminar la vertiente de la loma, en busca de Guillermo

el Colombiano. Se lanzan en su búsqueda Pecho de Tigre, Peruano, Laredo, el aceitero de Guillermo, Alejandro Velasco, Sergio Becerra, Dimas Baker y Salvador Morán. Se deslizan cuesta abajo, una docena de hombres llamando a los vientos y a los montes.

¡Guillermo de Medellín!
¡Guillermo de Medellín!
¡Guillermo...!

Abajo, el río se ilumina de antorchas de papel y reflectores. Las orugas de acero al cielo negro; el tractor hundido medio cuerpo en el cangrejal. Todavía parece croar. Un cuarto de hora después encontramos a Guillermo de Medellín.

La pierna rota, el pecho roto, la frente partida. Brótale la sangre por todas partes: boca, nariz, ojos y oídos. Guillermo de Medellín, fuente de vida que se escapa a chorros. Con cuidado lo llevamos al pick-up de Kupka que asombrado mira al muchacho. Sangre joven brota de su cuerpo. Kupka no puede entender que él es el culpable. Fue el trabajo, los troncos: esos enormes y asesinos troncos de Milla Cuatro. Pero él no tiene la culpa. Él hizo lo que tenía que hacerse, rodar el tronco porque estorbaba. Tenía que hacerlo porque el trabajo lo exige. Millones de hombres morían en la guerra. Una vida más o menos no importaba. Un inválido no era lo que podía detener a un Tycoon como él. Había que edificar a Milla Cuatro. Además, la Frederick Snare estaba asegurada con la Maryland Insurance Company. Sus obreros estaban protegidos. ¿Qué importaba un hombre más o menos? El tronco se había removido y ya mañana podrían empezar a levantar formaleas para empezar a tirar el piso de concreto y acero del tanque siete.

Íntimamente no sé si admirar o maldecir a Kupka la bestia Kupka el capataz. No sé si acusarme a mí mismo que apruebo todo cuanto ordena Mister Kupka.

35

Hago relato de todas las cosas que me van sucediendo con claro temor y vaga sospecha de que alguien pueda leer esto. Lo que escribo sólo tiene de sincero el afán de ocultar con otras cosas menos importantes los hechos ciertos ocurridos, y mi situación delante o detrás de ellos. Imagino que lo escrito tiene importancia; sospecho que esto puede ayudarme a que me comprendan; pero entiendo que nunca tendré la suficiente voluntad de expresar mis emociones más íntimas y duraderas y de poner paz interior en los sentimientos que oculto, por el gusto de vivir esta vida muy corriente y muy común de tener, de sábado a sábado, los bolsillos llenos de dinero.

Varias veces, en el transcurso de estos últimos meses, he tratado de leer aquellos libros revolucionarios: *Huasipungo*, *En las Calles*, *La Vorágine*, *Los de Abajo*, *Don Segundo Sombra*, *La Trepadora*, *Doña Bárbara*, *Jubiabá*, *Cacao*. He deseado con vehemencia lanzar como sus escritores, un grito íntimo contra la miseria, contra la explotación, contra el hambre; y heme aquí día y noche con los bolsillos repletos de dólares, codeándome con centenares de hombres que ganan dinero y sufren miseria. ¿Soy aquí un esclavo a sueldo? ¿Estoy desfalleciente de hambre? Cuán falso sería pregonar fiebre y miseria. ¡Sin embargo... que las hay! Con los bolsillos llenos de dinero, no sé por qué, presiento en todo que el mundo nos chupa, nos sentimos atraídos por las cantinas y vivimos borrachos. Nuestros organismos no acaban de eliminar el alcohol del martes, cuando el miércoles nos estamos embriagando de nuevo con whisky, cerveza o ron. Sabemos perfectamente que nos explotan; pero eso nos tiene sin cuidado. Vivimos angustiados. Queremos destruir todo el dinero en lo primero que sea para sentirnos libres de él. No queremos ser esclavos de los billetes de veinte dólares; pero por ellos nos sumergimos en Milla Cuatro, desde las cinco de la

mañana hasta el anochecer. Despreciamos el dinero; pero lo enterramos en billetes de lotería, en los boliches o en los dados. Este mundo de latinos y sajones, en el que estamos ebrios y seducidos de la muerte, se prolonga en nuestro espíritu demasiado tiempo. Aquí no hay la miseria, el hambre y la enfermedad de *En las Calles*. Aquí el hambre no se conoce, pero tenemos hambre... Hay dinero, no se conoce la miseria; pero hay miseria. Los obreros tienen que pasar al rango de elegibles a través del tamiz de un largo examen médico; pero los hombres están enfermos. El mundo nos ahoga en dinero. Es el dinero de la guerra. Claros indicios que esos billetes vienen con la sanguasa, de Hitler y Stalin, de Roosevelt, Mussolini y Churchill. Hay algo de asco en creer que se trabaja, no para vivir, sino para tener dinero que no se sabe cómo gastar. Es hambre en el alma, miseria en el espíritu, enfermedad en el corazón.

En una forma u otra los latinos expresan estos sentimientos. Una vez me dijo Isoldo de Paula, el salvadoreño que manejaba una de las dos lanchas costeras de Balboa-Base a Milla Uno.

—Aquí en la Zona no se sufre la guerra. ¡La gozamos!

—Mejor —le dije—. Así tendrás con qué vivir cuando regreses a Santa Ana.

—No quiero regresar. El tirano de allá ha muerto más de 35.000 indios que se rebelaron contra la explotación; pero parece que los cadáveres de Europa hieden más que los salvadoreños, con la diferencia que dan más dinero.

Permanecí callado. Tuve vergüenza de no conocer El Salvador, remoto, distante y olvidado como la Oceanía geográfica.

En otra ocasión la madrugada me sorprendió en el café Tropical de Río Abajo. Había subido al cuarto con una prostituta amiga. Arriba me encontré con Spencer, uno de los tractoristas gringos. Estaba morado y pálido a la vez, del whisky Agewood que había empinado de una pinta. Estaba acompañado de Camela, una nica muy simpática. La prostituta de compañía le preguntó a Camela:

—Camela, ¿cómo está la marea?

—Subiendo...

—¿Y el traído?

—Nada. El gustador no quiere acostarse. Dice que no quiere los dólares. Me los da todos. Dice que qué va a hacer con billetes en el Ejército.

—¡Flojos que son los gringos!

—El Ejército es la entrada del cementerio. Un soldado no cuenta con su vida.

—¿Entonces, para qué es gringo?

—¡Lo mismo que yo! Para qué soy nicaragüense si mi marido era soldado; lo mataron y tuve que meterme a bandida.

—A mí no me importa ser bandida porque mi plata se la gasta el *pritti* mío...

Spencer y yo, como dos estúpidos, oímos las mujeres reprocharse.

Es horrible tener dinero y no saber qué hacer con él. No aprovechar el bien con nuestra vida, nuestra juventud, nuestra virilidad. Es un enorme derroche de energía. Un esfuerzo sin ningún objetivo humano.

Espejismo brutal de técnica, trabajo y remuneración con el atormentado estribillo de ganar la guerra en beneficio de una raza que erige un sistema de castas raciales, los *Gold Roles*, como objetivo primario de comodidad, bienestar y felicidad.

He corrido mi vida de mujer en mujer, huyendo de la vulgaridad y me hundo en ella. He tratado de molestar mis antojos. Quiero ser yo mismo el que los agujionee. Es algo que está encima de mí. Dentro de mí, como una pistola de acetileno encendido. Pero el monstruo del ambiente me seduce. Soy brutalmente golpeado por esas bolas de acero que oscilan las grúas demolidoras para derribar paredes de concreto. Un enorme bolo de acero, peor que la Espada de Damocles, oscila peligrosamente de un extremo a otro de mi frente. Todo el horror de la escena se me revuelve en la cabeza porque hoy han abandonado definitivamente a Milla Cuatro dos trabajadores, sustraídos de su felicidad imbecil.

LUNA VERDE

Hoy amaneció muerto, en el campamento, tirado en la lona mugrienta, Clemente Hormiga. Muy temprano, también, antes que se calentaran los radiadores de los tractores y paleadoras, la enorme piña de acero y dientes barrosos se desprendió del altísimo cable del cuello de la grúa de Harold Vence, enterrando en el lodo suave el cuerpo del aceitero Lamé Canales, como si fuera un puré de carne y sangre.

CAPÍTULO VIII

36

La muerte de Clemente Hormiga se produjo debido a una intoxicación de sulfa y alcohol. Días antes, un sábado de pago, Hormiga contrajo en calle “K” una venérea que lo postró en cama y no tuvo más remedio que internarse en el Dispensario de Cocolí, allí le recetaron aquellas blancas y biseladas pastillas de sulfa. Si le recomendaron, o no, la abstinencia alcohólica, esto es un secreto que se llevó para siempre Clemente Hormiga. Lo cierto es que no todos sus secretos se fueron con él. Hay un pedazo de su vida que relataré porque Clemente me lo contó, recién llegamos a Cocolí, cuando mi alma aún florecía temprana y Hormiga recién acababa de ser expulsado de los establos del Hipódromo de Juan Franco. Sea por lo que fuere, Clemente Hormiga ha muerto. La noche antes se dieron una escapada al Límite y trajeron dos botellas de Cuello de Oro. Jugaban al dominó Manuel Cumba, Alfonso Regla y Tío-tío-tú. Se empinaron las dos botellas de ron. Tío-tío-tú cantó con su voz de falsete algunos porros colombianos y Alfonso Regla dijo que Martí y Maceo eran negro y blanco que no tenían complejo de *Gold Roll* y *Silver Roll* como Finlay.¹

1 Se refiere al origen inglés de Finlay.

Todo esto me lo contó Manuel Cumba, un negro darienita de Jaqué. Robusto y enorme como Clemente Hormiga, que ya antes de acostarse estaba viendo diablos azules que se inclinaban al lado de los obreros que dormían en los camastros de lona. A la mañana siguiente, cuando el olor de su muerte se esparcía, saltando de camión en camión, por todo Milla Cuatro, se soltó el winche de la grúa de Harold Vence y mató a Lamé Canales.

Yo me impuse de los hechos muy temprano. El enorme negro yacía en su camastro con la expresión borracha, sin sorpresa ni muerte. Ceniciento e impregnado del ambiente a ropas sucias, zapatos y herramientas. Olía a tierra mojada que se filtra por las rejas del piso de madera.

Su faz tenía mucha dignidad y expresión. Se burlaba de sí mismo, de la sulfa, del alcohol y de los estafilococos que pululan en calle “K”.

Cuando el enfermero, jueces y testigos despidieron con un portazo el cadáver dentro de la ambulancia, quedé pensativo cabe el enorme caimito que sombreaba el campamento. Retraído y sonriente lo conocí. Pícaro, sí era; pero a conciencia. A sabiendas de que robar es una forma violenta de vivir al margen de la sociedad, pero gozando de todos sus beneficios. Esto lo hacía ladinamente como un digno egresado de ese mundo de pecado, robo, intriga y vicios heroicos que es Juan Franco.

37

Clemente Hormiga ha muerto; pero ha palidecido el sol de mediodía. Kupka está en Kobbe haciendo algunas compras en el comisariato. Hacía rato que el sol, platinándose en las hojas de los caimitos, anunciaba, pasada, la una. Nánguez, King, Atwell, Tío-tío-tú y Clemente Hormiga dejábamos avanzar la tarde y hablábamos de las mujeres que habíamos tenido y de las que habiendo sido nuestras, tuvimos horror de poseerlas. Nánguez decía:

—De lagartija para arriba, todo es caza.

—Y de víbora para abajo, también —refunfuñó Tío-tío-tú.

—Y ahora está escasa la cacería. Las mujeres prefieren a los gringos y los soldados.

—¡Claro! —Saltó hablando Ñánguez—. Los gringos no hablan como los latinos. Cuando uno tiene una mujer lo sabe todo Panamá. Cuando un gringo tiene una mujer, nadie lo sabe.

—Ningún latino lo sabrá —terció Atwell—. Yo los he oído en los buses hablando estupideces y riéndose de las mujeres latinas. Las chombitas que los oyen se tapan los oídos. Por eso es que vemos que las criollas desprecian a las latinas.

—¡Sure! ¡Panameñas y chombas igual para el gringo!

—Yo conocí una chombita del Chorrillo que le gustaba a los gringos porque quería tener un hijo blanco y rubio.

—¿Y lo tuvo?

—¡Vea usted, claro está! ¿Ella no lo quería? Si tú quieres una gringa, no lo consigues, pero a un gringo cualquiera mujer lo puede...conseguir.

—Los gringos no son hombres, nada más que sirven para trabajar y tener plata —intervino Clemente Hormiga.

—¿Tú alguna vez has sido mujer para saberlo?

—No; pero conocí a la mujer de un gringo. Aunque parezca mentira, fue por eso por lo que me botaron de la Zona de Juan Franco.

—¿Cómo? ¿La Zona de Juan Franco?

—¡Sí! Y si no viene Kupka empiezo a contarles. Uds. váyanse imaginando las cosas. Vayan viendo lo que conocen y que no menciono. Imagínense a Juan Franco. El Pool Grande, el Pool Chico y el Pool de los Gringos.

—Algo así como clase pobre, clase media y *Gold Roll* —aclaré yo.

—Exacto, abogadito. Tú eres muy sabido: Pool Chico, Pool Grande y *Gold Roll*. La tarde: una de las del mes de marzo; ¿calurosa, verdad? Carrera: la sexta. Clásico: Presidente de la

República. Bracknite, con su groom de chaqueta roja trota adelante. Inmediatamente Lucumí, el primero en la lista. Hilda F. de Mortimor amenaza con el puño. Viste de seda, traje morado. El jinete luce camisa negra de ébano, como el mismo Lucumí. A Doña Hilda se le había ocurrido este color y realmente la combinación resultaba apropiada. En la Tribuna de Honor: el Presidente de la República, su hermano y su cuñado, Ministro de Gobierno y Justicia y Edecán, respectivamente; personas muy conocidas en la Directiva del Club Hípico.

—Esto se llama Gobierno de familia.

—¡Cállate, compañero! ¿Ves? ¡Se me deshizo el cuento! ¡Ya! Hilda nerviosa. Lucumí inquieto. ¡Levantaron bandera! Once caballos de pura sangre, y... ¡partieron!

Un Arco Iris de camisas explota en el polvo superfino de la pista. ¿Han visto ustedes cómo se levanta el humo amarillo y rojo de la paila de alquitrán quemado? Así se levantó la polvoreda. Lucumí mañoseando se tiró contra la baranda; pero partió bien. Potros, sedas, polvo y gritos, han doblado la primera curva. Esculpen sus movimientos en la visión ovalada del griterío. Siguen la curva de Paitilla. Apuntan un claro oscuro. Ha bajado una cortina de polvo, distancia y movimiento. Todo está nublado. Silencio. Amanece.

38

Miércoles de Ceniza.

—Yo quiero un caballo. Je, je, je. Yo quiero un caballo. Sabes, Lioni, a los caballos que se portan bien le dan uno, dos, tres... Sí, tres terrones de azúcar, Ip... Sí... Ip...

Y después de asegurar esto, el Teniente de West Point, Lionel Mortimor, su esposo y señor, del Cuarto de Infantería acantonado en Albroom Field, Curundú, muy complaciente la había llevado al Puente de Las Palmitas, en Paitilla, para que viera los

caballos, porque ella, sentida y enojada, lloró el champán de la noche, en sus ojos enfermos de vigilia.

Silencio. Amanece. No hay ni sol ni sombra. Los caballos se hunden en la granulada arena. Tienen las orejas puntiagudas, los ojos grandes.

—¡Oh, Lioni, tienen la cabeza pesada, el cuerpo enorme! Oh, Mister Lioni, yo no borracha. ¿Entiendes? Ip, ip. *Oh, Lioni, give me a kiss*—se escondió en los brazos de su marido que elevó su rostro a sus labios, besóla con picante y morbosa pasión exótica y desvergonzada. Por los camellones del mar, caballos y grooms se introducían en el agua salada. Se abrió de pronto el día quebrándose la luz en el resplandor de las conchas de agua escandalizadas de sol. Trotaban las olas y los caballos hundían sus cascos sonoros en los muslos de los lomos suaves y caracoleantes de las arenas espejeadas y densas de azogue marino. Hilda F. Mortimor amaba a los caballos. El vigoroso mecanismo de sus músculos, la aterciopelada curvatura de sus ancas. Los miraba de arriba abajo. Cabezas pesadas, cúbicas, brutalmente rectangulares. No ocultaba el amor violento y desconocido que la acústica sonora de los equinos cascos llevaban en la forma de sus orejas lanzeoladas, cartilaginosas e impregnadas profundamente a olor de animal.

Le pidió a su marido:

—Lioni, te pido con voz de muñeca que montes en un caballo. ¿Quieres?

Entonces ¡sí! ¿¡No sé!? Yo broté del mar. Majestuosamente... enorme, brutal. Brotamos yo y Lucumí, chirriando los casos metálicos. El divino negro sacudióse el agua salada; gotas de sol empaparon la arena y saltando en la ruta del sol, fuimos a pringar de mar, caballo y Hormiga, las costosas telas de su traje ajado de princesa mora.

Hilda Mortimor pensó que había gritado enfrente de aquellas visión anormal y vigorosa —mitad hombre y toda animal— toda salvajismo. La fuerza sencilla y aplicadora, pasos sonoros

y desbordantes frenos masticados por el hocico de piedra. Amor brutal y grande en el alcohol se hace sensiblemente pecador, en la contemplación de la forma, hasta el dulcísimo goce bárbaro.

Negros los cascos destructores, negro el ruido, su forma y sus pisadas. Negro yo y negro Lucumí. Arañamos volcánicamente la arena vidriosa, la brisa filtrada de sol. Incendiamos la aurora de negro símbolo: germen apasionado. Impulsos raros. Herida Hilda Mortimor en nuestra fuerza y en su embriaguez. Cascos negros, aguas de sol alquitranado. Negra la herida, la lama negra en sus ojos vidriosos. Cascos, brazos, músculos, frenos. ¡Bárbaro! ¡Levanta tus patas negras...!

Rápido, Lionel Mortimor separó a su esposa y señora de aquella peligrosa provocación. Hilda se arregló el velo. Estaba pálida, helada de emoción.

—¡Oiga! ¡Oiga!

—¿Me llamó la señora? —dije, y no recibí respuesta. Doña Hilda apartó con despectiva cortesía las manos suaves y cariñosas como de enfermera que la sujetaban. Su gesto denotaba repugnancia. En sus cenagosos sentimientos, horrible desprecio se congeló al saberse sujeta por un ser tan refinado como ella misma.

—¡Éste...! ¡Sí! ¡Vea usted! ¡Mira! Yo quiero montar ese caballo. Me gusta... —al decir esto rehuía la protección de su esposo—. Hay caballos ventrílocuos, ¿no es verdad..., ip..., señor? ¿Verdad, Lioni? Éstos se llaman los caballos que hablan. ¿No es verdad?

—Sí, señora.

—¡Anjá! Usted no sabe cómo me llamo yo... me llamo: ¡yo!... así como mi voz de muñeca. ¡No! ¡No! Sí sabe cómo me llamo. ¡No! ¡No! Los caballos negros no pueden saber inglés. *What's your name, caballito? You speak english, caballito? Oh, Lioni! Oh, Lioni!* Tú tampoco sabes cómo me llamo yo.

El Teniente Mortimor hacía razonables esfuerzos para calmarla. Pero ella insistía en seguir haciendo monerías enfrente

de mí y de Lucumí. De pronto, arriba, del lado donde están las casetas que alojan una colección de mujeres de toda baja y prostituida laya, se empezaron a oír risas. Era que algunas mujeres de esa clase, con sus hombres abrazados, se reían de la aristocrática señora Doña Hilda Fabricias de Mortimor, heredera de la nobleza colonial, empobrecida y decadente, de familia orgullosa, enferma y casada con un gringo por higiene racial.

—Esa mujer está pidiendo lo que no le da el gringo, hermano lobo,—me gritó un inquilino vestido de montuno.

—¡Échale el caballo encima! —me gritó otra mujer.

—¡Agárrala a nudo!

Nos alejamos, Lucumí y yo. Doña Hilda F. de Mortimor se echó a llorar sobre las huellas que los cascos metálicos de Lucimí habían dejado.

39

—¿Kupka no ha llegado?

—Todavía no, son las dos y media.

—Está bien. ¡Sigo! Cada cual lleva algo por dentro. Unos el eco de un caracol; otros el zumbido de un güiro; aquel el resonar de un balón de acetileno; tú que la voz de un túnel; yo que la voz de una tinaja templada y metálica. Esas voces, Hermano Lobo, nos dicen las cosas que no podemos decir con las palabras. Lo que somos, lo que presentimos. La señal que interpretamos en la Ruda, la Mata de Perro, y la Azotacaballo. Esas voces íntimas que nos dicen lo que no está grabado, el ronquido de los aviones en Fort Kobbe, el drenar de los tanques, la luz de los sopletes, el brillo de la bayoneta de aquel soldado, junto al barranco. ¡Stop, hermano! ¿Oyó? El sol de verano dice: ¡Stop! Ésa es la voz que llevamos por dentro, ese relincho interior que nos dice: “métele la “maleta” entera a ese caballo.” “Mañana juega el 72.” “Cógelo suave que esa mujer está ya contigo. Está caída de la cuerda.” Esa misma voz de tinaja me asaltó camino

al estero de Paitilla. Saludé a Francisco, el jamaicano carbonero que tiene una plancha de plata en la frente, recuerdo de un derrumbe de Culebra. Todavía me decía esa voz: “Clemente, esta mujer está enamorada de Lucumí. Pronto verás que ella vuelve, porque ella también es de aquí, de Juan Franco.”

Dándole palmaditas a Lucumí lo apuré y dije en alta voz para ahuyentar mis tinajitas interiores.

—¡Borracha del Diablo! Yo quiero un caballo. ¡Vea usted...!

Claro está. Ella vino derechita al establo. Yo no tenía que decirle que Lucumí era de Don Bernardino Guardia que lo había regresado al Club Hípico por “mañoso” en las partidas y que el hipódromo me pagaba a mí por cuidar ese caballo que yo quería como a mi mujer y mis dos hijas. Tampoco tenía que decirle que el animal era noble y que, en enseñándole, sería campeón. Nada de eso tenía que decirle; pero ella vino a contratar mis servicios como parte integrante de Lucumí. Se hubiera sentido inconforme si yo no compendiaba mi figura con la de Lucumí, para su íntima satisfacción. Yo lo comprendí así y me hice el indiferente mientras cepillaba el potro.

Los veinticinco años de caprichos e inquietudes de Doña Hilda no habían moderado su soberbia. Me hacía preguntas tontas y yo respondía con precaución.

— ¿Así que a usted le llaman Clemente Hormiga?

— No me llaman. Ése es mi nombre.

—¡Caramba! Su nombre da risa. Es como si me hicieran cosquillas. ¡Pero me gusta!

— Así me llamo.

— ¿Sabe usted? Quiero cambiarle el nombre de Lucumí.

— Usted es la dueña.

— Le voy a llamar... Hormiga.

— ¡No me gusta! Pero no me importa. Usted es la que pagará los veinte balboas al Club Hípico por el cambio.

— ¿No le gusta, pues?

— ¡No!

Aspiré con honda perversidad el enojo de Missis Mortimor; disgusto que embalsamaba el aire con el amargo y enervante perfume de gardenias, aserrín y estiércol del establo. A través del zumbir de las moscas, la sentía respirar profundamente como si fueran sus carnes transparentes las que fluyeran en el perfume de estiércol y gardenias, filtrados por la tela finísima de su costoso vestido. Yo, indiferente, seguí cepillando el caballo. Notaba que ella veía mi cuerpo junto a Lucumí y se extasiaba.

Doña Hilda llevó sus manos a las ancas de Lucumí. Mis negras manos huían de la blancura aristocrática de sus manos que chorreaban los labios de ellas, en el gajo enrojecido de sus uñas encendidas de cutex. Doña Hilda se llevó las manos a la nariz. Aspiró viciosamente el humor a caballo. Se le erizaron los rubicundos vellos, traicionando sus endocrinas reacciones femeninas.

Al final de muchos movimientos tontos y a la vez provocadores a mis ansias, quiso hablar.

—¿Entonces?

—La señora no tiene que tener en consideración mis gustos.

—Es que sería bonito llamarlo así: Hormiga, ¡je!, ¡je!

—Sería lo mismo. El nombre ni el apellido cambian nuestras cosas, nuestros hechos.

—Eso se llama filosofía.

—¡No!

—¿Ah, no?

—¡No!

Me miró asombrada. Estoy seguro que deseaba verme en vestido de baño encima de Lucumí como aquel Miércoles de Ceniza. Y lo hice por eso mismo. Me desnudé delante de ella hasta quedar en vestido de baño. Lo hice con sencillez. Ella volvió la cara, roja de vergüenza y consumiéndose en deseos de presenciarme. Luego monté a Lucumí y me dirigí al pequeño padock, de la tranquera.

—Míster Hormiga —me llamó desde el establo—. ¿Quiere usted seguir siendo el preparador de Lucumí, trabajando por mi cuenta?

—Si usted paga. En Juan Franco la plata manda. Págueme y soy suyo.

—Es usted mío. ¡Ya!

Permanecí en silencio reprochando toda esa enérgica falsedad, esa aristocrática ineptitud femenina. Ese “usted” seco como la alfalfa, humillador y cortante. Reprochaba el brotar viciado de sus carnes en sus formas azogadas. Y sobre todo el olor morboso a gardenia que perfumaba alrededor de su personalidad estancada, de juncales piernas de garza blanca. Sus ojos también eran testimonio de su senilidad heredada. Esos ojos de aguamarina ocultaban sus verdaderos sentimientos. Sus gestos de despecho escardaban un afán: ocultar la debilidad que la poseía, heredada de taras coloniales que sin ella saberlo evidentemente, la habían llevado a los brazos sajones de Lionel Mortimor.

—Pase mañana a la casa por dinero para la cebada —me dijo.

—¡Sí! —le contesté.

40

Al día siguiente. Y otros días siguientes, seguidamente a la hora espesa del mediodía, deslicé mi cuerpo entero y el vaho de establo en los salones de aquella casa de apartamentos, arbitrariamente colonial, de Nuevo Bella Vista. Hilda Mortimor me acostumbró a esperarla en un pequeño salón que se proyectaba de allí hasta el marcado horizonte violeta. La luz impregnaba del rosado vidrio de la puerta celosía, y así, sensualmente rosada, oía mis informes y respuestas a sus preguntas. En ese saloncillo de recatados y turísticos adornos plásticos, se albergaba pereza y modorra del mediodía; ella con ropas ligeras, yo con mi indumentaria caqui de preparador.

—Entonces punta de fuego es una varilla que le introducen en los tendones al caballo.

—Exactamente, eso evita que el caballo resienta con cachiporras.

—¿Cachiporras?

—Sí, unas pelotas de sangre y carne que le brotan en las patas. No pueden correr con esas bolas de sangre.

—¿Ah...? ¡Pobrecitos!

Doña Hilda no invitaba a almorzar, si ella no lo había hecho todavía. Su dieta era abundante. Copiosa cantidad de manjares con todas las grasas y abecedario vitamínico. Comía sola, por lo regular, según ella misma me confesó. Mister Lionel Mortimor siempre estaba muy ocupado. A pesar de que los Estados Unidos no habían entrado en la guerra europea, centenares de soldados, tontos e inocentes llegaban a entrenarse en los acantonamientos de la Zona del Canal. Hasta el soldado más imbécil sabía que los Estados Unidos entrarían en la guerra. Yo supe estas cosas que decía Lionel Mortimor porque ingenuamente su mujer lo divulgaba con cierto aire de importancia; sin duda alguna, centésima repetición. Pero también me aseguraba:

—Hoy recomendé a mi primo Osvaldo para Timekeeper en Curundú; va a ganar 75 centavos la hora. He recomendado a muchos parientes que están mal y como no son negros, con Lioni yo les consigo Elegible de *Gold Roll*.

—Eso está bien, señora.

—Tengo todo el tiempo para ocuparme de Lucumí. Estoy tan sola, tan sin oficio, tan sin qué hacer que lo único que me queda es el póker donde mis amigas y mi caballito Lucumí.

Por lo demás, es necesario decir que la suficiencia mental de Doña Hilda era pobrísima. ¡Desesperante! Y no solamente su mentalidad: su poder de aprender, su capacidad de hacer, muy mediocres. No pasaba de ayudante en ferias religiosas y colectas para la Cruz Roja. Su casa interior era una burda imitación de la revista *Garden & House*, unido a su recato de niña cristia-

na y púdica. Las fiestas sociales que daba en ciertos momentos influyentes eran calcomanías de otras fiestas similares. Las vitaminas, proteínas y carbohidratos sufrían en ella una combustión más o menos sensual. No alcanzaba a entender el funcionamiento de Juan Franco. Sus premios, los dividendos o ganador, show y *place*. Una combinación, una dupla, un *one-two*. Su ignorancia era crasa. No podía entender el vicio, los robos, y las prácticas anti-naturales de un preparador. Le explicaba pacientemente qué era una batería, un cáustico, un cólico, un dop. Qué medida era un furlong. Por qué debían ser pequeños los jinetes. Cómo un dueño de caballos, después de haber sido traicionado por un preparador o un jinete, volvía a tener la obligación de confiarse a ellos.

La luz suave irradiaba en el salón a cualquier hora de la tarde sobre el marfil plástico de los muebles. Aburrida me dijo un día:

—Quisiera ser jinete. ¿Cree que yo puedo montar?

—¡No!

—¿Por qué?

—Para eso se necesita inteligencia, vigor, vocación y habilidad de ladrón. El jinete es el ser más depravado de la tierra; pillo, pequeño e insignificante: eso es un jinete.

Cambiando la conversación en una ocasión me preguntó:

—¿Es usted casado?

—¡No!

—¿Soltero?

—Tampoco; tengo mujer y dos hijas.

—Entonces, ¿por qué no se casa?

—Bueno, estaré con mi mujer mientras la necesite y nos entendamos.

—Eso no es moral, ni católico.

—La gente pobre con matrimonio o sin él vive debajo de ustedes.

—¿De ustedes, quiénes?

—Los caseros que son los mismos que están en la Directiva del Club Hípico, en el Gobierno y de Timekeepers en la Zona del Canal.

Volví la cara, porque me causó risa decirle esto. Al fondo había una alcoba. Mientras la rehuía, ella en vano trataba de hacerme un gesto cruel de repugnancia como acostumbraba.

—A los pobres y mal educados no se les puede dar confianza. Sus complejos les vuelven la conversación hiriente aunque no lo quieran.

—Acepto; no la quise ofender. Sólo dije la verdad, y la verdad son mis problemas personales.

A ella le atormentaba mi desprecio. Sentía un huascazo en las huellas que había dejado Lucumí en playa Paitilla. Yo sabía que ella despreciaba todo aquello que fuera capaz de lisonjearla; por eso me trataba muy bien, buscando un desliz de mis sentimientos para humillarme. A mí nunca llegó a despreciarme. Podía despreciar la multitud que admiraba sus formas y sus trajes, anunciando—modelos exclusivos de Maduro—la abundancia de sus dietas nutritivas y la distinción de su apellido, refloreciendo en contratos jugosos con sus familiares y los militares de la Zona del Canal para suministrar acarreo, bebidas alcohólicas, empleos y demás actividades; pero a mí no llegaba su desprecio.

Los trabajos de la defensa comprometían millones de dólares que había que gastar y era con esos dineros que fluían originalmente de una Europa putrefacta, con los que se enriquecía la familia de Doña Hilda; se enriquecían Juan Franco, los Cabarets, las cantinas y todos los importadores y fabricantes de bebidas y aguardiantes.

Otras veces, y lo acostumbró mucho, Doña Hilda aburrída y sola iba al establo, ya por la mañana, ya por la tarde. Su terso cutis de pancake, el olor a jabón Yardley (todas las mujeres de sociedad huelen a Reuter o a Yardley) el oleaginoso zumo de cremas y coloretes; todo, incluso el amargoso olor a gardenias

que servía de fondo a sus olores, ocultaban la íntima Doña Hilda Mortimor. Husmeaba en todos los rincones, le gustaba el olor a cebada, alfalfa y zanohoria y se entretenía en darle de comer al poderoso Lucumí.

—Nunca he visto a su mujer.

—Es feliz...

—Eso está muy bien —me decía. Sus ojos enfermos, color aguamarina, brillaban comprendiendo que yo entendía sus palabras.

—Usted pareciera revolucionario.

—Ni lo soy ni lo quiero ser. Vivo de Juan Franco en donde el robo tiene carta de naturaleza legítima. Hay que robar para no ser robado. Esto es un excelente entrenamiento para los políticos, no es raro que entre más político sea una persona, más aficionado sea a Juan Franco.

—Usted quiere dársele de rebelde; pero es como Lucumí; hay que enseñarlo a correr.

—No creo, yo no soy de pura raza, no tengo que ser esclavo de mi propio valor. Soy libre y feliz. No como usted que es incapaz de ser libre. Usted es esclava de su aristocracia.

—Es verdad, pero somos los que mandamos.

—Sí, usted es igual que todos los riquitos. Los desprecio y me chocan. Son como los jinetes, ineptos, pequeños y pillos. Han nacido sin luchar y se entregan sin luchar. Sólo pueden explotar al pueblo, que ustedes modelan con aguardiente, juegos de lotería y caballos. El pueblo es el reflejo de la propia cobardía de ustedes. Aun con sus nombres y apellidos son los camareros de los gringos que nada más vienen a la ciudad a buscar mujeres y tomar aguardiente. No son ustedes los que mandan en el Club Unión, sino los negros que quieren ser blancos y los judíos que los desprecian a ustedes como negros.

—¡Usted es un insolente, Clemente Hormiga!

—¡Sí, lo soy! Ya no sólo nuestra aristocracia es el camarero de los gringos, sino también su surtidor de mujeres para esa

oficialidad que se le prohíbe tener contacto con las mujeres de calle J y calle K.

La lividez de Doña Hilda Mortimor se transparentó en su rosado cutis de pancake.

—¡Pedazo de imbécil! ¿Usted no cree que una mujer pueda amar a un norteamericano?

—¡No!

—¿Que ese hombre sea atento, fino, amable, tratable y cariñoso?

—¡No!

—¿Que sea de buena familia y que sea respetuoso como hombre decente y no como esos soldados borrachos que atropellan las panameñas por la Avenida Central?

—¡No! ¡No lo creo! Todos son iguales, capaces de robarse el último metro cuadrado del país con su decencia o su brutalidad. ¡Todos serán siempre *Gold Roll*!

Doña Hilda abandonó el establo dando un fuerte portazo. Ese portazo ocultaba su debilidad, su amor insatisfecho. Desde entonces no fue más al establo, ni yo pasé a su casa. El recadero me daba sus órdenes y yo transmitía con él las necesidades y los informes. Un día me dijo Alonso, el recadero:

—Acaban de atacar a los Estados Unidos en Hawai o Filipinas. Ahora sí se compuso esto. Con la guerra aquí va a rodar la plata. Al marido de la Señora le dieron licencia para que se despidiera de ella, la cosa está seria. Pueden bombardear el Canal.

No volví a saber de Doña Hilda Fabricias Mortimor, sino tres meses después, aquella tarde del Clásico Presidente.

41

¿Por qué ocultas razones hemos despertado la vibración, luz de los recuerdos? En la fugacidad de la imaginación he tratado

de reconstruir lo que tuvo forma, luz y apariencia. Completamente liquidado está todo. Los caballos, cruzando el griterío, espolvorearon las tribunas y cuanto acabamos de narrar, se ha esparcido en el polvo de la segunda vuelta.

Faltan cuatrocientos metros.

Chorreando distancia, las huascas en las ancas.

Por la baranda interior, Lucumí endereza su cuerpo en ángulo agudo. ¡Lleva raíces aéreas! Sus cascos, su misma negrura, resuenan, golpenado musical griterío. ¡Empareja triunfante! Omar King, Refalado y Doña Lid detienen sus movimientos en la ilusión óptica del negrísimo potro que se adelanta.

Faltan segundos. En la mente de Hilda Mortimor vuelven las imágenes a tener apariencia. Lucumí brotando del mar. Divino el negro del mar. Sabrosísima sensación de amor y entrega. Se estiran los brazos. La multitud urge.

—*¡Comin-up Lucumí!*

—*¡Comin-up Lucumí!*

Los jinetes empujan por los aires los resortes linfáticos de sus caballerías. Diez mil balboas de premio. Lucumí se adelanta más. Crudo, bestial y divinamente hermoso; la cabeza extendida, masticando las últimas crenchas de la distancia, llega primero al marcador.

La ola de gritos que venía encrespada en la tarde, revienta en aplausos contra las graderías. Disolviéndose en gorgoritos emocionados se va alejando con el rumor sordo de la bajamar.

Helada, pálida y desfallecida de alegría, Doña Hilda recibió las felicitaciones. Yo corrí a buscar a Lucumí de regreso al pesaje. Frente a la tribuna del “Pool de los Gringos” vi que ella se levantó a saludarme. No supe si eran ciertas sus maneras porque el Presidente del Club Hípico ya la acompañaba a la glorieta presidencial, a recibir de manos del excelentísimo, la copa Presidencial de la República.

Después vencieron los fotógrafos, el champán, la herradura de flores. Brindis, aplausos. Nos retratamos Hilda, Lucumí y

yo; encima el jinete Neas. ¡Oh, sarcasmo! Qué feliz e interesante estaba Doña Hilda. Realmente ese traje morado la diseñaba bella.

Después reanudaron los brindis. El chiquillo Neas se juntó a su montura y seguimos, él hacia el Paddock, y yo, al establo, entre el aplauso de los ganadores.

42

Muchachos, esto que acabo de decir es una verdad más grande que al *Administration Building*. Lo que les cuento sucedió. También es verdad que a las nueve de la noche, sentí en la orilla de la carretera del aeropuerto un automóvil que se desviaba, entrando por el lado del camino viejo. Sentí el ruido terminante de la puerta del auto que se abrió y cerró. Roce de faldas en la paja del camino. Golpes seguidos y quedos...

—¿Sí?

—¡Clemente Hormiga! ¿Clemente? Abra, soy yo, Hilda, vengo a ver cómo está el caballo.

Abrí la hoja superior de la puerta. Estaba ebria, aunque noté que no hacía mucho rato se acababa de arreglar.

—¿Cómo está el pingo?

Sonreí. ¡Qué manera de hacer el ridículo! Abrí el resto de la puerta. La luz alumbraba morosamente y no reflejaba en las paredes mate del establo. Hilda, entrando, se asomó a mirar a Lucumí. Su traje morado tampoco brillaba en el ambiente.

—Qué bello está mi caballo —dijo— ¡Bello! ¡Que cosa más *quiut!*

—Es un campeón, señora. Le acaba de dar más de ocho mil balboas.

—Tengo que aceptar que es obra suya. Usted entiende a los caballos; ellos le entienden a usted. Nació para eso.

—Eso es, señora, nos entendemos.

—¿Sabe? Hasta usted a su manera me parece ahora bello.

Lioni es lindo, agradable, deleita con su trato, es tan lindo porque tiene una belleza muy...muy femenina y varonil a la vez.

—Sí, señora, hasta cierto punto Lucumí y yo le hemos dado esos ocho mil balboas, sin contar los boletos que usted ha debido comprar.

—¡Ah, sí! Compré unos boletos y guardé otros que se los voy a regalar a sus hijas...

—¡Gracias!

—Si no hubiera guerra me llevaba a Lucumí y a usted a los Estados Unidos para correr allá.

—Buena idea.

—Usted y Lucumí estaban bellos hoy...

—Nos está comparando a su esposo, señora...

—¡No! Eso no tiene nada de malo. Una mujer moderna puede decir que un hombre es lindo y que otro es bello. Lo mismo piensa mi marido y en eso se diferencia de los latinos porque es muy comprensivo y no está lleno de prejuicios como los latinos.

— Supongo que tampoco tendrá prejuicios de *Gold Roll* y *Silver Roll*...

—Bueno, eso es claro, porque en la Zona todos lo tienen. Él tiene que hacer lo mismo. Pero él no se disgustará si le digo a usted que es bello a su manera, brutal como un caballo, sincero como un caballo, bello como un caballo.

—Muchas gracias por su franqueza, señora —le dije—. Comprendo su sinceridad.

—Siempre he sido así. Aunque me ha costado muchos dolores de cabeza.

Comprendí que una razón oculta, que ni ella misma entendía la había seducido para llegar a esa hora, sola y ebria hasta el establo. La sabía orgullosa. Y comprendí que me zahería.

—No sé dónde tengo la cabeza. He ligado la champaña con los *high-balls* que ni sé cómo me pude escapar del bar del Pool de los Gringos.

—El Sr. Mortimor debe estar buscándola.

Me miró sorprendida.

—Lioni salió de Albrook Field con rumbo desconocido. Todavía no puedo saber para dónde lo han embarcado. La guerra es algo muy feo, triste y estúpido.

—Algo inmoral, señora, y me alegro que el licor avive su entendimiento.

—Usted bien sabe que yo soy inteligente, señor revolucionario de Juan Franco. De otra manera no estaría yo aquí y usted acá —señalaba arriba y abajo—. Esto me indignó. No perdía ocasión de humillarme. Me revolvía los sentimientos. La pasión y la insana sensación del deseo me consumían. Doña Hilda, sola, sensualmente ebria. El único testigo era Lucumí. Más que testigo, participante estelar de la escena. De vez en cuando se agitaba. Luego a la luz mortecina del recinto la miré. Aspirándola la contuve dentro, en su perfume que reventó en mi pecho como un huascazo. Se volvió. Quiso decirme algo y la sorprendí. Tembló. Yo también temblaba de miedo, deseo y vergüenza, sensaciones que se diluían entre mi cuerpo y mi alma. La solté después de besarla largamente en los labios.

—¡Suélteme!

—Hágase a un lado. Nada la sujeta.

Había recobrado lucidez. El incendio del deseo erótico había sido deficiente ante mi odio y mi deseo de humillar a quien me humillaba. Comprendí que ella no era una mujer, sino un rico, así nada más: un rico. Ellas o ellos, niños y viejos por igual, después que tuvieran dinero que defender y casas que explotar eran mis enemigos. Duramente castigaron a mi hermano en las huelgas de 1925 para el inquilinato. Lo asesinaron en Santa Ana, vilmente. Nuestras familias tuvieron que vivir en la miseria, del hambre y de la humillación. Nunca fui a la Cruz Roja y mis padres me lo impidieron, porque mi hermano había dicho que esa institución era para servir las migajas y los zapatos rotos de los ricos. Viví de hambre. Me levanté en Juan Franco. Mi

peso, tamaño y cuerpo me impidieron ser jinete. No pude ser pillo como ellos, como todos los jinetes, como los ricos propietarios.

—Déjeme salir.

—Nada la detiene

—Se lo voy a decir a las autoridades.

—Nada la detiene, repito.

Se quedó esperando que yo la tomara en los brazos, que la poseyera. La odiaba y la deseaba al mismo tiempo. Dos fuerzas querían saciarme a la vez, plenamente. Entonces concebí, ardiendo en deseos al verla mirarme ebria, hermosa y pecadora, una venganza erótica por así decirlo. La tomé en los brazos, brutalmente, adrede. Se quejó. La besé. Rabiosamente la acariciaba.

—¡No, Clemente! Me haces daño. Tengo vergüenza. ¿Yo...? No es posible.

Estaba helada de pies a cabeza. Apagué la luz.

Insinuante le acaricié el delicado vestido. Mi venganza se consumaba. Volví a abrazarla. La besé hasta sufrir el filo de sus labios como una grillete en mi boca. Entonces la abandoné para que me buscara como me había perseguido. De la misma manera como había apechado a su marido para echarse debajo de las patas del caballo. A lo largo del recinto desquitaba mi cuerpo. Me oculté en un rincón y empecé a reír locamente. La sobaba. Rallé mis dedos en su cuerpo como quien incendia fósforos. Vestida de oscuridad, festoneada por listones de luz que se escurrían por las rejas del establo, daba vueltas con los brazos extendidos. Me buscaba. Y era mi reproche tocarla, incendiarla de deseo y reírme de ella. Mis ansias eróticas se cumplían en esa venganza cruel. Sabía que ese cuerpo decadente me necesitaba. Y al rehuirlo, hacía venganza de las prostitutas de la ciudad que el vicio y la corrupción de ellos han provocado. Me vengaba del 25 de octubre cuando ellos mandaron a los policías a abalear a mis hermanos. Vengaba a mi madre y a mis herma-

nas. Vengaba a todos los héroes olvidados que murieron en manos de policías panameños y de soldados gringos. Reía locamente. Reía al verla agarrar todo objeto para satisfacer eso que nadie podría satisfacerle en esa soledad. Vengaba a esos niños que la soldadesca yanqui atropella en la mujer de los panameños, al hacerlo yo en la mujer de un militar altanero, en un establo.

Vestida de oscuridad y de anillos de luz, era una prisionera de su sociedad, de la degeneración de su familia abolengada. Mi risa loca la enloquecía al herirse con mi voz y al no percibir mi roce. Estaba loca; la sentía golpear de un lado a otro en el establo. Sola, prisionera de listones de luz, embriagada, oyendo mi risa y el tamborilear de los cascos metálicos de Lucumí.

¡Qué Dios me perdone! Gocé hasta el sadismo. Me vengué de ellos, de los matadores de mi hermano. Me vengué de los gringos que en estas tierras se han burlado de todos los niños. Gocé en la venganza. De pronto, sentí un relincho demasiado humano, Lucumí arrancaba quejas profundas a los tablones y un leve llanto tierno, casi infantil. Asustado encendí la luz. Tirada sobre una paca de alfalfa estaba ella. ¡Hilda! Babeada del hocico del caballo. En su locura se abrazó del potro y éste se asustó y la rechazó lejos de sí.

Alzó la cabeza. No la podía conocer. Lloraba. Me miró, la miré. Tuvimos vergüenza. Es lo cierto. Yo todavía tenía los labios impregnados de risa vengadora. Púdicamente adolorida, sin pancakes, pálida de temor y pena se levantó. Se arregló en silencio. Tuve impulsos de volver a abrazarla. Y comprendí que entonces sí tendría que usar esa violencia que no tuve necesidad de usar. Olía a gardenias, a Yardley, a baba de caballo, alfalfa, champaña, whisky y soda simple.

Se fue sin alzar la cabeza, en donde verdosas pajillas de alfalfa hacían guiños con sus cabellos rubios. Había tanto dolor, tanto recogimiento que me olvidé que era rica y la despedí con una profunda lástima que sospecho que era amor. Había piso-

teado su orgullo. Toda la energía que no pudo consumir el goce erótico de la venganza me enfermó de lástima y cariño. Desfiló ante mí. Le sacudí las pajillas de alfalfa. No hizo un gesto. Sentí el roce de su traje morado en la paja del camino. Regresé la mirada y volví a encontrarla en el establo por un fenómeno de óptica inexplicable. Estaba en braziers y panties negros. Presentí su aroma de mujer por encima de su olor a mujer rica. Sus carnes más tiernas que mis sentimientos. Su cuerpo y su rostro triste y decadente. Sin pinturas, extenuada como era. Vi la cristiana mirada de tristeza que me prodigó. Se vistió en silencio. Comprendí evidentemente que me había vengado y me faltó valor para que fuera mía...

Al sentir el ruido terminante de la puerta del auto, que se abrió y cerró, supe que se había consumado mi venganza.

43

Yo también sentí el ruido de la puerta que se abrió y cerró tras el cadáver del Clemente Hormiga. Juzgué cumplida una venganza. Una venganza en donde había intervenido la prostituta envilecida de estafilococos, la soldadesca yanqui y la explotación aristocrática. Venganza cumplida en el aguardiente que por calles y callejones de Panamá y Zona del Canal fluye a torrentes. Venganza de la nueva técnica farmacéutica con el ron que en su mezcla se disolvió en la muerte de Clemente Hormiga. No tuve tiempo de pensar más. Cada día, del Dry Dock mandaba reproches intensos para que se intensificaran los trabajos. Era necesario reventar trabajando. Día y noche Milla Cuatro resoplaba como un monstruo de ojillos de acetileno y rugido de dinamita.

Al dirigirme al Pump House de Milla Tres, el camión que llevaba el cadáver de Lamé Canales se detuvo para oír instrucciones más. No dije nada, hice seña que siguieran con su fúnebre cargamento, cuesta abajo...

JOAQUÍN BELEÑO C.

Tenía que ir a vigilar la tirada del concreto sobre el pontón de la quebrada por donde obligatoriamente pasa la sierpe de tubos negros que bombean, a Balboa Base, el aceite y la gasolina que moverán todos los barcos grises.

CAPÍTULO IX

44

De la noche a la mañana Milla Cuatro sobresale de la selva y la sabana con sus anillos de tanques y sus pirámides de formaletas truncadas. Bajo la lluvia incesante, los hombres abren zanjas al lado de la cadena sin fin de la máquina zanjadora. Se levantan muros de concreto. Cantidades enormes de hormigón se vacían en los hemicírculos de tierra, desde donde surgen las corolas de acero de los tanques para gasolina y aceite que construye la *Frederick Snare*, y los tanques de concreto armado que funde la *Hegeman Tucker & McClure*. Largas filas de hombres trillan la carretera roja que enlaza las colinas y los tanques, semejando caminitos de arriera. Son hombres de piedra que trabajan día y noche; debajo de la sesión nocturna de todas las estrellas, o envueltos en la lluvia isócrona. No puedo entender qué sucede en nuestras conciencias. Llegamos a la ciudad en la madrugada; entramos a la primera cantina, para sacudirnos el viento frío y el sereno de la noche; pero a las cinco de la mañana, estamos nuevamente montados en los camiones para retornar a Milla Cuatro que nos atrae y nos absorbe como imán de esmeralda.

La faena constante, el movimiento imperioso del cetro capaz, impulsando los trabajos la acumulación del material que necesita agotarse con el cumplimiento de la obra, nos fermenta

a los hombres un sedimento de dureza y de insensabilidad que angustia. Todo lo humano se supera. Somos Zombies a sueldo que hacemos los trabajos sin conciencia. Una segunda fuerza, más poderosa que la racional porque es mecánica y fluida, se opera en todos nosotros. No hacemos todo esto para ganar la guerra, sino para ganar más horas de sobretiempo. Traducimos la idea y la vida trascurrida al símbolo del dólar, que gastamos en todas las cantinas y que convertiremos en cigarreras platinadas, hebillas de oro, besos de mujeres y pulseras con relojes de oro, para medir la vida en sobretiempos. Compramos el oro de cosas inútiles, porque es necesario gastar las horas que no podemos desgastar en las cantinas. Pareciera que ese hombre inconsciente de consumir horas en los tanques y en las colinas, fustigado de un sol detergente que oscila sobre los abismos, fuera el virus de nuestra degeneración que degusta la furia del gringo capataz cuando surge altanero, apurando las tareas. Todo deja de tener explicación. Existe una idea tiránica: ganar más sobretiempo que los demás. Ser envidia y ejemplo durante el próximo sábado de pagamento.

Pareciera que día tras día, el mismo día transcurriera uniforme. El tablón de madera que cae en las planchas de acero. El sonajear de las concretas. El croar combustionado de los tractores. El incendio de los matorrales. Un velo de indiferencia cubre todo aquello que no se refiere al dólar y al trabajo. En la fonda, junto a la quebrada, detrás del taller de mecánica, los hombres siguen hablando de la obra; de las yardas de concreto de las horas trabajadas; de los metros de tubería soldada; de las planchas de acero levantadas. Todo es surgir. El dólar logra ese milagro.

La tensión es de trabajo. No importa cuánto hay que sufrir. Cuáles son los peligros que representan los andamios, bamboleándose sobre las parrillas de los esqueletos de acero.

Es la fatiga del alma y la desolación del espíritu lo que hace cundir los cementerios de zombies a sueldo del *Fuel Storage Tanks*. Se enferma el alma entre la hojarasca verde de dólares

que se pudren. Se encumbra lo material, la idea de erigir una construcción que cada día va cobrando forma, empequeñeciendo a sus constructores. Predomina el próximo sábado de pago, el tamal del sobre lleno de billetes y el traganíquel de la cantina. Es la mujer del Café Tropical, vestida con ligera malla, ajustados panties y braziers satinados, que se tomará en *blue-moons* las horas obreras de sol y agua; la misma que nos meterá un asqueroso beso en la boca y que sentándose en las rodillas, nos incitará a que subamos al cuarto del Hotel. Molesta esa dedicación inútil a la materia, a la forma anular de los tanques de acero, enormes y pulidos como planchas de zinc inarrugable. Dan arcadas tanta ambición inútil, tanto hombre dócil seleccionado de todas partes del continente americano, sirviendo a los amos que nos entregan dólares, a cambio de una jornada y de un sobretiempo que nos insensibiliza más allá de la repugnancia, sin saber cómo gastarlos.

Es fatiga en el corazón, en lo más profundo del corazón. El cuerpo resiste todos los embates de la naturaleza, resiste la tensión del trabajo. Los gringos para resistir la jornada chupan pastillas de sal del frasco de la oficina. Los latinos resisten todas las fatigas. Sus cuerpos aprobados por la Clínica de la Central *Labor Office* no se rinden al cansancio del músculo. Ingenieros, camioneros, pico y paleros, albañiles, carpinteros, soldadores, driladores, tractoristas, paleadores mecánicos, concreteros, bombeadores están firmes en sus puestos, levantando las decenas de tanques enormes que se van redondeando en el cielo, sacudido diaramente por un ronquido sordo de aviones bombardeadores y de caza. Lo único que se derrumba es el espíritu y la conciencia.

Es Milla Cuatro. El coraje bravo de los hombres del trópico soporta la prueba con honor y con desangre de su alma corrompida por dólares. Cada noche y cada mañana se completa algo, pero pareciera que nada se hubiera hecho. Es como si construyendo los tanques, los tanques se fueran deshaciendo. El hom-

bre teme a esos monstruos con las fauces abiertas, pronto a devorarlo como larva en su estanque. Repica, noche tras noche, el martilleo de los remaches. En todas partes las huellas digitales de nuestras manos, el asombro de nuestra mirada verde-azul del aguijón del acetileno. Milla Cuatro entera nos absorbe, nos deprime, nos saca el sudor y con el sudor, la sangre del espíritu.

Lluvia, lodo, viento, sangre, polvo, humedad en los huesos, incendio en las espaldas. Todas las emanaciones del ambiente sacudiendo nuestros cuerpos viriles. La comida no tiene tiempo de llegar a los estómagos porque antes la devora Milla Cuatro. Sólo contados minutos para echarse boca arriba a contemplar el cielo y los cortes filosos de los tanques que nos rodean. Suenan, de vez en cuando, ruidos raros, en las breves horas del almuerzo: es el ritmo de la selva que se fuga entre el rugido motorizado de la ursupación. Se adhieren los ruidos a los cuerpos pegajosos de sudor, alquitrán y cemento. De pronto, el graznido punzante de la sirena da la llamada, anunciando el retorno a la faena. La lluvia que cae deslizándose en el cuerpo. El sol que hunde su ancla en las espaldas obreras. Todo ignora el alma. Sólo queda el cuerpo pidiendo que lo satisfagan. Modorra espiritual. Incapacidad de pensar. Incapacidad de sentir. Es Milla Cuatro la que domina todas nuestras acciones, la que no deja que nuestro Dios se haga luz. Todo sucumbe a su mandato imperioso, día y noche, domingo a domingo: Íntimamente se desea que esta locura concluya. Que no existan más estos tanques que emergen para ser enterrados. El dólar sacude todo cuanto toca, menos el alma de estos hombres, cóncavos, duros e inmutables como las planchas de acero con que se edifican los tanques de Milla Cuatro.

45

Algunas veces, en el intenso bregar por la seguridad de combustible para los barcos de la Marina Norteamericana, me he

propuesto pensar en la ubicación de Milla Cuatro. Vivimos sumergidos en el límite impreciso en que confluyen mar, llanura y montaña. De un lado, alternándose, la flora y la fauna de sabana con sus manchas epifitas; acá la montaña con sus monos, tapires, tigres y demás emponzoñada fauna de reptiles. De un lado la llanura; allá los altos árboles, y sorteando los accidentes de la comarca, un pantanoso paraje de cangrejales betuminosos, salobres a mar y manglar que castaña las mandíbulas de sus cangrejos tricolores. Todo allí hace contacto: las palmeras de corozos rojos y palmas reales, brotando entre viciosos helechos silvestres; altos y macizos nances, laureles y caoba de dura madera, surtida entre las colinas y montañas que albergan los tanques de la Marina Norteamericana. Estamos lejos de los centros civilizados, a cuatro millas exactas porque de allí en adelante está La Boca y Cocolí con sus servicios tan modernos y civilizados como los de cualquier comunidad norteamericana.

En Milla Cuatro, entre el retumbar de la dinamita, los tractores y camiones no nos es posible hacer un alto para ver con la conciencia, al mundo que nos rodea. El insulto del capataz se olvida apenas llega el sábado de pago; quizá aquí se sienta menos esa imposición del *Gold Roll* porque es una compañía particular la que hace los trabajos, y en su elenco proletario hay hombres venidos de El Callao, en el Perú, y de las Galápagos, en el Ecuador; gente traída de Barrancabermeja, en Colombia; costarricenses, nicas y beliceños contratados especialmente por la compañía para su servicio internacional que si bien han sufrido el *Gold* y *Silver Roll*, lo han atemperado por la situación peculiar de contratados en países latinos. Pero realmente existe una rivalidad entre los latinos y gringos que ganan sueldos de más de un dólar la hora. Existe ya un plano de igualdad por el rasero nivelador del dinero devengado. Son hombres tractoristas, mecánicos, agrimensores y técnicos de toda clase que resienten vivamente las imposiciones del *Gold* y el *Silver Roll*, a pesar de que ellos mismos tienen ese privilegio que hace tiempo

yo persigo afanosamente. Los antillanos nativos del país y de la Zona y los antillanos de Guadalupe, Jamaica y Barbados son hombres sumisos e indiferentes. Inútilmente odian a Kupka y a los otros capataces, pero seducidos por el dinero devengado, encuentran todo correcto el sábado de pago. Los latinos de sueldos jugosos no soportan los insultos capataces. Saben contestar. Regañan a los mismos capataces gringos y son capaces de irse a las manos por defender ese concepto del honor del hombre latino humillado por el yanqui.

Este sábado de pago alcanzan la mejor de las horas, cuando cada cual calcula el sobretiempo que le toca. Al lado de la caseta de Tiempo e Ingeniería, Milla Cuatro despliega todo el poderío de sus cientos de trabajadores venidos de todos los rincones del país, de todos los rincones de la Zona del Canal y de la Ciudad de Panamá. De todos los países fronterizos e internacionalmente cercanos. Allí está el indio de pura raza que se codea con el negro de Bélize. Norteamericanos del sur y del norte de los Estados Unidos. Panameños negros, panameños blancos. Latinos negros y latinos blancos. Hombres de facciones combinadas y vueltas a combinar en ese omnificador empuje de la mezcla de razas. Toda esa gente produce un ruido extraño que mezclado a la estática de la selva me da la impresión acústica del ruido de tinajas que llevaba Clemente Hormiga por dentro. Grupos heterogéneos de latinos y antillanos confraternizan con antillanos criollos. Me espanta pensar en estos hombres que aquí sirven para edificar la muerte en otros mares, aunque sea para que la Europa se siga desangrando. Ellos pueden convertirse en las mismas bestias que pelean en Europa para obtener privilegios económicos. Estos hombres, altos, fuertes, robustos, sanos y perdidos en la inconsciencia de una obra que ni ellos mismos saben qué significa, pueden ser capaces de destruir, en un día, todo este mundo de humillación y escarnio. En Milla Cuatro la discriminación se atempera por lejanía; pero no bien se entra en las zonas urbanas, se sienten el insulto de la

fuente blanca y la fuente negra, del servicio negro y el servicio blanco, del Club-house Gold y el Restaurante Silver. Del Comisariato Ancón y del Curundú. Todo dividido. Amos y esclavos. Malo y bueno. En las mismas salas del Hospital Gorgas, la separación. Y en los sagrados cementerios, en donde todos retornamos al vientre omnipotente del creador, los gringos dividen las parcelas para blancos y para negros porque para ellos el cielo está dividido en *Gold Roll* y *Silver Roll*.

Cuando llegó Kudirka, el pagador, se levantó la masa obrera. No existía autoridad. Los capataces eran los únicos árbitros, aun para la hora del pago. Pero no bien ellos cobraban, que eran los primeros, la masa obrera se abandonaba al desenfrenado impulso de cobrar el verde billete que los habría de escarnecer y que los rebajaba a hombres a sueldo.

—Esta semana mi sueldo es bajo: treinta dólares.

—Joo. Eso sólo se lo gana un gringo en un día.

—Por eso es que tienen el *Gold Roll*. Dicen que en los Estados Unidos un picoipalero gana un dólar la hora.

—Yo sí me fui de lleno completo con cuarenta y ocho horas de sobretiempos.

Se habla de horas extras. El tiempo regular no interesa porque ése es un bien automático. Los que hablan son gente de Chorrera, Capira, Chame y Bejuco.

—Hoy fueron setenta y cinco *tucos*. La *rola*.

—Sí, pana. ¿Qué... qué? Yo también hice la pelota.

—Esta noche acabo de pagar mi *sut*. Y hago sufrir a la gente en La Amanecer.

—Cógelo suave. Yo estoy abonado.

Gente del Chorrillo, Marañón y Calidonia. Granilleros, San Migueleños y de Guachapalí. Tienen dinero en sus manos. No saben para qué sirve. No entienden qué representan. Todos aquí pensamos igual. Esta noche yo iré con mis noventa dólares de la semana a un cabaret hasta la madrugada, en que retornaré al trabajo montado en los camiones, con muchos dólares menos.

Dos gringos capataces, con sendos garrotes en las manos, imponen el orden. Uno de ellos es un policía del Distrito de Balboa que está en uso de vacaciones y todo lo que hace es dirigir el tránsito de los camiones que pasan repletos de tierra. Por estar parado le pagan un dólar cincuenta la hora. Mientras los obreros tienen que sudar, debajo del látigo del insulto que los apura, en los tanques, levantando las planchas de acero, o metiéndose en calzoncillos en los tanques sellados, llenos de agua, para probarlos y refrescarlos recogiendo los trozos de madera y desperdicios que se han quedado dentro del tanque.

—Una vez a Montoya lo sacaron asfixiado del tanque 22. Los obreros tenemos que echar concreto día y noche en los techos de los tanques. Sin embargo, un policía de la Zona dirige el tránsito de los camiones y gana uno cincuenta la hora.

—Eso es una canallada.

—Tenemos que unirnos todos los latinos para hacer una sola fuerza que haga que nos paguen lo que debemos ganar; pero eso sí, no queremos a los chombos porque ellos siempre se ponen del lado de los gringos.

—Y eso que Roosevelt dice que los latinos y los gringos somos iguales en la Zona.

—Todos los gringos son iguales... Eso nada más lo dice Roosevelt.

Junto a los obreros, pasan los capataces dando garrote en las piernas. El efecto en Milla Cuatro es más bien jocoso que ofensivo. Hay la mezcla alternada de desorden y disciplina en la actitud de los capataces, porque ellos se ríen con los obreros a grandes carcajadas. Los obreros se ríen de ellos. Pero en esa conducta, siempre persiste el fondo de humillación que surge de improviso, cuando menos se espera.

—*Hei, Good damn it, move from there...!*

—*Who, me?*

—*Yeah! You!*

Por encima del mecánico Franklin pasa el garrote. Pero no se mueve. El gringo tractorista que maneja el arma ríe complacido. En realidad, no ha querido ofender a Frank. ¿Quién entonces le iba a componer el tractor cuando tuviera agua en los cabezotes? ¡No! Haciendo un paréntesis, el garrote se salta a Franklin el mecánico, y va a lesionar a los otros obreros de Campana, Lídice y Capira, de Bejuco y Chame, de Bélice, Barbados, Costa Rica, Nicaragua y Salvador.

Allá, frente al Warehouse, los ojos de Kupka brillan de indignación.

46

Juan Sánchez, el “Yénitor” como lo llaman todos los obreros de la Snare, comprendió que míster Kupka se había disgustado porque uno de los capataces norteamericanos, tractorista, había contemporizado con Frank. El orgullo de Kupka no podía resistir esa ofensa. No era a él a quien habían ofendido con la insolencia de un latino, de esos mismos latinos que no aceptaban que hubiera un sajón superior a ellos, sino era su tradición, sus costumbres y sus leyes las que había ofendido Frank. Era necesario un correctivo ejemplar.

Juan Sánchez, el chorrerano, comprendió que algo heroico iba a pasar, cuando Kupka pidió al tractorista el garrote con que hacía formar fila a los obreros. Juan Sánchez no tenía partido, saltaba alegremente porque iba a contemplar un espectáculo de hombres macizos. Tranqueaba los dedos. Cerraba el puño de la mano izquierda y golpeaba ruidosamente la palma de la otra mano. Yo también comprendí que algo ruidoso iba a pasar. Yénitor conocía mejor a Kupka que cualquier capataz u obrero. Él era el único que lo hacía reír cuando el gringo estaba neurasténico y altanero. Era el único que conseguía permiso para separarse de los trabajos, sin que se le botara, ni se le restaran horas de trabajo. Lo que los obreros querían conseguir con

Kupka, lo conseguían a través de Yénitor. Él era el único que podía contentarlo cuando se encontraba disgustado; entonces, permanecían los dos hablando durante horas enteras en la oficina privada de la sección de ingeniería. Juan Sánchez siempre le decía algunas cosas en español y en inglés y se lo iba contando con sus deditos regordetes; entonces se echaba a reír con un ji ji ji de ratoncito juguetero. A Kupka se le diluía la furia. Sea por lo que fuere, Sanchezito conseguía lo que deseaba con el General Foreman de Milla Cuatro, menos que le aumentaran su sueldo de 29 centavos la hora. Había entrado de aseador de la oficina de tiempo con dieciocho centavos y se paseaba por todo Milla Cuatro, siempre buscando a Kupka para contarle, en secreto, un chiste. Nunca lo buscaba para otra cosa. Por lo demás, Yénitor sabía manejar tractor, grúas, palas mecánicas y camiones. Todo lo había aprendido en Milla Cuatro. Ningún gringo ni latino era capaz de negarle nada a Juan Sánchez. A pesar de que Kupka era mi cuñado y que él me tenía grande estimación y que apoyaba todo cuanto fuera en el orden civil, mi influencia con él nunca llegó a los tobillos de la influencia de Sánchez. La profunda amistad y cariño que sentía el gringo Kupka por el aseador de la oficina de campo de Milla Cuatro, me ofendía en la misma medida que me halagaba por cuanto me dejaba libre para no tener que apoyar todo cuanto Kupka arbitrariamente imponía.

—¡Se formó, *boai!* ¡Se formó! —empezó a decirle a todos los que estaban a su alrededor, el aseador Juan Sánchez. Los obreros, sumisos unos y asombrados otros, empezaron a mirar en dirección por donde caminaba Kupka con el garrote. Clara trayectoria hacia Franklin, el mecánico. El grupo de hombres que se enteró del asunto proyectó un silencio que contagió a los demás grupos. Kudirka, el pagador, abandonó el pago. Sánchez acabó de decir: “¡Se formó *boai!*...”

Franklin, dentro del área prohibida por el antojo capataz, lo esperó con los ojos anclados en el suelo. Los demás obreros de a veintidós y veintinueve centavos se apresaron en fila como

ganado encorralado. Más de un palmo le llevaba Kupka a Franklin. Imperceptiblemente noté que Kupka vacilaba al gesto de indiferencia del mecánico. Luego se dio cuenta que por primera vez, en un sábado de pagamento, el silencio reinaba en Milla Cuatro. Era su autoridad la que estaba en juego. Y fue brutal. Pegó a Franklin un empujón fortísimo en el pecho que lo hizo trastabillar y caer en el suelo.

—¡Levántate Franklin, no seas pendejo! —gritó Juan Sánchez, presintiendo que se iba a perder de un espectáculo soberbio.

Kupka miró sorprendido a Yénitor; pero ya éste con su risita de ji ji ji, le decía a Kupka, por señas, que peleara, que ya Franklin se había levantado. Kupka lo esperó con su garrote. Franklin esquivó. Se fue al suelo. Y en metiéndole una zancadilla, lo dejó trastabillando a su vez, mientras se le iba encima dándole puñadas a diestra y siniestra, en el enorme cuerpo de míster Kupka.

—¡Dale! ¡Dale! ¡Dale! —gritaba a todo pulmón Juan Sánchez. Era el único que hablaba, los demás veían absortos, aunque cada uno sabía quién era su favorito. La pelea fue dura. Durante varios minutos se dieron golpes con las manos y los pies. Los trabajadores norteamericanos, latinos y antillanos se enardecieron a su vez y el leve cintillo de respeto que pudiera existir por el capataz que en esos momentos no demostraba que era superior al mecánico, desapareció para dar paso al hombre primitivo que pide lucha, sangre y golpes.

Llegó un momento en que Kupka, con sus gruesas botas pateó contra el suelo a Franklin, pero éste reaccionó, levantándose. Ambos sangraban abundantemente. Estaban rotos, sucios de tierra. Kupka tenía en el cuello el sobre vacío de pago de un obrero que ya había cobrado. Pero lo inevitable tenía que suceder. Kupka rodó al suelo. Franklin, teniendo oportunidad del desquite, empezó a patearlo. Sus gruesas botas de cuero y refuerzo de acero en los tacones, asolaron el rostro del general foreman. Entonces

intervino un tractorista, Michael Pond. En vez de separar entró a golpear. Kupka se levantó y también arremetió contra Franklin.

—¡Dos contra uno! ¡Dos contra uno! —empezó a gritar Juan Sánchez.

Intervinieron Bolo-Bolo y el Manchao, tractoristas latinos. Intervinieron soberbios y sumisos, pero con más afanes de paz que de otra cosa. Entonces no hubo caso, más gringos se metieron contra Bolo-Bolo y el Manchao, creyendo que iban contra su gente. Y ésa fue la orden para que se formara la pelea más soberbia que ojos humanos hayan podido contemplar en Milla Cuatro. Cada vez se sumaba más gente. Los antillanos y demás obreros que hasta ese momento habían estado indecisos, comenzaron a dar de palos y a tirar grandes cantidades de enormes piedras. Salieron a relucir herramientas de toda clase, llaves inglesas, cranks, barretas, varillas de hierro del *steel yard* y fue tanto el empuje de la pelea, tanta la sangre derramada, la ira y el furor, que la caseta portátil del pagador empezaron a levantarla en vilo varios obreros con el pagador adentro.

Personalmente, llegó un momento en que yo no sabía qué hacer. Esa pelea a mí no me pertenecía. Quise, entre la barahúnda, hacer de árbitro y los mismos obreros comenzaron a tirarme piedras. Consciente o inconscientemente se vengaban de mí. El furor de la pelea recrudeció, y fue entonces que el pagador sacó su revólver y empezó a hacer tiros a todas partes. El clamor se aplacó. Unos obreros se llevaron a Frank y otros heridos. Los gringos cargaron con Kupka y sus compañeros, también sangrantes. Con su risita ji ji ji, Juan Sánchez se trepó arriba de la caseta del pagador y habló a los obreros.

—Bueno, muchachos, dejen ya el vacilón porque si Kudirka se va nos deja sin plata para la cerveza de esta noche, para los chances de mañana y para la mujer de la casa...

Un gringo se encargó del pago de los norteamericanos. Kudirka empezó a cumplir rápidamente. Y no era media hora

cuando ya los camiones de Chame y Chorrera se iban repletos de obreros que cantaban victoriosos la retirada de los gringos...

47

Esa misma noche me reuní con Kupka y Sisson, en la cantina David's. El enorme gringo estaba feliz, soberbio y alegre. Había peleado y según su concepto, había ganado la pelea; se sentía todo un hombre. Comprendí que Kupka estaba feliz porque había logrado cambiar la fisonomía igual y angustiada de todos los días iguales de trabajo y todos los mismos sábados de pago.

También comprendí que había hecho valer su orgullo sajón frente al orgullo latino de Franklin Casiano. Y peor aún, que por andar yo colgado de la cintura de Kupka, no había entrado en la pelea del bando que me correspondía.

Con el pretexto de que una mujer me esperaba, me separé de Kupka, Sisson y otros gringos más. Me sentía muy mal dentro de mí mismo.

CAPÍTULO X

48

La guerra y el dinero hacen a los hombres torpes e imbeciles. Diariamente por los cabarets, jardines de cerveza, cantinas y prostíbulos, tengo la oportunidad de tratar con los hombres del norte que sirven a su ejército. Son tontos, candorosos y brutales. Todos odian y temen la guerra. Temen a la sangre y a la muerte. La mayoría de ellos han vivido bien en su país, poseen grados de escuela secundaria y universitaria. Consideran que el ejército sólo debe servir para refugio de los asesinos que no puede alcanzar la justicia. Cada vez que el ejército paga, llegan a la ciudad y se embriagan hasta la locura. Hasta quedar sin un miserable centavo en los bolsillos. Muchos de ellos en su borrachera, lloran como niños en las alcobas de las prostitutas que adormecen sus ansias de amor. Son miles de hombres con uniforme caqui y uniforme blanco de la marina que quieren aturdirse. Olvidarse de todo. Saben que están acantonados en los fuertes de Albrook Field, Gullick, Amador, Clayton, Corozal, Coco Solo, Balboa Base, Curundú y Sherman como tienen a los cerdos en chiqueros al pie del matadero. Miles de hombres abandonados. Venderán su radio, sus camisas de lana, sus máquinas eléctricas de afeitar; venderán sábanas, herramientas, instrumentos de mecánica, pinceles y pinturas. Lo venderán todo para comprar aguardiente y olvidar. Por eso

es por lo que andan como imbéciles por todas las cantinas, brutales y adoloridos. A cada rato, lo mismo que les puede saltar un amigo eventual, pueden encontrarse con un latino que les guarda odio y rencor por su sistema de *Gold Roll* y *Silver Roll*. Los puertorriqueños se quejan de que la mujer en Panamá es indiferente a la tragedia del mundo. ¡Cuán equivocado piensan! La mujer latina les teme y si los quiere es por las comodidades. No se puede estar humillando, día tras día, al hombre del Chagres para que éste no se sienta a su vez vengador. Todo cuanto surge está infectado por la guerra. No se erige nada en la Zona para elevación del hombre o del espíritu universal. Todo lo que se hace lleva el sello de la muerte. Todo el dinero nace de la guerra. No hay creación para la paz. Todo sirve al hombre con casaca caqui de militar. Esto es el precio que tenemos que pagar por la guerra. Nuestro propio envilecimiento porque todo cuanto toca el oro de la guerra se pudre, se contamina y huele a cadáver.

49

Hago estas reflexiones recordando a Sisson y su violenta oposición a que Lola ingresara como WAAC. Sisson conocía muy bien lo que estas mujeres representaban: el consuelo sexual y sentimental para hombres desesperados de la guerra. Consoladoras a sueldo del Estado norteamericano.

Sisson se ofendía con sólo pensar que Lola luciera ese uniforme. Estaba al tanto de lo que esa organización implicaba, su responsabilidad y sus servicios. Podría decir que Sisson necesitaba a mi hermana.; pero no la humillaba. Era brutal en su trato con los obreros del *dry dock*; pero no porque él mismo se lo impusiera, sino porque los obreros lo habían enseñado a ser superior. Muchas veces se sentía él más ofendido en tratar mal a algún peón negro, que el mismo peón humillado. Por otra parte, era un hombre de hogar. Le gustaba la vida de la casa. Si salía

del poblado de Cocolí, en donde vivía con Kupka, lo hacía porque se lo obligaba la necesidad de ponerse al día con los bolos, el *base-ball*, los patines y el sexo. Su cultura no iba más allá de lo que el viaje le había enseñado y de lo que, en síntesis capciosas, leía en revistas norteamericanas. Pero en la intimidad era un muchacho sano que no entendía muy bien por qué los demás obreros tenían que ganar un sueldo de hambre y peor aún, por qué muchos de ellos se le humillaban. Su única debilidad era tomar aguardiente. Vivía borracho, dentro de una botella de ron, para contrarrestar los impulsos de sus sentimientos tontos y humanitarios. En eso se diferenciaba de Kupka que era brutal por satisfacción. Gozaba en mandar y ver a los peones humillados, haciendo que los obreros miraran al suelo, cuando le iban a solicitar algún favor o alguna ayuda.

Kupka era míster Hyde y Sisson doctor Jekyll. Pero en el caso de Sisson, su brutalidad era mucho más indignante porque él, como doctor Jekyll, creaba en sí mismo su míster Hyde, lo que no sucedía con Kupka que era brutal por formación congénita y endocrina. Kupka no necesitaba del aguardiente para que lo odiaran. Sisson día y noche tomaba aguardiente para que los hombres blancos como Kupka supieran que él era un *tycoon* y que lo respetaran como tal. Sisson era un bello colegial ingenuo y engreído que deseaba ser brutal y que lo conseguía con el aguardiente. Kupka era feroz como esas aves carnívoras que picotean todo cuanto encuentran a su alrededor. Sin embargo, Sisson y Kupka mutuamente se atraían y confraternizaban en todos los aspectos de su vida de zoneítas que no pertenecen al dorado rango de los del Panama Canal. Mientras los conocí, jamás pude encontrar una sombra de diferencias entre ellos. El uno brutal y el otro candoroso, armonizaban sus quehaceres independientemente en una comunión que podría causar envidia a los hermanos más unidos.

Por otra parte, ya Sisson había recibido la llamada del ejército, y aun con todas las películas de la propaganda de guerra,

sentía un miedo cerval de acudir a las filas, esperando hasta la última gestión fracasada para incorporarse a uno de los regimientos de reclutas que estaba acantonado en Fort Clayton.

Aquella noche escogimos el jardín El Rancho.

Sisson estaba completamente deprimido. Tomaba como un condenado a muerte *highball* tras *highball*; quería emborracharse. Contra mi costumbre, yo los acompañaba. Lola estaba más linda que de costumbre, con su encendido traje blanco que hacía resaltar el color de su piel dorada. Habíamos hablado de las yardas del concreto que se habían tirado, de sábado a sábado; de los miles de pies de tubería tendidos, de los camiones dañados, de los tramos colocados. Todo tema que se refería a los trabajos, habíase agotado. Entonces llegó la gringa. Edad: treinta años. Alta. Bien vestida; corsaje de orquídeas lilas en su chaqueta sastre. Pelirroja. Bien formada, rostro cortado suavemente aunque severo en la mandíbula inferior. Ojos grises de gallina leghorn. Se acercó a la mesa y comprendió que yo estaba solo. Nosotros también comprendimos que ella estaba con algunas copas de más, que había estado bebiendo y que en llegando la noche, había regresado a su casa, se había bañado, acicalado y que fresca y embriagada, había retornado sola al jardín.

¿Su nombre, su dirección, su origen, su estado civil y su posición social? Una incógnita. Era una gringa y nada más. Venía de la Zona y a ella retornaría en el oscuro anonimato en que se había presentado.

—*Drink... ?*

—*Oh, no!*

—*Oh, baby... drink... ?*

—*No!*

—*Like this... ?*

La gringa sorbió un poco de su licor verde. Una media luna de *rouge* quedó marcada en su vaso. Nos miraba a través del vidrio y la bebida, jugueteando con hojillas de laurel de la India.

—*Oh, dear... I love you... easy... Drink up!*

Para consentirla, bebí de su propio vaso. Sisson miró a Lola y se echó a reír. Me guiñó un ojo como diciéndome: “Anda”. La gringa dijo llamarse Mary porque los muchachos americanos llamaban a todas sus amigas latinas María o Rosa. Ella, pues, se llamaba Mary Rose... Se notaba que sus ojos querían dormirse en su rostro de acabado molde sajón. Sus manos de dedos grandes y redondos en la punta, mostraban una sortija de monte alto. Me la enseñó y dijo:

—*You know a souvenir... Poor little boy!*

Permaneció señalando a lo lejos, mirando recuerdos a través del vaso verde de *pepermint*.. Frente a la intrusa quedamos en silencio. No sabíamos qué hacer. Sisson y mi hermana me estorbaban, lo mismo que yo a ellos. La gringa se tomó su trago de una sola empinada y llamó al *waiter*:

—*Hey, fellow, bring me gin and pep...*

—*Two gin and pep* —confirmé de mi parte. Sisson se dio cuenta que había decidido hacerme cargo de la gringa y guiñándome el ojo, se levantó con Lola de la mesa.

—*Are you going to the show tonight?*

—*No! I'll stay here.*

—*O.K. Joe. Take it easy.*

50

¿Que en dónde estuvimos? Bailamos rumba en la Happyland, rompimos los vasos del bar acondicionado del Atlas. Nos paramos encima del mostrador de Las Palmitas y delante de todos los demás gringos nos besamos al son de música latina. La gringa era mía, y de repente, me abandonaba para bailar con cualquier soldado que estuviera libando en la cantina.

Cuando regresaba, me decía:

—*Poor little boy...!*

Por otra palabra, la única palabra que sabía decir era “mañana”. De esa manera su charla en español se contrataba a decir:

—*Mañana I love you... Mañana I kiss you!* —Entonces en donde estuviéramos me besaba y me hacía hundir en su pecho. Lo único que bebíamos era *gin and pep*. Era su bebida favorita. De vez en cuando, haciendo caso omiso del repertorio se ponía a cantar con su voz de borracha:

En la frontera de Méjico fue...

Era mía y de todos. Se prodigaba a todos. Amaba a todos, fueran soldados borincanos o norteamericanos del sur. Fueran marinos o civiles, ella se abrazaba en su embriaguez, a sus cuerpos. Los sacudía. Los hacía sentir hombres y cuando veía que ya estaban interesados, se desprendía y acudía donde mí para besarme y darme disculpa. Así me decía:

—*You're angry... Oh, honey, take it easy...*

Esa noche recorrimos todos los centros de diversión tomados del brazo. Estuvimos en la Good Neighbor y en la de Pete. También estuvimos un rato en la Bodega Ancón. Adonde llegábamos atraíamos la mirada de los gringos. Algunos conociendo que era latino escupían al suelo. Yo también escupía y reía como lavandera en la carcajada de la gringa que se llamaba Mary Rose. A cada nuevo centro de diversión que entrábamos, ella cumplía el ritual de entrar al servicio para arreglarse el carmín y los coloretos, recogerse el cabello y volver a practicar su risa de steward delante de todos los hombres que en la noche del *blackout* encontraban sólo claridad en las cantinas.

—*Oh, baby. Oh, baby...! I love you.*

Eso me lo había dicho mil veces en la noche. Se lo había repetido a todos los soldados y alegremente se ponía a cantar...

I only love the man I love...

51

Madruga. Y es la una de la mañana.

Club Chiquito Bella Vista. El camino de arena calcinada se ozonifica en rojo a la tenue luz de una cantina. Rompiendo la granulada arena, el mar... Crujidos de pencas verdes parlotean con el oleaje. Oh, divina providencia, el mar...

El taxi se detiene en el tramo de camino enrojecido.

—¿Espero?—pregunta el chofer.

—Sí —le digo.

—SS. *Oh... Sissi* —bisbisea Mary Rose.

Entramos.

—*Gin and pep.*

—*Yes! Gin and pep.*

—*I love you. Do you like it?*

Nos besamos. El italiano barrigón nos mira besar indiferente.

—Rosa María... sabes gringa gringuita..., ése es un nombre de chola con los pies en el suelo.

—*What did you said...?*

—Te quiero chola Rosa María.

—*I don't understand.*

—*I love you. Mary Rose.*

—*Oh... Baby... Me too... Say ah... give me a kiss...*

Le muerdo delicadamente los labios. Se queda mirando y me sacude la barbilla delicadamente.

—*Poor little boy... Where is Frankie now? What is he doing?*

—*I don't know?*

—*No...? A day, a week, a year... Poor little boy...*

No atino a comprender esos monosílabos. Es un arcano. El mesero llega a la mesa con los tragos de ginebra y *pepermint*. La noche está rojiza. La ciudad, a lo lejos, se presiente entre sombras más oscuras que la noche. Bloques de *blackout*...

—*Baby, you don't love me.*

—*Yes, dear..., you are my little lamb...as white as snow...*

—*Oh! Can you play the piano?*

—*Who, me? No! You play!*

Al Fondo un desvencijado piano de cola, riéndose en negro y blanco, abre una carcajada. Yo me siento en una esquina. Ella se quita su saco-chaleco femenino. Sonríe en marfil y empieza a cantar.

*Mary had a little lamb
its fleece as white as snow
and etierly place
that Mary want
the lambs was sure to go.*

Repetimos la tonada infantil durante algún tiempo. Pero ella con todo lo que hace, se aburre. Se recoge en mis brazos y me hace beber de sus labios.

—*Are you, going upstairs?*

—*O.K.*

Suenan nuestros pasos, uno a uno, por las escaleras. Nuestras bocas van unidas como conchas de almejas. A veces, en la embriaguez, rebotamos de una pared a la otra en el estrecho callejón de la escalera.

52

Te amo gringa-gringuita de piel sin carotén y xantofila; blanca de ausencia de mi sol, intocada de mi raza. ¡Oh fiesta de la raza la de mi cuerpo y el tuyo! Déjame besarte para ahogar el mar con mis besos y cubrir con ellos las curvas de tu cuerpo. Déjame unir mis manos con tu cuerpo verde por dentro de ginebra y *pepermint*, procura endurecer más tus redondas formas embriagadas del calor verde-azul de mis manos de acetileno, como si fueras una plancha cóncava de acero del tanque 8. Déjame elevar mis besos desde las plantas humilladoras de tus pies, hasta las hebras de tus cabellos rojos. Déjame olerte a gringa-gringa,

déjame reír en tu boca, locamente, hasta que mi raza contagie tu raza y tu mandíbula poderosa de sajona dominante, en donde una sonrisa inacabable de *steward* busca mis labios que te besan. ¡Oh, extravío del sexo! Tenerte. Atreverme. Unir mis propias manos a través de tu cuerpo. ¡Oh artista cinematográfica de la Zona del Canal, blanqueada de muchas nieves intocables como tu misma noche, inalcanzable y eterna en el celuloide! No sabes cómo tu respiración se confunde en la mía. Me gusta oler tu respiración de *pepermint*; allí están tus sentidos y los míos, la condensación de tus carnes. La irradiación de tu orgullo que no quiere relacionarse conmigo. Oh, Rose, oh Rose Mary, de cabellos rubios y sonrisa de *steward*, ríos, mares, fuentes, se unen contigo para que estemos juntos. ¿Lo oyes? Es el mar. Es tu cuerpo que está uncido a tu lengua, a tu religión y a tus costumbres. ¡Oh, delicado *Gold Roll* de mi existencia y de mi esperanza, fusil roto de sangre aguada, maravillosa fórmula de elaborar la técnica del alimento, la tierra y la guerra para que resulte esa maravilla de sangre, carne y sentimientos que eres tú! ¡Oh, dulce cuerpo elaborado por alimentos sosos y puritanos, esta noche en tubo de ensayo quiero acariciar ese tu cuerpo maravilla del gold commissary para mi pecado y el tuyo! ¡Oh, gringa-gringuita de treinta años, yo quiero que el placer que te consume esta noche florezca en nueve lunas! Que sientas el calor de perra parida, que disfrutes de la consumación de esta noche que se prolonga como las sombras de las noches de paz y luz. Ya no me importa ni tu alma ni tu espíritu, ardo en tu cuerpo delicado de los sentidos, expresión acabada de los sentidos que procuran leche y pan. ¡Oh, dulce ternura sajona que provocas este enloquecimiento de poseer lo desconocido, ese odio almacenado que no puedo expresar, qué hacer, gozo dulce y material, y te amo odiándote en tu *Gold Roll*! Ojalá ya no puedas poseerme. Bésame, bésame, bésame. Amo tu boca de ginebra y *pepermint*, de *rouge* rojo como la sangre de ese *Poor little boy* que tanto mientas. Pero bésame, porque no quiero que estés con todos esos soldados gringos con quienes te prodi-

gas bailando, ni con aquel negro en uniforme que besaste en El Palmira.

Yo sólo estoy aquí. ¡Te amo! ¡Te amo! ¡Te amo! gringa-gringuita acariciada de mis manos verde-azul de acetileno.

53

Esclarece. Madrugada. Y son las cinco de la mañana. Nos despedimos en el cruce de San Miguel.

—Diablo, Albroom Field, Fort Clayton, Red Tank, Cocolí, Pedro Miguel...

Miles de hombres en la madrugada del domingo se dirigen a los trabajos. No se respeta el día de descanso.

Rose Mary me abraza tiernamente, repitiéndome aquello que ha dicho la noche anterior... Estamos agotados, pálidos. Satisfechos.

—*I love you...*

—*Me too...* —le respondo cariñosamente.

El chofer espera inquieto que acabe todo. No participa de nuestros embriagadores sentimientos. Piensa en el tiempo ocupado.

—*I am going to work.*

—*Where are you working?*

—*It is a military secret* —me responde burlona.

—*I'll see you tomorrow.*

—*Yes, dear, mañana.*

Corriendo ajustada a la holgura de su traje sastre, se apresura a tomar un ómnibus de la línea Curundú-Kobbe. Desde la ventanilla del bus militar, me dice adiós.

Yo le digo adiós desde la garita del military police. Me invade esa angustia del que ha perdido un bien que se encontró equivocadamente. Sus manos de dedos redondos todavía se agitan por el comisariato nuevo de Curundú. Dobla la curva hacia el PAD y se pierde para siempre.

JOAQUÍN BELEÑO C.

Se esfumó. Nunca jamás supe de ella y quizá si la llegara a encontrar ya estaría del brazo de otro. La Zona la alcanforizó.

Qué bien que me acuerdo. Se llamaba Mary Rose. Tenía un *corsage* de orquídeas lilas en su saco-chaleco femenino y decía:
“I love you... mañana... poor little boy...”

CAPÍTULO XI

54

Ha llovido. Por el camino que lleva al campamento obrero, herramientas al hombro, los hombres caminan despacio. Vienen cantando. El sabor de la mañana tropical se liga al cantar proletario en las copas de los árboles que se derraman en gorjeos de pajarillos. Los cantos se incendian en lejanos caprichos matutinos, y disparados por todas las horquetas de los montes dormidos, se avientan contra la mañana en una pedrada de luz.

El cielo, guindado en las charcas del suelo, está hecho contorsiones azulosas. También en ellas se dibujan las barrigas abultadas de los tanques doce y catorce. Las ciénagas del camino se revientan al chancletazo de las llantas camineras. El sol se hunde con fuerza en la tierra prieta y pegajosa, disipa la fría humedad y hace estremecer un vaho de vida en todo lo que se levanta.

Los hombres cantan alegremente como si a través de la bruma mañanera, una nueva ilusión floreciera en las cumbres de sus vidas insignificantes. Por el camino tortuoso, las canciones se vuelven huellas y por las huellas de todos los caminos el pesar mudo y viscoso de lodazales, se abre al final de la jornada en andamios que circundan los inmensos fosos, donde emergen a luces celestes de acetileno, los grandes tanques aceiteros del *fuel storage tanks*.

Los tractores y demás equipos pesados, revientan en explosiones dentro del taller de mecánica. Tiemblan los tornillos. Las canciones se esfuman en la niebla que se levanta. Se rompe la paz en mil pedazos. Aún faltan camiones con los obreros que vienen de Chame.

—*Jei...! Aguanta el truck!*

—*Heii...! Chofer, guanta'ii!*

Es el camión de Chame. Desde lejos le hago señas a Rodwood que no se detenga. Algunos obreros, campesinos, insisten en bajar del camión. Tienen que buscar su chapa de bronce. Es la costumbre. Pero es muy tarde. El tanque quince necesita su gente pronto. Hoy tenemos que tirar concreto en el techo. Todos los trabajos hay que apurarlos.

Rodwood acelera el camión.

—¡Vamos muchachos, hasta el tanque quince, hoy hay concreto!

—*Jeei... guanta'ii...!*

—No seas flojo, ¡tírate!

Una figura salta. Luce sombrero de montuno y viste todo de azul caqui. Se estremecen las estacas del camión y un grito de saludos salta de las gargantas campesinas. El joven, casi un niño, ha caído en los hombros de la cuesta, contra el barrancho de la zanja. Acurrucado en el lodo del camino, el chiquillo se aprieta las manos, una contra otra. Hace esfuerzos para no llorar, se incorpora y sonrío. Pronto las manos se le van tiñendo de sangre, lentamente los hilillos rojos se escurren por sus dedos apretados. El niño, temeroso, indaga el daño. Y es un alarido lo que arranca de la boca.

—¡Ay, mami, ay, mamá linda yo te quiero mucho! ¡Policía, Policía! ¡Me han robado mi dedo! ¡Ay!, que no se lo digan a mi mamá. Ella no quería que viniera a trabajar a la Zona. Ella no quería, no quería...

Tirado contra el barro del camino, tapándose y chupándose la fuente de sangre, el niño grita y llora amargamente.

Allá en la revuelta del tanque diez, el camión se ha detenido. Da marcha atrás. Envuelto en un pañuelo, un obrero me entrega un dedo untado en sangre. El dedo está incrustado en una sortija que luce un monograma con herradura. Adentro se lee claramente: *Good Luck*. Es el equinoccio. Algunos obreros se persignan.

—¡Que no se lo digan a mi mamá! ¡Ella no sabe! ¡Ella no sabe!

Luego los obreros envuelven al niño en un saco viejo y la mano se la empastan en el lodo del camino. Trepano al camión, marchamos rumbo el dispensario de Cocolí. En la velocidad el niño ya no llora. Las brisas amargas del camino se bebie-ron su rostro de sangre y lágrimas.

55

Aquella misma mañana, igual que delincuente perseguido que borra sus propias huellas, distraídamente, dejé resbalar mi sortija de graduación entre mis dedos y con estudiado descuido la dejé caer en la mezcla gris del concreto que caía en el techo del tanque quince. Se perdió como si nunca la hubiera echado en esa combinación de cemento, piedra y arena. Eran seis años de estudios que se perdían allí adentro, entre la danzante confusión del hormigón removido con mangueras de aire que vibrando, lo hacía descender entre los esqueletos de acero. Bien podría ser mediodía. Y repito, era el equinoccio. Los obreros se persignaban y entre la quietud de las hojas vibraba un tintín de campanas. Quizá sonaban desde Arraján. Tuve miedo, lo conocí en mí. Dicen que cuando se oyen campanas es porque el más allá anuncia la muerte.

Los caminos pastosos de la noche, mojados y aguados con el agua que refresca día y noche el inmenso volumen de los tanques, se levantaban en vahos debajo del sol marcelero.

Hacía un silencio sofocante. Y me sentí solo. Siempre odiado y respetado. Envuelto en una soledad de sentimientos ami-

JOAQUÍN BELEÑO C.

gos que convertía mi existencia en un vivir sin objetivos; llena de pesares y bajezas. Un día igual al otro. Las mismas caras, los mismos insultos. Hasta que llegara el sábado. Siempre lo mismo que el sábado anterior. El cabaret. Los jardines de cerveza. El aroma de talco de los departamentos de las prostitutas en villa de amor. Y, después, de nuevo a Milla Cuatro, roncando noche y día, levantando acera y enterrando los tanques de agua, aceite y gasolina.

56

Aquella noche se volcó el camión de las doce. Dejó un reguero de muertos por los caminos de Brujas. Y todavía por todos los caminos de la Zona del Canal se oyen las quejas de los muertos. Todavía...

CAPÍTULO XII

57

Anoche. ¡Qué bien que me acuerdo! El muelle. Una cantina hedionda a cangarú. Por la puerta ancha de la noche se endulza el aire de olor químico con aroma de frutas y verduras recogidas de playas lejanas. También hay un olor a sangre, carne y marisco salado.

Obreros con las ropas sucias sudan ancestro y aguardiente a los corcoveos del dengue.¹ A la luz mortecina del local, René Conquista y yo descorchamos el silencio de una botella de seco. Con la lengua de mis ojos le humedezco los pensamientos, indagando qué podía existir dentro de aquella mirada, en el alma de ese indio, jefe de la indiada que el departamento de Marina había contratado en las sierras de El Sapo para trabajar en el *fuel storage tank*.

En René Conquista la fuerza y la agilidad armonizaban en sus músculos finos, sus labios delgados y su pelo lacio que le descansaba sobre los hombros con reflejos ébanos. Su palidez de humo de alquitrán denunciaba la botella de ron que rieló en sus ojos, igual que una luz misteriosa y triste transitando de él hacia mí, indicando la fuerza mezclada de mi atavismo con sus taras de ritos antropófagos y la nobleza de un Cuarecuá.

¹ Dengue es un baile del pueblo de la Ciudad de Panamá.

Por decir algo le pregunto:

—¿René, por qué no cortar tu cabello?

—Si yo cortar cabellera, mujer no acostar conmigo.

—Anjá, ¿tienes mujer en Guainora?

—Isabela y yo casado...

—¿Es bonita?

—Tú preguntar mucho sin necesario.

Quedamos en silencio otra vez. Con cínica dedicación le observo el semblante.

—¡René Conquista! Negación de un nombre. Eres vergüenza, aunque tú vengas de la obsesión verde que se eleva arriba del Matusargantí, vadeando el Ionatí y remontando el Tupisa y el Tesca; montaña adentro del Chucunaque, hacia las fuentes andestres del Mascareño, en donde las montañas negras levantan aullando todo el delirio de la vida de ese humor que emerge en colosos, buscando el sol.

¡De allá vienes, René Conquista! Por los ríos de tu sangre resuenan los alaridos guerreros del bugue-bugue, y sus recuerdos, todavía frescos en las yarbatas de los ancianos de tu tribu, resuenan en ti como una agonía de cuerpos decapitados que bogan Taira abajo en el cansancio del tiempo.

¡René Conquista! El hijo predilecto del Lelé de Guainora. Cuatro rumbos perdidos en los caprichos de este aluvión verde de dinero. Aquí sólo eres un cholo vulgar despreciado y envilecido con el ron que aprueban todos los químicos oficiales. Eres, René, una rama extraviada, una semilla de tagua, una pelotilla de caucho quemado. ¿De qué te sirve el brillo de tus ojos fermentados en el diabólico incendio de un watirri...?

¡Sí, René Conquista! Te necesito. No te dejaré ir como es tu voluntad. ¡Sí, claro! Los gringos necesitan obreros, y cuando tú te vayas, los demás indios partirán contigo. Si tú te quedas ningún cholo se irá. Me han prometido el dorado rango de *Gold Roll* si consigo renovar tu contrato. He aceptado el compromiso. Si regresas conmigo; pronto vendrá el cambio de rata en mi

sobre de pago y los privilegios de *Gold Roll*. ¡Al fin... Al fin...seré *Gold Roll*! Miser Kudirka, el pagador general, me ha confirmado la promesa de Kupka.

El indio me miró con sus ojos torcidos de borracho. Quizá oye mis pensamientos, y está receloso de mis atenciones. Le ofrezco más seco y le prometo aumento de sueldo; pero él no accede a firmar un nuevo contrato de reenganche.

Y viene una ola azul. Florece una ola verde. Van subiendo y descendiendo olas rojas, doradas y amarillas. Se estrellan. Chispeantes espirales de arcoiris caen reventándose. El paisaje marino con platanales y palmeras desaparece dentro de una ola. De pronto, un obrero oculta la visión. El traganíquel irrumpe con *Negra-blanca*, un afrocubano. Sobre retazos africanos las piernas saltan jineteadas por la selva. Es una escena sensual y sin huesos. Cuerpos que se excitan. Están bailando dengue los obreros.

—¿René, por qué quieres volver? Tú puedes firmar un nuevo contrato. Tu padre sólo decir: René, vaya a trabajar con los señores blancos.

—René volver por necesario. Cuando llegar soldados donde mi padre, ellos firman papel. Ya, se acabó, René volver.

Los taquillos que le atraviesan las orejas, me aguaitan a través de su cabello, tocados de leve brujería. No le puedo ofrecer aretes de oro, pero inspirado le propongo:

—René, ¿por qué no poner todos sus dientes de oro?

El indio me mira asombrado.

—Si tú venir a trabajar con Kupka, trabajar conmigo y puedes conseguir lo que quieras.

René quiere decirme algo más, y cuando me lo va a exponer, ya me está diciendo:

—Tú llevar a René a poner todos dientes de oro. ¿Todos de oro? — me insiste entusiasmado.

—Sí, René tendrá dientes de oro. ¡Todos de oro!

—René tendrá dientes de oro. ¡Todos de oro!

—Seguro. Todos de oro.

—¡Chumaqui la guarra! René volver mañana. René regresa donde míster Kupka.

Estaba cerrado el trato. Seguimos hablando de Guainora, la ciudad blanca de tagua que está debajo de las montañas en donde nadie puede entrar, sino los ancianos y los que saben hacer ruidos musicales. A mí no me importa eso. Ésos son temas agradables para los arqueólogos. Yo soy capataz.

Salimos. La calle se ensancha en maretazos fugaces y relámpagos que lucen de invierno. Las olas chasquean alegres en los vientres cóncavos de las balandras. Los fusilazos señalan más afuera el camino de Combales y Bongales.

Cuando René se desprende de mis brazos, me brinda un trago de la botella de seco que le obsequié. Inmediatamente se empina todo el contenido de la botella. Saluda a otros cholos que lo esperaban en el muelle inglés. Y acurruca su borrachera entre los cuerpos de cholos y más cholos que sólo tienen el día por destino. Me alejo huyendo del aguacero.

58

En brazos de Margot, la cubana rubia. La rubia que le brota de negro de su cuerpo, por los poros de su traje rojo y por sus encías moradas. En brazos de la rubia Margot brindé por los dientes de René Conquista. En su boca brindé por los dientes de René Conquista. Y en su cuerpo movido por la madurez mulata de sus carnes pulidas, brindé por los dientes de oro de René Conquista.

Afuera llovía. La lluvia azotaba como rebencazos. Todavía en los brazos de Margot oía cantar la lluvia contra la ventana:

Todos de oro. Todos de oro.

¡Qué bien que me acuerdo!

Aquella noche gasté ciento cincuenta dólares en *bluemoons*, *highballs*, mujer y departamento.

CAPÍTULO XIII

59

— ¿Qué? ¿Se va ya tan temprano...?
— *Yes, dear. Mi turno empieza ahora. Tres a once...*
— Pobre mista Guilibí. ¿Entonces, hoy no hay *lofnees* del *clubhouse*?
— *¡Oh!... Sí. Sí. Yes...*

Míster Willy Bee, el inspector de tiempo de la marina en Milla Uno, regresa consternado a su cuarto. Lola le oye abrir la puerta, entre el tintineo de sus llaves. Instantes después regresa solícito con varios chocolates de satinadas cubiertas. Golosa lee las leyendas de las envolturas en alta voz:

— *Lofnees, milquiuei, bebiruch, sacnoc, clar...*

Míster Willy Bee la contempla en silencio. Respetuosamente divertido. El caserón de San Miguel duerme profundamente en la tarde. Al fondo, yerbazales se mueven nerviosos y verdes en el profundo silencio.

Lola canta en los ojos del antillano Willy Bee. Él podría decirle que en su cuarto hay más chocolates. Ella entraría cantando con su voz de cocoa y almendras. La besaría, no la dejaría gritar, hasta decirle: “¿Lola... quiere casarse con Guilibí?” Entonces ella diría: “*Mista Guilibí, quer yuconfrom an den...?*”

Las paredes de madera machimbrada parecen seguir las líneas de sus pensamientos, hasta su cuarto. Respetuosamente míster Willy Bee se despide.

—*Good by, dear...*

—*Gud bay, mista Guilibí. Yo quiero más lofnees mañana...*

Míster Willy Bee ríe tiernamente. Sus gruesas botas de obrero de Milla Uno y Milla Cuatro retumban por el zaguán semioscuro. Cruza las soleadas calles de Calidonia. Vaho cálido el de los solares. Fulita. Esta noche ella lo esperaría en el zaguán. Lo acompañaría gorjeando hasta su cuarto. Si quería, podría hacerla entrar. Pero... ¿para qué? Ella le diría: “*Where you come from mister Guilibí?*”, dice mi mamá que si le puede vender una libreta de cinco dólares...” entonces él respondería: “*Who, me? Oh, my dear! Yes, dear, mañana yo se la traigo.*”

Y eso era todo.

60

Saltando en las estelas que dejaron las torpederas-mosquitos en el agua negra del canal, míster Willy Bee, el inspector de tiempo de la marina, boga en la lancha pasajera, fuertemente agarrado de la borda. Brillan luces blancas, verdes y rojas, rielando en el agua ennegrecida. En el barrio de La Boca, me-nudean luces que desafían el black-out. Noche tibia. En el costado de la lancha se oye palpitar el *ferryboat*, lejano...

Míster William Bee tiene que desembarcar en Milla Uno. Aunque la gente del *pump house* número dos y luego, hacer el *sheck sheet* para el departamento de planillas de la Marina, como todas las noches.

La chitra debía de estar zumbando en Milla Uno, a esa hora: las nueve de la noche. Se palpó los bolsillos y acarició los chocolates que acababa de comprar en el depósito de la Marina. Esto la hacía recordar, avivándola en su memoria.

Su cutis debía de ser suave como la piel parafinada de los chocolates. Dentro de dos horas, ella estaría esperándolo en el zaguán. Con el *blackout* los zaguanes estaban oscuros. A lo sumo, sanguinolentos de una lucecita roja. ¿Quién lo podría saber? Le

daría los chocolates, la tomaría en sus brazos mientras ella estuviera cantando: *love nest, milky way* (la besaba en la boca), *zag nug, babe ruth, clark, oh henry, o dear*, míster Willy Bee se casaría con ella, aunque él fuera negro jamaicano y ella fuera la-tina...

El cabeceo de la lancha se enterró en el olor a lamatal. Debajo de una fuerte lona, una cuadrilla de soldados empataba una línea de tuberías, al pie del muelle de la Marina, en donde se diluían las cilíndricas figuras de varios submarinos.

—¡Hei! ¡Míster Bee! Ya atracamos. ¿Está borracho?

—Yo no bebo aguardiente, Joe.

—Llegamos.

Desembarcó. Las calles de Milla Uno estaban llenas de lodo, de cables, de equipo pesado y muy oscuras. Seguramente míster Sisson debía estar con su *gang* en Milla Cuatro. Ese hombre era loco; como siempre debería estar jumado como un cerdo en el depósito de herramientas del chino Ho Quee. Cuando diera las buenas noches míster Sisson preguntaría: “*Good damn’t negro, what the hell you do...?*” Él contestaría: “*Oh right, sir. Nothing, sir.*” Eso pasaba todas las noches. También Rojas debería estar durmiendo en la caseta de los *timekeepers*. Siempre hacía lo mismo cuando regresaba del *dry dock*.

Después de comer, el colombiano Rojas hacía una maroma de manera que quedaba con la cabeza para abajo y los pies para arriba; con una mano se iba colocando el suspensorio especial con bragero para la hernia. “*Pobre hombre loco con la cabeza para abajo*”, pensaba míster Willy Bee y se sentaba al pie de la mesa para apuntar la gente, de las tarjetas que ya Roper había traído del campo.

Y eso fue lo que pasó. Al abrir la puerta, míster Sisson estaba rojo y sus cabellos revueltos. El termo lleno de ron estaba encima de la mesa. Cuando entra, míster Sisson le dice a míster Willy Bee:

—“*God damn’t negro! What hell you do...?*”

—*Nothing, sir* —responde míster Willy Bee. En silencio coloca los chocolates encima de la mesa. Pero míster Sisson se levanta borracho. Huele los chocolates que míster Willy Bee ha acariciado para Lola y de un solo manotón los hace rodar en el suelo de la caseta, diciendo:

—*Chocolates, builgheet! Drink rum, negro...!*

—*No, sir. No, sir* —consumido de coraje e impotencia, lívido y helado, míster Willy Bee se agacha a recoger los chocolates del suelo.

61

—¿Dónde estuvo usted, mista Guilibí?

—*Trabajando, dear...*

—Me traje chocolates.

—*Yes, dear...*

—Y no hay más.

—Mañana....

—O rai, mista *Guilibí*. Hasta mañana.

El zaguán estaba sanguinolento. Los cabellos rubios de Lola se tornaban realmente bellos, así alborotados, al pie de la escalera. Míster Bee subió apresurado los escalones. Algunas mujeres conversaban en el balcón. Cuando pasó por el cuarto de Ayota, la novia de Roper la encontró aplanchando. Saludó.

Eso había pasado hacía muchos días. ¿Qué haría Lola en el zaguán de la calle? ¿Sola?

Lo mismo que los demás días.

Lola. Míster Sisson borracho como un cerdo. Rojas con la cabeza hacia abajo colocándose el suspensorio. Ho Quee fumando su tabaco chino. El agua negra del canal. Chitras. Soldados con uniformes de arabescos verdes y del casco protector, colgando una malla mosquitero.

Desde el fondo del corredor, míster Willy Bee oye a Lola que lo llama.

—*Mista Guilibí, Mista Guilibí.*

Venía acompañada de la hija de Ayota.

—*Hello, dear?*

—Mista Guilibí, el *lofnees* está lleno de tierra. Está sucio.

—*Yes?* —dijo míster William Bee y se quedó lívido, helado, consumido de dolor—. *Oh Yes! Me caí... Míster Sisson el foreman los pisó, yes dear, fue sin querer...*

—Quiata... Yo no quiero *lofnees*. Estos son para ti...

—No. Yo tampoco los quiero —responde Quiata.

—Cójalos para usted, míster Guilibí.

Míster William Bee permaneció en silencio con los chocolates en la mano. Le ardían y al mismo tiempo le acariciaba esa vaga sensación que habían permanecido en manos de Lola. Todavía la sintió reír al otro lado del entrepaño de tablas machimbradas de pino blanco.

—*Poor mister Willy Bee* —eso se lo había dicho él mismo. Y se quedó dormido con gran vergüenza de sí mismo.

62

La noche había ascendido por aquella cualidad estelar de retener esclarecido el cielo, mientras los hombres, iluminados de esperanzas, miran todavía la tierra y la luz artificial. Las nubes, mesanín interpuesto entre el infinito y la pequeñez de la tierra, se diluyen brillantes, lechosas y azulosas, iluminando a los hombres que regatean a las sombras la jornada cotidiana y a los potentes reflectores una tregua, antes de continuar bombeando el agua de las compuertas que han sido forzadas con los últimos agujajes.

El recipiente cargado de hormigón se desliza, de un extremo al otro, de la lanza de la paleadora mecánica. Trepidan los camiones descargando el concreto que viene de las plantas de construcción *Quarry Master*, muy lejos del *dry dock* y el *machine shop*. Los camiones descargan y salen inmediatamente de aquel

infierno iluminado de reflectores, en donde mete bulla el tractor y las perforadoras hidráulicas, horadando la roca, en donde se depositarán los rollos de dinamita.

Roper vio a míster Sisson y regresó. En la caseta el colombiano Rojas anotaba algunos peones de Chame y Bejuco que no habían llegado de Milla Uno. Sobre un tramo de compuerta, estaba Lleras Bugaba. Alzaba los brazos señalando el banderín rojo. Entonces la paleadora mecánica descargaba el hormigón, abriendo sus fauces.

Roper se acercó a la barandilla del dique y le anunció a Bugaba:

—¡Bugaba, Bugaba! Ponle gasolina al compresor y dirige el tráfico. Todavía faltan unos tramos por rellenar en el otro costado. Dale la vuelta al concreto y no tires la manguera sobre los rieles que la aplastan los camiones.

Bugaba rumió una maldición entre dientes; pero hizo las señas al maquinista para que cambiara el rumbo de la pala. Giró sobre sus talones y enganchándose en la lanza de la paleadora, se dejó llevar hasta el otro extremo.

—Chombo hediondo —se dijo Roper nervioso. Miraba acercarse por la escalerilla de madera, en el extremo del dique, a míster Sisson. Desvió sus pasos hacia la caseta del *timekeeper*.

—El 6215 no ha llegado de Milla Uno o está en el *pump house* de Milla Tres —preguntó Roper en la ventanilla, por decir cualquier cosa.

—No sé —replicó Rojas—. Por allí te anda buscando míster Willy Bee. Además, ¿por qué no te das un baño en la playa para que te quites ese perfume de alas que siempre cargas...?

—Calla tu boca...

Roper miró de nuevo a míster Sisson que se acercaba a grandes zancadas por el extremo del dique. Giró sobre sí mismo y se dirigió a la fuente color chocolate del *Silver Roll*, a tomar agua.

Míster Sisson cruzó el haz del reflector y su silueta desdibujó las aguas movidas de peces encandilados. Míster Sisson... pen-

só Roper, seguramente me va a reclamar los cinco dólares de la última partida de dados. Cuando se emborracha, y esto es casi todas las noches, se pone insoportable. La otra vez, pateó a míster William Bee, mientras cogía unos chocolates que él mismo le había arrojado al suelo. También le mentó la madre. Le dijo: ¡Hijo de perra! Míster William Bee se quedó callado. Pero él era Roper, y ya lo había dicho en el *clubhouse* de La Boca que con tal que míster Sisson lo insultara no se iba a quedar callado como míster Bee. Iba a coger una tranca y le rompería la cabeza.

Y era por eso por lo que Roper le estaba huyendo al capataz del *dry dock*. Si lo encontraba, así borracho como suponía se encontraba, le gritaría: *Good damn't, Roper*. Si estaba de buen humor lo mandaría con el termo a que fuera a comprar una botella de ron a una de las bodegas del límite. Al entrar al *machine shop*, los soldados no pensarían que dentro del termo en vez de café había aguardiente.

—Míster Willy Bee, ¿cómo está usted? —indagó en inglés Roper al inspector de tiempo.

—Muy bien, gracias —contestó éste en su propio idioma.

—¿Quiere hablar conmigo?

—Sí, un recado de Ayota. Dice que le laves una botella con agua salada del mar. De las doce de la noche.

—¿No te dijo para qué?

—Es un remedio para no tener hijos. Además, también sirve para conseguir mujeres.

—¿Y quién quiere conseguir mujeres?

—Yo...

—¿Quién?

—Lola.

—¿Qué Lola?

—La fula.

—No es negra...

—Fula.

—Y tú para qué quieres mujer blanca. Toda tu familia es negra. Tú eres negro. Las mujeres blancas quieren a los criollos como nosotros, por la comida del comisariato.

—Ya lo sé. Yo le doy a la mamá la libreta del comisariato y nunca se las cobro. Me quiere mucho la mamá.

—Quiere tu libreta del comisariato. Además, tú no te vas a casar con la mamá.

—Yo la quiero y la voy a tener para mí.

—Míster Willy Bee, deje las chiquillas *boaicitas* y fulas. Busque las negras que son más sabrosas y no nos ofenden.

—No...

—Bueno, tú mandas en tu plata y en tu cariño. Adiós...

63

Míster Sisson abrió la puerta de la caseta de herramientas y no hizo bulla. Se arregló los pantalones. Abrió una cajetilla blanca y tomó un par de pastillas biseladas. Fue a la fuente de agua helada de los *Gold Roll* y de un buche se las tragó.

—*God damn't* —dijo—, las mujeres de ustedes están podridas. Estoy tomando sulfatiazol. No valen nada sus mujeres.

—Las mujeres de aquí no se cuidan —replicó el colombiano Rojas—. Tómese un purgante de caña agria, miel de abeja y guarumo.

Míster Sisson hizo mueca de repugnancia y se alejó a un rincón. Al otro lado, Roper oía la conversación. Al saber que el capataz no estaba embriagado se acercó.

—*Good nighth, míster Sisson.*

Todos quedaron en silencio. Míster Sisson se instaló en una silla, mientras Rojas sumaba las horas y el sobretiempo de una planilla.

—Roper —llamó míster Sisson—. Vaya al *clubhouse* y cómpreme unos chocolates love nest...

—*Love nest, sir?*

—*Yes... love nest.*

Aquella noche. Lola en vano asomó la cabeza y esperó el camión. Seguramente míster Sisson no había aparecido. Míster William Bee llegó en la medianoche del *dry dock*. Y como siempre le había regalado su cuota nocturna de chocolates que cierta vez ella había rechazado; pero míster Sisson no se presentó.

Todavía esperó una hora más. Aburrida se fue a descansar. Esa noche soñó con el gringo de cabellos rubios que había conocido hacía algunas noches en el jardín de cerveza El Rancho.

64

Aquella noche escuché la conversación en el cuarto contiguo:

—¿Sabes la última noticia? Se fue con un gringo.

—¿Y ya lo sabe la mamá?

—Ella bien que sabía lo que pasaba y en silencio alcahuiteaba.

—¿Y el chombo Willy Bee?

—No sé... quizá la mamá de Lola se lo diga.

—¿Y el gringo es soldado?

—No. Es capataz en la Zona. De los que ganan mucha plata. Además, es amigo de su hermano.

—Se salvó entonces... Tú sabes que ahora tiene comisariato del *Gold Roll* y como es fula puede ir allá sin que ningún gringo la reproche.

—Yo también voy a buscar mi gringo ¿tú sabes...?

—Y tú *espar*...

—Bueno... yo puedo seguir con los dos. Tú crees que los gringos se quieren por gringos o por la plata...

—Eso es de ahí...

—Ya tú sabes. Eso es de ahí...

65

Al día siguiente, Ayota se lo contaba todo a Roper en el mismo balcón de su casa.

—...después que míster Willy Bee llegaba, ella dizque iba a su cuarto; pero iba a encontrarse con su gringo. Eso era todas las noches. En la noche no regresó al cuarto. La buscaron y Quiata más tarde trajo la noticia. Se la llevó para Colón. Cómo debe estar ahora la fulita —concluyó pícaramente la jamaicana.

—Pobre míster Willy Bee. Yo se lo dije.

—Yo también se lo dije. Las blancas para los blancos aunque sean gringos. Los jamaicanos deben buscar sus mujeres que son mejores. No los engañan.

—Pero él quería mujer blanca.

—Se quería casar con ella.

—¿Qué dirá él ahora?

—¿Qué más va a decir...? Quedarse callado.

—Pobre míster Willy Bee. Quiata gusta de él. Pero como a él le gustan las blancas...

66

Míster Willy Bee había ido a Milla Cuatro y Milla Tres, buscando a míster Sisson. También lo buscó en el *pump house* de Milla Uno; en el *dry dock* no dieron noticias de él. Nadie sabía qué se había hecho. Míster Willy Bee buscó a míster Sisson y no lo pudo localizar. Roper, el *pusher* del *gang*, tampoco pudo darle razón. Míster Sisson había desaparecido.

Pálido, desencajado y con la mirada perdida en el agua betuminosa de Milla Uno encontró Roper a Willy Bee. Eran las seis de la tarde.

—Míster Willy Bee —le dijo—. Está muy preocupado. Todos en La Boca sabemos lo que le pasó con la muchacha blanca de Calidonia.

—*Yes...*

—Todos lamentamos mucho que míster Willy Bee hubiera perdido la cabeza por una muchacha que no era de su color. Ahora todos queremos que seas feliz. Hay muchas mujeres. Pero no todas son iguales. Las mujeres latinas no quieren ni a los gringos ni a los chombos.

—¿No...?

—No. Nos quieren por necesidad... No entiendes... Sin embargo, hay una mujer que te quiere.. pero tú no la quieres. La amiga de la fula.

—¿Quién...? ¿Tu hijastra...? ¿Quiata...?

—Seguro...

—¿Quién te lo dijo...?

—Ayota.

—Ahora comprendo. Ayota usó la brujería para que su hija me quisiera, en vez de dársela a Lola.

—Eres un estúpido, míster Willy Bee. Yo me voy. Tú ves el agua... échate adentro de ella para que te coma una tintorera como al salvadoreño Paula. Las mujeres no necesitan brujerías para querernos si somos negros... y ellas son de nuestra raza.

—¿Quién Ayota...? ¿Quiata...?

Suaves declinaciones de olas hacían burbujas en los pilotes de concreto.

67

—Ayota, Ayota. Míster Willy Bee me trajo chocolates del *clubhouse* de Milla Uno.

—*Yes...?*

—*Oh, mami mira love nest, clark, zag nut, babe ruth, oh Henry... oh, dear, cómo quiero a míster Willy Bee.*

—Anda, ve a tu cuarto y dale las gracias.

—*Yes, mama. Yes, mama...*

Míster Willy Bee presintió sus pasos un poco más dilatados que su respiración. La escuchó:

—Míster Willy Bee, quiero volver a darle las gracias.

El jamaicano acarició a Quiata en silencio, con la mirada. Tenía el cabello aplanchado con pomada cuba. Era negra azabache; pero estaba formada bellamente. Era una mujer completa. Willy Bee no la había sentido nunca tan adentro. Además, tenía tanto de ella, de Lola, que podía decir que era igual que ella aunque fuera negra.

—No es nada, Quiata. Un cariño de Willy Bee para ti.

—Ahora son más sabrosos los chocolates...

Jamás Lola le había dicho eso. La puerta estaba entornada. La tomó en sus brazos. Valientemente la apretó diciéndole:

—*¿Te gustan los chocolates?*

—*Me gusta babe ruth, zag nut, love nest...*

Míster Willy Bee la besó en sus labios duros y apretados. Nunca había sentido a Lola tan cerca...

—*Y también me gusta clark, milky way; pero más me gusta love nest, oh Henry... Oh dear... yo sólo te quiero a ti...*

CAPÍTULO XIV

68

La noticia se regó como incendio de picapica.
—¡Mataron a Sandino!
—¡Le aplicaron la ley de fuga en Gamboa!

—¡Los gringos no podían creerlo! Lo mandaron primero al manicomio de Corozal para saber si no estaba loco. Y lo encontraron en su sano juicio.

—¡Gringos desgraciados, lo mataron, y lo peor que fue por una gringa!

—Es mejor que lo hubieran matado. Un hombre no puede vivir cincuenta años en la cárcel.

—Yo conozco a Sandino. Yo sé que él no se quería fugar. Los guardas de Gamboa tenían orden de matarlo, ya que por violar a una gringa no hay pena de muerte. Lo han hecho para escarmentar a todo el que quiera hacer lo mismo.

—Los gringos son cobardes y asesinos.

Yo conocí a Sandino. Era un muchacho cruzado de hindostano y antillana. Tenía el cabello liso y negro. Sus rasgos eran del tipo caucásico; pero deformado por la imperceptible película de movimiento que siempre imprime la raza negra. Delgado, alto y muy elegante. Hablaba con igual facilidad la lengua materna o paterna, aunque él nunca vivió con su madre. Su padre llegó al país cuando el primer canal. Ahorró dinero y enriqueció con el

transporte de pasajeros: la nueva constitución desalojó a los hindúes del negocio de autobuses. Sea como fuere, Sandino tenía dinero por parte de su padre, que se hallaba viviendo en Calcuta. Él era soldador; trabajaba con la Frederick Snare, elevando a chorros de su guijó de acetileno las enormes planchas de acero que estructuraban los grandes tanques para gasolina y aceite de Milla Cuatro.

Su nombre verdadero era Michael Deen; pero choferes, mecánicos y soldadores que lo conocían por su padre, le llamaron desde niño “Son of Deen”, o sea, el hijo de Deen. De allí el apodo de Sandino, que nada tenía que ver con el mártir de las Segovias. Su aspecto era el de un Otelu dedicado, no a soldar tubos negros, sino a vivir de los placeres. Ardiente y apasionado como negro; discreto y astuto como indostán. En realidad muy pocos hemos sabido de su vida privada en Milla Cuatro. De lo que se tiene la certeza es que él vivía con una norteamericana que lo iba a encontrar en las afueras de la ciudad. Eso se sabía porque en más de una ocasión se le había visto con ella. Esto no tenía nada de particular; las gringas, como mujeres al fin, acostumbraban a escaparse del cementerio sexual de la Zona, para correr el “amok” en brazos de hombres raros y primitivos. Sandino era uno de esos hombres raros y primitivos, producto de un fecundo cruce de razas exóticas. Lo que sucedió entre él y aquella mujer, seguirá siendo un secreto hasta que ella, aguijoneada por la conciencia, sea capaz de decir la tardía verdad del asunto. Aunque, aún en diciendo la verdad, los magistrados y tribunos de la Zona del Canal serán incapaces de creer como cierta aquella confesión.

La noticia de que Sandino había forzado una ciudadana de los Estados Unidos en un rincón oscuro del barrio Gavilán, en Ancón, consternó a todos los trabajadores. Después empezaron a llegar las noticias de la prensa. La mujer había entregado a las autoridades las señas de identificación del sujeto. El fotobach, la tarjeta azul plástica y la cédula. Decía la ofendida que todo

aquello se le había caído a su ofensor en el acto de violencia. Las autoridades zoneítas pidieron la extradición de Sandino esa misma noche (no se olvide que en los archivos patronales de la *Central Labor Office* están todas las señas particulares de quienes trabajan allá) denunciando su residencia y demás señas personales. Las autoridades panameñas, cómplices en este crimen, entregaron a Sandino. Como todos los actos de justicia zoneíta la audiencia y demás detalles del asunto de Sandino quedó en el mismo plano que la censura de guerra. La noticia de semanas más tarde fue demoledora: se condenaba a Sandino a cincuenta años de presidio en Gamboa por violar a Margaret Love, mujer que en otros años había sido cabaretista en un club nocturno, exclusivo para ciudadanos norteamericanos, y cuya reputación sólo había sido depurada con el casamiento que la justicia racial zoneíta no quería mancillar. Sandino aportó pruebas, probando que Margaret Love le había pertenecido por su propia voluntad, aun cuando ella estaba casada. Esta humillación no la podían soportar los magistrados zoneítas. Sandino fue condenado a cincuenta años en Gamboa. Días más tarde se conocía el epílogo de toda aquella farsa. Un guarda de Gamboa disparó contra Sandino por la espalda, aplicándole la ley de fuga. Era un crimen. Un crimen racial. Los magistrados en representación de los ciudadanos zoneítas tenían que vengar el infame delito de que un hombre que no fuera blanco y gringo gozara e hiciera gozar a una de sus mujeres blancas. Impusieron la pena ejemplar y no satisfechos la sellaron con el crimen más horrendo que jamás se haya tenido noticia en Milla Cuatro y en la Zona del Canal, desde el Pacífico al Atlántico.

Los obreros revivían historias de negros y mujeres blancas, eran frecuentes estos encuentros. Las gringas llegaban, se satisfacían con el hombre que entusiasmaban, y luego, bajo el cerrado velo del anonimato, volvían a sumergirse en la Zona del Canal. Esto nunca lo hacían en jurisdicción zoneíta, sino en territorio de Panamá. Ningún hombre de color se atrevía a consolar a una

mujer blanca en la Zona. Ni aun por más provocado que fuera por la mujer. Sabía que Gamboa lo esperaba. Sandino también lo sabía y era inconcebible que no hubiera tomado las precauciones.

Cuando míster Black, el jefe de los soldados del *gang* de Milla Cuatro, se enteró del asesinato de Sandino no pudo contener las lágrimas. Sentía por Sandino un cariño paternal. En las lágrimas de aquel gringo viejo y altanero había el germen universal de la conciencia del hombre. La conciencia de ser de la misma tierra. Asombrados los demás obreros observaban cómo se mojaron las mejillas ennegrecidas de míster Black. Hasta cierto punto, no comprendían por qué un gringo lloraba la muerte de un negro.

—*Son of a bitch!* —escupió míster Black antes de taparse la cara con la mascarilla trasparente de soldador. Elliot, Ramos y Fernando no ocultaron su emoción y se inclinaron encima de la expresión del soldador, agachado sobre el enorme tubo que movería con su sangre negra todos los barcos que combatirían el nazismo.

69

—¿Sabes el bochinche?

—¡No! ¿Qué fue...?

—La gringa estaba preñada. Tenía cuatro meses de barriga.

—¿Y quién te lo dijo?

—Míster Black. Me dijo que en la Zona todos sabían que esa mujer no era nadie.

—Entonces, ¿qué fue lo que pasó?

—Ella quiso que Sandino le prometiera matrimonio para divorciarse del viejo gringo que tiene de marido. Sandino se negó. Entonces le robó sus chapas y lo denunció a la policía de la Zona, para vengarse. ¿Qué le iba a decir al marido si salía con un hijo negro...?

- ¡Qué infame!
—¡Las mujeres son así, malas!
—Perversas que son las gringas.
—Lo que me extraña es que Sandino se hubiera dejado robar así, por así no más.
—Así es la cosa. Y eso le costó la muerte.
—Vea usted. Las cosas de la vida.
Inconcientemente, registré mi bolsillo para saber que no había perdido nada en manos de aquella Rose Mary, la del vestido sastre y corsage de orquídeas lilas.

70

Empapado en el silencioso reproche de mi tía, salía y entraba a la casa como un comensal deudor. Sus ojos eran puñales acusadores que reprochaban y me hundían dentro de mi propio lodazal. Yo había resultado un extranjero. Sentía una alegre vergüenza por el comportamiento de mis primas que habían aceptado los regalos y las atenciones de Sisson y Kupka, apoyando mi candidatura a *pusher*. No puedo negarlo, se portaron bien. A veces recuerdo la censura social para con aquella gente que se distingue en nuestra vida política, comerciando con la reputación de las mujeres de su familia. Ascendiendo en los puestos de responsabilidad, merced a la entrega, directa e indirecta, de una hermana a los cabecillas que dominan la política. Y mientras la hermana o la prima de un distinguido burócrata pierde monetariamente su reputación en brazos de lujuriosos políticos, el hermano o el primo pavonea por todas las calles, la reputación de un alto puesto que sólo le cuesta algunas noches de tortura moral y nada más. Igual ha sucedido conmigo. Lo vil y lo rastroso existe en todas partes. No es un defecto del hombre, es la bancarrota de la moralidad que no se puede mantener con sopitas de aguas claras. La miseria y la moralidad son enemigas íntimas. Sólo los hombres bien comidos y vestidos y con un

porvenir lisonjero pueden lanzar a los vientos el significado exacto de qué es la moralidad.

En cierta ocasión mi tía me aseguró, casi con sorna y con un visible gesto mezclado de amargura:

—Ya debes de tener mucho dinero. ¿Cuándo piensas volver al colegio a estudiar?

—No sé —le dije—. Quién sabe sí, quién sabe no —pero sentí que el suelo se me hacía de azogue.

71

Efectivamente, mi sueldo aumentó como la misma pasión de Sisson por Lola. Y tampoco podemos quejarnos de los servicios de Kupka. La casa triste y desierta de mi tía se fue alegrando. Llegaron nuevos cortinajes, nuevos muebles. Se vistió mejor. Comimos mejor. Flotaba en la atmósfera un aire de alegría. Sisson y Kupka sabían pagar muy bien las caricias más o menos sinceras de mis primas Uba y Lola.

En realidad, yo sólo tenía compromisos con el mundo servil que exigía mi propia degeneración. Trabajaba todos los días. Domingos y días de fiesta; Viernes Santo o Miércoles de Ceniza; Tres de Noviembre o Navidad. Había que ganar la guerra. Existían contratos de millones de dólares que terminar. La compañía obligaba desde el general foreman hasta el último obrero a que rindiera el máximo de su labor. Se madrugaba en el trabajo. Hombres que en su vida habían sabido leer y escribir, ganaban cincuenta dólares por semana. Se derrochaba dinero. Todos los negocios que pululaban por Milla Cuatro, Milla Dos y Milla Uno ganaban dinero a montones. Las comidas eran poco higiénicas, pero compuestas de productos comprados en los comisariatos. Se cobraban por platos, precios escandalosos. El sábado todos pagábamos y nadie protestaba. Toda la orilla oeste del Canal de Panamá se tornaba en un garito en que saltaban airosos los cuchillos asesinos y la sangre caliente

de los jugadores. Las vendedoras de comidas preñaban de billetes verdes sus bolsas. Y de mano en mano, circulaban chances, rifas y niñas más o menos agraciadas que se dejaban tocar impúdicamente, siempre y cuando que el trabajador comprara un número para el sorteo del domingo.

Desde Milla Uno a Milla Cuatro había gente a toda hora. Siempre había dinero, día y noche. Y un alegre bullicio flotaba en los fines de semana, desde los apiñados ventorrillos, de las casetas de pago en Milla Cuatro arriba, hasta el mismo ferry, en La Boca; por los comisariatos, hasta la cantina Casa Blanca y el Amanecer en el Chorrillo, donde el bullicio se levantaba altanero. Los sábados los hombres eran gotas verdes de dinero que asaltaban la ciudad montados en fuertes camiones que han trepado cerros y han hundido cráneos. Entonces las mismas noches de *blackouts* se hacían turbias y amanecían los hombres muertos y mal heridos. Sólo se podía estar seguro en una cantina entre el bullicio, amparado por la misma gente que estaba dispuesta a rasgar carnes y vísceras con el puñal filoso de una botella despedazada.

Yo también, igual que todos los demás, despilfarré el sudor que huele a sangre, buscando la felicidad en los brazos de mujeres importadas, en ropas costosas y sin motivos. Aprendí a beber licores finos. Me junté con antiguos compañeros que servían a la sociedad en la medida que la sociedad podía ampararlos. Algunos marcharon hacia el exterior: Méjico, Estados Unidos, Brasil, Argentina, Perú y Chile a continuar sus estudios universitarios. Los demás permanecimos pudriéndonos en nuestra pequeñez. En algún escritorio manso del gobierno o en la oficina de contabilidad de esos comercios excepcionalmente ladrones que se enriquecen al por mayor. Turcos, judíos, griegos, indostanes, y todos los representantes del Asia Menor giraban sus dineros al exterior. Todo enriquecía a costa de los obreros que malgastaban su sueldo, y de los soldados que compraban el placer de prostitutas que filtraban millones

de dólares al torrente de la economía canalera en la Avenida Central.

72

Uba, primero a escondidas y después sin ninguna clase de freno social, ha buscado su felicidad a costa del despilfarro, el traganíquel y el aguardiente. Ella no pudo resistir la vida monótona de su hermana Lola, que espera el resultado de la guerra para saber si Sisson vivirá o lo matarán. Uba probó el goce, los halagos, las cantinas elegantes, llenas de luz, la compañía de un hombre que tiene dinero como Kupka y no se resigna a seguir en la miseria de telas baratas. Indudablemente que ella es una mujer valiente. Abandona su esfera social, miserable y chismosa, en la que sin duda alguna, puede conseguir un hombre que le brinda paz y comodidad acondicionada a la paz y la seguridad de los barrios proletarios, para abandonarse al cultivo de su belleza, entregándose a su propia satisfacción. Muy bien sabe ella que su cuerpo hablará mejor que sus sentimientos a la hora en que tenga que defender la prioridad de su estómago. ¡No la acuso! Y yo menos que ninguno puedo acusarla. Esta vida de los cuartos proletarios es un rodar monótono, triste, desgarrado por las murmuraciones y el egoísmo clandestino de los que no se atreven a salir de su encierro. No hay más remedio que vivir el espejismo de lujo y confort de las cantinas elegantes con aire acondicionado. Ya cuando se prueba el placer y el bienestar, es duro olvidarlo. Es por eso por lo que los ricos siempre vivirán degenerándose dentro de su propia grandeza, en donde fatalmente sucumbirán. Esa es la vida. Uba sabe estas cosas por un sentido oculto de mujer valiente. No le importa el veneno social, las gazmoñerías ni las alabanzas. No se parece a su hermana Lola, que tiene miedo del pecado y la lengua viperina de los demás. Sabe que mientras existan gringos como Kupka que satisfagan sus tres problemas: el social, económico y el de la lisonja

personal, ella siempre será fiel al que la acompañe a lugares en donde no exista la censura a lo amoral. Un jardín de cerveza, un teatro o una cantina de lujosa reputación. Nunca podré comprender aquella frase de *ciudad alegre y confiada*. Es cruel y optimista y necesariamente tiene que haber sido concebida por alguien que no sufre. Siempre tendré dolor de amar esta ciudad triste, adolorida y taciturna que viste bien y come mal. Siempre con hombres rubios vestidos de caqui, luchando por la adquisición temporal de la mujer que aliviará sus deseos. Siempre con damas ridículas que hablan de moralidad, desde el alto sitial donde podrían remediar la corrupción. Con niñas de la clase media, con aspiraciones aristocráticas que andan a caza del teniente gringo o el mayor que habrán de amar con el estómago. De viejos que han visto impávidos cómo han dejado corromper la juventud y siempre andan hablando de moralidad con la pretensión de creerse immaculados. De jóvenes y niños borrachos, tímidos para las grandes empresas, expertos en caprichos pueriles y afeminados. La aristocracia, las nubes que llueven vicio, el pueblo, el lodazal. Libertinaje organizado. Rapiña en el comercio. Patios podridos. Libertad para morir de hambre con los comisariatos de la Zona del Canal repletos de alimentos. Alegría de vestir bien y comer mal, porque digno es embriagarse, porque noble es envilecerse si el hombre se divierte ayudando a la lotería que sostiene a los asilos y hospitales en donde habrán de ingresar los seres marcados con la peste blanca y las venéreas.

CAPÍTULO XV

73

Sisson ha embarcado para el Pacífico. Un día llegó a la casa trastornado. En su regimiento todos estaban nerviosos. A pesar de la más estricta censura que privaba sobre el movimiento de tropas, los preparativos y ciertas señales especiales, revelaron al sentimiento y la imaginación de los soldados que la partida era inminente.

Sisson evacuó el país en el más oscuro misterio. Semanas después recibimos noticias tuyas desde algún lugar del Pacífico. Para Lola, prácticamente, todo había concluido.

En Milla Cuatro todo ha concluido también. Sólo quedan algunas cuadrillas de limpiadores de tanques, algunos *pipefitters* y mecánicos, trabajando en el *pump house* número tres y cuatro, de Milla Cuatro, además de los *pump house* de Milla Dos y Milla Uno. Ha aumentado el despido de trabajadores. Se suprimen cuadrillas enteras de carpinteros, albañiles, peones, reforzadores, mecánicos y demás obreros. A los capataces latinos, los *pusher*, les rebajan el sueldo. A María de los Ángeles le rebajaron el sueldo a cincuenta centavos la hora y éste pidió su *clearance* indignado. Milla Cuatro va quedando desolado. Nada más quedan los soldados y sus enormes perros domesticados para el asalto. Durante semanas enteras el espectáculo de Milla Cuatro fue procesión interminable de camiones, cargando tierra para

cubrir los tanques. Venían de todos lados con su cargamento rojizo. Se encaramaban al borde de los cerros y dejaban que el vagón deslizara la tierra ya húmeda, ya espolvoreada. Entonces los tractores completaban el resto. La tierra tembló estremecida de camiones. Cuando el ruido de motores y tractores silenció, sólo quedaron cuadrillas de indios sembrando tallos de plátanos encima de los tanques, reconstruyendo el monte y la selva, dejando que la picapica invadiera sus dominios, en donde los cerros reconstruidos mostraban sólo el marco oscuro de la portezuela de entrada, del callejón de concreto que lleva a las válvulas de control del tanque de combustible.

Cientos de tanques gigantescos yacen enterrados por todos los cerros de Milla Cuatro y Milla Tres. Ya no es la selva la que gobierna estos territorios. Es la técnica al servicio de la destrucción la que se ha hecho ama de cada pulgada cúbica de aire, mar y tierra.

Cuando los indios acabaron de sembrar en los cerros reconstruidos sobre los tanques, los mandaron a las canteras de la compañía y al *dry dock*. En Milla Uno, también habían concluido los trabajos. Día tras día fue clareando el tosco cortinaje con obreros de caqui, trocándose en blancos uniformes de lavanderas, enfermeras y marineros de azul.

74

A los muelles de Milla Uno atracan macizos barcos para operaciones anfibas, visiblemente averiados. Son color verde aguamarina serpenteados en ondas de arabescos, o de flemático gris helado, como sus tripulantes alrededor del muelle. Cilíndricos submarinos con hombres taciturnos e indiferentes. La marina concluye enormes congeladores de comidas y depósitos de municiones. Frederick Snare hace varios meses ha tendido las líneas de tuberías a través del canal, de *Balboa Base* a Milla Uno. Por todos lados marinos en pantalones de azul caqui y camisa

azul. Lucen su inconfundible gorra que algunas veces cambian por aguardiente que les traen los obreros de la ciudad.

Chatí, el operador de la lancha que recorre la ruta del *dry dock* a Milla Uno, gana más dinero vendiendo aguardiente, de barco en barco, que como lancharo. Primero dirige su lancha a los navíos de guerra y se entiende con los marineros. Su especialidad es el cocinero del barco, luego que están contratados, manda a buscar el peor aguadiente que encuentra en la ciudad y se los vende a precio de hombres que no conocen el *day off*. Ellos pagan y en muestra de su gratitud, Chatí come todos los días carne de gallina y de pavo. Lo mejor de la despensa de la marina norteamericana. Algunas veces, Chatí va con los distribuidores de comida, de barco en barco. Entonces se queda con pavos y gallinas congeladas, bloques de queso, pan, frutas, cigarrillos. Chatí es el hombre feliz de Milla Uno. Tiene el pelo más liso que los mismos gringos. Ancho de espaldas. Vive comiendo día y noche. A toda hora se le ve haciendo guardia en su lancha Frederick Snare. Chatí es el niño mimado de la marina. Quién sabe cuántos sueños marinos emborracha con sus servicios. Entra en los acorazados como a su casa. Sabe tratar a los cocineros y no hay barco del *navy* que no sepa de la visita y las diligencias del negro Chatí de Milla Uno.

Si Chatí fuera un hombre con vinculaciones peligrosas para los Estados Unidos, hubiera podido hundir y embotellar grandes barcos en Milla Uno. Gozaba de confianza ilimitada y su espíritu campechano lo hacía un espía ideal. Pero Chatí era un pobre operador de lancha que nada más sabía comer y que gustaba de explicar el proceso químico por el cual su pelo siempre lucía mucho más liso que el de los gringos.

Estaba más preocupado de la mujer de su hermano que de todas las maldades internacionales. Aquella tarde veníamos acortando la distancia del *dry dock* a Milla Uno. Chatí, con la boca llena de pavo me señalaba una enorme olla, repleta de toda clase de presas de pavos y gallinas.

—Come, hermanito. ¿Tú me ves a mí? Claro que me estás viendo. ¿Estoy *rofi*, verdad? Así soy yo *espar*. Cada día me gusta comer más.

Para complacerlo, empiezo a desgarrar un muslo de pavo. De pronto Chatí, de buenas a primeras, me confiesa:

—Si esta noche mi hermano viene borracho a la cama y se queda roncando, me voy a quedar durmiendo con su mujer.

—A un hermano no se le hace eso.

—Quién le manda traer una mujer a mi propia cama. Ese es el vacilón. Yo vivía solo. Íngrimo, tú sabes. Entonces llegó él. Dizque dame un *chance* en tu cama. Yo pensé que un hermano es un hermano, así es que dormíamos juntos. Pero con su cara de barro trajo un día una mujer. Y ella se acostó también en la misma cama con él y conmigo. Entonces, ¿pues? Si él trajo la mujer a mi cama es para que yo también...

—¡Eso no se le hace a un hermano! —reproché disgustado.

—Tú dices eso porque tú no tienes que estar acostado junto con ellos todas las noches, y lo demás también...

—Haz que se vayan de la casa.

—No puedo. Es mi hermano. Lo que no pasa con Lilian. Ella era una *boai* nada más. Mi hermano mañana la deja y yo puedo coger mi *chance* ahora, no lo voy a dejar perder.

Atracamos al muelle y nos despedimos.

Días después, asomado a una de las compuertas del *dry dock* lo vi pasar en su lancha. Desde las inquietas olas me anunció con la mayor naturalidad del mundo:

—¡Le di muerte! ¡Le di muerte! ¡Eso era de ahí...!

Se escondió entre barcos grises de transporte que parecen tanques acuáticos que imploran con raíces verdes. En uno de los transportes que atracaban al muelle 18, miles de hombres rubios y soldados a la muerte agitaban sus manos. Son miles de seres humanos que vagan solos en los océanos, de una playa a otra, de un campamento a otro igual. Miseria y desolación la de esos hombres que viven desamparados, y que todo lo que han

aprendido es para matar y para que puedan defenderse lo mejor posible de la muerte.

75

Ahora estoy trabajando en el *dry dock*. Kudirka me engañó. Su promesa se disolvió entre una lista mayor de capitanes y coroneles de la marina que tenían que aprobar mi ascenso. Yo era negro. Brown. Lo decía mi elegible y era imposible que un negro fuera *Gold Roll*...

—*I tell you! You are a white man; but the Central Labor Office says: "Brown"... And you are brown...*

Si yo era negro, no podía devengar un salario de blanco. Era negro indeseable, mis derechos democráticos por los que peleaban los millones de soldados negros y blancos, latinos y amarillos que viajaban en los grises transportes militares no tenían vigencia en este mundo de intolerancia abominable.

Estoy solo. Mister Kupka, acabado el contrato de Milla Cuatro fue a trabajar con la Snare, a Costa Rica con la carretera panamericana; pero no le gustó el ambiente costarricense y meses más tarde lo vi en Panamá.

Vino a buscar a Ubaldina...

Día y noche trabajamos en el *dry dock*. Hay tres guardias. De seis a tres; de tres a doce y de doce a ocho. Es como si una sola broca gigante horudara el espacio robado al mar, confundida con el cimbrear de los tornos del *machine shop*.

Se trabaja incansablemente para construir otro dique seco, mejor acondicionado que el que está en servicio. La guerra ha demostrado que es insuficiente. De noche brillaban las luces y los hombres salen entorpecidos del ruido del yacaman, de la dinamita y de la violenta marejada que se rompe contra los muros de planchas de acero que circundan los trabajos.

Cuando salimos, un *empi* nos registra y consulta el *fotobach*. Son ásperos en la revista. Escardan a los hombres severamente

con sus ojos grises, debajo del casco de acero color de oliva. Son como las puertas de acero del magazine incrustado en la compacta roca de Sosa's Hill, frente al *machine shop*, que guardan los explosivos de la cantera.

76

\$42.00 mensuales y un seguro de \$5,000.00 a nombre de un hijo que nunca ha visto. He allí el útil recuerdo que Sisson ha dejado a mi prima Lola. Se casaron una noche cualquiera y la luna de miel la disolvió la llamada del ejército.

Cuando veo a mi hermana mecer sus ilusiones amplificadas, entre las sillas y entre la tristeza que sólo se fugó de nuestro hogar por unos días, tengo la impresión de oírla pensar. ¡Cinco mil dólares! Ahora que se mueren tantos hombres. ¡Cinco mil dólares! Los hombres se matan. ¿Regresará Robert Sisson? ¿Regresará pidiéndome el divorcio? ¿Y aquella novia que dejó en Oregón? ¡La guerra! ¡La guerra! Se matan los hombres. Millones de hombres. Soldado que se va no regresa. Deja un hijo en el vientre de la mujer que lo ha consolado y no regresa. No regresan. Nadie sabe de sus vidas cuando los licencian. En *Quarry Heights* no dan razones de ellos. Se pierden en los Estados Unidos. Vale más que se mueran. Vale más. Vale más... Para tener un hijo que no conoce a sus padres. Y que tendrá otros padres porque los hombres creen que la mujer de un gringo no vale nada. Y llegan hasta ellas. Se van cuando saben que tienen el hijo de un soldado. Sí. Lo hacen de maldad. De maldad. De maldad. Es un reproche a los insultos sufridos en la Zona del Canal. Ella tuvo la culpa. Los gringos tienen dinero y libretas rojas de los comisariatos. Gustan y cuando se van no regresan. Es la guerra. La guerra. ¡Cinco mil dólares! Están muriendo hombres por millones. Cuando los gringos se van no regresan. No regresan. Se quedan y no vuelven. Se quedan y no vuelven nunca más.

Cómo quisiera ser ese niño que se alimenta en el vientre de mi prima. Rompería los cordones que llevan el calcio y el alimento filtrado en la placenta y me pudriría dentro de ella para que también muriera. Pero yo no soy el niño aquel. Ese ser tendrá un nuevo aliento. Tendrá otros ojos y en el ambiente caldeado de la vida mestiza, encontrará cosas nuevas que antes no ha visto. Tendrá nostalgia de sombras desconocidas y que le parecerá estar viendo en la dimensión de las cosas que carecen de su alma. Será aquel niño como las monedas; con dos caras y un mismo valor del lado que se entreguen.

En la alta noche he oído suspirar a mi hermana. También distraídamente la he oído cantar canciones norteamericanas, siempre llenas de mucho ritmo, pero sin nada de armonías. El cuarto reboza de las notas tocadas de movimiento de viejas canciones... pero sin alma en sus labios. A veces tengo la impresión que mi hermana estuvo realmente enamorada de Robert Sisson, aunque mi opinión es que ella siempre estuvo agradecida y nada más. Si ha llorado es por temperamento femenino. Las mujeres siempre gustan de ser artistas principales en las escenas tristes de la vida. Pronto llegará la hora de su parto. Pasarán los años y llegarán los hombres fuertes y delgados a verter amor en su corazón. Entonces cuando ella vuelva a cantar, quizá no habrá muchos ritmos y violencias en sus canciones, pero habrá armonía, habrá alma como el aroma lejano del pasado y nuestros abuelos.

Quizá cuando el hijo de Sisson sea grande, no se llame Sisson. Es posible que le sigan diciendo Bob. Pero ya no se llamará Sisson. Tendrá otro padre. Otros padres y posiblemente otros hermanos que no tendrán los ojos azules y los cabellos rubios. Pero en todos los caminos de su existencia se encontrará una sombra. Y buscará dentro de las cortinas de su soledad eso que le pertenece y que tiene los ojos azules como él. Entonces buscará lo grande y se dará cuenta que su nombre está registrado en las oficinas de la armada en *Quarry Heights*. Se hará súbdito

norteamericano y trabajará de *Gold Roll* en la Zona del Canal. Será como esos animales imaginarios. Mitad gente y mitad peces que nos cantarán con sus voces armoniosas el amor al caliente trópico que es nuestra vida y por otra parte nos hundirán lentamente en la combinación fatal e inexorable que los mismos gringos han querido impedir con su sistema de *Gold Rolls*. La mezcla de nuestra sangre con la sajona.

Ahora que mi hermana ofrece sus canciones a la estrella solitaria de la despedida; yo, al borde de mi cama, dejo que las lágrimas ávidas de Milla Cuatro, turben mis mejillas de muchos soles.

Hace mucho tiempo que no puedo llorar.

77

Los negros y los indios contratados barrenaban, de sol a sol, en las profundidades de la cantera, amontonando sobretiempos que se entierran en las cantinas o que germinarán en fincas y cañaverales en las Antillas o en Belize. Los negros llevaban en los labios un rictus de sumisión, y los indios un vacío de odiosa indiferencia. Quiero decir que el único feliz era René Conquista. Su boca huérfana de dientes esperaba el día siguiente, el molde de oro que le había prometido.

Aquella tarde el punzante gemir de la sirena agorera, anunciaba dinamita con una angustia que hacía estremecer. El cielo morado se estaba bebiendo la sangre de los muertos que degolló la Zona.

Los obreros, acostumbrados a las descargas de la dinamita, avanzaban despreocupados. De pronto. Un chorro de locura y piedra se filtró en el aire, haciendo temblar la tarde. Se oyeron después los gorgoritos de las perlas negras bajando por las laderas, entre los riscos filosos. Todo gemía. La tierra, el cielo. Gemía el hombre.

Arriba quedó un trozo verde de montaña.

Después, claros entre la polvareda. Las primeras luces de los reflectores incendiaron las rocas.

De la tierra surgió un gemido categórico. Los indios maldecían. A los lamentos y gritos acudí curioso.

Los cholos me rodearon en silencio.

Junto a mí, fertilizando el suelo con sangre de su frente, René Conquista. Sus ojos nadaban en un charco de sangre y polvo cual dos pececillos negros. Con toda tranquilidad firmé un papel para que pudiera ser internado en el dispensario.

No había pasado nada. Sólo era el 3289.

De algún lugar distante llegaba la voz de mi hermana. Y tuve miedo. Arriba, en el cielo, las nubes eran un rebaño, degollado; pero hacia Miraflores la tarde se mantenía a flote en la densa oscuridad que emergía hacia arriba. Algo superior a mí me señalaba los montes azulosos. Podría decir que era René Conquista que buscaba a Dabaibe, a la hora en que caen al Setegantí las promesas maduras del tiquetel de Isabela. Podría decir que ese era el momento en que todos los guerreros se beben los siete espíritus de sus antepasados en el camo tañidor, cuando florecen los ríos pintados de atardecer en el murmullo de las enramadas; podría decir que un canto de muerte revoloteaba en el rostro amoroso de la noche que se cernía en azabache... podría decir...

Era noche misma. Y a pesar de todo, celajes de nácar hacían de oro el mesanín de la noche. No había pasado nada. Era una noche toda de oro. Toda de oro.

78

Mi hermana ha parido un niño. Tiene una mirada sideral lejana y bonita. Allá en el fondo de la mirada de ese niño descubro una expresión de bestialidad. Es un fulgor que me causa miedo. Allí dentro de ese nene de porcelana descubro el hombre y la bestia que salta para triunfar en todas las combinacio-

nes de las razas. Él será de muchos climas, muchos soles y una sola dimensión. Saltará de los vientres de las madres que amaron a un gringo y que han sido abandonadas. Pero que odiando a los gringos, siguen soñando con la libreta roja de *Gold Roll*. ¡Algún día! Algún día esos hijos de gringos se tomarán el poder y queriendo ser panameños se entregarán en brazos de los fuertes y poderosos. Algún día todos esos chiquillos serán hombres. Nadie sabrá por qué nacieron. Serán hombres malos en su época y cambiarán la fisonomía de un panorama estrecho y amargado.

Esos niños serán hombres. ¿Amarán a sus madres, a cuál de sus antepasados? ¿A Bolívar o a Washington? ¿Serán amados? ¿Ellos habrán de formar una nueva modalidad social? ¿Serán empleados y despreciados en la Zona del Canal entre los mismos *Gold Rolls*? Serán hombres enfermos con un deseo enfermo y voraz de hacer grandes cosas, sin saber por qué.

Sin saber por qué...

Serán los mulatos y mestizos enrubecidos que seguirán combinando esta ciudad que ya no tiene colores, sino un color: el del futuro.

79

El viejo Jacinto escuchó los montes cuando supo la noticia. Ya él lo había sentido cuando vino la orden terminante de que no se trabajara más sobretiempo. Ya no había trabajos. Ocho horas para todo el mundo. Y ahora los montes hablaban. Montes vengativos, coladores de luz blanca que toman represalias con su mutismo y sus habladurías.

Oye, Jacinto. Si vendió su rancho, oye, Jacinto. Si vendió sus tierras, oye, Jacinto. Si pisoteó los caminos de antes, oye, Jacinto. Oye, Jacinto, no te desternilles de espanto, no llores de miedo. ¡Se acabó todo! No hay más trabajo. De aquí a la ciudad. En ella se juega lotería que mantiene asilos grises y som-

bríos. ¿Decías que tienes una hija en la ciudad? ¿Que se fue de ti sin permiso? Ojalá que la encuentres porque cuando menos lo creas la encontrarás en la clínica de las perdidas...

Anda, Jacinto. No hay más hierro que cargar. No hay depósitos que vigilar. No hay más tanques a la vista. Todos han sido enterrados. Igual que tú cientos y cientos de hombres desfilarán para recibir su último pago. Y tú estás viejo y no tienes a nadie.

Jacinto Ortiz era un viejo cimarrón. Su cuerpo estaba untado de sanguaza debido a la sarna impertinente que lo hacía rascarse con furia. Era manco del brazo derecho y trabajaba como un buey a pesar de la desgracia que estaba soportando. Nadie sabía cómo no había sido rechazado en el examen médico de la Central Labor Office. Allá en su juventud había sido bravo; otro macho como él le bajó el brazo de un machetazo, en una zafra azucarera, en El Cristo de Natá. Ahora era el guarda de los depósitos y lo habían despedido. Habían llegado más soldados y Jacinto Ortiz tuvo que ir a buscar su “terminación”.

Estaba viejo.

CAPÍTULO XVI

80

Sí. ¿Quién?

—Yo. Uba. ¡Abre, no!

La voz es pastosa. Huele a cloroformo y cantina. Tiene adherencia de esparadrapo y sangre coagulada. Salgo. Uba, con los párpados negros y los ojos estriados de sangre, me mira a través de un cuello de botella. Huele a aguardiente.

—Te llamé porque quiero que vengas conmigo.

—¿Adónde?

—A la cantina *Ancón Inn*, de esta manera nos vamos a divertir con nuestro... amigo... Kupka. A lo mejor bailas con él y te pones a cantar con los demás gringos.

—Está bien ya. Entra y no hagas más escándalo. Además, quiero saber qué fue lo que te pasó.

—Uhhh... ¿Quieres saber lo que me pasó? Pregúntale a tu amigo Kupka. El *taicum* de las mujeres. Gringo desgraciado. Tu amigo, tu querido amigo personal, me pegó y me revolcó en el suelo. Se rió de mí. Me pateó en el piso de la cantina. Gringo cobarde. Desgraciado, cree soy una perra...¡Ah! Ya sabes lo que pasó. Vístete, vamos al *Ancon Inn*.

—Cállate. Entra a acostarte que eso lo arreglaremos más tarde con Kupka. Ahora vas a despertar a la vieja y a todo el vecindario.

—Y es que tú crees que estoy hablando para que no se despierten. Óyelo bien, para que lo sepa mi mamá y todos los vecinos. No tienes que abrir los oídos. Tú y los gringos son unos desgraciados. Unos perros sucios. Tienes miedo de ir conmigo a la cantina porque sabes que si le reclamas algo a Kupka te bota del empleo y te da *black-ball* para todos los demás trabajos de la Zona.

—Cállate. Cállate, perversa.

—Yo no me callo. Tú tienes que oírme. Soy una desgraciada como tú. Como tú que andas detrás de los gringos por su plata y para que te aumenten el sueldo y te puedan dar de parrandear. Yo soy igualita a ti. Yo ando con gringos por su plata. Además, ¿quién va a querer a un gringo que no sea por lo que lleva en el bolsillo? Tú eres el que debe callarse y no yo, porque yo no fui la que trajo los gringos a esta casa. Ellos creen que nosotros somos unos perros, y está claro que le correspondemos con una opinión semejante. Ellos creen que la mujer de él es la mujer de sus amigos, y están muy equivocados.

—Nunca pensé que tú fueras capaz de decir tantas estupideces juntas. ¡Entra! ¡Entra!

Mi voz se modula temerosa. No quiero que grite más. Su palabra es una sierra diminuta que me lacera las carnes. El espinazo. Me recorren hilillos de sudor y vergüenza.

—Yo los odio. Los odio a todos. Odio su dinero. Odio su comisariato. Odio su raza. Los detesto. Son unos sucios. Pero tú les tienes miedo y los adoras. Pero por mi madre que ese gringo me las paga, o no me llamo yo Uba.

Ubalдина grita ahora. El silencio se hace más silencio después de aquellas palabras. Algunos vecinos deben de estar escuchando. Presiento los cuchicheos. Hago el ridículo. Tengo ya miedo de hablarle. Temo al vecindario. Nuestras vidas no solamente son las cosas que hacemos, sino las cosas que dicen de nosotros. Incluso, las que se inventan.

Lola abre la puerta y se asusta de la cara partida de Ubalдина. Pienso en lo que debe pensar Lola: en mister Sisson. Apesta

todo a aguardiente y a consultorio. Uba entra en silencio, extenuada de lo último que me ha dicho. Todavía la oigo decir, cuando se revuelve en la cama:

—Gringo sucio. ¡Canalla! Tiene miedo de entrar al ejército. Pero le gusta pegarle a las mujeres. Kupka me las pagará. Gringos de miércoles, por qué no le van a pegar a sus mujeres que nada más se ocupan de andar buscando hombre por todas las cantinas de la Avenida Central.

81

Tres días he estado buscando a Roland Kupka. Estuve en Milla Uno y Milla Dos. Pero no lo pude localizar. Un lejano temor de encontrarlo me trae. Aunque también presiento que él rehuye encontrarse conmigo. Me dijeron que estuvo en el tanque 24, más rojo que una culebra cascabel, hediondo a níspero maduro, de tanto aguardiente. Estuve allí, pero tampoco pude dar con él. Afanosamente lo he buscado. Un poco de odio y otro poco de despecho. No sé qué es lo que tengo que decirle. Íntimamente comprendo que lo que hago hace peligrar la seguridad económica de la casa. Siquiera por unos días, mientras pueda conseguir un empleo en Panamá. Lo que me dijera Uba es muy cierto. La enemistad mía y de Roland Kupka sería cerrarme definitivamente las puertas para todos los trabajos en la Zona del Canal. Podría acusarme de dar sobretiempos sin haberse trabajado, aun cuando a él mismo se lo he pasado. Pero él es gringo y nadie me creerá a mí en los tribunales de la Zona. Él es gringo, yo latino.

Siento odio, miedo y despecho.

Cuando me dijeron que estaba en el *steel yard* del *pump house* número cuatro, tomé un camión y corrí hacia allá. Era el tercer día. Sólo encontré a Anthony y Redwood que ya embriagados, acababan los últimos tragos de una botella de gorgona. Kupka se había ido después de cobrar el sobretiempos emitido de la

plantilla de la última semana. Me dijeron que Kupka estaba en Panamá con mister Sisson.

Me convencí de que Kupka era bastante cobarde. Más cobarde que lo que yo nunca me hubiera podido imaginar. Eran tantos los lugares en donde yo había preguntado por él que era lógico supiera que yo lo buscaba. No quería encontrarse conmigo. Me temía en la misma proporción que yo le temía. Más, aun debía tener vergüenza de su hombría.

Lo he buscado con miedo, con odio y con tesón. Pero no lo he encontrado. Ya estuve en todos los tanques de la montaña. Indagué en Milla Uno. Hablé con Kadirka en la oficina general de *Balboa Base*. Fui al restaurante de la Tucker Hegerman McClure en Milla Dos. Y toda búsqueda ha sido infructuosa. A Kupka se lo ha tragado la tierra. Las cuadrillas, sin el temor de su voz fuerte, se echan a dormir bajo las sombras de los árboles del camino. En Milla Cuatro se sorprenden que Kupka se haya entregado a la bebida. En donde me dan noticias de él me dicen que está borracho.

82

También he estado en la cantina *Ancon Inn*. He pisado mi propia sangre en el mostrador, en el suelo y la he probado en el vaso de cerveza que pedí. No me atrevo a mirar el suelo de mosaicos veteados, porque parece que la albúmina de mi propia sangre me va a decir: “¿Hermano, qué has hecho? Mi sangre, tu sangre, estuvo aquí.”

Ricaurte, el cantinero, me contó todo. Tom Healy, el dueño de la cantina, no estaba en esos momentos. Así se pudo desahogar:

—En la mesa, junto al traganíquel estaban tomando *highball*: Ubaldina, Kupka y otros dos gringos que yo no tengo por qué conocer. La muchacha parecía aburrida. Imagínate que nada más sabían tocar canciones de ellos. No tocaban ni un bolero, ni una

guaracha, ni una rumba. Nada más que discos gringos. De pronto, a uno de ellos le dio por poner *Siboney*, y eso en inglés. Empezó a bailar con Ubaldina. La movía como si fuera un saco de papas. Cada vez se apuraba más. Era cómico. Yo estaba ya aburrido de tanto oír el *Siboney* del chorizo. Ponía tantas monedas como tenía en el bolsillo. De repente, Ubaldina no pudo soportar más. Mister Kupka aplaudía delirante a cada nuevo paso. Reía locamente. La muchacha lo dejó plantado y se sentó al lado de Kupka. Éste la obligó a bailar, riéndose en su cara. Ubaldina se puso colorada de enojo y le gritó como sabe gritar ella:

“—*Shut up your mouth...*”

Esto hizo reír más a Kupka. La obligó por la fuerza a que se levantara. Las venas del cuello enorme de Kupka se le soplaban de tanto reír. Ubaldina hizo gesto de irse. El otro gringo, apoyado por la risa de Kupka, la agarró por la cintura y la obligó a bailar. Ubaldina le escupió la cara. Kupka se moría de la risa. Para él, eso fue una escena muy divertida. El gringo se limpió la cara con el reverso de las mangas; luego, despiadadamente se acercó a la silla donde estaba sentada la muchacha, la tomó en sus brazos y empezó a darle nalgadas. Ubaldina pateó y forcejeó. Llamó a Kupka, para que la ayudara. Pero el gringo no se podía contener de la risa. De pronto Ubaldina se zafó. Estaba llorando. Estaba morada. Se echó el cabello amarillo para atrás y le gritó a Kupka:

“—*Gringo son of a bitch.*”

Kupka se atragantó de risa. Cambió de color. Se tornó pálido. Se notaba que estaba temblando. Ubaldina quiso buscar algo: un vaso, una botella. Estaba en mitad de la cantina. Los otros gringos que estaban en el lugar, regocijados, asistían a la escena. Kupka mordiéndose los labios le dijo que repitiera lo que había dicho. Ubaldina, de boca dura, temblando de miedo y de coraje, se lo repitió:

“—*Gringo son of a bitch.*”

Kupka no esperó más. Le rompió la cara de un solo golpe. La chiquilla cayó sangrando al piso. Todavía en el suelo Kupka le pateó; le alcanzó con varias patadas en las caderas. Marcos y yo saltamos el mostrador al verla revolcarse de dolor.

(... yo he visto los tractores matadores subir las cuestas, dejando el surco de sus huellas sobre la tierra. Quedan compromisos de tierra pisoteada. Yo he visto hundirse el hocico de los tractores contra la tierra. Revolverse de dolor la tierra y gritar más duro que los mismos motores diesel de los tractores. Me duele mi tierra. Dolor. Amante dolor. Yo he visto la tierra saltar hecha pedazos con la dinamita *Made in USA*; pero nunca he visto tan cerca mi propia sangre. Es como esas soledades de troncos caídos de clorofila arrimada en pilas que arden dantescamente consumiéndose de dolor e impotencia.)

—...La pobre muchacha se revolcaba de dolor. Aunque el manager de la cantina me puso multa, yo la llevé a una botica para que la curaran. Tú sabes, me puso la multa porque yo no debía meterme en las cosas de los clientes. La cortada que tiene Ubaldina en la mano fue porque rompió el vaso con agua de árnica en la botica.

También yo lo busqué en la cantina *Hancock*, donde Pete, El Óvalo, Tom, Manhattan, Atlantic, Mike, Max, Sloppy Joe, Rex. En ninguna cantina me dieron razón de Roland Kupka. Norteamericano de Minnessota, 36 años, rubio, ojos pardos, seis pies dos pulgadas de alto, 235 libras de peso, *Gold Roll*, general foreman de las cuadrillas de Milla Cuatro, Plan de la marina norteamericana bajo contrato de la Frederick Snare Corporation en Balboa Base.

83

¿Quién puede penetrar en las afirmaciones y negaciones de una mujer? ¿Quién puede negar y firmar en la frente femenina? ¿Tendrá la mujer, conciencia, dignidad, virtudes? ¿Puede

un hombre lastimar una mujer y ésta convertirse en la seda de su existencia? ¿Es ella una clase de ser humano inferior a los hombres?

Todas estas preguntas se enredaron en mi cabeza cuando una semana después de aquella brutal golpeada del gringo Kupka a mi hermana Ubaldina, los encontré juntos. Ella llena de paquetes. Él, lleno de motivos, reprochando su inocencia y denunciando al aguardiente como el culpable directo de aquella canallada.

Muchas veces pensé que todas las cosas que decía Uba en la vecindad eran ciertas. Primeramente que iba a buscar un cuchillo y regresar a la cantina *Ancon Inn*. Luego que lo iba a denunciar a las autoridades de la Zona porque las autoridades de Panamá no castigan a los gringos. Afirmó que iba a comprar un revólver para dispararle. Cada protesta suya iba unida a una nueva sentencia de muerte para Kupka. Pero he aquí que Kupka llega cargado de medicinas del comisario de Cocolí. Abraza a mi tía, pregunta por Uba y el horror de la venganza se convierte en un paseo por el Prado de Balboa.

Y así los encontré. Ella todavía con algunas vendas, una gran cantidad de paquetes encima de la mesa del mostrador. Y él invitándome a tomar un trago para olvidar aquello.

¿Qué más puede pensar uno? Las mujeres no tienen conciencia, no tienen moral o no tienen el menor sentido de lo que es la dignidad. Uba, irradiando otra vez alegría, le aseguraba a mister Kupka:

—Te lo juro que tú me cabreas.

—Uba —reprocho yo—, no puedes encontrar una palabra más fea.

—Si los hombres tienen derecho a decirla, yo también, ¿por qué no?

—Por eso mismo, porque tú eres mujer.

—Bueno, sea por lo que sea, este gringo no se burla de mí.

—¿Y no se burló ya?

JOAQUÍN BELEÑO C.

—Todavía...

—*What did you say...?* —pregunta Kupka.

—*He says, when you marriage me?*

—*Oh, as soon as possible...!*

Verdaderamente las mujeres no tienen dignidad.

CAPÍTULO XVII

84

Amanezco envarado. Me palpo algo blando y duro con un lejano sonido de sandía musical. Un verde de mango descubro entre la bruma de mi mente. Vuelvo a la vida dentro de una cápsula de quinina. Es un dolor de tendones rígidos. Una pauta de tiza se eleva por encima de lo que yo pueda pensar. Estoy confundido. Tengo que levantarme a las cinco de la mañana. ¿Pero cuánto tiempo ha transcurrido desde ayer? ¿Y eso de ayer? ¿Qué fue de ayer? Pero es que yo mismo no puedo ser ya, yo mismo. Soy otro. ¿Dónde están mis manos? ¡Señor, que dónde están mis manos! Soy como esos troncos rígidos, calizos de ceniza, sin brazos, sin piernas, sin cara y sin formas...

Uno-dos-tres-cuatro-cinco-seis-siete-ocho...

¡Ei...! ¡Suelta el cable!

El *dry dock* oscila peligrosamente. Cada pared asciende reduciéndose en escalones, que más tarde el agua medirá.

¡Suelta el cable!

¡Concreto!

Yo estoy aquí. Es mi mano. ¡Oh Dios!, mi mano es la que golpea este caparazón medio húmedo. Yo soy un tronco de Mi-lla Cuatro. Un durmiente del *dry dock*. Una *jackhammer* del *machine shop*. Son hombres los que me rodean. Heridos todos en los trabajos de la Zona. ¡No!

323

Estoy soñando. Horrible y doloroso sueño inamovible.

—¡Abran la puerta!

—*Take it easy...*

No recuerdo nada.

Morir es bello. Acabar. Sentir la seducción de la altura. Crisis de la vida este goce de transitar en el aire, aunque sea brevemente, para extasiarse con la sensación de no existir. Después nada. ¡Nada! ¡Nada!

85

Martes.

Presiento a Uba y a Lola.

—¿Qué hubo, *Gold Roll*? —se burla Uba—. Estás aquí como en El Chorrillo, entre los yumecas. ¿De qué te sirve andar con los gringos...?

¿Uba? ¿Lola?

—¡Déjalo! ¡Bruta! Está dormido...

Los mangos verdes. Angustia. Guárdalo ya por la escalonada altura por donde circula el agua, rampa abajo. Crisis de emoción. Los mangos verdes. Van deslizándose gotas de agua de lluvia, balineras de azogue que se mueven infatigables, repitiéndose, una a una, delante de mi vista.

Miércoles.

¡Veo claro, Dios mío, veo claro!

—No sé. Me mareó la altura y caí. Eso fue todo.

—Casi te matas.

—¿Qué día es hoy?

—Veinte de mayo...

—Tuviste veintinueve días inconciente...

—¡Qué suplicio! La muerte. ¡Es horrorosa!

—Mientras todo esté bien y quede mejor...

—No puede ser. ¿Qué es el tiempo, la vida...? Nada.

Absolutamente nada. He dejado trascurrir treinta días, sin existir, y vuelvo a la vida sin saber qué es lo real y lo ficticio.

El domingo cambian la comida. La misma borrosa comida de siempre. ¡Cuándo llegará Lola con los chocolates del *clubhouse*!

Me entretengo jugando baraja con Ascá Dixie de La Boca. El pobre hombre tiene la nuca destrozada; está rígido como una momia, del pecho para arriba. Jugamos al póker. Se lleva sus cartas a los ojos, y juega por oído. Yo le canto apoyado en mi cama:

—Descarto, as de cocada.

—Descarto.

—Cinco de florecita. Descarto.

—Descarto.

Alguien abre la puerta: ¡No! No es Rubí. Y Ascá Dixie de La Boca sigue jugando con los ojos y con el oído. ¿Y si Rubí viniera...?

86

Cuando Rubí se casó, todos los negros de La Boca dijeron que era una bandida. Cuando Robert Kennedy se casó con Rubí, todos los gringos y gringas de Pedro Miguel lo condenaron al ostracismo social porque había profanado la raza, casándose con una *Jim Crow*.

Así las cosas, un día Rubí fue al comisariato de Ancón con libreta roja de *Gold Roll*. Y no la dejaron entrar. Al día siguiente ella fue al comisariato de La Boca a comprar, y los que fueron sus amigas, amigos y parientes elevaron su voz de protesta por el alarde de *Gold Roll* que venía a hacerles, comprando con libreta roja.

Desde entonces, Rubí no tiene amigos y Robert Kennedy casi pierde su ocupación. Para mitigar sus penas, Kennedy y Rubí

unieron sus angustias blancas y sus angustias negras en un apartamento de La Exposición. Él la sacaba a pasear todas las tardes. Él, vestido de negro; ella, vestida de blanco. Las mujeres lo miraban a él por guapo. Los hombres devoraban a Rubí que dejaba retrasadas sus formas dictatoras en la retina de los hombres.

Él, vestido de negro. Ella, vestida de blanco.

Ascá Dixie, el moreno de La Boca, juró llorando en la cantina *El Límite* que la mataría. Si hubiera sido un negro, malo. Pero con un gringo fue peor. Ascá fue a donde todos los brujos del Bambú Lain en Colón; pero le aseguró nada. Rubí Mignon, la de los aretes de seda, tenía el brujo en su cuerpo y echaba brujería. Ascá, el moreno más guapo de La Boca, se había quedado sin amor.

Una vez, Ascá el moreno de La Boca, llevó a Rubí al *Cotton Club de Colón*, y no la dejaron entrar porque no tenía abolengo: su madre era lavandera y su padre guachimán.

Ascá dijo que era su novia. Ellos contestaron: no hay razón. En el *Cotton Club* la clase es clase. Y no se permiten socios de dudosa referencia social.

Rubí lloró por aquello. Y en La Boca entera, a ella todos hicieron alusión. Ascá de La Boca, se llenó de ira, renunció a su rango y su privilegio de socio del *Cotton Club*. Pero Rubí Mignon, la de los dientes de seda, se encontró con Kennedy en el salón del *clubhouse* de *Balboa Route*. Él le dijo cosas. Ella le escuchó sus cosas. Y más tarde Kennedy escuchaba el cuerpo de Rubí que le decía las mismas cosas que había escuchado con sus ojos.

Cuando Rubí se casó, todos los negros de La Boca dijeron que era una bandida. Cuando Robert Kennedy se casó con Rubí, todos los gringos y gringas de Pedro Miguel lo condenaron al ostracismo social porque había profanado la raza casándose con una *Jim Crow*. Pero Rubí y Kennedy se besan de amor en un apartamento de La Exposición.

Es por eso por lo que no viene Rubí. Está en La Exposición con su gringo vestido de negro. Ella vestida de blanco.

Ascá descendió desde un vagón en el túnel de Miraflores. Alguien lo empujó del labor train en la oscuridad. Inmediatamente se dieron cuenta y regresaron a buscarlo.

—¿Que quién fue?

—Nadie lo sabe, ni Ascá Dixie lo sabe...

Y si Rubí viniera, ¿acaso ella lo sabría...?

87

En esta vida la justicia no es otra cosa que la compensación. Por eso es por lo que el hombre odia y desprecia su propia justicia, porque ella es vengativa. En la vida real, la suma de lo bueno y la suma de lo malo equivale a cero, que es el equilibrio. Esa es la gran ecuación del universo que nunca llegamos a comprender y que buscamos en los grandes hechos cuando, lo más pequeño, por ser parte del universo, está determinado por esa ley universal de justicia que es la igualdad: el equilibrio.

Los días que he permanecido postrado en la sala *Silver Roll* del hospital Gorgas, me han servido para pensar una gran cantidad de cosas que nunca hubieran pasado por mi mente sino es porque la vida me puso al borde de la muerte. La soledad es el refugio de la creación y la filosofía. De esta manera me he dado cuenta que el cero es el factor que equilibra las cantidades. Podríamos representar el cero, como esa abstracción de que existe un cuerpo porque existe la sombra. Cero es nada. Pero es nada que une el infinito con lo finito. El todo con la ausencia. Su función estriba precisamente en no existir para que pueda existir algo. De esta manera, todo existe, aunque, en realidad, no exista nada. Todo tiene una función en este mundo, aún la ausencia misma de la existencia. Brujería y ciencia representan un mismo factor, aunque con diferencia simbólica; pero su conjugación nos lleva inexorablemente a la realidad. No hay algo más divino que lo humano, y a la inversa, no hay algo más humano que lo divino. En realidad, es una misma idea con diferentes símbolos...

Muchas veces, en las largas horas de la noche, cuando, me veo enterrado en este molde de yeso que cubre mi cuerpo hasta mi pecho, pienso si yo merezco este castigo. Sí, en realidad, estoy penando mis culpas. Si soy un ser humano. Si tengo derecho a sufrir y hacer del dolor un bien antes que un mal. Voy dejando que mi pensamiento haga lo que yo no puedo concebir con los sentidos del hombre saludable. Evidentemente yo tengo derecho a ser el héroe de mi dolor. El ídolo de mí mismo. Puedo alcanzar en el dolor la dicha. Y ser dichoso en mi infelicidad. Todo está contenido en el cero absoluto. En la suma del todo y la suma de la nada...

Cuando tía Alicia llegó ese martes y me entregó aquel papel arrugado que ya había olvidado, comprendí que lo que había pensado era lo que satisfacía mi estado espiritual. Todas las cosas concordaban con lo que yo había pensado...

—¿Te acuerdas de esto, Ramón? —me dijo.

Quedé recordando y encendí mi luz interior. El resguardo de tía Fina. La oración de la piedra de Ara.

—Si hubieras cargado la oración en tu bolsillo no te hubiera pasado nada.

—Lo mismo hubiera sido —reproché—. Estaba escrito.

—No te confiaste en lo que estaba escrito. La brujería no es brujería. Son misterios que los hombres sabios de otros tiempos descubrieron como los hombres de ahora. La gente de abajo lo han hecho brujería, pero eso no le quita sus cualidades de misterios verdaderos.

Las palabras de mi tía me sorprendieron.

Cambiando el tema, pregunté por Lola y Uba. Hacía algún tiempo que no veía a Uba. Tía Alicia confirmó lo que sospechaba. Kupka se había casado con ella y vivían en Cocolí. Por otra parte, comprendí que ese matrimonio nunca existiría en la realidad. Ubaldina llevaba en la sangre el rencor y jamás podría olvidar el ultraje de Kupka. Así, lo manifesté a mi tía:

—Ese matrimonio va a fracasar.

—Quién sabe. Las mujeres sabemos cosas que no saben los hombres.

Alcané la mirada de Ascá Dixie de La Boca. No pudo agachar la cabeza porque se lo impedía el yeso, pero bajó los ojos.

—Ojalá sea verdad lo que usted dice.

—Bueno, Ramón... lo único que quiero es que reces la oración de la Piedra de Ara. Tú eres el único que puedes hacer valer esa oración porque cuando la escribieron, la escribieron pensando en ti...

88

Después de jugar por milésima vez a las cartas con Ascá Dixie y con el italiano Moy, recogí debajo de las almohadas la oración que me mandó desde Río Hato tía Fina... Y empecé a leer, recogido en la intimidad de la fe:

“CECRETO DE LA PIEDRA DE ARA”.¹

“Cecreto por el gran poder, de Dios del Padre del Hijo y del Espíritu Santo. El poder que tiene esta piedra de Ara, en que Cristo subió al Cielo y le dijo al primer papa que fue San Pedro. Le dijo: Tomarás esta piedra para puerta de mi casa a donde permanesere ocultó, por todos los siglos amén. Ven, Pedro lijero a traer la puerta de mi casa para aseguanza del mundo ante el Rey del Tabernáculo donde estoy oculto con toda mi santidad puerta del cielo aseguanza del primer Papa que es San Pedro quien usara este secreto con la ley de Jesucristo y vivirá y morirá en los brazos de Cristo y tendrá el poder y fuerza de que no haya nadie pueda tocar ni mi alma ni mi cuerpo ni por mis venas habrá sangre derramada, ni más armas que me toquen, ni balas que me alcance, ni venenos que me maten, ni enemigos

¹ Es fiel copia del original.

que puedan velar, fieras que me quieran devorar, ni serpientes me tocarán y mis fuerzas no las usaré en vano, y este secreto se lo pido por el amor de Dios.

“Poderosísima piedra de Ara te pido, te ruego que me des este don de gracia para defenderme de la Justicia de la tierra de mis enemigos y enemigas que venzan en el santísimo sacramento del Altar.

“Venza su poder y este secreto lo tengo para conseguir trabajo y lo que le pido con fervor.

“Haz como se lo concediste a Sansón y no tocaré el nombre de Dios en vano (no pegarás a nadie, ni a los débiles ni a los fuertes).

“Creo en Jesucristo y nuestra madre santísima.

“Se resan tres credos para resguardar tu alma y tu cuerpo”.

Aquella noche sentí que el molde de yeso se quebraba con mis fuerzas...

¡Era otro! La piedra de Ara irradiaba su poder en mí.

89

Cuánto tiempo ha transcurrido desde que me encuentro recluido en este hospital. No puedo saberlo. Supongo que todo cuanto ha transcurrido es una semana. Cuando los días se hacen iguales, en realidad, lo único que transcurre es el tiempo y no uno mismo que es lo que importa que se proyecte en el espacio.

Por la mañana la enfermera.

—*How are you?*

—*Fine.*

Lo mismo en la tarde. Solamente hay pequeños intervalos cuando voy a cirugía y a rayos X a que me examinen la pierna partida. Los doctores esperan que sane y que el hueso quede soldado correctamente. Me han prohibido que lea. Pero pienso, que es lo mismo. Esa función es inherente al hombre. La cien-

cia no me lo puede prohibir ni Roland Kupka, ni la *Central Labor Office* o la *Administration Building*. Lo que más me divierte es la charla de Moy, un viejo italiano que protesta siempre por que lo tienen en una sala *Silver Roll*. Él es blanco. Italiano de Calabria. Me dice:

—Todo panameño, dice que los italianos son puercos, porque comen chivo y comen hojas. Los panameños no saben comer. Nada más que yuca, frijoles, arroz y plátano. Eso no alimenta.

También me cuenta de aquellos veintinueve días que pasé inconsciente. Todos creían que habría de morir, en la sala se cruzaron apuestas a que no madrugaba. Los que jugaban a mi vida ganaron. Yo también gané a manos de ellos.

Por otra parte la vida en el hospital es monótona. Triste; pero horas tras horas cita a la meditación. A veces, mientras galopan las horas recorro mi vida sexual de prostituta en prostituta. Y en vez de odiarlas y sentir asco por ellas, llego a admirarlas. Ellas son el filtro más potente que atrae los dineros de la soldadesca y de los civiles de la Zona, a los canales del comercio en la Avenida Central. Nos libra de la necesidad de hacer turismo. ¿Qué sería de todo ese dinero que las prostitutas gastan y despilfarran diariamente junto con sus maridos vagos y empedernidos, si ellas no hicieran que saliera de los bolsillos de los soldados? Seguramente los soldados y trabajadores los mandarían a sus familiares en otras tierras lejanas en Estados Unidos, las Antillas y Centro y Sur América. Los hombres no pueden mandar a sus familiares cada noche de placer que pasaron con una desconocida que bebió de sus bolsillos, que comió de sus manos, que pagó taxi del sueldo militar. Ella, más que cualquiera propaganda, era la reina de la economía de la corrompida ciudad de Panamá. Calle J y K, las calles de las cruces, también lo son del dinero. Mensualmente ponen en circulación miles de dólares. Las meseras de los cabarets mandan a las distantes regiones del sur, en giros bancarios, cientos de miles de dólares. Si algún día

el comerciante de la Avenida Central fuera honrado erigiría una estatua a la prostituta nacional que no a la extranjera que exporta el dinero.

De esta manera la prostituta de una novela que hiciera no sería la que se entrega por hambre y degeneración. Circunstancias especiales que los hombres de otros pueblos no entienden, hacen de nuestras prostitutas, antes que una alimaña, un mal creador.

Qué horror. Si alguien supiera que yo pienso de esta manera me tacharía de inmoral y abominable. Pero ésa es la realidad. La prostituta extranjera sólo gasta en su ropa personal, en su comida y en sus necesidades inherentes a los seres humanos. Pero llega aquí con el espíritu del conquistador. Con su cuerpo y el *blue-moon* enriquece y dispersa por todos los países de América el dinero de la soldadesca y de los trabajadores de la Zona.

La prostituta nacional aquí se envilece y aquí morirá cuando el aluvión de oro concluya para siempre con la guerra.

Pero los comerciantes primero le hacen un monumento a las latas que a una prostituta. Para los comerciantes, todo lo que viene conservado es dinero. Hay control de precios, pero en realidad sólo los comisariatos controlan los precios de los coinerchantes. Violentos contrastes los de esta tierra nuestra. Los precios de la ciudad más altos que los de la ciudad de Nueva York; sin embargo, los residentes zoneítas mandan a los familiares de los Estados Unidos cartones de cigarrillos, y toda clase de objetos que pueden comprar en la Zona a un cuarto del precio que se cotiza en los Estados Unidos.

Todo en esta tierra es violento en el contraste. En la ciudad respeto racial, en la Zona, intolerancia. En la Zona disciplina, en Panamá desorden. Allá abstinencia, acá placer. Es el escape, el cero absoluto, la compensación.

Por otra parte me veo en la obligación de aceptar la antillanidad de esta ciudad. El fondo de Guadalupe, Santa Lu-

cía, Cuba, Jamaica y Puerto Rico, han demarcado un sello en su vida cosmopolita. Cuando se habla de historia se aduce que históricamente estamos unidos a Sudamérica; pero pareciera que la construcción del canal no fuera historia y que los miles de hombres venidos de las Antillas con su pasado espiritual no fuera sedimento, angustia y móvil en el fin de vivir. Quizá estemos más cerca de las Antillas que de Colombia y de allí la confusión de nuestras almas y nuestras decisiones. La aristocracia criolla vive una incolora combinación de colombianismo y yanquismo, mientras que el pueblo vive una etapa de antillanidad impuesta por este sedimento negro venido de las islas del Caribe. Revuelto con este sentimiento, vive y se agitan colonias asiáticas y colonias cartaginesas que por su aproximación espiritual están más cerca de Nueva York que de las Antillas.

Estas cosas se me ocurren en la soledad. Las escribo porque algún día me divertiré releyéndolas y abandonándome a una época en que me vi obligado a entender lo nuestro porque no encontraba con quién cambiar palabras. Mis amigos del colegio no me visitan, los obreros del *dry dock* tampoco. Estoy solo. Es triste estar solo. Como esos soldados que andan miles y miles juntos, pero cuando doblan una esquina se encuentran íngrimos sin nadie en quien confiar.

Pronto me darán salida. Ya me hicieron la denuncia.

Felicidad volver a respirar el aire de la ciudad. Turbio y enrarecido, pero nuestro. Qué contraste encontrar lo que me rodea.

Volveré a ser libre. Pronto me quitarán el yeso. Y ya entonces volveré a mi tierra, a Río Hato a encontrar las cosas que abandonaré un día.

90

He regresado al cuarto. Pareciera que todo hubiera envejecido. La ausencia de dinero es dura y cruel.

JOAQUÍN BELEÑO C.

Lola también ha regresado de *Quarry Heights*. No ha podido conseguir la mensualidad para su hijo. Inexplicablemente se la han suspendido. No hay noticias.

Un niño de once meses dora al sol sus cabellos rubios. Es el hijo de Sisson y Lola.

Pronto cruzaré el canal rumbo a Río Hato.

CAPÍTULO XVIII

91

El mediodía se mostraba muy claro, después de haber estado amenazando lluvia durante toda la mañana. Reclinado mi cuerpo adolorido contra el sillón de la camioneta dejaba vagar la mirada sobre todas las cosas que había recorrido diariamente durante varios años. Estábamos esperando el *ferry-boats*, en La Boca para cruzar el canal rumbo a las tierras que no veía desde hacía muchos años.

—Vamos a tener un día muy bonito para el viaje —dijo el conductor de la camioneta—, pueda ser que no encontremos agua más adelante.

No le contesté. A lo lejos se divisaba *Sosa's Hill*, los tanques de las compañías petroleras, el lomo del cerro Ancón convertido en cantera. Las aguas del canal estaban muy quietas y en sus orillas betuminosas, reposaban embarrancadas, numerosas lanchas de pescadores y de recreo. De pronto el vehículo echó andar y me encontré, sin saberlo, dentro del *ferry-boat* que empezó a bogar lentamente.

Quedé medio adormecido, pensaba cosas raras que darían mucho que pensar a los que jamás me han conocido. A lo lejos se dibujaba el *dry dock* e involuntariamente me sacudió “la muerte chiquita”. También divisaba Milla Uno. Los manglares frente al muelle 18 y la corriente marinera que se internaba buscando el Atlántico.

Primero vi una pequeña columna de humo blanco. Luego se dibujaba un coposo hongo que brotó de Miraflores, fue cobrando forma como un genio salido de una botella y fue ascendiendo y ascendiendo hasta tocar con su cúpula blanca de un azul de acetileno, las formas de las nubes.

Mis ojos se empañaron de cristales de agua y seducido por la misma embriaguez que desvaneció mis piernas, influenciado por el espacio abierto, frente a la densidad infinita de la altura, empecé a descender como aquel día de abril desde los muros del *dry dock*. Era una densidad vaga y sostenedora como el agua del mar. Mi cuerpo adquirió la delicuescencia de la *Euglena viridis* y me disolví cual un trozo de hielo en la transparencia acuática donde transitó mi alma y sus recuerdos.

92

¡Ay mar!, celajes de negrura han caminado por tu vientre. Tienes caprichos que ya no son los de tus hijos. Te enredas en las caravanas que vienen tanteando nuevos horizontes, junto con la tierra que las barcazas remolcadas han depositado, del fondo de Culebra, mar afuera, hasta tu misma profundidad. Después las olas eternas y constantes han llevado la tierra negra y caliente sobre la costa y un lamatal grandioso se ha estancado en todas tus orillas.

¿Quién en tus riberas puede caminar cuando tú te alejas, oh mar? ¡Eres negro, mar! A veces los hombres se hunden y no vuelven a salir, y muchas veces, en los meses calientes, las aguas se ponen verdes, y por la verdura de tu frialdad nortea caminan los últimos aventureros buscando el consuelo que se llevaron los caracoles y las conchas de los hombres que se fueron en las olas y no regresaron.

Acaso en la epidermis de tus peces, rotas a dinamita, esté la culpa que de otro mar se vuelvan esperanzas los caminos que no se han vuelto a cruzar. ¡Ay mar!, celajes de vida muerta son

tus caminos, tu sangre está hecha de hierros rotos y arenas envejecidas. Y las arenas son el desmoronamiento de los huesos blancos de todos los hombres que han muerto abriendo la tierra que va a dar a tu lecho.

Cuando los barcos fuertes y de invencible hierro se prenden a los muelles de Balboa y bajan a tierra los hombres blancos, vestidos de blanco con gorras blancas y lazos negros, yo te odio, mar, porque tú eres el culpable de haber tenido que importarnos para poder vivir. Tú eres el culpable de que miles y miles de asiáticos y negros hubieran muerto en la línea, mientras abrían la trocha y colocaban los piolines del ferrocarril. Los hombres que descansan en cada durmiente tienen la sal de tus ojos. Todos los hombres de esta tierra tienen sal en los ojos. Llegan por tus lomos y se adhieren a la tierra para destruirla, para que tú puedas pasar. La misma tierra que por ley física y geológica emerge del fondo de sí misma hace millones de años, parece detenerse, y es un hecho cruel y terrible la sentencia que sobre la tierra herida de cañones y de hombres rubios, vestidos de caqui, el mismo hecho cruel por el cual tú te abrirás paso, uniéndose contigo mismo de este a oeste y de norte a sur. Por eso eres culpable. Tienes la culpa de que la destrucción de esta tierra sea firme y constante, de que la erosión del espíritu se estanque en lamatal.

Tú serás el único dueño de todo. Tú, negro mar, con el agua de todos los hombres que han muerto, imperarás encima de toda la tierra destruida. Tarde o temprano será. Habremos de desaparecer y desapareceremos con todos los hombres que nos han humillado. Se hundirá el *Gold* y el *Silver Roll*. Se hundirán los negros antillanos: el campesino, el hombre americano de las ciudades del norte y del sur que ha venido a empantanarse. Todo morirá. Será, grandiosa y terrible la destrucción; pero todo morirá. La guerra ha sido ganada. Nuevos hombres serán más acometedores y los niños de hoy serán bestias en el mañana. El mundo se ha achicado y sobre todos los caminos que están enci-

ma del mar, de Panamá hasta Colón una sola corriente marinera se abrirá pasó a torrentes, con toda la osadía de los hombres muertos que todavía pululan en el vientre de los peces y en la boca de todos los caracoles, viajeros eternos de las orillas betuminosas.

Mar, el viento yodado que humedeces, alimenta en los tejidos pulmonares pestes conocidas e incurables. En las riberas calientes y profundas pulula el mosquito. Y el hombre muere joven, muere junto contigo y los entierran en el mismo lecho en que te acostarás tú. Y es por eso, mar, por lo que yo te voy a confiar el secreto mío y tuyo. No es sal lo que tus aguas contienen. Es vida. La vida eterna del hombre que se detiene junto a los muslos de la mujer. El hombre terco de mi sangre que se niega a morir en su lucha eterna contra ti, que le das la vida y humillación.

En esta tierra nada queda tan lejos de ti que pueda olvidarte, ni dejar de respirar tus sales. Adonde quiera que se alcen los ojos veremos tus lomos prolongados en línea azul horizontal... Mar..., tú has destruido la sangre de tus hijos. Le has llevado el ron que es la misma caña que tiene el amor salobre de la tierra adentro, en la sacarosa. Lo has apiñado y lo has dispersado. El corazón no lo tienes en el fondo de las piedras millonarias. Está más lejos. Mucho más lejos, en las cabezas de peces de los hombres que no han sabido equivocarse contigo. Pero pronto la columna enorme de la destrucción vendrá. Un grito de agua saldrá del fondo del Pacífico y los cuerpos de los peces besarán el cielo. Entonces las voluminosas planchas de hierro indestructible de las compuertas de Gatún, Pedro Miguel y Miraflores se vendrán abajo en el estruendo de tus olas aéreas. Los muros acamellados de las represas se romperán en millones de yardas de concreto y hierro. Los hombres morirán aplastados de agua y de calor. Y tú, entrarás a todas partes en torrentadas radiactivas, pidiendo la venganza que el mismo odio mío te pide. Y tú, negro mar, que eres *Silver Roll* porque eres negro y hablas caste-

llano, entrarás al comisariato de Balboa y te llevarás a dormir, junto conmigo y un marañonero a la rubia aquella gringa que me trató de su esclavo y que bebía agua de oro en restaurantes en los que éramos sirvientes. Culebra y Gatún serán cosas anchas y profundas y buzos avezados no alcanzarán tu dimensión. Ya no habrá más manglares en tus orillas, ni más cañones, ni más cantinas, ni más hombres rubios con el insulto asqueroso de su propia villanía. Sólo quedarás tú, reinando encima de las compuertas, encima de los muelles de Balboa y Cristóbal, encima de los mataderos y encima de la veleta de la *Administration Building*. Los peces de insospechadas irradiaciones entrarán, sin permiso, al departamento de máquinas a golosear picadillo de ojos azules. Y ya en tu seno no habrá praditos verdes con altos y corpulentos caobos pintados de cal. Ya en ti no habrá carreteras blancas y negras. Sólo tú reinarás con tus hijos muertos de hace muchos años. De ti al Pacífico y de ti al Atlántico se disolverán los rieles asesinos y los aeródromos militares.

Tú, mar, serás el dueño, y la sal de tu sangre disolverá la materia del pasado que irá a consolar los pies humedecidos de otros niños en arenales lejanos. Tú, mar, reinarás y altanero llevarás en tus hombros, los hombres disueltos en tus aguas, cargando nuevos barcos sin banderas, sin himnos nacionales, ni escudos, ni patrias, ni águilas solitarias. Tú, mar, reinarás. Reinarás.

93

—¿No se lo dije yo, amigo? En este país ninguno puede decir cuándo va a empezar a llover. Fíjese, vamos apenas por Milla Cuatro y está lloviendo cerrado —me dijo el conductor.

—¿Milla Cuatro? —indagué sorprendido—. No quiero ir más para allá. ¡No me lleve!

—Qué le pasa amigo, vamos para Río Hato, o es que está soñando.

JOAQUÍN BELEÑO C.

—Eso debe ser. Acabo de despertar de un sueño confuso e inexplicable. Estaba en las aguas del mar. A mil brazas de las corolas de los tanques del *fuel storage tanks*. Pero ya pasamos Milla Cuatro. Todo ha desaparecido bajo la selva replantada por los indios de René Conquista. Y desde ahora en adelante su recuerdo y el mío empiezan a marchar juntos disueltos en la afluencia marinera de todas las corrientes...

CAPÍTULO XIX

94

- B**uenos días, Conchita...
- ¿Je? ¿Vea usted...? Si es el Ramón. ¡Pero muchacho, qué amarillo que estás! ¿Qué te pasó?
- Enfermo, Conchita, enfermo. Casi me muero.
- Anjá, eso fue en la “bendita Zona”, ¿verdad?
- Sí. En el *dry dock*.
- Vea pues...
- ¿Y por acá qué hay? Veo mucho gringo, mucho movimiento de plata. Ahora hay más cantinas que casas. Hemos quedado igualito que en Panamá. Parece que hay mucho trabajo y mucha plata.
- Bastante sí que hubo. Pero ya los gringos están que botan a la gente. No quieren más trabajadores.
- ¿Sí? Cuénteme algo de los muchachos y de las muchachas...
- Pues verás... por allí andan esos condenados: los gringos detrás de las muchachas y los muchachos detrás de los gringos. ¿Estás viendo en qué estado hemos venido a quedar...?
- Permanecí callado. Recordé a Uba y a Lola. Por un recodo del pajonal se divisaban trechos ennegrecidos de la pista del aeropuerto que venía desde muy adentro de los potreros hasta orillar con la playa.

Al cabo de un rato volví a preguntar:

—Concha... ¿Y cómo acabó de morir tía Fina?

—Muy tranquila, parecía que se hubiera puesto a dormir, sólo que estaba más dormida que cuando cerraba los ojos. Murió serenamente, así tan tranquila y conforme como había vivido. Antes de morir me dijo que rezara por ti porque ella ya no podía y que desde el cielo se ocuparía de eso.

—Quizá fue ella la que no dejó que me matara.

—Eso creo. Parecía querer decirme que te necesitaba para que sirvieras para algo grande.

—Eso debe de ser. Es un milagro que no me haya muerto. ¡Ya! Me voy a visitar la tumba de tía Fina.

Conchita me dijo adiós desde el portal de la casa.

Tomé el nuevo sendero y llegué al cementerio. Era pleno mediodía. El sol golpeaba fuerte la losa de la tumba humilde y descuidada. La placa de cemento tenía un epitafio que leí con cuidado:

JOSEFINA DE ROQUEBERT
NACIÓ EN PANAMÁ, 1884
MURIÓ EN RÍO HATO, 1943

*Su padre, Porfirio de Roquebert espera que ella
interceda por su alma allá en el cielo, como él
intercedió por su honra acá en la tierra.*

Varias veces leí con detenimiento el epitafio que llevaba las huellas inconfundibles de mi abuelo y no llegué a comprenderlo. Tendría que hablar con don Porfirio para que me lo explicara.

En el cielo, volando en formación, una escuadrilla de aviones de caza plantinándose a intervalos, desgarraban el silencio azul y blanco del cementerio. Emergiendo de los pajonales vecinos, por un camino nuevo de penetración recién asfalta-

do, enderezaban a su vez docenas de camiones color de oliva, numerados en blanco con cifras de millones acompañadas de siglas militares. Venían repletos de soldados que brincaban a las sacudidas de los sólidos motores. Los guerreros en overol caqui-de-oliva y gorras de mecánico del mismo color, oteaban los llanos buscando el aletear de una falda para prorrumpir en gritos y alaridos de origen sexual. Era como si relincharan. Recordé entonces la profesora de biología y su teoría de la eugenesia. Según ella, regar miles de soldados blancos y rubios por los llanos del interior era una medida excelente porque entonces se mejoraría la raza. Recordando siento asco. Eugenesia... Eugenesia sin pan, con enfermedades, sin doctores, sin escuelas... Eugenesia de gringos, contribuyendo con su dinero a la prostitución y con ella la sífilis y la venérea. Eugenesia sin tierras propias, sin instrumentos de labranza; con gobernantes ladrones, con *Gold Roll* y *Silver Roll*. Eugenesia, falsa eugenesia, estúpida y humillante. Veía a la profesora en brazos de los gringos. Miles de gringos manoseándola. ¡Qué asco! La profesora estaba frente a 1a clase. Los dientes falsos brillando a la luz que entraba por sus espaldas en el tercer piso. Nos decía:

—Las razas tienen que mejorarse periódicamente porque si no se degeneran. No hay ningún peligro en que los gringos tengan hijos, todos los que quieran, con las mujeres del interior, de esa manera se mejora nuestra raza.

Chilo preguntó indignado a la profesora:

—¿Y quién les va a dar de comer a esos niños, quién los va a educar, a darles techo, escuela y ropa?

—¿Y a los hijos de los cholos, quién se lo da? —preguntó a su vez la profesora de biología.

—Entonces lo que usted quiere es que todos se mueran de hambre, además ¿esos niños serán gringos o panameños?

—Serán panameños.

—Lo mismo pueden ser gringos.

—Esto no es una clase de derecho civil, estamos razonando científicamente, usted sabe que ningún soldado reconocería como hijo suyo a un mulato con el pelo fulo.

—Pero los Estados Unidos sí los reconocerá para que vayan a matarse en otra guerra. ¡Profesora, esto es criminal!

—Pero necesario. La historia es el resultado de las conquistas a sangre y fuego, pero no por eso la humanidad ha dejado de progresar.

—Usted es nazi, cree en las razas superiores y no le importa el dolor de sus compatriotas, los cholos.

—Usted lo que es, es un patriotero, tiene que creer en la ciencia.

—¿Usted por qué no se prodiga a los gringos para mejorar la raza, si cree que nuestra sangre es inferior?

—¡Se larga de la clase! ¡Atrevido! ¡Insolente! ¡Tiene un domingo de arresto por abusivo!

Chilo no quiso salir de esa manera. Todavía en la puerta del salón se detuvo y le dirigió esta última frase:

—Para usted, las mujeres del interior son unas vacas. Los campamentos militares del interior serán puesto de monta para mejorar la raza, como se mejora la raza de los cerdos y el ganado. Ésto es indigno de proponerlo siquiera. ¡Usted es la inmoral!

—¡Se larga...!

Con el pretexto de ir a tomar agua, abandoné la clase y me reuní con Chilo.

95

Soldados: rubios, norteamericanos. Soldados en Chorrera. Campamentos y soldados en Chame. Enormes aeropuertos. Ofende el cono de sus torres de tanques con agua. Las cercas color de oliva. Aviones y hombres reventándose en rojo y hemoglobina. Sus largas casetas de madera y techo asfaltado. Están en todos lados. Se presienten dentro de la montaña, en fosos

de sacos de arena al pie de la ametralladora. Junto al cañón antiaéreo. Y entonces Río Hato.

Por todos lados chalets de norteamericanos. El Casino y La Venta, parecen manzanas de Ancón y Balboa que han sido trasladadas a Río Hato. Las mismas casas, la misma cruel dedicación a urbanizar, y rasurar el césped hasta la exageración. En todas partes gringos, gringos y gringos. Soldados rojos y soldados blancos. Su bandera de barras y estrellas ondea en todos sus cuarteles. El campesino absorto la ve ondear, avergonzado y temeroso. Pero cuando los soldados violan sus mujeres, madres e hijas, entonces los odia. Gana su plata, cobra sus jornales; pero los odia. No los puede perdonar. Se sabe que algunos soldados han desaparecido. No son desertores. Sus huesos duermen el sueño del olvido por las matas desconocidas de los llanos. Soldados que fueron lampareados cuando se dedicaban a la caza de la mujer. Fue la venganza. Bárbara, cruel y primitiva. Pero venganza al fin.

Y lo que fue la finca y lo que fue el potrero, y lo que tuvo recuerdos, vida y añoranzas, está hoy sepulto por una placa de hormigón recubierta de alquitrán. ¡Stop! ¡No pases, hermano! El fusil al hombro, el gringo altanero. Brazos de madera, negros y blancos, ordenan al conductor detener la marcha. Se divisan las casas de los soldados. Los cónicos tanques de agua platinándose al sol. Enormes bombarderos rugen cerca, a la orilla de la carretera. Más adelante aviones de caza, enanos y perseguidores. Y la enorme cinta de hierro y cemento que viene bajando desde los llanos que se unen con el horizonte de la montaña y se pierde en la misma playa. Ondea la bandera de los Estados Unidos en todos lados. Se combinan aviones y camiones, grúas, tractores, trailers, camiones-tanques, casas de techo plano, campamentos que se blanquean al sol de la tarde. Es Río Hato, río negro de hormigón que baja de la montaña y se introduce en el mar. Es una bayoneta clavada en pleno corazón de América Latina. Día y noche rugen los aviones aterrizando y despegan-

do. De noche se divisan las columnas verdes de las señales. Es el poderío de los gringos. Todo ha cambiado. La tierra no ilumina ya como antes. Ellos la han destruido. Atilas constructores de Río Negro para los aviones que irán a defender el canal de un ataque alevoso y que a su vez les servirá para sentar su enorme poderío y su dominación mundial.

En todos lados están los gringos. Están en San Miguel, Islas de San José, Mandinga, David. Están en los llanos de Los Santos y Santa María, Calzada Larga. En todas partes levantan aeropuertos y se dedican a buscar hombres que les sirvan de obreros y mujeres para su consuelo. En todas partes del país se encuentran. Por todos los campos se oye su lengua bárbara. Imponen su *Gold Roll* y su *Silver Roll*. La raza sajona superior a la raza latina, negra e india. No se dan reposo. Están hechos dueños y señores del país. Río Hato es una nueva Zona del Canal.

96

Camino de Poro-Poro. Montaña adentro, rumbo al caserío de La Quemada donde tiene su finca mi abuelo. De pronto. ¡Stop! ¡No pases, hermano, no pases! El *tomy-gun* en los brazos como un nene mortífero. Camino de la montaña que fue amiga. ¡No pases hermano! ¡Stop! El soldado candoroso y bárbaro me mira indeciso. No es su tierra. Es mi tierra. Pero hay una guerra. ¡Stop! Si doy un paso moriré lleno de plomo como Félix Urriola, en Paja. Detengo la mula. Me doy cuenta que estoy invadiendo una reserva militar. El uniforme de arabescos verdes oculta hombre y paisaje. El casco militar y la malla contra mosquitos parecen sacudirse en el viento. Muy cerca debe estar un retén con su cañón antiaéreo y su respectivo nido de ametralladoras. Camuflageada entre el monte, se encuentra la caseta de madera y tela metálica. Decido retornar por el mismo sendero para dar un rodeo por el camino de Frijoles. No le digo una palabra al

soldado que se percata que no parezco campesino y que visto como gente de la ciudad. No bien me alejo cuando me llama:

—*Hei! You get cigarrate...*

—*Yea!*

—*Let me smoke.*

De mi paquete encendemos en el mismo encendedor. Nuestros ojos, en plena selva se iluminan. A él sus ojos de sajón, a mí la luz de mestizos. Nos despedimos.

—*O.K. Joe... Keep smiling...*

—*Take it easy, Joe.*

Tenía la sensación de que el soldado con su sonrisa ingenua y candorosa de colegial, me apuntaba con su rifle automático en las espaldas.

97

A los cabeceos de la mula llegué a las primeras cabezas de agua. Una casa en el camino a Frijoles, la otra a quinientos metros más adelante. Una loma. Un llanto de niño. Pucundum-pucundum. Un pilón repica. En la cresta de la loma otra casa. Chozas todas. Ranchos colgados. Cabezas de agua se interponen entre los predios. No hay más de doce casas repartidas en su enorme hectareaje. Es el caserío de la Quemada. Voy trotando, voy trotando hacia una casa de mejor aspecto que todas las demás. Tiene paredes de quincha y un viejo zinc oxidado le da distinción entre las otras que se confunden en la distancia.

—¡Tata! ¡Tata!

Nada, silencio. Hay un silencio de tierra quemada. Comprendo que mi abuelo debe estar lejos; pero me equivoco. Una magra figura, barbuda y esquelética se desliza de una hamaca que pende de dos horcones. Se apoya temblando en uno de ellos y endereza su mirada hasta mí. Quedo sobrecogido de espanto. Es mi tata. Vencido de los años con sus ojillos remontados en una selva de barbas y cabellos blancos.

—¡Tata!....

Aún no me contesta. No atina a decir palabra. El timbre de mi voz, el maleficio de mi figura amarillecida de una prolongada convalecencia, le hiere tanto como a mí la suya. Al fin como comiéndose sus palabras atestigua:

—¡Monchi! ¡Mi Ramón! Ven acá pedazo de muchacho, abrázame antes de que muera.

Nos abrazamos con un afecto largo tiempo frustrado. No lo palpo dentro de sus ropas casi podridas. Me tantea él a su vez. Mi presencia lo reconforta. Sus ojillos se iluminan y haciendo esfuerzos para que el cuerpo no le tiemble, me lleva del brazo a la cocina para darme café frío. Sentándonos en sendos taburetes, recojo de sus labios algo nuevo.

Así le pregunté:

—Bueno, don Porfirio, ¿y qué hay de nuevo por acá?

—Tú no tienes derecho a preguntar eso si tienes ojos para ver lo que está pasando. Los estúpidos quieren ser gringos, los inteligentes prefieren aprender inglés.

Disuelvo en silencio la sentencia de mi abuelo. Así viejo y decrepito lo admiro. Jamás ha dejado de ser severo. Cáustico en el hablar y condenar. Su odio a los gringos está en su sangre. Él los conoce y los desprecia. Cambiando de conversación le digo:

—Ayer estuve en el pueblo, dormí donde Concha y también visité a la tumba de tía Fina.

—Fina no quiso mirarme antes de morir. ¡Allá ella! Que Dios en gloria la tenga. Pero a mí no me importa. Si tuviera que hacer lo que hice, lo hacía de nuevo.

—¿Y se puede saber qué fue lo que le hizo a tía Fina?

—¡Ah, no! Ésa es una historia muy corta y largamente triste. ¿Para qué recordar si el silencio del tiempo tiene las yerbas más altas que la tumba de Fina...?

—Quién sabe...

—¡No es quién sabe! Yo lo sé. Eso ya pasó. ¡Y pasó, pues!

—¿Pero qué es eso que pasó, abuelo?

—¡Nada!

—Está bien, tata. Sabe que me intrigó mucho el epitafio de la tumba de tía Fina. Eso no pudo haberlo escrito otro que no fuera usted.

—Más bruto pareces entre más inteligente aparentes. Está de más decir una cosa que todo el que me conozca tiene que saber que es obra mía...

—Está bien, tata, pero eso qué significa, porque indudablemente quiere decir algo que no sabemos y tú, no queriendo que se sepa, te enorgulleces de demostrar que sucedió...

—Esto que acabas de decir parece algo que se puede oír. De algo te sirvió la escuela y el aguardiente que te has metido entre pecho y espalda allá en Panamá...

—Usted goza en ofender.

—¡Eso es verdad! Por eso es que por aquí me tienen miedo. A los hombres hay que tratarlos como perros y entonces se encuentran a sus anchas. Hay que tratarlos a patadas y gritarles como hacen los gringos: “God damn’t go to hell.” Entonces tiemblan y están felices. Esto le duele al que no tiene amo. Pero el que no tiene, está feliz porque ha encontrado el suyo.

—Entonces usted cree que los panameños que protestan en la Zona por los insultos es que tienen amo.

—¡Sí! Es cierto, los que no tienen se encuentran a sus anchas.

—Cuando yo recién entré a Milla Cuatro me era indiferente insultar y humillar a mis trabajadores.

—Entonces eras libre.

—Ha debido ser así, aunque mis insultos eran los de Kupka el gringo capataz.

—Sí, porque tú podías entonces gritarle a todo el mundo cuando te diera tu gana, creyendo que eso no hacía sufrir ni gozar a los hombres.

—No entiendo, abuelo...

—Entonces tienes que volver de nuevo a graduarte...

—Una gran idea, abuelo. Pero he regresado a quedarme con usted. Está solo.

—Tienes que volver a ingresar al primer año de la escuela porque no has aprendido nada, pedazo de estúpido.

—Por favor, tata, no ofenda. Usted vive amargado. Ve fantasmas en todos lados. Todo el mundo es su enemigo.

—Los gringos son mis únicos enemigos. Yo los conozco. Estos ojos que se han de comer los gusanos saben cómo hacen ellos. Por aquí andan levantándole las faldas a todas las mujeres. ¿No has visto tú un poco de mujeres prietas, cargando niños más rubios que tú...?

—Eso es la guerra.

—Eso, ¡son los gringos! La guerra mata, no preña a las mujeres.

98

La tarde se prolonga. A lo lejos, como un insondable telón azul, el mar cuelga a la altura de las montañas. Divisamos el aeropuerto militar de Río Hato y el de Las Guabas. Sus edificios y sus hangares, como semituberías enterradas. La cinta de carretera que serpea orillando la mar. El pueblo de Río Hato enciende luces. Diviso la nueva y enorme lavandería que tiene el contrato de los uniformes de los soldados. Es una lavandería más grande que la escuela primaria más grande del interior. El sol se ha ocultado por los hombros de la cordillera. Todo está iluminado por una claridad de retirada solar. Un azul de cielo y un azul verde mar reflejan nuestro portal de paz crepuscular, que en haciéndose de noche, se va dorando en nácar hasta tornarse morada.

Don Porfirio me enfila su palabra:

—Estaba bien el epitafio, ¿verdad? —indaga orgulloso.

Con la cabeza, asiento, comprendiendo que quiere revelarme el secreto. Para ayudarle le indico:

—Los viejos deben confiar en sus hijos porque son los únicos que pueden guardarles sus secretos.

—¡Y tú crees que nunca divulgarás lo que te diré!

—Si usted quiere que se lo prometa, sí. Pero todo lo que se dice es para que se repita más adelante.

—Bueno, a mí no me importa, yo me voy a morir. No eres tú el que me va a juzgar y tampoco serán los hombres, sino ése que allá arriba está con su par de ojos, viendo lo bueno y lo malo que hacemos acá abajo.

—¡Anjá!

—¡Mira, Ramón! ¡Yo soy un hombre! ¡Yo fui un hombre derecho! Mis padres murieron como buenos franceses en esta tierra que te vio nacer. Yo soy dinamitero. Yo soy barrenero. Mi nombre ya se lo sabía esta tierra antes de que tú nacieras y antes de que los gringos asomaran sus narices por aquí. Yo sé de la bullaranga de los trenes cruzando el Paso de la Muerte en Emperador. Mis manos conocieron el temple de los hombres de acero. Trabajé para los franceses y trabajé para los gringos. Nosotros creíamos en el hombre. Los gringos trajeron su *Gold Roll*. Nosotros sobre todas las cosas sabíamos que teníamos derecho a ser libres. Ellos dijeron que los demás son sus esclavos a sueldo. Ésta es la diferencia. Yo nunca me entregué a ellos. Yo tenía mi amo que es la Francia inmortal. Por eso sus gritos, sus insultos y su dinero, me ofenden. Yo los odio porque ellos han hecho de esta tierra, una tierra corrompida.

Me doy cuenta que he envejecido entre la algarabía de un nido de dólares. Yo quise atrapar ese dinero y me ganó esa misteriosa afición al juego, al licor. ¿Qué podía hacer? Durante la primera guerra mundial trabajé de peón en el muelle 19. Llegaban barcos día y noche. Trabajé como bestia al lado de culíes, indios de San Blas, chombos y latinos. Trabajábamos 16 horas diarias. Gané mucha plata. Me volví judío. Economicé hasta sentirme propietario. El ítalo-yanqui que dirigía los trabajos de los estibadores se hizo amigo mío y me dio el oficio de canta-

marca, trabajo más suave; pero más responsable. Día tras día, noche tras noche, descargábamos alfalfa, avena, para las mulas y bestias del ejército; cemento, madera, medicinas, comida, ropas. Era inacabable lo que necesitaban los campamentos de la Zona. Cuando reuní la plata suficiente, huí de Panamá y vine con mis hijas a vivir a Río Hato. No quise saber más de esos gringos insolentes.

—No hable así de ellos, abuelo; de todas maneras son hombres con nuestros vicios y nuestras virtudes.

—El gringo no tiene virtudes. Para vivir bien esclaviza y envicia a los demás.

—Los hay buenos y malos.

—Defiéndelos, Ramón. Algún día te encontrarás sin patria y te arrepentirás de no haber seguido mis consejos.

—¿Y cuál es ese consejo...?

—Mi consejo es pelear. Luchar por ser cada día más libre. No ser nunca gringo. No mezclarse con los gringos. No pedirle hijos. Ser libres antes que nada.

Yo soy libre —prosigue mi abuelo—. Yo he sido libre. He de morir libremente. Mi vida no le cuesta un centavo a nadie. Pero mi vida es mi vida. Mi hambre es mi hambre y mi pan es mi pan. No tengo que mendigar favores de un comisariato a otro. Soy libre. Odio a los gringos porque ellos tratan de humillar a todo cuanto ayudan. Ellos saben reír y saben dominar. Entonces se hacen dueños de todo cuanto quieren. Yo he visto morir a los hombres como arrieras en Culebra. He visto la tierra vengarse, sepultando a latinos, españoles, chombos, culíes y gringos. Ellos con sus grúas sacaron la tierra de Culebra. Pero la tierra que las barcazas se han llevado tiene el residuo de la sangre de todos los hombres. Ellos dicen que el canal es de ellos. Pero mienten porque allí trabajamos todos los hombres de la tierra; vinimos de Europa, de África, de Asia, y de América. Ellos terminaron una obra más grande que el siglo que la vio nacer. Pero los gringos se han apoderado de esa

obra y ellos exclusivamente pretenden ser los dueños absolutos. Y fue por eso por lo que lo maté.

—¿A quién, abuelo...?

—¡Al gringo!

—¿A qué gringo...?

—Al de Fina. ¡Como lo oyes!

99

—En Peña Prieta hacía tres días y tres noches que llovía de macizo. Una sombra de neblina y agua cubría la montaña. El tren Panamá-Aspinwall había dejado de funcionar: derrumbes en las líneas lo impedían. Desde la loma, sentíamos bramar al Chagres. Macho ese río, ¿sabes? ¡Quisiera verlo de nuevo! Sus aguas unas veces medio negras, otras veces coloradas de aguaceros. Era un río revolucionario; cuando se encabritaba se llevaba todo lo que tenía por delante: hombres, bestias, gallinas, casas, ranchos. Sin embargo, era apacible como una señorita en el verano. Ni se le oía cuando uno le empujaba el remo... Todo eso ha cambiado. Lo han deformado. Es lo mismo que los gringos han hecho con los panameños, los han engrandecido para su provecho y para su servicio. Los han estancado y los han deteriorado. Como te contaba... Llovía ese mes, de macizo. Apenas comenzaban los trabajos del Canal del Gringo. Por allí andaban matando mosquitos día y noche. Eran cuadrillas enteras las que perseguían los bichos. Se metían en todos lados. Botaban el agua que había para beber, para fregar y para cocinar. Y lo mismo que los gringos de ahora, andaban detrás de los mosquitos como detrás de nuestras mujeres. Pero en ese tiempo, todavía eran más respetuosos. ¡Ya no! Ahora las mujeres latinas son un trapo para ellos. Desde la loma de la casa que tenía en Boyo-Soldado, dejaba que todo concluyera. El agua, la crecida del Chagres, las horas y me entretenía con algunos recuerdos que están de más contárselos aquí.

Entonces llegó el gringo puñetero. George Pickard. Me aprendí muy bien su nombre porque es el hombre que recuerdo. Por otra parte, yo no creo en el refrán ese que dice “que el que a hierro mata a hierro muere”. Yo maté y porque maté en mi ley, Dios me ha dado vida para que me dé cuenta cada día que hice lo mejor que un hombre puede hacer.

Yo sé hablar esa guara-guara que los gringos dicen que es su idioma y yo digo que es inglés. Tía Fina estaba entonces de trece años. Un pedazo de chiquilla que era entonces la Fina. Alegre, más alegre que sus cabellos cuando se alegraban con el brillo del sol. Despreocupada como todos nosotros que vivimos la exuberancia tropical. Esa alegría de dejar transcurrir las horas, contemplando las cosas por el placer de saber que ellas existen... Como decía, llegó Pickard. Como era natural, lo atendimos. Le brindamos nuestro vino. En ese tiempo, ningún hombre que se respetara comía sin tener una botella de buen vino. Para decirte verdad, el muchacho era simpático como lo son muchos de ellos. Y cuando me avivé, lo sorprendí enamorando a Fina. Yo se lo soporté. Nada más le llamé la atención.

Pasó la lluvia. Brilló el sol. Pickard se despidió. Y pasó el tiempo con la misma rutina que el tren Panamá-Aspinwall. Una noche regresaba yo de una visita, cuando sorprendí a la Fina conversando con un hombre. No pude distinguirlo, aunque sospeché inmediatamente que era el gringo desgraciado que se quería aprovechar de la muchacha porque estaba chiquilla. Pero ésa no fue la única vez. Mi mujer, que Dios en gloria la tenga, también los sorprendió. La muchacha fue languideciendo. Se veía que estaba sufriendo; pero, a la verdad, que ella no era mujer y lo que hacía era ilícito. Una vez se dieron una escapada. Entonces decidí hacer lo que debía hacer. Le corté los cabellos, bellos los cabellos de Serafina, y la afeitó con una navaja. Es lo único que me ha dolido en esta vida. El cabello es como las hojas para los árboles; cuando se destruyen queda la mujer como esos rosales que han sido

trasquilados por la arriera. Ya te puedes imaginar cómo dejaría verse Fina.

”Pero el tiempo pasa, sin hacer ruido, y de la misma manera crece el cabello, como la hierba, sin hacerse notar, haciendo bulto. Entonces fue cuando los sorprendí. Al pie de un barrigón que posteaba en dos el camino, los sorprendí. Se ponían de acuerdo para escaparse esa misma noche... Entonces decidí hacer lo que hice... Ella lo esperaría allí, al pie del barrigón a las seis de la tarde, y se escaparían en el último tren que corría a Aspinwall. Los dejé tranquilo y esperé la noche. Desde las cinco de la tarde empezó a llover cerrado. Por un recodo que él tenía que cruzar, lo esperé. Se sorprendió. Quiso darme explicaciones. Pero yo no le hice caso. Con estas manos que se han de comer los gusanos le apreté el cuello. Estuvimos forcejeando, chapaleando lodo durante largo rato. Era duro y violento. Comprendió que ya no existía alternativa. ¡O él o yo! No sé cuánto tiempo estuvimos rugiendo de ira y barro. Entonces logré sostenerle la cara contra el barrizal aguado que había formado nuestra disputa a muerte, y, lentamente, fue dejando de forcejear. Recuerdo que un relámpago me iluminó como si la Divina Providencia hubiera aplaudido mi hazaña. Largo tiempo permanecí resoplando mi

la eché al bolsillo y sin preocuparme ya de Fina, entré a mi casa y en secándome me acosté, mientras mi mujer cohibida se desesperaba porque ella no había aparecido desde por la tarde...

—Sabe, tata —le dije a mi abuelo—, que no le creo esas mentiras. Usted no ha podido hacer eso...

—Quizá sean mentiras, pero hay verdades olvidadas por los jóvenes. Se pierden en el tiempo y las ignoran. ¿Quién se acuerda ya de Boyo-Soldado en Panamá? ¡Ninguno! ¿Por qué? Porque Boyo-Soldado, como Frijoles, como Bajo-Obispo están perdidos debajo del agua. Debajo de las aguas del Chagres que también se ha llevado al mar muchas historias que no saben los muchachos de ahora...

—Sostengo que todo eso es mentira.

—¡Sí, es mentira...! Pero si buscas mañana entre los cajones viejos que hay al pie de mi cama, quizá encuentres una cartera negra que tiene el lodo de la tierra de Peña Prieta...

100

Aquella noche dormí al lado de un muerto. Mi abuelo, Don Porfirio de Roquebert, amaneció helado.

La muerte cerró sus ojos para siempre. Y su partida ha dejado un boquete abierto en mi conciencia por donde se escurre la brisa del pasado.

CAPÍTULO XX

101

• Oh, dioses de la esperanza y de la soledad, vengan a socorrerme! Yo quiero pernoctar en el vivac de los que aman y son correspondidos. Quiero escuchar la voz de los peregrin-

sol y mañana. Y yo estoy solo. Horriblemente solo. Mi vida está sin rumbo, sin fuerzas y sin esperanza. No sé qué hacer. Adónde ir. Quién ser. Para qué vivir. Por qué sufrir. La hembra me huele a dólares, todo me huele a dólares, a soldados y a gringos. Todo me hiede a guerra. ¡Oh, dioses del amor, recojan este cuerpo y envuélvanlo en la tierra, acaricien sus recuerdos y endulcen mis sentimientos porque estoy errante como azogue en tubo de ensayo! No quiero asomarme a los hombres para mirar abajo. No quiero ver Río Hato con sus columnas de gringos, no quiero ver estos pueblos llenos de cantinas, traganíqueles y mujeres cambiando su carne por dólares. ¡Oh, diosas de la inutilidad, acompañenme para descubrir el secreto de lo inútil, de lo que no razona, de lo que no brota! Yo estoy a vuestros pies fatigado y no alcan ni cabeza ni soplan en mi entendimiento.

Donde busqué una mujer me besó una prostituta, donde un trabajador, el asalariado, donde un hombre, el esclavo, donde un compañero, el ladrón, donde el hermano, un extranjero. Todo está viciado de la mano asquerosa de la guerra. Ellos han molido las arenas del mar, hasta triturar las notas de las tradiciones. Todo está en manos de ellos. Me siento impotente, pequeño, insignificante. Soy como esas gotas de sereno que brillan lujuriosas a la luz de la luna, y verde se evaporan cuando el beso del sol creador acaricia el surco de la hoja. ¡Oh, diosas de la paz, heme aquí vencido y aturdido de desesperanza! No quiero compartir las brumosas soledades que estoy contemplando por dentro de mí mismo; pero quiero que este mensaje vaya saltando de camión en camión, de tanque en tanque, de furgón en furgón, de martillo en martillo y de chapa en chapa. ¡Oh, dicha la de poder ser libre! ¡Oh, canción universal de voltear el alma de la nada y llegar al infinito ¡Oh, alegría de ser un ser! De llegar a un rincón, de ser libre por encima de la destrucción de la guerra. ¡Oh, pecadora tentación del dólar, que emborrachas con tu miseria y tu espejismo! ¡Oh, repugnante creación la de crear bienes para la destrucción! ¡Oh, rectores intolerantes de la

Zona del Canal, ustedes verán esta tierra como se ve al Chagres cuando se platinan las nubes sobre las cumbres! Habrá que nacer de nuevo. Regatear la fe a los cobardes, darle valor al humillado, darle patria al apátrida, darle de comer a los hambrientos, darle tierra a los desheredados, darle fuerza a los cansados...

102

Con la bocona de balso asida del cuello, se aleja Honorio. Las cuerdas de tripa de vaca ya dejaron de sonar. Una cruz de guásimo señala la tumba de mi abuelo. Me despido de todos los campesinos.

—Resignación, hijo mío.

—Gracias.

No atino a decir otra cosa.

No comprendo quién soy. Saltando sólo unas millas, cambio del mundo de la técnica y la humillación, al campo de la sencillez y la angustia. Todos han querido ayudarme. Saben que estoy solo. Me tienden su mano agricultora para mi sosiego. Algún día tendré que hacer algo por ellos. Las camisas blancas se dispersan a medida que me acerco a la casa de quincha. En el portal de la casa me acabo de despedir.

—Adiós, señores. Regresaré inmediatamente a Río Hato.

—Bueno, hijo; no se olvide las misas. Acá le haremos los rezos, no descuide la misa que acá no hay curas...

El silencio me circuye. Luego escucho su voz:

—...al pie de mi cama, quizá encuentres una cartera negra que tiene el lodo de la tierra de Peña Prieta...

Emperador Camp.....1908

*Mrs. Elisabeth Pickard,
South Harding, Virginia
U. S. A.*

Dear Mother:

I don't know what's happened to me but lately I've stopped thinking about all the things that used to be near and dear to me. All this broken country and endless rain and thunder seems to have overcome me. All nature here conspires to drive white men crazy but we must fight against the tropics and win out over them to prove that we really are the masters of the situation. Now I want to tell you that I plan to get married to a Panamanian girl. I know you're going to think I've gone completely out of my head, but that's the way it is.

If you go and tell everybody about that I've decided to do, they are all going to think I'm marrying a colored girl. We used to think that all the girls here were colored. But this girl is Latin. She is as white as any girl who is out in the sun every day. She is little more than a child, really. But I'm almost out of my head and need somebody to straighten me out, and I really think she's just what the doctor ordered.

Don't say anything to Ellen. I don't want her to know that I'm marrying a girl from here. She couldn't stand that. She couldn't forgive me having her up for a girl she couldn't in any way consider my equal. I couldn't make Ellen understand that this girl isn't colored, that she is a Latin but not colored. I know you'll feel pretty much the same way and that you'll forgive me only because I'm your son and love you and you love me. If you were here going crazy, hopping from swamp to swamp, chasing or running away from insects hiking all over the place, pushing a crew of

lasy natives who laugh about protecting our water supply then you'd understand why I need a woman —any woman even one who is not my equal as far as rose or language is concerned. I hope you will understand what I'm trying to say in this letter. By the time you get this you'll have a new daughter and if you still consider me your son you'll see her some day if I'm not dead before converting this hell into a garden that belongs to us. I trust you'll forgive and understand and say nothing to anybody about this, because I have made up my mind and won't change it.

Your loving son,

GEORGE¹

104

Leo la carta frente al pequeño espejo que servía a mi abuelo de confidente. Palidezco de cólera y de sentimiento. Esa carta es la humillación más grande que yo he sentido en mi vida. Dura, cínica, cruel, despectiva, hiriente y humillante. No hay una frase en que aparezca el hombre enamorado de la mujer. En todos lados brota el sexo, la necesidad y la superioridad. Y aún esa fórmula de dejar una novia a la espera, ocultándole la verdad de su nueva vida, como si él, cualquier día, se dispusiera regresar para reasumir su obligación de comprometido... era algo veladamente humillador.

Todavía, pensando en lo que decía a través del tiempo ese papel, cuyas letras desteñidas marcan con toda severidad las ideas de un gringo, rebusco en la cartera y encuentro doce monedas de oro de cinco y diez dólares y una carta de su madre que no tengo el coraje de leer.

No lo pienso más. Reúno todo lo que es de madera encima del camastro del abuelo. Cólera fría y negra me posee. Todo cuanto encuentro a mano lo voy acumulando encima del lecho

¹ Véase traducción al final del libro.

de la muerte. Cuidadosamente coloco sobre la pila de madera la cartera negra con sus cartas y sus monedas de oro que hace treinta y seis años debieron servir para avergonzar a tía Fina. Salto a la cocina, y, en apoderándome de la botella de querosín, la despedazo contra los muebles que se pringan de petróleo. Entonces con el mismo encendedor (Made in USA) con el que había encendido el cigarrillo del soldado, en plena montaña, le prendo fuego a la madera que arde como yerba seca de Milla Cuatro.

La ola de fuego sube en contorsión de papagayo. Lamen las paredes de las cosas y regresan traqueando. Se oye el crujido de las fibras que se deshidratan y, como enloquecida, la materia en chorros de candela. Pronto toda la habitación se llena de humo y fuego. Impávido veo arder todo. La energía del fuego levanta algunos pliegos de la carta de Pickard y en revuelo de hojas, desaparecen para siempre del marco de las cosas que tienen forma y apariencia. El fuego recorre la casa, se detiene en gotas de oro derretido y con la fuerza de abajo, asciende incendiando los horcones, las vigas de guayacán, los pares del techo, las paredes de caña brava. Fríamente entre la candelada, insensible a todo, contemplo la escena final. Antes de retirarme me dirijo a Dios en una oración que el recuerdo me ha perdonado.

“Señor Dios que estás aquí conmigo y que no necesitas saber las cosas que yo te pueda explicar, hazme ver las cosas con la luz de tu entendimiento y dame fuerza para cruzar toda esa misteriosa decadencia de mi vida y de los que conmigo sufren. Tú has visto la injusticia y sabes de su venganza. Yo quiero agradecerle que me indique el rumbo que debe seguir un hombre para ser libre y feliz. Acepta esta ofrenda en donde quemo el crimen y la humillación. Perdona a todos los hombres que como yo, han sufrido y no encuentran su camino. Dame un poco de esa visión para comprender el mundo en que vivo. Para ser yo mismo y para lograr que los demás sean iguales a mí. Así sea”.

Todavía me detengo en la puerta. Ya la casa entera arde. Brilla el sol de la tarde, y llénase de humo todo el caserío. Desde

LUNA VERDE

lejos algunos hombres señalan la casa del abuelo. Me señalan a mí que ensillo la espantada mula al pie de la traquera...

Cuando los primeros avisados llegaron a la pira de pasión, tisonos y humo, yo corría el camino de Frijoles con los ojos encendidos de la destrucción.

CAPÍTULO XXI

105

De amarillo y de verde la cantina. Tres grandes discos de granito exponen escenas lascivas y paganas de la Grecia antigua. Una colección de caricaturas en cuadros a colores, ridiculizando al eje Roma-Berlín-Tokio y ensalzando a Stalin, Roosevelt y Churchill, pende alrededor de todo el salón verde y amarillo.

La mitad de la cantina de verde; la otra de amarillo. Cada mesa, cada silla, el mostrador, están simétricamente pintados de verde y amarillo. Aun los mismos vasos y su cubierta de fibras protectoras están simétricamente esmaltados de amarillo y verde.

Estamos en la cantina *Las Palmeras Mágicas*.

El servicio esmerado está unido al aire acondicionado y la cerveza bien fría. Todo cuanto se puede repetir en la propaganda mundanal. Se omite al aventurero que en la maleta de comerciante se acerca respetuosamente a vender cocaína. Ni las prostitutas que beben cerveza, a la espera del rojo sajón que le pagará el cuarto y lo demás.

Son trigueñas de pelo liso y enrubecido con oxígeno; alternan entre ellas, mujeres sajonas y latinas, esposas de empleados civiles y militares de la Zona del Canal.

Rodrigo y yo somos los únicos panameños de la cantina. El resto de la clientela es norteamericana. Nos sentimos fuera de

ambiente en nuestra propia tierra. No estamos acostumbrados al despliegue de comodidad, confort y atención en el vicio.

—¿Qué te parece la universidad? —le pregunto a Rodrigo.

—Todavía no te puedo decir... Apenas estoy comenzando. Lo que sí te puedo asegurar es que me siento extraño después de estos años de ausencia, en los que yo perdí todo contacto conmigo mismo y con las cosas que más se deben respetar.

—¿Se puede saber qué es lo que más se debe respetar? —interpelo a Rodrigo.

—Lo que más debemos respetar es el privilegio de haber nacido panameños. No es curioso que el mundo tenga millones de habitantes y que aquí donde no hay medio millón yo sea precisamente uno de ellos. ¿No te parece una honrosa coincidencia que todavía seamos latinos? Todo está contra nosotros. La geografía. Millones de dólares, miles de antillanos que piensan y sienten con las ideas y los sentimientos de las revistas norteamericanas que leen. Miles de gringos que se apoderan de nuestras mujeres seducidas por su uniforme, su comisariato y sus dólares. Millones de palabras sajonas tenemos que repetir diariamente. Vivimos comiendo cerros de artículos enlatados que vienen envueltos en literatura inglesa. Pareciera que aquí todo fuera de ellos. Pero cada día me siento más orgulloso de no haber nacido gringo y de poder luchar contra ellos con la inteligencia y con mis puños si se ofrece la ocasión. Podría decir como el griego: Doy gracias a Dios haber nacido latino y no gringo...

—Pero es que no todos los gringos son malos —insisto.

—Para ser panameño no hay término medio. ¡O eres o no eres panameño!

—Hombre, yo no sé. Nosotros les debemos muchos favores a ellos...

—Estás equivocado. Son ellos los que nos deben todos los favores a nosotros. Si erradicaron la malaria, la fiebre amarilla y mantienen una sanidad no es por nosotros, es por ellos. Saben muy bien que para las enfermedades transmisibles no hay *Gold*

Roll ni Silver Roll. No te dejes seducir de los gringos que te pelan el diente con una sonrisa. Ésos son los peores. Son los peores, porque ni siquiera dejan que seas rebelde. Te hacen perder la voluntad. Ésa es la política del dólar que es peor que la del garrote.

—Así es que tú prefieres la violencia.

—¡Lógico! La política del dólar corrompe. Nos pasa entonces como a los machiguas que llegan de San Blas a ser sirvientes en las casas de los gringos zoneítas. Adoran a sus amos y se creen gringos porque hablan inglés. Para ellos Panamá y soberanía no tienen ningún significado. En eso se parecen a Maquiavelo: patria es el lugar donde se vive bien.

—Antes de morir me dijo mi abuelo que en Panamá los estúpidos querían ser gringos y los inteligentes querían aprender inglés. Ahora me parece comprenderlo mejor. Acaso, intuyendo, quiso significar que debíamos aprender su técnica, sus adelantos, su mejor cultura, sus hombres de paz y desechar sus aberraciones de gringos. Es decir, que no debíamos ser gringos patanes y humilladores con su *Gold y Silver Roll*. Y comprendo mejor esto cuando me dijo que los únicos que se ofendían en la Zona eran los que ya tenían amo. El que se siente panameño y se sabe dependiente de un estado, tiene un amo y sólo acepta ser ultrajado por ese único amo... Es curioso. Lo entiendo claramente, ahora. Es por eso por lo que la mayoría de los criollos jamaicanos no sienten la ofensa capataz...

—¡Esa es la verdad!

—Si ésa es la verdad, qué es lo que debemos de hacer. Desde la universidad no podemos reformar todo esto.

—Al contrario. Te equivocas. Sólo la universidad, digo mal... sólo la escuela puede salvarnos de la conquista sajona. Por allí andan los pedagogos dando tumbos, a diestro y siniestro, para orientar la escuela. ¿Y qué consiguen? ¡Nada! Es una escuela para genios nada más. No una escuela para hombres libres. Aquí en Panamá, la escuela sólo debe servir un solo propósito: independizarnos de los Estados Unidos y con los Estados Uni-

dos del dólar. Pero para eso se necesita mucha sangre, mucho dolor y mucha abnegación. Hay que aprender inglés. Nuestra escuela debe aprender inglés: a ser agricultores técnicos, a ser dietéticos que nos enseñen a comer y dejar de comer latas, que nos enseñen a hacer, a crear, a inventar. Que nos enseñen a diseñar los instrumentos necesarios. No todos podemos ser genios de papel en esta tierra. Alguno tiene que ser hombre útil, para ello se requiere una escuela nacional, una escuela creadora que nos enseñe que las manos son tan útiles para crear como la cabeza y que la tuerca de un tornillo es tan importante como el mejor alejandrino. Pero eso no se conseguirá, mientras la escuela sólo sea un reparto de los puestos del gobierno que está formado de esa aristocracia que participa del Gold Roll y que le sirve en cantinas, casas y almacenes a la soldadesca yanqui. Por eso la escuela debe crear hombres americanos de nosotros mismos. Y para eso debes ir a la universidad. De nada te servirá que saques un diploma de licenciado en filosofía, si a la postre tendrás que ir a lavar platos a Fort Clayton. Tenemos que elevarnos. Hacer de la universidad una escuela de americanidad antes que una academia de artes...

Recordaba a Clemente Hormiga cuando le decía a doña Hilda: “El pueblo sólo es el reflejo de la propia cobardía de ustedes” y a Uba cuando me decía aquella noche: “Tú eres el que debe callarse y no yo, porque yo no fui la que trajo los gringos a la casa”.

Y no era mentira. Estaba allí, a mi lado, fumando un cagarrillo. Estaba fornida y esbelta. La vida nocturna le asentaba. Me dijo:

—Qué hubo, *Sol Roll*.

—Qué tal, Uba. No estoy de juegos.

—¿Yo estoy jugando? ¿Quién te dijo que yo estoy jugando?

—Estás más gorda que antes. Se ve que te asienta la vida —le digo, cambiando la conversación.

—Eso es la cerveza. Engorda y juma a la gente como cerdos, por eso la tomo...

A su lado, de pie, un hombre joven de descansada facha espera que acabe la conversación. Al fin la apura.

—¡Arranca ya!

—¿Quién, yo? Conmigo la coges suave, ¿oíste?

Lo miró de arriba a abajo con una altanería superior a su malacrianza. Entonces él se repliega.

—Suave. Suave.

—Éste es mi *boai*, ¿comprendes? —dice Uba.

—No sabes como odio tu cinismo. ¿Acaso no te casaste con Kupka?

—Esto no te importa. Los gringos no tienen prejuicios. ¿Quieres ver un vacilón? Mira al cantinero gordo, ¿lo ves? Está llamando a Cocolí. Seguro... Está llamando a Kupka que le paga para que le avise cada vez que me ve aquí... Qué pendejos son los gringos, y allá en Milla Cuatro todo el mundo le tenía miedo. Yo soy la única que me lo gano porque no le tengo miedo.

—¡La única no! Allá Juan Sánchez también se lo ganaba, aunque recuerdo que no se metió más con Franklin, ni siquiera lo despidió, aunque a otros que los gringos vieron tirando piedra, fueron acusados y despedidos con *black-balls*.

—Yo mando a Kupka, sabes. Una vez me pateó; pero yo ahora hago de él lo que quiera. Me voy de la casa por semanas enteras. Él anda pendiente de mí. No puede vivir sin mí. ¡Ya tú sabes! Ninguna gringa lo puede consolar como yo... Y cada vez que se me antoja le llevo la plata, me voy con mis amigos, parrandeo, hago lo que me da la gana y total... ¡Naranjas!

—Te has vuelto carilimpia..., Ubaldina...

—La vida enseña muchas cosas. Aquí aprendí a ser moderna a la manera de los gringos. Y en realidad eso es lo único que aprendemos de ellos.

Rodrigo, mi asiático animador y confidente, aprobó con el vaso de cerveza entre los labios. Antes de irse a sentar al mostrador, Uba me previene:

—Si quieres volver a encontrarte con Kupka, espéralo que no demora.

Rodrigo me miró fijamente con su celeste mirada mongólica. Al fin invadido de él contesté:

—Yo voy a esperar para ver qué pasa.

106

Rodrigo me miró con esa ingenua expresión de asombro que tienen los hangares. Yo acababa de llegar de Poro-Poro. Tenía los ojos enrojecidos. La mula estaba sudada. Le conté la historia de mi abuelo, lo mismo que se la hubiera contado a cualquier otra persona. Urgía desahogarme. Y Rodrigo, el Chino Rodrigo, fue el confidente de ocasión. Habíamos sido compañeros de escuela. Ambos pertenecíamos a la graduación de San Hirohito el 7 de diciembre. El tiempo nos había separado y por esas curiosas bifurcaciones del destino, nos volvíamos a encontrar en pleno corazón del continente americano: en Río Hato.

Trabajaba Rodrigo en un club de oficiales del ejército, dentro de la jurisdicción militar de Río Hato. Frente a la realidad de una fuente de soda, todo lo que había aprendido de latín con el doctor Valero se había disuelto en las burbujas gaseosas. La lógica, la retórica, el cálculo diferencial, la biología y la botánica, la química y la física... Todo se había concentrado en un soldado que pedía un ice cream soda y un dependiente que servía, a la espera de la propina ocasional.

—Yo creo que tu abuelo ha hecho lo que todos sentimos en carne viva e interiormente, deseamos hacer: matar un poco de gringos —dijo Rodrigo.

—Eso no resuelve nada.

—Pero nos satisface.

—Y qué logramos con satisfacer nuestra vanidad y nuestra debilidad.

—El deseo da fuerza. La indignación da fuerzas. Es como si nuestros músculos se expandieran con el flujo de azúcar liberada del hígado.

—Sinceramente no sé ni qué pensar. No deseo pensar en eso. Quiero emborracharme, perder la cabeza, olvidarlo todo, embrutecerme.

—Casualmente, ése es el mal. Sigues la huella de ese monstruo ciego y estúpido de la masa del pueblo que come y se satisface con las migajas del canal y de los ricos. No te puedes pagar con lo que hace el pueblo. Eso es chocante, falto de seriedad; es repugnante y a la vez trágico. No se pueden seguir las pautas de ese monstruo que es el pueblo, porque eso no es democracia. Yo aquí en Río Hato, he fregado platos y sirvo a los oficiales. Pero por encima de ellos y del oficio, sigo siendo un bachiller. No me rebajo a los vicios del pueblo. No se puede seguir al populacho. Al pueblo hay que dirigirlo, no dejarse dirigir por sus monstruosidades. Si eres un hombre, sabrás mandar y no obedecer. Pero para mandar se necesita conocer, no dejarse gobernar. Ser libre sobre todas las cosas de este mundo. No se puede ser alguien en la vida imitando la caricatura de civilización que practica el pueblo. Vivir de prostituta en prostituta o de cantina en cantina no es dignificarse. Si te dejas seducir de ese soñado bienestar, de esa conquista del vicio, si crees que es enaltecedor pasarte tu vida libando aguardiente o sobando mujeres que son de todos los que las pagan, entonces estás perdido. Si quieres libertarte tienes que ir a la cantina para aprender, no para emborracharte. Tienes que aprender las cosas que nadie sabe. Conocer cómo opera el monstruo del pueblo dirigido por ese otro monstruo del Estado.

—Sigue, me interesa eso que has dicho.

—Se te dirá que vas contra la realidad y que eres un tonto o un imbécil, pero eso se tiene que hacer. Las vidas más meritorias son aquéllas que carecen de ese contenido de sentido práctico. Vivir para nosotros en función de lo que vendrá: he allí la

realidad de nuestra existencia en el mundo. Tenemos la obligación de ser libres. Para eso es necesario que los demás lo sean, pero para eso tenemos que aislarnos. Encontrarnos a nosotros mismos. Por eso es por lo que urge que aprendamos, que sepamos, que se nos respete para poder dirigir la palabra al pueblo. El pueblo, cuando respeta a sus hombres, los sigue. Primero los prueba, los pone a sufrir, los envanece y los predispone al egoísmo, al enriquecimiento. Si el hombre soporta la prueba, nacen los líderes del pueblo que imponen a los demás que obedecen, las pautas de libertad.

—¿Yo, yo para qué quiero ser líder...? Eso es política.

—Líder es el que dirige, el que se adelanta a la costumbre y a la moral; el que investiga, el que señala el futuro, desde todas las puntas de lanza de la civilización. Debemos ser hombres libres porque el futuro de Panamá es muy oscuro. Tenemos aquí a Río Hato. ¿Quién se preocupa si esta base militar será devuelta o no? Adonde quiera que dirijas la vista verás obras de millones de dólares. Los comerciantes de cantinas y prostitución de Río Hato no querrán que los gringos jamás dejen estas regiones. Ellos son los entreguistas. Pero tenemos que hacer patria. Y empezaremos haciendo la campaña de la devolución de las bases apenas se termine la guerra.

—¿Y qué piensas hacer?

—Lo que te propongo: retornar a Panamá e ingresar a la universidad. Incorporarnos al movimiento revolucionario que crece allá. Te propongo seriamente. Varias veces me he encontrado con antiguos compañeros y la fe irradia en sus palabras. Yo estoy convencido que sólo de la universidad saldrá la revolución para recuperar nuestras tierras.

Rodrigo escudriñó mi rostro con sus afilados ojos mongólicos. Comprendí que su expresión asiática no era sólo una decisión de consentimiento, sino de compromiso. Yo había perdido toda mi fuerza de voluntad al no saber desprenderme del ambiente cerrado de prostitución, cantinas, juegos y despilfa-

rro. Estaba seducido de esa vida y sus quererres. Pero mi conciencia, siempre manifestó su protesta en el desagrado íntimo que sentía por todas las cosas que fluían del vicio. Mi conciencia de institutor, hecho a la medida de palabras e ideas de libertad y civilización, rehuía ese contacto con la realidad.

—Vamos a la *cantina del Chino León*—me propuso Rodrigo.

—Protesto —intercalé—. Me acabas de decir que hay que combatir el vicio.

—Por supuesto. Pero no voy a darte un vaso de cerveza para que olvides, sino para que abras los ojos. Nosotros vamos a la cantina. Pero la cantina no irá donde nosotros. Veremos a los hombres del campo bailando música antillana en las cantinas, danzando como monos a la luz del traganíquel. Entonces te preguntarás: ¿Por qué los hombres bailan alrededor de una caja de música? Cuando trates de darle una respuesta, estarás en condiciones de ser hombre libre.

Entramos a la *cantina del Chino León*, pariente cercano de Rodrigo, cuyo padre era descendiente de un asiático inmensamente rico, importado con el primer canal que logró, merced, a su fortuna, humillar a los hombres más poderosos del país, sobornándolos con su dinero. Dándoles de su propio veneno.

La *cantina del Chino León*, ya no era la única en el pueblo ni la peor: al contrario, había prosperado lo suficiente como para dividir los negocios de la cantina y la abarrotería. El bar está muy bien dispuesto, diseñado para complacer los sentimientos de diversión de la clientela norteamericana. Además, se le había añadido un piso a la bodega, de manera que los hombres que venían del aeropuerto, podían refocilarse con las prostitutas por dólares que enriquecían las arcas del *Chino León*.

Pero ésa no era la única cantina de servicio. Muchas cantinas habían surgido alrededor del pueblo, y a todas ellas habían llegado prostitutas que nadie sabía de dónde provenían. Unas de los ingenios, huyendo de los meses incoloros cuando no hay zafra, otras de las provincias circunvecinas. De todas partes ha-

bían surgido. También en los orinales de la cantina se comunicaban las advertencias, en letras de molde, en qué lugares del aeropuerto se podían los hombres ir a examinar para prevenir las venéreas denigrantes y destructoras.

Nos sentamos a tomar cerveza. Observamos la gente que había en la cantina. Eran obreros de la base aérea y algunos gringos acompañados de mujeres. En un rincón unos hombres discutían sobre lo que acababa de ocurrir en el aeropuerto militar de Las Guabas. El hombre mostraba gran vivacidad en lo que decía. Todos en la cantina rodeamos al hombrecillo con los oídos. Decía:

—...todo parece indicar que el gobierno panameño decidió rechazar las demandas de los gringos de entregarles a perpetuidad la base de Las Guabas. Y los gringos han hecho lo que nunca yo había visto. Con tractores, dinamita y candela, acabaron con millones de dólares que habían invertido en ese aeropuerto. Todo para que los panameños no cogieran esas mejoras.

—Lo mismo harán con Río Hato —contestó uno de los que oían y comentaban—. Cuando los panameños le pidamos a Río Hato, ellos le meterán dinamita y candela. A la mejor le tiran una bomba atómica y se acabó Río Hato. Ellos no quieren soltar las tierras que les prestamos.

—Es mejor —intervino otro—. ¿Para qué necesitamos nosotros esas tierras que ni para potreros sirven? El día que se vayan los gringos, nos morimos de hambre.

—Yo no sé —dijo el primero de los que estaban hablando—. Los gringos entraron con palas mecánicas, bulldozer, levantaron las pistas de aterrizaje, lo que no podían levantar con la máquina lo hacían con la dinamita. Tanques de agua, plantas eléctricas, casas, campamentos, todo lo destruyeron. El general Brett decidió, por su propia cuenta, destruir el campo de Las Guabas, que costó millones de dólares, porque no quería que lo cogieran los panameños, como se estipula en el convenio sobre bases de ocupación militar.

Rodrigo, como si se estuviera riendo de sus propias picardías, me dijo casi al oído:

—¿Estás oyendo?

—¡Estoy oyendo!—le respondí.

—Eso significa que los gringos no están dispuestos a entregar las bases que les prestamos con motivo de la guerra. Que comprarán las conciencias de los hombres públicos, que se valdrán de todas las triquiñuelas diplomáticas para mantener el país sin soberanía, dando más que hablar a los demás países, que estamos vendidos a su voluntad.

—Y nosotros, ¿qué podemos hacer?

—Queda un solo camino. De la universidad saldrá el movimiento nacional de reivindicación soberana. Hay que ir allá. La pelea tiene que empezar por allá. Tendremos que pelear contra los entreguistas por hambre y los entreguistas por avaricia. Pero lucharemos para reconquistar nuestras tierras. Es la lucha. Tenemos que hacer fuego desde nuestras propias trincheras, hermano.

La frase se quedó rondando. “Hay que hacer fuego desde nuestras propias trincheras...”

107

Rodrigo, en la cantina *La Palmera Mágica* me miraba con sus ojos orientales, con una expresión cándida de hangar, como riéndose de sus propias picardías.

Ubaldina en el extremo del mostrador bebía con el amigo que la acompañaba. Mientras, nosotros esperábamos la llegada de Kupka. Lo imaginé entrar como una bestia marcada al fuego y tomar a Uba del talle, estrellándola contra el pavimento. Íntimamente deseaba que eso pasara porque la venganza que frustrara Uba, aquella vez que su marido le pegó, yo no la había olvidado. Y ahora podría tomar represalias contra él. Estaba fuera de la Zona del Canal y deseaba íntimamente que se manifestara la brutalidad de Kupka, para hacerme respetar.

Rodrigo, y yo vimos entrar a Kupka. Enorme como un mamut rubio y colorado. Vestía una camisa de cuadros que lo diseñaba más grueso y un sombrero de alas cortas que redondeaba y hacía macizas sus facciones.

Sin poder contenerme, me sacudí dentro de mí mismo. No derramó su vista a su alrededor como acostumbraba hacer cuando llegaba al *pump house* o a algún tanque. Directamente se acercó a Uba, que lo saludó con una sonrisa muy bien trabajada de insinuación y desprecio. Mister Kupka se sorprendió. No deseaba hacerle daño. Eso se notaba por la manera de dirigirle la palabra, aún más, saludó a su amigo. Uba tuvo el cuidado de presentarlo como un primo. Para corroborar lo que decía, también me señaló. Kupka se sorprendió de encontrarme. Y esta sorpresa estaba unida a la seguridad de que lo que le decía Uba era lo cierto, que se encontraba en aquella cantina acompañada de parientes de quienes no tenía necesidad de ofenderse. Por lo menos, eso correspondía a sus enérgicos sentimientos de reconciliación que lo habían traído a la cantina *La Palmera Mágica*.

Brutal y enorme se paró frente a la mesa y lo invité. Nos sentamos a beber cerveza. Uba, acompañada de su amante, también se acercó y formamos un grupo que surtía el idioma castellano y el inglés en la medida de las necesidades lingüísticas.

—Kupka —dijo Uba, sin llamarlo siquiera por su nombre familiar.

—*Yes, darling...*

—Vira la cara para allá. Me das asco. —Luego, dirigiéndose a nosotros nos aseguró: —Estos gringos son unos estúpidos. Se pasan su vida en Panamá y no saben hablar castellano; yo aprendí inglés en menos de tres meses. Y eso que soy bruta y no fui a graduarme de liceo como uno que estoy viendo y que todos ustedes suponen. Este gringo ya me tiene aburrida. Lo único que sabe hacer en esta vida es insultar, trabajar y hacer chistes. De allí no sale. Que no se le ocurra decir un chiste porque me voy.

Kupka miraba interrogante a su mujer. Deseaba interpretar las morisquetas que Uba hacía con la boca, y no entendía qué hablaba de él. Cariñoso intentó ponerle la mano encima del hombro. Pero enérgica, Uba lo rechazó, diciéndole:

—Yo vendí ya mi loro para no cargarlo.

—*What did you say?*

—*I tell you no!*

—*That's O. K., baby.*

—*Baby..., baby* —rezongó Ubaldina despechada. Luego, notando que Rodrigo la miraba demasiado, lo recriminó:— ¿Y qué hace ese chino aquí?

—Un amigo mío de la escuela —le dije—. Pero decente.

—Anjá. Ahora resulta que en el mundo hay personas decentes e indecentes. Tito también es decente. ¿No es verdad, Tito?

—¡Eso es de ahí!—replicó el aludido.

—Te mereces tu suerte, Uba.

—Nos la merecemos.

Mister Kupka escuchaba nuestra conversación en la más cerrada ignorancia. Solamente cambiaba de impresiones en inglés cuando se dirigía a mí. Uba no quería saber de él. Rodrigo, con esa paciencia oriental perdonaba a mi prima, ganándosela con su sonrisa de hangar. Y en cierta forma Rodrigo se la conquistaba. Con sonrisitas mil le iba diciendo muchas cosas que yo no podía escuchar porque Kupka se había empeñado en contarme un chiste que se refería a un beso y doce pulgadas.

Uba oyó el nombre.

“—...*a kiss and twelve inches...*”

Se tornó una furia. Se levantó majestuosa y abandonó la mesa, diciendo:

—He dicho que no quiero oír esos chistes del monigongo de mi marido.

—Pero si no está hablando contigo, Uba, tú no tienes que meterte —le protesté.

—En donde estoy yo, no dice chistes Kupka. Me ha referido un millón de veces ese chiste. Es sucio y aburrido como todas sus cosas.

Kupka al verla marchar trató de detenerla. Ella se zafó. Él no hizo por forzarla. Uba se fue a sentar al mostrador junto con Tito, su amante. Kupka los siguió. El amante estaba pálido. Se le notaba el terror en el rostro. Uba le dijo:

—Si vas a andar conmigo, tienes que ser hombre. Ojalá que el gringo se dé cuenta que estás con el miedo que se te ve en la cara. Te mata...

Kupka ni siquiera indagó el rostro del maleante. Todo su esfuerzo y razones las concentró en Uba que se reía y cantaba. Ella se dirigió al traganíquel y empezó a bailar dengue con su Tito. Los ojos de Kupka le seguían con deseo. La veía moverse, hundirse en la música, surgir de la melodía resplandeciendo de amor en sus formas livianas y soleadas.

Kupka, delante de toda la clientela, rogó a Uba que lo siguiera. Le prometió todas las cosas que un hombre tontamente enamorado puede prometer. Consideró que Uba era su mujer y se la llevaba, pero le temía. Temía su risa. Se arrodillaba y besaba sus pies, besaba sus manos. Soportó estoico todos los insultos que le endilgaba Uba en inglés y castellano. Era inútil, Kupka no podía convencerla. Ella, desdeñosa, hacía que le besara los pies y él se arrodillaba y la besaba. Luego, con una sonrisa de imbécil se reía estruendosamente, celebrando su propia gracia. Los demás clientes se negaban a creer aquello. Algunos reían.

Uba hizo que Kupka bailara al son del traganíquel, Era una guaracha sensual y desconectada. Kupka no entendía. Iba detrás de ella como un enorme oso blanco. Uba lo hizo girar y lo dejó resbalar en el suelo de la cantina. Kupka, riendo, quedó sentado frente al traganíquel. La quiso agarrar por la cintura; ella lo esquivó y Kupka se arrastró en el suelo. Uba empezó a

reír al verlo tirado contra el piso pisoteado de todos los soldados y marchantes. Ambos reían, ella desde los hombros del traganíquel y él en el suelo sucio de la cantina. También reímos todos los que estábamos en la cantina.

Uba se vengaba. Al humillarlo presentía que estaba desangrando su honor. Así me dijo:

—Oye, *Sol Roll*, ¿no te dije que Kupka algún día me las pagaba?

—Lo estoy viendo.

—¿Lo ves? Y todavía falta lo peor, que él cree que con dejarme contenta me voy para su casa en Cocolí, pero está bien loco. Esta noche me emborracho, pero no con él; ahora mismo lo mando para la casa porque mañana tiene que ir a gritarles a los obreros diciéndoles “son of bitch”. Pero aquí conmigo, las pagaré todas. ¿No lo ves como anda gateando como el hijo de Lola...?

—Lo estoy viendo, Ubaldina...

Aquella noche, Uba hizo todo lo que una mujer despechada puede hacer contra un hombre. Bailó con Rodrigo y delante de Kupka lo besó. A éste no le gustó, pero se desentendió. Uba regó en todos los rincones de la cantina su maldad. Su crueldad llegó a los límites en que el hombre no puede soportar tanto bochorno. Pero Kupka no lo entendía así. Lo único que le interesaba era que Uba se fuera con él.

Al filo de la medianoche, Uba le prometió a Kupka regresar a Cocolí; pero con la condición de ir sola. Acompañada de él no iría. Y Kupka aceptó. Todavía Uba se resistió a que el gringo la besara al despedirse, accediendo sólo a las lágrimas del que fuera amo de Milla Cuatro.

Lo había hecho llorar.

Cuando nos volvimos a encontrar solos, Uba me dijo:

—¡Esta noche va Moya a Cocolí! Si quieres parrandear con nosotros síguenos hasta el Singapur en Río Abajo.

—No quiero —le dije—. Tengo suficiente con lo que he presenciado.

JOAQUÍN BELEÑO C.

—Qué adolorido que estás. Pero te olvidas que él una vez me abrió la cara por dentro y me hinchó los ojos.

—Pero es tu marido... Y puedes tener un hijo con él...

—Qué sentimental que estás... además si tengo un hijo yo sola sabré quién será el padre.

—Has caído muy abajo...

—Tú me echaste.

—Todavía puedes regenerarte.

—Ya es muy tarde; tú me echaste a los brazos de Kupka y él me echó a la cantina. Sufran ustedes las consecuencias. Yo no quiero a nadie.

—Ni a ti misma te quieres.

—¡Vaya, muchacho! Como tú no eres el que vives con Kupka...

—Divórciate.

—Lo castigo. Él no me quiere a mí. No siente celos de mí porque no soy su posesión. Él quiere vacilar como hacen todos ellos con las mujeres latinas. Ellos no conocen el amor.

Terciando en la conversación, Rodrigo, intervino para decir:

—Es mejor que nos vayamos. Ni tú ni ella son los culpables. Ustedes sólo son figuras que se mueven prisioneras frente al escenario en que vivimos. Hay otras manos más poderosas que nosotros; mueven los hilos de nuestros actos y los dirigen. Tenemos que cortar esos hilos...

—Yo no sé para qué andas con chinos que dicen cosas que sólo entienden los bachilleres —protestó Uba.

Dio media vuelta y guindándose del brazo de su amante salió por una de las puertas altas de la cantina *La Palmera Mágica*.

Afuera las luces de neón iluminaron un letrero, junto a la pared de la cantina:

PEACE
LORD IS PEACE
MY LORD IS PEACE UNTO ETERNITY

Epílogo

Para que una narración sea histórica, no basta que haya trascurrido en el tiempo y en el espacio; y que por otra parte, sea tan popular, que todavía en el trascurso del tiempo existan los personajes que sufren y se irritan con su relato. No basta haber vivido los hechos, escribirlos proporciona una influencia que seduce y embriaga con un licor mucho más fuerte que el bien y el mal. Digo esto, porque acabo de despertar de una pesadilla atroz, después de haber florecido, a flor de piel, en esta narración que se ha desarrollado en la muy noble y marinera Ciudad de Panamá y en un lugar no muy distante de ella, en la Zona del Canal, que hemos conocido por Milla Cuatro.

He escrito todas estas cosas que pertenecen a mi tiempo y mi vida, embriagado de la conciencia de un ánimo angustiada, sopesando su propia alma que en cierta forma, ya forma parte del recuerdo mío y de todos nosotros.

El viento que se llevó a René Conquista arroja al caracol de mis orejas el violento dolor de la tierra. He surgido del ser que me acaba de abandonar y al disiparse su influencia magnética contra mi voluntad, me convenzo que ha sido Ramón de Roquebert, el capataz de Milla Cuatro y el estudiante asesinado, el que se apoderó de mi trayectoria espiritual para enviar su mensaje.

Ramón de Roquebert ha surgido y declinado en todos nosotros con la misma ingenuidad y la misma fuerza que lo llevaron

a la selva zoneíta, en donde sus ojos se llenaron de cosas nuevas, lejanas a su alma y a su espíritu. Por unos momentos, muy breves, hemos trascendido, en el tiempo desde el borde de sus ojos humedecidos de Milla Cuatro; pero sin saber otras noticias tuyas, escritas de su puño y letra.

Pero esta noche, frente al mar de balandras viajeras, confieso que me he sentido tan culpable como si fuera protagonista de carne y hueso. Estoy seguro que Uba y Lola siguen viviendo la miseria de los barrios proletarios y que el hijo de Sisson rodrará su esperanza por las aceras contagiosas del Chorrillo. ¿Qué será de la vida de María de los Ángeles, doña Hilda, René Conquista, Kupka, Sisson y Chati el lancharo? Todas estas vidas se han oscurecido al cerrarse para siempre los límpidos ojos de Ramón, cegados ya una vez con el resplandor brillante de Milla Cuatro.

Con su muerte concluye su diario.

He cavilado con fundados temores sobre la existencia de nuestro personaje. He pensado que no debo dar a conocer la vida íntima de un estudiante seducido de los días de dinero y aguardiente; pero comprendo que su vida es parte de la vida de todos nosotros, de todos los obreros latinos que llenos de entusiasmo y libres de prejuicios colaboramos con la poderosa Norteamérica para lograr el triunfo de la democracia en el mundo.

He decidido publicar esta vida, porque los días de la pasada guerra han dejado una huella imborrable en las horas de adversidad en que vivimos, y cuando pagamos, a precio doble, el despilfarro colectivo. El 12 de diciembre, más que un conflicto internacional es la rebelión de nuestro espíritu. Puede interpretarse como un conflicto de razas y de oportunidades; pero sobre todas las cosas es el deseo de un pueblo herido, en lo más profundo, por la humillación a que ha sido sometido en la Zona del Canal y en su propia tierra por una aristocracia no panameña, sino extranjera venida de Asia, Asia menor, Europa y Norteamérica y que obliga al Estado panameño a adoptar

leyes y tributaciones con un sentido colonial representado por la “ley del embudo” y de esta manera, todas las riquezas que se producen en esta tierra se envían al extranjero y el hijo del país sigue rumiando la suela de sus zapatos rotos.

Yo vi la marcha de nuestras mujeres por todas las calles que se mancharon con la sangre de los niños, obreros y estudiantes el 12 de diciembre. Desfiló la prostituta que enfermó a Clemente Hormiga; se exhibieron Lola con el hijo de Sisson de la mano, y Uba sin ir del brazo de Kupka el capataz. Miles de madres de todos los hombres denunciaron al mundo que no en vano había sido derramada la sangre de sus hijos. Yo vi la profesora de biología al lado de enfermeras, maestras, obreras y oficinistas. Todos marcharon decididos y graves. Miles de madres recorrieron con el mejor de sus vestidos, las mismas calles en donde sus hijos fueron martirizados, dispuestas a manchar de sangre, esas mismas calles. Y es que en todas las almas que beben las aguas del Chagres ha germinado una conciencia insobornable. Ser libres. Ser independientes. No seguir cediendo a las exigencias de los entreguistas extranjeros y extranjerizantes que aspiran que este trozo de istmo se convierta en una colonia norteamericana.

Es por esto por lo que el recuerdo de Ramón de Roquebert está unido a todos nosotros.

Antes de decidirme a divulgar este final, tengo que llevar al ánimo de todos los que han conocido su vida, la convicción de que Ramón de Roquebert fue ganado por el sentimiento nacional de independencia que germina en todas partes del Istmo. Todos los defectos y errores de Ramón, inclusive, escribir “habriendo trochas” con H, no demeritan su gesto personal en los momentos más difíciles. Lo hemos conocido como un muchacho sencillo y tímido que dijo, hasta donde pudo su sinceridad, las cosas que muchos han escondido. Y su vida, mejor decir, su diario, es un mensaje de fe para todos los jóvenes que siguen luchando por tenerse de pie, sobre la propia tierra.

Este último capítulo, lo escribo porque se hace necesario saber cómo vio y vivió Ramón sus últimos días, sus últimas horas al calor de las causas soberanas. Lo relato, a la manera incierta como escribió su diario. Agradezco a Rodrigo su ayuda y consejos para lograr este final que Ramón redactó con su propia sangre. Y si alguna falla encuentran los que me leen, sepan que lo hago sacudido de la misma sinceridad de nuestro héroe. Y de ninguna manera lo consideren una apreciación personal de parte mía.

Ahora, empezamos a narrar eso, lo que sucedió. Los mismos hechos que provocan iras y sufrimientos cuando se narran. Los que estuvieron debajo de la metralla de la gendarmería, pueden dar fe de lo que ahora empiezo como un relato sin mayor importancia.

CAPÍTULO XXII

108

Un jeep militar asciende por la ruta del límite. Frena violentamente y corta la calle, dejando una cicatriz de caucho negro en el pavimento. Dos empís se bajan para demandar a varios civiles y soldados norteamericanos que lo abandonen todo: mujer, bebida y cantina y se refugien inmediatamente en la Zona del Canal.

Civiles y soldados obedecen sin replicar.

Patrullas de policías militares del ejército estadounidense recorren conocidos centros de diversión y restaurantes de la ciudad. En un par de horas, no queda en el límite de la ciudad y en las áreas suburbanas, ningún súbdito norteamericano.

El ejército no permite que un marino, un aviador o un soldado permanezca en las cantinas. Todos los permisos militares de salida son cancelados. La ciudad está off limit. Y con este anuncio, los comerciantes que no han vivido de otra actividad que no sea proporcionarles placer a los soldados, protestan preocupados porque su vida fácil la consiguen de esos hombres abandonados a la historia de otros hombres que la escriben. Todavía, a estas alturas de su vida, Ramón de Roquebert, se pregunta, por qué el italiano dueño de la cantina ha protestado del off limit. Pero el italiano dijo razones como éstas, que lo dejaron confuso; pero no arrepentido de luchar por su propia tierra. El italiano, muy sentido y fluido buscaba el apoyo de Roquebert.

—Esos estudiantes deben estar presos todos y los deben dejar una semana a pan y agua para que no se metan en lo que no les importa. Má que ellos no saben lo que yo pierdo diariamente cuando no vienen los soldados. Y todos los comerciantes de la central. Los gringos son la plata... Y si ellos se van nos morimos de hambre, porque los panameños son muy flojos y no saben cultivar la tierra. Viven porque les mandan la comida de fuera del país, si no se mueren. Y má qué pelean por tierras si ellos no la cultivan, ni la limpian, ni tienen ganado, ni nada. Sinvergüenzuras de los estudiantes que no quieren ir a la escuela; pero la culpa es de los padres. El gobierno debiera cerrar todas las escuelas para acabar con tantas vagabunderías. Para qué quieren los panameños bases, si ellos no tienen ejército y no van a hacer nada con eso. Deben dejárselas a los gringos. Si yo fuera el gobierno se las regalaría.

—Entonces, lo que usted quiere es que Panamá pertenezca a los Estados Unidos. Se ve muy bien que usted no es panameño sino por conveniencia. Usted es uno de los que ha dejado su país por interés.

—Yo no digo que esto sea una colonia; pero es lo mismo ahora. Si se van los gringos no hay soldados, no hay plata, no hay gobierno, ni escuelas. Y ustedes se mueren de hambre.

—Usted es de los extranjeros que han renegado de su propia patria, porque tienen miedo de defenderla; así, cómo podemos creer que usted puede defender la patria de nosotros.

Esto último lo dijo muy indignado Rodrigo el oriental. Ramón tuvo que intervenir, para aplacar los ánimos.

—Entonces, usted no está dispuesto a cerrar su establecimiento —dijo Ramón.

—Para mí es lo mismo, si no hay gringos es como si mi establecimiento estuviera cerrado.

—Esto debe ser mejor —replicó Rodrigo—. Los extranjeros deben cumplir con sus permisos de entrada al país. Todos ustedes han venido como agricultores; pero se quedan en la Aveni-

da Central vendiéndose a los gringos. Y vendiéndonos a nosotros.

—¡Má qué quiere que yo vaya al monte! ¿A qué yo soy cholo? ¿O indio con huayuco? Los gobiernos quieren hacer colonias y no dan semillas, no dan herramientas, ni tractores, ni medicina, ni ropas. ¿E qué quiere, que yo me muera en la montaña?

—Esto mismo les pasa a los cholos, ellos viven en condiciones de inferioridad frente a la naturaleza, en la que ellos son la última expresión.

—Ecuá. Ecuá. Este establecimiento me cuesta dos veces lo que pago en impuestos. Por tener mujeres tengo mi traído, para que no me la allanen, mi traído, para permiso y toda clase de servicio tengo que pagar a padrinos.

Si el gobierno cobrara todo esto como impuesto podría hacer colonias agrícolas con panameños...

—Exactamente, pero los que siempre están en el gobierno son los padrinos suyos y ellos no pueden hacer estas leyes. Ellos son ricos merced a ustedes que también viven de los gringos. Y lo mismo ustedes que el gobierno, quieren entregarles este país a los gringos... —así intervino Ramón de Roquebert, y dejó plantado al cantinero.

Ramón de Roquebert y Rodrigo abandonaron la esquina, todavía rodeados de curiosos que se enteraron de la discusión. No había mucha gente en las calles silenciosas. Era como si una cinta de celofán morado proyectara la luz y la angustia de un pueblo que se da cuenta que pronto le van a arrebatar su propia tierra.

El día anterior, después de la negativa final del ministerio de relaciones exteriores, para firmar el convenio por el cual Panamá entregaba a los Estados Unidos las bases militares, el ministro de gobierno y justicia asumió las funciones de canciller y firmó el convenio sobre bases militares. Panamá entregaba a Río Hato, Mandinga, Calzada Larga, Las Guabas, La

Primavera, San José y muchas otras tierras a los Estados Unidos. Seguidamente después de firmado el convenio, el ejecutivo convocó a la asamblea nacional para que ratificara el convenio Filós-Hines.

Así las cosas, los estudiantes decidieron denunciar públicamente el convenio ante la asamblea nacional.

Las fuerzas entreguistas del país, los padrinos de los comerciantes de la Avenida Central que ven en el soldado una fuente de dinero, se dejaron sentir inmediatamente. Los diputados fueron convocados al Salón Amarillo, y con promesas, champaña, amenazas y lisonjas se les obligó a que comprometieran su voto en la ratificación del convenio Filós-Hines. Se ofrecieron billetes de lotería, carreteras para pueblos olvidados, acueductos de última hora, consulados y puestos diplomáticos. En fin, todo cuanto podía comprometer la voluntad de pensar libremente. Sólo resistieron unos cuantos espíritus decididos. Los diputados del interior, seducidos por las ofrendas y poseídos por los halagos presidenciales, aceptaron las condiciones entreguistas del gobierno.

Y era por eso por lo que Ramón de Roquebert y Rodrigo el oriental, recorrían los barrios y los comercios discutiendo y promoviendo situaciones para llamar, desde todas las esquinas, la atención del pueblo que empezaba a oír la sirena de la rebelión en sus oídos.

109

Sacaron las brillantes banderas tricolor. Templaron el sonoro cuero de los tambores y los tamboriles. Ondearon las triangulares insignias de las facultades universitarias y las festoneadas bandereras de los institutos y liceístas. Cornetas manchadas de pátina estremecieron con vibrar metálico, la cortina del aire suave de diciembre. Alegres dianas incendiaron la escuela en explosiones azules y rojas de los cartelones.

JOAQUÍN BELEÑO C.

QUEREMOS RÍO HATO
ABAJO EL IMPERIALISMO YANQUI
RÍO HATO, SÍ, CONVENIO, NO.
ABAJO EL CONVENIO ENTREGUISTA.

Dispersos los cartelones se riegan en serpentinas por el patio institutor, debajo de los almendros, recorriendo los pasillos, envolviendo los árboles de mango y de caoba. Bajo la sombra de las veraneras rojas y moradas.

El comandante Román de la policía nacional, desde su lujoso salón oficina en la pétreo fortificación del Chorrillo, llama a la universidad.

—Acaba de comunicarme el ministro de gobierno que la orden de la alcaldía es irrevocable. La manifestación de esta tarde no puede efectuarse y lo llamo para pedirle que desistan porque tengo orden de impedir la manifestación, cueste lo que cueste. ¡Venga acá para hablar conmigo!

Desde la universidad, el secretario general de la Federación de Estudiantes le contesta:

—Yo lamento, señor comandante, declinar mi presencia a su llamado, porque tenemos el derecho de reunirnos y el deber de hacer cumplir la constitución recientemente promulgada.

—Esas cosas son las que están escritas. El ministro de gobierno me ha ordenado. Y ésa es una orden constitucional y yo tengo que cumplir como militar.

—Los estudiantes ya decidimos hacer la manifestación. La constitución panameña dice en su artículo 39 que las manifestaciones y reuniones al aire libre no están sujetas a permiso. Estamos amparados por la ley.

Desde el otro lado de la ciudad, detrás del alambrado militar de la fortaleza de la policía en El Chorrillo, se oye la voz del comandante de la policía que resuena en su salón enchapado de caoba.

—Yo conozco la constitución tan bien como usted, señor licenciado; pero tengo una orden del ministerio de gobierno.

—Pero a usted y al ministro de gobierno se les ha olvidado que según la constitución, para celebrar una manifestación sólo se requiere un preaviso a la autoridad administrativa y ya hace más de veinticuatro horas que lo hemos denunciado en la alcaldía.

—Por última vez— tronó la voz del comandante—. No quiero hacerme responsable de lo que va a pasar. Venga a conferenciar conmigo para evitar una tragedia.

—Aquí no hay ninguna tragedia. Cumpla usted con la constitución y evitará un atropello.

—¡Por última vez...!

—¡No! No puedo. Usted no tiene nada que hablar con la Federación de Estudiantes. Nosotros estamos dentro de la ley. Llame usted al ministro de gobierno y explíqueme cómo él no está dentro de la constitución, y que sólo él, como ministro, cargará con la ignominia de la sangre de los estudiantes. Estamos decididos.

—Si eso es un asunto decidido, no hay más que discutir.

—No hay discusión. Si los estudiantes no hacemos respetar la constitución, aquí habrá dictadura. Se acabará la libertad en Panamá.

—Piénselo bien. Venga a conferenciar conmigo.

—Ya es muy tarde. Pronto partiremos a la asamblea.

—Entonces los esperamos en Santa Ana.

—Entonces, señor comandante, nos encontraremos en Santa Ana.

René, Rodrigo, Hugo, Perla, Rafael Olmedo, Carlos, Manuel y muchos otros estudiantes que integraban el comité de acción, indagaron en silencio. Alguien preguntó:

—¿Quién? ¿El comandante?

—¡Sí!—contestó Carlos Iván.

Y siguieron discutiendo la organización del desfile. Marcharían todos los colegios, muchachos y muchachas, de las faculta-

des de la universidad, las escuelas secundarias: Profesional, el Arte y Oficios, Liceo de Señoritas, Instituto Nacional y demás colegios. El presidente del comité anunció que iba a leer un telegrama que acababa de llegar del interior. Venía de la normal de Santiago de Veraguas. Leyó en voz alta:

ESTUDIANTES NORMALISTAS INICIARÁN MARCHA POR RECONQUISTA DE RÍO HATO.
ESTAMOS CON USTEDES. LA FEDERACIÓN EN MARCHA.

BLAS BLOISE, SECRETARIO GENERAL.

El momento compendia la emoción. Un estudiante gritó desde el fondo del aula:

—¡Adelante! ¡La FEP en marcha!

Y un grito de rebeldía sacudió los muros de bronce del Instituto Nacional.

—A Río Hato.

Ramón de Roquebert comprendió que a setenta y cinco millas de Santa Ana, Río Hato también quedaba en la Avenida Central...

110

Ramón de Roquebert marchó adelante con la bandera, a su lado cantaban muchachas del Liceo de Señoritas y de la profesional, muchachos del Artes y Oficios y del Instituto Nacional. El uniforme verde caqui de los gendarmes que obstruían el parque de Santa Ana se distinguía perfectamente. Se notaban intoxicados. Morteros, ametralladoras, caballos y policías, se mantenían en sus puestos. Un río de juventud, de entusiasmo y patriotismo avanzaba. La consigna era seguir adelante. La orden de la Federación de Estudiantes se había regado: Seguir adelante cueste lo que cueste, para silenciar la palabra del co-

mandante que había dicho a su vez, que cueste lo que cueste, habría de detener la manifestación. Los líderes ordenaron lo que se debía hacer: Seguir adelante, llegar a la asamblea, en la Plaza de Francia, la plaza de la libertad y del Gallo de Galicia.

El choque fue violento. Ramón de Roquebert marchaba adelante, y cayó sableado vilmente. Pero era lo que menos importaba. El policía de a caballo: bruto sobre bruto, con su sable manchado de sangre, despedazó la bandera nacional. La enseña tricolor. Hubo un brevísimo alto en las filas por efecto de la inercia del choque, pero la violencia por seguir adelante, imperó. Se siguió adelante. Nadie pensaba detenerse. Empezó la lucha. Obreros de una construcción protestaron frente al edificio de La Pollera. Los policías encocainados desmandaron su sable. Los estudiantes de la FEP se defendieron. Se armaron de piedras y palos de la construcción. El ejército se replegó, pero empujados por la caballería, embistió contra niñas y niños, contra jóvenes y estudiantes que valientemente soportaron la acometida feroz de tropas entrenadas para la guerra, junto con el ejército norteamericano. ¡Choque brutal! Pero sin efectos. Los sables no podían contener la violencia de las ideas. Los gendarmes de la caballería, bajo el efecto de la droga que bebieron con cerveza, en el cuartel, antes de lanzarlos a la calle veían a la muchachada pequeña. Clavaron sus sables en la carne suave y tierna de las mujeres. Los obreros vecinos de la construcción intervinieron indignados. Ya no era posible contener la oleada humana. La sangre pedía la venganza. La policía a caballo se sintió sorprendida primero, luego impotente. Escuadrones de la policía armaron los obuses y empezaron a disparar gases lacrimógenos. Pero no sólo el olor a berrinche de caballo se esparció. También las balas de la ametralladora; comenzó a tabletear en aquel callejón de la muerte, en aquel embudo. Y cayeron jóvenes muchachas que no conocían la vida y jóvenes con la adolescencia en flor. Los estudiantes se echaron contra el suelo. Enardecidos, salvajes gendarmes, disparaban. Pero la

consigna era la consigna: Llegar a la asamblea en la Plaza de Francia.

Los estudiantes se trifurcan por las calles laterales y sorpresivamente se encuentran en formación, sorteando el parque de Santa Ana, delante de los policías.

Ramón de Roquebert lleva los ojos enrojecidos por la nube de gases lacrimógenos. Sus ojos destilan sangre y no lágrimas. Muchos compañeros han caído en la emboscada de La Pollera. Pero ya no se acuerda. Las voces de los estudiantes llevan acentos de don Porfirio. Son estudiantes de todas las edades que derriban autobuses, camiones y carros. Entran a los zaguanes del comercio para hacer trincheras de cajones. Por todos lados riegan las tachuelas y los cristales redondos contra la caballería. Es su lucha por Río Hato. Combate de estudiantes armados de corazón y soldados encocainados, armados de ametralladoras, sables, rifles, escuadras automáticas, tomy guns, bombas y todos los artefactos de la infantería moderna. Las calles hormiguean de gentes que acuden a los acontecimientos. Estudiantes de las escuelas privadas se suman a la muchachada estudiantil. Las banderas se enarbolan, manchadas de sangre, rotas en jirones; pero airosas a las primeras brisas veraneras del mes de diciembre.

¡Y de nuevo el choque brutal!

¡Entonces fue en la Plaza de Catedral!

Oradores surgidos de todas las escuelas se levantaron en el kiosko de Catedral para pedir a todos los hombres libres del país que rechazaran el convenio Filós-Hines. La caballería, por orden del ministro de gobierno y su comandante piden a sablazos que se retiren. La ola de estudiantes sigue avanzando por todos los costados. No hay micrófonos. Y a falta de ellos, las gargantas se elevan por encima de la turbamulta de estudiantes que anuncian el rechazo del convenio. Miles de estudiantes venidos ya de todas las escuelas, colman el parque de la Independencia. Maestros, profesores y estudiantes, unidos por lazos de sangre

con miles de obreros que se sumaron, con su ropa untada de trabajo, a la manifestación, soportan las acometidas brutales de la caballería. Suenan disparos cerrados: Estallan las bombas. Descargas cerradas agujerean el aire, las carnes y los libros escolares.

Era la batalla por Río Hato, librada en plena Avenida Central. A setenta y cinco millas de la base militar y el aeropuerto.

La gendarmería enloquecida, sin saber qué hacer, sin saber qué decidir, dispara por todos lados. Se enderezan las ametralladoras, la caballería, ya no sable en mano, sino escuadras y pistolas disparadas, vomita fuego contra los maestros, los estudiantes y los obreros.

Frente al atrio de la iglesia catedral cayeron muchos hijos del pueblo, niños que todavía no habían sentido la corrupción y que protestaron contra la imposición del dominio yanqui en territorio de la República.

La tarde estaba pegajosa a sangre, sudor y berrinche de caballos. Cada esquina fue una barricada; cada acera un refugio; las calles fueron sendas trilladas por la esperanza pegajosa de la sangre donde patinó la caballería. Y envueltos en sus banderas, unidos al vibrar de sus cornetas y tambores, saltando por encima de los compañeros caídos, llegaron los estudiantes a la asamblea nacional en donde los esperaban los grupos valientes de los primeros estudiantes que enarbolaban la bandera panameña destrozada por los gendarmes y colgando de un asta rota, como la astilla de un hueso fracturado.

—Habían llegado.

Llegaron sucios a estiércol de la caballería, a humo de ametralladora, a berrinche de gases lacrimógenos. Llegaron llenos de magulladuras y, cubiertos de sangre. ¡Habían llegado! Los diputados que comprometieron su voto, vieron la insignia de su patria destrozada, vieron su sangre y la sangre de sus hijos regadas y untadas con múrice en todo trapo que ondeaba a su alrededor. Entonces, por esa influencia de la vida y de la juventud, se

disolvió la asamblea. Se disolvió de vergüenza y de patriotismo. Por primera vez en muchos lustros, los hijos libres de una patria libre, le habían dado una lección a los viejos a costa de sangre y más sangre de los estudiantes...

111

En la noche algunos policías hacen comentarios.

—Sabe, compadre. Yo tengo miedo, yo me voy. Yo no aguanto. Yo no nací para esto. Tengo mis hijos y los sobrinos que están en el Artes y en el Instituto Nacional, y ¿si me los han matado....?

—Yo también, Juancho, estoy como con asco de mí mismo... Veá, yo mato a un hombre y la conciencia no me la remuerdo. Si uno es hombre para eso, para morirse... Pero matar una mujercita que todavía ni siquiera ha conocido hombre, no, compadre, eso no es conmigo, está muy fregado que uno tenga que matar un chiquillo que va con los libros debajo del brazo porque el comandante lo manda. ¡Esto no es cuestión de comandantes, compa! Esto es del más bellaco y nosotros, los de acá abajo, tenemos que hacer lo que quieran los de allá arriba.

—Y lo peor es que por setenta y cinco balboas, tener que volverse criminal. Mejor salgo a robar que quedarme matando niños por la calle.

—No sabe, compadre, que yo tengo miedo. No de morirme si no de que me maten un poco de esos chiquillos. Andan como locos, como cuando uno le pone candela a un hormiguero. Pero yo sé lo que es eso... tener un amigo, verlo todos los días en el salón de clase y entonces que se lo maten en media calle porque hay un individuo que es ministro de gobierno y justicia que no quiere que se diga nada en este país.

—Ojalá viniera y se encontrara con los muchachos. Lo colgaban...

—Los muchachos lo cuelgan. Están hechos el diablo.

—Yo se lo digo y que no se le olvide. En este país los únicos berracos son los estudiantes. Los demás no sirven ni para tacos de escopeta. Yo soy policía, pero me siento orgulloso de esos chiquillos. No podemos con ellos.

—Vea, compadre, yo cojo mi casco y mi rifle y me voy. Yo no quiero saber más de este retén. Aquí va a pasar algo feo. Lo estoy presintiendo. Me voy y dejo toda esta carajada, no por miedo de que me maten, sino para no matar yo a esos chiquillos que nos están defendiendo a nosotros mismos.

—Vea, compadre, que me pongan los cuadros que quieran en el cuartel, pero yo me voy.

—Está oyendo los miles de muchachos en la universidad. Están todas las luces encendidas. A esa gente no hay que darles cocaína, para que sean valientes.

—Es que ellos tienen algo. Ellos defienden algo. Ellos saben qué es lo que defienden aunque yo mismo no lo sepa. Nosotros no. Nosotros no tenemos la razón. Por eso sentimos miedo.

—Compadre, yo me voy.

—Espéreme usted, compadre. Yo también...

Y fue por eso por lo que al llegar el radio patrulla al retén número cinco, lo encontró desierto. Adentro, armados de rifles ametralladoras, los policías comenzaron a perifonear por F. M. los detalles al cuartel central.

“Atención. Atención. Retén número cinco ha sido abandonado por sus ocupantes. Atención. Atención. Manden patrullas retén número cinco; ha sido abandonado por sus vigilantes, atención, atención... Retén número cinco ha sido abandonado. La universidad está colmada de gente. La universidad está colmada de gente. Suenan disparos por calle I y por calle Estudiante. Atención. Manden refuerzos. Hay que desalojar la universidad.”

La radio F. M. del radio patrulla recibía informes:

“Desalojen universidad. Van más refuerzos. Desalojen universidad. Van más refuerzos. Retén de ametralladoras y gases en sus puestos. Hay que entrar a apresar los cabecillas. Aten-

ción radio patrulla número trece, van refuerzos retén número cinco. Atención radio patrulla número trece. Van refuerzos retén número cinco. Atención. Atención...”

Las compañías de luces de bengala disparan sus cohetes colgantes, iluminando con luz de magnesio toda el área universitaria. El gobierno está dispuesto a concluir con el movimiento, despedazándolo con la captura de los líderes y cercenando sus vidas.

A las primeras luces de bengala que trocaron la noche en día, empezaron a sonar las ametralladoras contra la universidad.

112

Cerraron los portones de hierro y las altas puertas de caoba. Arrinconaron bancos, sillas, pupitres y demás estantería escolar contra puertas y ventanas de vidrio y madera. Se acumularon piedras y palos. Y estratégicamente distribuidos, muchachos con revólveres rescatados del olvido paterno, custodiaron las principales entradas de la universidad. Una muchedumbre de estudiantes que ya habían jurado en el paraninfo defender la soberanía del país, a toda costa, ante el ataque inminente de la gendarmería, se dispusieron a defender la autonomía de la universidad, en donde se diseñaban las protestas para reconquistar el territorio nacional.

Así como en la noche oscura los llanos humedecidos parpadean las luciérnagas, incesantemente la metálica tiritataína de las ametralladoras abrían en la calle dribling de fogonazos. Se oía silbar la bala, dejando un tintineo de vidrios rotos. Sabíamos perfectamente que el ruido de las balas persiguiendo nuestros cuerpos, era el estallido de la violencia que en nosotros se convertía en galardón de triunfo soberano del país.

Durante varias horas, en la alta noche, permanecimos acurrucados contra los sólidos muros del Instituto Nacional. Las explosiones de los cohetes que iluminaban la noche como lám-

paras de luces fluorescentes, opacaron el ruido de las ráfagas de ametralladoras. Cuando por breves instantes cesaba el fuego de las ametralladoras nos movíamos por los pasillos y salones para indagar por la salud de los demás. ¡No había novedad en el segundo piso! Se oía, entonces, el ruido de la caballería. El fuego seguido de las ametralladoras automáticas por la Avenida Central. Sabíamos que grupos de hombres del pueblo, apechaban incesantemente a los policías para que no penetraran a la universidad. Nosotros los esperábamos. Ellos buscaban la manera de entrar pero habían sentido el golpe seco de los revólveres. Tenían que fumar cigarrillos ligados con marihuana para poder darse valor. Enloquecidos volvían a disparar contra la escuela. Parecía que la noche no acababa nunca.

Apenas sonaban los primeros tiros de los policías que disparaban, corríamos a ponernos a buen recaudo. Unos caían detrás de las pilastras, debajo de los pupitres, bien pegados al suelo como moluscos o jaibas que esperan el paso de la ola brutal de hierro y plomo. Nos deslizábamos como guabinas en el agua a través de los pisos de mosaico. A mi lado me encontré con un chiquillo que llevaba quince años vividos. A los primeros tiros, sintió el terror incontenible que produce el ruido nuevo de un millón de tablas que van cayendo simultáneamente. Acostumbrado ya al ruido, deseaba pelear. No le importaba con quién. Deseaba manifestar esa rebeldía natural que le salía en su cuerpo con manifiesta provocación de reproche a su incierta cobardía.

Recrudecía la balacera. Los tramos de vidrio de los ventanales iban cayendo tal que si se derritieran. Luego empezaron intensos cruces de balas acompañados de bombas lacrimógenas que hacían estallar contra las paredes, a través de las ventanas.

En la calle, los policías, puestas las mascarillas contra gases, disparaban los morteros con bombas lacrimógenas. La orden de arrojar las bombas que cayeron dentro de los salones a la calle, se esparció como los primeros humos de las primeras bombas. Recogíamos del suelo la química arma y la arrojábamos con las

manos, de vuelta a los policías. Como quiera que no había tiroteo mientras soltaban las bombas contra los pulmones y los ojos, devolverlas fue un fuego; pero de nuevo la metralla empezó a parpadear contra el edificio, ya no sólo del costado más sorprendido que era el de la calle I, los mismos que de calle Estudiante, sino por las murallas que se extendían por el extremo de la avenida Cuatro de Julio y calle H.

De pronto alguien advirtió con una exclamación de odio.

—¡Están ametrallando los internados!

Los que hemos vivido en el ancho colegio, sentimos que el dolor nos restregaba su cólera. Los internados, situados en un caserón de madera, en el extremo del área universitaria y la avenida Cuatro de Julio, no podían resistir el tiroteo de balas calibre cuarenta y cinco.

Pronto llegaron noticias; varios radio patrullas, satánicamente armados de rifles automáticos y ametralladoras, empezaron a disparar contra los internados. Los inspectores indicaron con la bandera blanca que los estudiantes internos estaban sometidos al régimen de la disciplina escolar. Pero de nada les valió. Gritaban enloquecidos. La cocaína a flor de labios: “Estudiantes desgraciados, ¿quieren plomo? ¡Cojan plomo!” Rociaban las paredes con la metralla disparada de sus armas vandálicas.

Por la Avenida Central seguimos oyendo disparos. Carros radio patrullas abandonaban la escena. La policía se veía atacada desde las calles. Eran los hombres del pueblo que disparaban desde cualquier parte. Les repugnaba que hombres con todas las armas de la destrucción moderna, saciaran su propio envilecimiento contra los estudiantes que defendían la soberanía del país.

Cubriendo el área universitaria, la policía se dispersó disparando a diestro y siniestro. Bandas de hombres destruían todo cuanto era dable destruir, atrayendo a los gendarmes que temerosos y despiadados disparaban en la alta noche contra fantasmas.

Todavía en la madrugada sentimos la tiritataína de las ametralladoras.

Acurrucados contra el muro, los estudiantes comentan con voz helada:

—Han arreado más plomo que piedras en la carretera central.

—Tienen la escuela cercada. La Cruz Roja Infantil entró hace poco y se llevó a algunos muchachos que estaban heridos.

—¿Graves? ¿Heridos de gravedad?

—Dicen que algunos lo están... Pero no importa, aquí no entran.

—Quisiera que me mataran sólo para salirle todas las noches al policía aquel que está uniformado con los cascos y los arreos del ejército norteamericano. No lo dejaría tranquilo ni de día ni de noche.

—¡No! Yo lo que quisiera es que se me pusiera a mano para ver si ese casco que carga puesto le sirve para algo. Me gustaría encontrarme con algún hijo de él, así de ni coteja, para entrarle a nudo...

Los que hablan son adolescentes. Los más grandes custodian los lugares por donde pueden insurgir los policías. De nuevo vuelven a oírse disparos. Es como si cada diez minutos empezaran a enloquecer. Esta vez la tregua se rompe y recrudece el tiroteo contra la universidad.

—Algún día el ministro de gobierno pagará todo esto.

—No sólo él... él nada más es el instrumento... Tenemos que colgar a más de cuatro sinvergüenzas en este país. De otra manera no se compone. A todos los vendepatria dueños de negocios ilícitos de vicios, prostitución y dueños de pocilgas.

—Aquí no entran esta noche, porque aquí nos vamos a morir todos. ¡Pero no entran!

—Déjalos que se resbalen.

Cesó el fuego de la ametralladora.

El humo cáustico de las lacrimógenas fue depositándose en el silencio. De vez en cuando se rasgaban las horas con el brillar de un fogonazo aislado. No se oye un ruido. Por los pasillos y por el patio se agitan sombras identificándose. La policía ha

hecho dispersar la gente de todas las calles circunvecinas de la universidad, se sabe que miles de personas y parientes de los sitiados están pendientes de sus hijos.

113

Amanece.

El sol de diciembre revienta en los patios, penetra por las ventanas que han quedado sin vidrios. Por todas las paredes aparecen los forámenes de la metralla. Un estudiante, con tiza roja, teñida en sangre, hizo un círculo en uno de aquellos huecos en el muro, escribiendo debajo:

PARA LOS NIÑOS CALIBRE CUARENTA Y CINCO.

Pero de todo lo que vimos al amanecer, lo que nos dejó perplejos y sobrecogidos fue una pintura de manos y sangre descendiendo por las escaleras. Se notaba que el estudiante que cayera herido, había descendido trabajosamente, apoyándose en la pared. Fuimos contando los escalones. Lívidos de amargura y coraje. Al final de la escalinata de granito, escrito con pintura de sangre a grandes trazos, grotescos, un letrero coagulado ordenaba seguir la lucha por la soberanía. El muchacho herido había escrito con sus propias manos ensangrentadas, un solo nombre:

RÍO HATO

Nos reunimos alrededor de aquella orden. Teníamos que seguir la lucha. Muchachas y muchachos comentaban indignados. Había que seguir la lucha. Uno de los presentes daba la información.

—Fue en la noche, cuando empezaron a tirar las bombas lacrimógenas. Estábamos lanzando afuera todas las bombas que caían. Entonces empezó a sonar la ametralladora desde la calle y una ráfaga tocó a Ramón.

—¿Qué Ramón?
—Un muchacho de filosofía y letras. Ramón de Roquebert...
Le abrieron el pecho a balazos...

114

Yo lo vi surgir como un fantasma en la aureola de los gases lacrimógenos. Llevaba la camisa rota y en sus manos la fosforescencia mágica de una bomba que ardía cual un pebetero. Abrió la ventana, y en la neblina química que velaba la luz de los faroles, su silueta se dejó ver como el orador del silencio, igual que si personificara la voluntad de los muros institutores. Yo lo vi alzar su mano, humeante la química arma; delgado, amarillecido y los ojos destilando lágrimas, envuelto en su propia claridad. Su rostro de ojos cerrados se elevó frente a la calle de zaguanes que ocultaban a todos los gendarmes. Y su voz aguada de lágrimas fue apareciendo entre las sombras y entre los ruidos, guiada a la distancia de unos hombres que disparaban sus armas sin saber por qué. Y su voz de lágrimas y humo asfixiante se elevó en la noche.

Yo estaba cerca. Con los ojos entornados lo veía y lo escuchaba cuando suavemente, lentamente, con la pesadez del humo suspendido en el aire y en el alma, les decía:

“...porque aquí no hay muros... no es la piedra, ni la distancia, ni la resistencia terca la que nos separa en palabras y en las balas que brotan a millones de las armas que sostienen vuestras manos. Es algo más acero que sus bayonetas, más bronce que sus casquillos, más madera que sus culatas, más plomo que sus disparos y más pólvora que sus cartuchos. Es la fe. Es la vida que triunfa y surge en lo que brota y en lo que no muere. Es la dicha de ser libre, de cruzar todas las fronteras para iluminar el encuentro de los caminos que no se han vuelto a cruzar. Es el triunfo de esta tierra, el agua de Chagres que ustedes y yo bebemos, el amor salobre en la sacarosa. Es la libertad la que detiene estas balas

surgidas de vuestras manos. Es la ley física de lo que brota, de lo que surge, de lo que no muere. Es la tierra. La carne de la tierra es la distancia altanera, que no puede medir la balística de los jefes que comandan esta masacre. Es la vida, el ansia de ser libres lo que hace a estos muros más aceros que sus sables, porque ellos contienen la palabra que sus rifles no pueden contener. Yo los invito, ¡vengan, vengan... suban, aquí estamos! Uno a uno moriremos diciendo nuestra palabra...”

Entonces sonaron las ametralladoras y la voz de Ramón de Roquebert siguió denunciando su tierra, en el amor salobre de la sacarosa.

TRADUCCIÓN DE LA CARTA DE GEORGE PICKARD

Campamento Emperador, 1908

*Señora Elisabeth Pickard,
South Harding Ranch,
Virginia, U.S.A.*

Amada madre:

Yo no sé qué ha pasado en mi vida que he dejado de pensar en todas las cosas que me son queridas, y me siento indiferente. Estoy como embriagado de todas estas montañas, de esta lluvia incesante que se pasa tronando día y noche. Enloquezco en este ambiente que se vuelve caliente antes de llover. Todo aquí enloquece y hay que luchar contra todas las cosas que al fin de cuentas se dejan vencer, porque nosotros valemos más que todas estas figuras que nos trastornan. Pero a pesar de todo eso, quiero contarte que voy a casarme con una muchacha de por acá. Y yo sé muy bien que tú me vas a creer ya más insano de lo que estoy, pero es así.

Si tú denuncias a todos los amigos y parientes mi decisión, ellos, lo mismo que tú, van a creer que yo me caso con una mujer que es negra como se imaginan todos los que no han

JOAQUÍN BELEÑO C.

venido acá. Pero ella es una muchacha latina. Tan blanca hasta donde puede serlo una mujer que está todo el día debajo del sol. Ella es casi una niña. Pero yo que ya estoy loco, necesito cometer una locura mayor para curarme de este ambiente y creo sinceramente que es ella la que me puede servir de vacuna en este caso.

No quiero que le digas nada a Ellen. Ella no debe saber que yo me quedé con una mujer de acá. No lo soportaría.

Además, no me perdonaría nunca que yo la hubiera abandonado por una mujer que ella de ninguna manera puede considerar igual a mí. No podría hacerla entender que no es negra, que es latina, pero que no es negra. Y también sé que a ti te parecerá lo mismo, y que sólo me perdonarás porque soy hijo tuyo y yo te quiero y tú me quieres. Si usted estuviera por acá como yo, enloqueciéndose saltando de ciénaga en ciénaga, huyendo de los bichos y persiguiéndolos; haciendo mil caminatas, empujando a un poco de hombres haraganes que se ríen de la estupidez de recoger agua, entonces comprendería por qué necesito consuelo y una mujer, aunque sea inferior a mí, en raza y en lengua. Yo espero que usted me llegue a comprender y entienda todo lo que no puedo decirle en esta carta. Cuando recibiera ésta, ya usted tendrá una nueva hija y si me acepta como hijo todavía, algún día la verá si no me he muerto antes de acabar con todo este infierno que es necesario arrasar de raíz, hasta hacerlo un jardín que nos pertenezca. Vea usted si puede perdonarme y no diga nada a nadie de esta decisión mía que es irrevocable.

Su querido hijo,

GEORGE.

VOCABULARIO DE MODISMOS PANAMEÑOS
USADOS EN *LUNA VERDE*

—A—

- Abonado:** El que se une, comparte o participa de una diversión.
- Aceitero:** Engrasador de motores. Ayudante de tractoristas.
- Aguante:** De aguantar, en el sentido de fortaleza o vigor. “No hay macho que me aguante.” Significa “No hay hombre más fuerte que yo.”
- Aguanta:** De aguantar, en el sentido de detenerse o pararse. “Aguanta la mano, aguanta el automóvil.”
- Akee:** Fruto de color rojo que tiene algunas partes venenosas, pero que sazonado en su tiempo de madurez de una manera especial por las mujeres antillanas es un plato exquisito con un sabor parecido al huevo.
- Antillano:** Persona procedente de Jamaica, Barbados, Trinidad u otra isla de las Antillas; de parla inglesa o patuá que es un francés degenerado. El mismo término se aplica a los descendientes de ellos nacidos en el Istmo, aunque es más frecuente llamarles “criollos”.
- Auja:** Grito peculiar del campesino panameño que se manifiesta con una modulación intensa para estimularse en el trabajo o la fiesta. El conjunto y variaciones de estos gritos es lo que viene a constituir la saloma.

Azotacaballo: Planta medicinal muy apreciada en la farmacopea popular como depurativo.
Agárrala a nudo: Golpear a una persona con el puño cerrado.
A la porra: Al diablo.
Arranca ya: De arrancar, en el sentido de “Lárguese, Váyase.”

—B—

Babillos: Lagartos de poca edad.
Bachiller: Título otorgado después de seis (6) años de estudios de escuela secundaria en Ciencias o Humanidades.
Bambú lain: Bambú Lane, nombre que se le daba a un corredor sembrado de bambúes entre la Zona del Canal y la Ciudad de Colón, notable por la gente de malos instintos que mero-deaba por allí.
Bandida: Prostituta. Mujer de mal vivir.
Balso: Madera suave y blanca.
Balacera: Cruce de disparos de armas de fuego.
Barbayano: Persona procedente de la Isla de Barbados, en las Antillas.
Barriga: Embarazo, maternidad, preñez.
Barcazas: Lanchones, para echar la tierra de los derrumbes y dragado, mar afuera.
Bebirut: Un chocolate llamado Baby Ruth.
Bellaco: Persona muy hábil y sagaz. Malo, pícaro. A veces, persona emprendedora.
Berraco: Bellaco.
Berrinche: Olor pronunciado a orines fermentados.
Billeteras, os: Personas que venden boletos de la Lotería Nacional de Beneficencia.
Bicho: Insecto. Animalejo. Manera despectiva de señalar a una persona. Cualquier objeto raro, ridículo. La culebra. Sabandija.
Black ball: Persona colocada en la lista negra. En otras pala-

bras, que está proscrita de todos los trabajos de la Zona del Canal por mala conducta, deslealtad, etcétera.

Black out: Apagón, oscurecimiento.

Blue moon: Bebida sin licor, hecha de té, Coca-Cola o Pepsi-Cola; costaba de 3 a 5 balboas la copita (3 ó 5 dólares) y es lo único que beben las meseras de cabaret.

Boca dura: Persona terca, que no se calla ni a la fuerza.

Bocona: Guitarra campesina de cuatro cuerdas, hecha de madera suave y blanca.

Boliches: Bolos diminutos que colocados en una mesa de billar son derribados tocando una bola común de billar. Se debe tumbar pares para ganar.

Bogui: Carretilla de forma cóncava que se mueve sobre llantas de neumáticos, especiales para llevar hormigón. (Del inglés bogie)

Boai: Muchacho, del inglés boy.

Boacito, a: Chiquillo, muchachito. También se vuelve femenino significado muchachita o chiquillita. Del inglés boy.

Brujería: Hechizos. Malas artes. Poderes sobrenaturales.

Buch man: Hombre del campo. Campesino (pero no salvaje).

Buchi: Del inglés Buch man. Campesino. Término despectivo.

Bugue: Gritos de guerra de los indios de una tribu del Darién.

Bullsheet: Al carajo. Mentiras. Cosas sin valor.

Bullaranga: Algarabía.

Brisas veraneras: Vientos alisios que soplan en Panamá a mediados de diciembre hasta comienzos de marzo.

—C—

Cabaretista: Mujer de vida licenciosa que trabaja en un cabaret atendiendo a los parroquianos. Su sueldo lo derivan del porcentaje de los blue moon que han consumido; unas veces se entregan a la prostitución por su cuenta o por cuenta del dueño del establecimiento.

- Cabezotes:** Parte superior del motor, según algunos mecánicos.
- Cabreas:** Colombianismo que significa enfadarse, pero que en Luna verde se usa en el sentido de rebelarse contra una faena muy pesada. Huirle a un trabajo.
- Caki:** Tela para pantalones y camisa caqui. El pantalón o la camisa de este material.
- Camastro:** Lecho miserable. En el tipo de vivienda campesina el camastro, está hecho de cañas rústicas y sin colchón.
- Camioneta:** Station Wagon. Un automóvil que combina el lujo del carro norteamericano junto con las ventajas de espacio para servicio de las casas de campo o fincas.
- Camo:** Instrumento musical parecido a una flauta, usado por algunos indios del Darién.
- Candelada:** Incendio.
- Cangrejales:** Terrenos húmedos a la orilla de las playas cubiertos de huecos donde moran los cangrejos y en donde, a simple vista, se les ve merodeando.
- Candanga:** El diablo.
- Cantamarca:** Estibador del muelle cuya ocupación es anunciar la marca y clase de bultos que se izan de la bodega del barco.
- Cañada:** Terreno pantanoso cubierto de hierbas.
- Carajo:** Vocablo vulgar muy usado por la gente panameña de todas las capas sociales, en toda clase de situaciones. Su significado es “miembro viril”, pero su uso ha relegado este significado de tal manera que casi nunca se refiere a esto, sino que más bien es una especie de apoyatura para hacer énfasis.
- Carboneras:** Depósitos de carbón de piedra para abastecer los barcos que cruzan el Canal en Balboa.
- Carretillero:** Hombre que empuja una carretilla. Es gente muy humilde y pobre. Por lo general gana su vida vendiendo verduras, frutas, carbón, etc. O utilizando su carretilla como vehículo de mudanzas.
- Carisó:** Calypso.

- Carilimpia: Dícese de la persona sin pudor ni vergüenza. Se aplica a las mujeres de mal vivir.
- Caseríos: Comunidades compuestas de chozas, por lo regular dispersas entre sí por grandes distancias.
- Catres: Mueble para dormir de patas en forma de tijera que se abre y cierra, forrado de lona. Se les llama comúnmente “siglo XX”, “caballo moro”.
- Canyac: Marihuana (*Cannabis indica*).
- Cédula: Libreta de identificación expedida por el Gobierno panameño que sirvió para votar en las elecciones políticas.
- Ceryl: Fruto de color rojo con el cual los antillanos hacen una especie de vino rojo. Se cocina con jengibre. Es una bebida deliciosa y tonificante.
- Cimarrón: Dícese de la persona huraña y de pocos amigos.
- Clandestina: Mujeres que ejercen la prostitución sin autorización de las autoridades médicas.
- Clar: Nombre del chocolate Clark.
- Clerans: Clearence.
- Clearence: Nota para anunciarle al trabajador que queda cesante, ya sea porque él lo solicita, por reducción de fuerza o despido por incompetencia, mala conducta, etcétera.
- Cocada: Coco rayado, cocido con miel.
- Comesantos: Mujer que se dedica a las actividades de la iglesia, que reza mucho.
- Compa: Compadre.
- Consoladoras: Mujeres que atienden, sirven y viven con los soldados. El término usado en Panamá es guaricha, que son las mujeres que siguen a los ejércitos.
- Concreto: Hormigón.
- Coquito: Árbol que segrega líquido rojo el “viernes santo”.
- Corozos: Fruto de una palma que crece en racimos.
- Corsages: Ramilletes de flores que las mujeres prenden en el pecho.
- Cocoritos: Pajaritos que aparecen al anochecer.

- Criollos: Descendientes de negros antillanos, nacidos en Panamá o en la Zona del Canal.
- Cuadros: Castigo disciplinario impuesto a los miembros de la Guardia Nacional.
- Culí, es: Hindostán, hindú.
- Cuereada: Azotar una persona con una correa de cuero.
- Cubana: Prenda de vestir parecida a la guayabera, pero con los bolsillos abajo y mangas largas.
- Curecuá: Nombre de una tribu de indios muy belicosos de la provincia del Darién que se levantó en armas en el siglo pasado. Indígena perteneciente a esa tribu.
- ¿Cómo está la marea?: ¿Cómo anda el negocio?
- Calor de perra parida: Trabajo y dificultades que hay que soportar en una situación determinada.
- Cabezas de agua: Fuentes primarias de agua en las montañas que al unirse conforman el nacimiento de un río o quebrada.
- Culebra: En algunos puntos se refiere al Corte de Culebra en el canal.

—CH—

- Chancletear: Andar en chancletas. Es término despectivo.
- Chancletazo: Golpe dado con una chancleta.
- Change of rate: Cambio de jornal por ascenso o mejoramiento de categoría.
- Chapa: Placa o roseta de identificación que usa cualquier agencia en la Zona del Canal o cualquier compañía con contratos allí. Por lo regular es de cobre o lata esmaltada.
- Chapa azul: Tarjeta de identificación de material plástico suministrada por la “Central Labor Office” en la Zona del Canal. Sin dicha identificación no se podía trabajar en ningún lugar de la Zona.
- Chance: Oportunidad. Ocasión. Acaso. También se le da ese

nombre a los boletos de la Lotería que juegan con las dos últimas cifras del sorteo. Del inglés, chance.

Chitras: Insectos pequeñitos que vuelan en nubes a la orilla de los terrenos pantanosos y cuyas picadas son mortificantes.

Cholos: Campesinos. Mestizos. Indios puros. Su aplicación depende en muchas circunstancias de las características indígenas del individuo.

Chozas: vivienda primitiva con techo de pencas de palmas, paredes de quincha, barro o caña brava.

Chombo: Persona oriunda de las Antillas, de parla inglesa o patuá, de color negro, que vino como obrero a las obras del canal. Sus descendientes.

Chulo: Hombre que vive de los ingresos de una prostituta y que funge de su marido.

—D—

Dabaide: Deidad de los aborígenes panameños que es llamada madre de los dioses.

Departamento: Apartamiento.

Dop: Droga o sustancia química estimulante que se le da a los caballos para que ganen la carrera. De allí nace el término dopeado. El término se usa tanto para personas como para animales. Del inglés, dope.

Drigling: Parpadear. Avanzar a trechos. Gatear. Del inglés, *dribble*.

Día macho: Jornada de trabajo muy ruda y agotadora con factores que la hacen difícil, como el calor, la lluvia, etcétera.

Dejé plantado: Dejar a alguien esperando después de una cita.

Del chorizo: Término despectivo para llamar a algún sujeto despectivamente. Se usa en el sentido de hombre del diablo, perro del carajo, etcétera.

—E—

Ecuá-Ecuá: Igual, igual.

Elegible: Tarjeta de elegibilidad. Documento que expide la Central Labor Office en la Zona del Canal y que el obrero tiene que presentar en los lugares de enganche para comprobar que es apto e idóneo para trabajar con el Gobierno norteamericano.

Empantanarse: Cuando una persona no puede dejar o abandonar la situación en que se encuentra, o sus obligaciones.

Encabritado: De encabritar; enojarse, alterarse, brincar.

Empí: M.P. Iniciales de Military Police. Nombre, que se le da a todos los miembros de la Policía Militar del ejército norteamericano.

Encutarrao: Hombre valiente y trabajador del campo. (Viene de Cutarra, el que calza cutarra). Cutarra es un calzado campesino compuesto de suela de cuero, que se fija al pie por medio de tiras de cuero.

Encocainado: Persona alterada por la droga.

Enguacados: Dícese de los frutos todavía verdes que son madurados antes de tiempo, metiéndolos en sacos de maíz, arroz, etcétera.

Espavé: Árbol muy copioso; crece a la orilla de los ríos y quebradas. Su peculiaridad es que siempre tiene las hojas verdes, aun en el más árido verano.

Espar: Amigo, compañero. Del inglés, spar.

Eso es de ahí: Perfectamente bien. Correcto. Está bien.

—F—

Fotobach: Roseta de identificación en que aparece retratada la persona, del pecho para arriba, sobre una escala métrica. Lleva el nombre y número de identificación. El fotobach se prende en el pecho u otro lugar visible.

Fregado: De fregar, algo adverso, embrollado, poco correcto.
Algo que causa daño.
Fulo, fula: Persona blanca de cabellos rubios.
Fulito, a: Diminutivo de fulo.

—G—

Gang: Cuadrilla de trabajadores.
Gin and Pep: Ginebra con peppermint.
General foreman: Capataz General.
Gold Roll: Sistema discriminatorio que reúne a los empleados norteamericanos que gozan de todos los privilegios. El nombre se originó por la práctica de Edward J. Williams que colocaba letreros con el nombre de *Gold* para pagar a los norteamericanos, lo que se hacía con monedas de oro, y *Silver* para el resto de los obreros que se les pagaba con monedas de plata. Williams fue el pagador general del Canal durante los trabajos de su construcción.
Goterones: Gotas muy grandes de agua de lluvia.
Groom: El que cuida caballos.
Gringo, ga: Ciudadano norteamericano, rubio.
Guachimán: Sereno, vigilante, cuidador nocturno. Del inglés, watchman.
Guabinas: Pez delgado muy difícil de coger. Dícese de las personas que son difíciles de comprometer por su astucia.
Guindarajos: Ropa tendida o trapos que guindan en las sogas.
Guismi: Give me. Dame.
Guanta'ii: Apócope de aguantar, en el sentido de detenerse.
Guara-Guara: Expresión onomatopéyica remedando la confusión de sonidos del que no entiende inglés.
Guásimo: Árbol silvestre muy útil en la vida campesina.
Guard: Guarda.
Guayacán: Árbol de madera muy dura apreciada en la construcción de vivienda. De flores amarillas.

Gustador: (De los nicaragüenses.) El hombre que disfruta del placer sexual con una mujer.
Guayabera: Chaquetilla corta de tela ligera que usan los campesinos cubanos, pero que en Panamá se usa cotidianamente en las ciudades. Esta prenda ha sido muy utilizada en los últimos años.

—H—

Horcones: Madero rústico que puesto verticalmente sirve de columna.
Hueseando: De hueseear. Dedicarse al ocio en las horas de trabajo.
Huayuco: Taparrabo.
Hermano Lobo: Expresión que denota amistad.
Hacerme cargo: Hacerle frente a una situación.
Hojas de perro: Plantas que se reproducen con extraordinaria facilidad.

—I—

Interiorano: Persona nacida en el sector rural de la República.
Iguana: Reptil de figura grotesca, pero de carne muy apreciada por los panameños.
Igualito: Énfasis en el concepto de igualdad. Que es muy igual.

—J—

Jaibas: Especie de cangrejos de carne muy apreciada.
Jeta: La boca. Callarse la jeta es callarse la boca.
Jim Crow: Término despectivo como se denomina en el Sur de los Estados Unidos a los negros.
Jodí, de joder: Causar daño, molestar, mortificar. Morirse. Perder la fortuna, el empleo, etcétera. Sufrir un mal cualquiera.
Jumado: Embriagado.

—L—

Lagartija: Reptil pequeño que deambula por las casas comiéndose los insectos.

Lampareados: Dícese de la gente a la que se le dispara desde un lugar oculto en el monte para matarlo. Viene de la costumbre de encandilar a los venados con una lámpara de carburo para dispararles.

Labor-train: Tren de los obreros.

Lamatal: Trechos de la playa cubiertos de lama.

Lanchero: El que conduce una lancha.

Latino, a: Toda persona de parla española, no importa color, raza, etcétera.

Laurel de la India: Árbol muy frondoso.

Lelé: Nombre que se le da al cacique de la tribu en el Darién.

Líder: Caudillo, cabecilla. Del inglés, *leader*.

Lofnés: Chocolate llamado *Love Nest*.

Lonchera: Vasija o bolsa para llevar la comida los trabajadores.

Leventaron bandera: Término usado en años anteriores para significar que la carrera podía comenzar porque ya había rendido cuenta la última ventanilla de recaudación de apuestas en el hipódromo.

La rola: Rollo grande de billetes de a dólar; por extensión se dice que “tiene rola” el que tiene mucho dinero.

Le di muerte: De “dar muerte”. Poseer una mujer que se mostraba esquiva. Rematar una tarea.

La pelota: Significa lo mismo que “la rola”.

Los cuadros: Véase cuadros.

—M—

Má: Pero. Mas.

Machiguas: Indios aborígenes, principalmente de la comarca de San Blas.

- Macho: Guapo, duro, valiente, decidido, capaz.
- Machinchap: *Machine shop*. Taller de maquinarias. Conjunto de talleres para reparar barcos en Balboa.
- Maduro: Almacén Maduro. Almacén exclusivo de lujo de la ciudad de Panamá.
- Magulladuras: Golpes y rasguños.
- Manglares: Sitio cubierto de mangles, a la orilla del mar.
- Manto: Un pajarito.
- Manuto: Campesino sin educación. Hombre del campo de cultura muy rudimentaria.
- Mañoso: Animal o persona muy inquieta y nerviosa.
- Marihuana: Mariguana. *Cannabis indica*.
- Marimbola: Instrumento musical procedente de Cuba, pero de origen africano, compuesto de una caja rectangular con un hueco redondo; a lo largo están colocadas piezas combadas de metal que producen una escala de sonidos graves. En Cuba se denomina marímbula.
- Marañón: Un barrio de la Ciudad de Panamá, muy populoso, de mala fama, habitado por gente muy pobre.
- Meracho: Lagarto pequeño de río que tiene la particularidad de desplazarse por encima del agua.
- Marañonero: Persona que vive en el barrio del Marañón.
- Meseras: Mujeres que atienden a los parroquianos en las cantinas y cabarets.
- Mijito: Mi hijito.
- Milquiuei: Un chocolate llamado Milky Way.
- Mista: Míster. Señor.
- Monigongo: Monicongo, muñeco.
- Montuno: Hombre del monte. Campesino de cultura rudimentaria.
- Morisqueta: Visaje, mueca, mohín.
- Moya: Personaje imaginario al cual se apela para significar que la persona se niega o se resiste a hacer algo.
- Mentó la madre: De “mentar la madre”. Insultar la honra de la madre de otra persona o adversario.

Muerte chiquita: Estremecimiento involuntario del cuerpo.

—N—

Naranjas: Expresión con la que se quiere significar “y total nada”.

Nicas: Nicaragüenses.

Nigar: *Nigger*, negro, negra.

Nigro: *Nigger*. Despectivamente, negro, negra.

—O—

Otoes: Una verdura muy apreciada.

Operadores: Conductores; los que manejan alguna máquina.
Operario. Del inglés, operator.

Overoles: *Overalls*. Zafones. Prenda de vestir usada por los obreros.

Off limit: Fuera de límite. Práctica por la cual a todo el personal civil y militar de la Zona del Canal se le prohíbe entrar a territorio de la República de Panamá. También se aplica a ciertas áreas en las cuales se restringe la entrada de los soldados por asunto de prevención y sanidad.

Oración de la Piedra de Ara: Famosa oración de gran reputación entre el elemento popular, a la cual se le atribuye el poder de engendrar grandes fuerzas a quien la rece y protección contra los enemigos.

—P—

Paipa: Tubería de agua potable. Del inglés, *pipe*.

Paja: Hierba.

Pana: Apócope de panameño.

Pancake: Maquillaje de las mujeres.

Pajonales: Terrenos cubiertos de hierba y paja.

Panamá-Aspinwall: Panamá-Colón. Ciudades terminales en el

Pacífico y Atlántico. Originalmente, la ciudad de Colón se llamó Aspinwall, en reconocimiento del constructor del ferrocarril.

Palo: Árbol, arbusto.

Patoca: Víbora muy venenosa.

Patuá: Antillano de parla afrancesada; o la lengua que habla, que es un francés mezclado con otro dialecto de las Antillas, o de origen africano.

Paties: Pastel preparado al estilo antillano, con mucho picante, relleno de carne o bacalao. Del inglés, *patty*.

Parranda: De parrandear, juerga. Fiesta. Holgorio.

Panties: De *pant*. Calzonarios de mujer.

Pala: Maquinaria pesada de sacar tierra o vaciar hormigón.

Peladas: Persona sin dinero y sin medio de subsistencia.

Pelota: Fajo de dinero.

Pelusilla: Pelusa que recubre la baya de la pica-pica.

Pendejo: Hombre pusilánime, tonto, cobarde.

Perdidas: Mujeres de vida licenciosa.

Pick up: Automóvil muy usado en construcciones que lleva una plataforma atrás para cargar herramientas, materiales y obreros. Adelante sólo puede ir una persona con el conductor.

Pilón: Especie de mortero, labrado en un pedazo de tronco como de un metro de alto, más usado por nuestros campesinos para descascarar granos.

Pinta: Juego de dados.

Pita: Planta de cuya fibra se sacan hilos para tejer sombreros. Hilos de esa planta.

Pica-pica: Enredadera de flores moradas que producen una baya recubierta de una pelusa dorada que al esparcirse por el cuerpo causa un intenso picor.

Plata: Dinero.

Póker: *Pocker*. Juego de naipes.

Poroporo: Planta de flores amarillas muy común en Panamá: En *Luna verde* se refiere a un caserío.

- Porros: Baile popular de Colombia, en la costa.
- Postró: De postrar. Perder el vigor y las fuerzas debido a la edad o a enfermedad. Caer en cama de enfermedad muy grave.
- Pull: Influenza.
- Pulpos: Obreros que por afán de dinero trabajan horas extras en exceso. Obreros que quieren acaparar todo el dinero.
- Pusher: Ayudante de capataz. El que estimula a los obreros a trabajar.
- Puñetero: Persona mala, perversa. Mal intencionada.
- Priti: Muchacho muy atildado que abusa y hace ostentación de su apariencia personal. Adolescente o joven que se acicala en exceso. Del inglés, *pretty*.
- Palomitas de San Juan: Insectos alados llamados comejenes, que en los primeros días de lluvia, en mayo, salen en gran cantidad.
- Pelan el diente: De pelar el diente. Coquetear. Tratar de hacerse simpático.
- Pelar el bollo: Morir.
- Perfume de alas: Mal olor debajo de las axilas.

—Q—

- Quebrada: Riachuelo que por lo regular se seca en el verano.
- Quincha: Pared fabricada de cañas, revestida de una mezcla de tierra y paja.
- Quiut: Lindo. Primoroso. Del inglés, *cute*.
- Quer yu confrom and den: *Where you come from, and then.* ¿De dónde viene usted, entonces pues?

—R—

- Ranchos: Viviendas de techo de pencas de palma y paredes de tierra.

- Ranchos colgados: Viviendas de techo de pencas de palmas sin paredes, con un altillo o “jorón” para dormir.
- Real, reales: Moneda que equivale a 5 centavos norteamericanos, o sea, a 5 centésimos de balboa.
- Relinga: Dícese del individuo que asido por la correa es conducido a la cárcel, sujeto fuertemente por un guardia que lo lleva a empujones.
- Riquitos: Diminutivo despectivo de ricos.
- Rofi: Persona o cosa corpulenta y maciza. Del inglés, *rough*.
- Rouge: Colorete.
- Rum and coc: Ron y Coca-Cola.
- Ruda: Una planta muy común en la jardinería popular panameña porque se le atribuye la virtud de ahuyentar los malos espíritus y los daños que puede causar la brujería.
- Rola: Vea “la rola”.

—S—

- Sacnos: *Zag nut*. Nombre de un chocolate.
- Saloma: Canto modulado de los campesinos que es una sucesión de gritos y entonaciones con la interpretación de algunas frases. La saloma es muy corriente en las horas de trabajo.
- Sanamabich: *Son of a bitch*.
- Seco: Bebida alcohólica que no es otra cosa que alcohol puro destilado de mieles vírgenes.
- Saques: De sacar, en el sentido de obtener. Así, que saques un diploma, será, “que obtengas un diploma”.
- Setegantí: Río del Darién.
- Sexteto: Conjunto de músicos al estilo cubano compuesto por 6 personas.
- Check Sheet: Hoja para llevar el tiempo de los obreros.
- Sir: Título de respeto. Señor, don.
- Silver Roll: Véase *Gold Roll*.

Soldadores: Trabajadores que emplean soldadura para empatar tuberías, etcétera.

Subiendo: De subir. En el sentido de mejorar, aumentar.

Sut: Traje completo de hombre. Del inglés, *suit*.

Sol Roll: Término despectivo para identificar a los trabajadores del *Silver Roll*, de manera que parezca oírse *Gold Roll*. Sol Roll implica a los que trabajan al sol.

San Hirohito: Todos los estudiantes graduados de los colegios secundarios de la República de Panamá fueron eximidos del examen final al declararse la guerra el 7 de diciembre de 1941 entre los Estados Unidos y el Japón. De esa manera todos aquellos estudiantes recibieron el diploma de graduación sin necesidad de pasar el riguroso examen de fin de curso. De allí que, en la jerga estudiantil, Hirohito fuera considerado un santo benefactor.

Sombrero pintado: Sombrero de tejido con paja blanca y negra, a diferencia de otros que son hechos de paja blanca en su totalidad.

Se formó: Provocar una pelea, una riña, un baile, etcétera.

Son un trapo: Significa que algo no vale nada.

—T—

Taburete: Silla rústica de madera con respaldo y asiento de cuero.

Taicum: *Tycoon*.

Tata: Papá.

Terminación: *Clearance*. Notificación de que se ha sido suspendido de un trabajo.

Tiquetel: Flauta indígena.

Tinaja: Vasija de barro para refrescar el agua.

Timekeeper: Inspector de tiempo. El empleado que registra la asistencia al trabajo.

Tiritataína: Ruido de muchas flautas. Temblor.

Tranca: Un garrote.
Tractorista: Conductor de tractores.
Tucos: Dólares. A los dólares también se les llama verdes. Un verde es un dólar.
Tumba: Tambor cubano.

—V—

Vacilón: Tomar el pelo. Molestar, mortificar. Bromear, piropear. Una situación mortificante.
Ventorrillo: Lugares desvencijados donde se vendía comida.
Veraneras: Bugambilas. Las hay de color rojo, morado, blancas, etcétera.
Vende patria: La persona que está de acuerdo con los Estados Unidos. La que no defiende los intereses nacionales frente a los Estados Unidos. El que pacta con los Estados Unidos en detrimento de los intereses panameños.

—W—

WAAC: Iniciales de una institución que se creó durante la Segunda Guerra Mundial, formada por mujeres que atendían a los soldados. Waac es la mujer que pertenece a esa institución.
Watirri: Bebida fermentada que toman los indios del Darién.
Winche: Montacarga. Del inglés, *winch*.

—Y—

Yarbatas: Consejos. Leyendas. Tradiciones.
Yacaman: (Jakhammer). Aparato para romper el pavimento, rocas, etcétera, introduciendo un cincel de acero, martillado por un compresor.
Yanqui: Norteamericano rubio. No importa de qué lugar venga.

Yénitor: Aseador, barredor. Del inglés, *janitor*.

Yumeca: Antillano. Hombre negro de parla inglesa. Es un término despectivo e hiriente.

Yodado: Que tiene yodo.

—Z—

Zorras: Prostitutas.

Zombies: Muertos en movimiento.

Las definiciones de este vocabulario de modismos se refieren específicamente a la forma como fueron usados en *Luna Verde*; de ninguna manera deben ajustarse a las definiciones de conocidos diccionarios de anglicismos o de modismos en uso.



Índice

9

Rogelio Sinán
PLENILUNIO

•••••

147

Joaquín Beleño Cedeño
LUNA VERDE





Biblioteca de la Nacionalidad

TÍTULOS DE ESTA COLECCIÓN



- **Apuntamientos históricos (1801-1840)**, Mariano Arosemena.
El Estado Federal de Panamá, Justo Arosemena.
- **Ensayos, documentos y discursos**, Eusebio A. Morales.
- **La décima y la copla en Panamá**, Manuel F. Zárate y Dora Pérez de Zárate.
- **El cuento en Panamá. Estudio, selección, bibliografía**, Rodrigo Miró.
Panamá: Cuentos escogidos, Franz García de Paredes (Compilador).
- **Vida del General Tomás Herrera**, Ricardo J. Alfaro.
- **La vida ejemplar de Justo Arosemena**, José Dolores Moscote y Enrique J. Arce.
- **Los sucesos del 9 de enero de 1964. Antecedentes históricos**, Varios autores.
- **Los Tratados entre Panamá y los Estados Unidos**.
- **Tradiciones y cantares de Panamá. Ensayo folklórico**, Narciso Garay.
Los instrumentos de la etnomúsica de Panamá, Gonzalo Brenes Candanedo.
- **Naturaleza y forma de lo panameño**, Isaías García.
Panameñismos, Baltasar Isaza Calderón.
Cuentos folklóricos de Panamá. Recogidos directamente del verbo popular, Mario Riera Pinilla.
- **Memorias de las campañas del Istmo 1900**, Belisario Porras.
- **Itinerario. Selección de discursos, ensayos y conferencias**, José Dolores Moscote.
Historia de la instrucción pública en Panamá, Octavio Méndez Pereira.
- **Raíces de la Independencia de Panamá**, Ernesto J. Castillero R.
Formas ideológicas de la nación panameña, Ricaurte Soler.
Papel histórico de los grupos humanos de Panamá, Hernán F. Porras.
- **Introducción al Compendio de historia de Panamá**, Carlos Manuel Gasteazoro.
Compendio de historia de Panamá, Juan B. Sosa y Enrique J. Arce.
- **La ciudad de Panamá**, Ángel Rubio.
- **Obras selectas**, Armando Fortune.

- **Panamá indígena**, Reina Torres de Araúz.
- **Veintiséis leyendas panameñas**, Sergio González Ruiz.
Tradiciones y leyendas panameñas, Luisita Aguilera P.
- **Itinerario de la poesía en Panamá (Tomos I y II)**, Rodrigo Miró.
- **Plenilunio**, Rogelio Sinán.
Luna verde, Joaquín Beleño C.
- **El desván**, Ramón H. Jurado.
Sin fecha fija, Isis Tejeira.
El último juego, Gloria Guardia.
- **La otra frontera**, César A. Candanedo.
El ahogado, Tristán Solarte.
- **Lucio Dante resucita**, Justo Arroyo.
Manosanta, Rafael Ruiloba.
- **Loma ardiente y vestida de sol**, Rafael L. Pernet y Morales.
Estación de navegantes, Dimas Lidio Pitty.
- **Arquitectura panameña. Descripción e historia**, Samuel A. Gutiérrez.
- **Panamá y los Estados Unidos (1903-1953)**, Ernesto Castellero Pimentel.
El Canal de Panamá. Un estudio en derecho internacional y diplomacia, Harmodio Arias M.
- **Tratado fatal! (tres ensayos y una demanda)**, Domingo H. Turner.
El pensamiento del General Omar Torrijos Herrera.
- **Tamiz de noviembre. Dos ensayos sobre la nación panameña**, Diógenes de la Rosa.
La jornada del día 3 de noviembre de 1903 y sus antecedentes, Ismael Ortega B.
La independencia del Istmo de Panamá. Sus antecedentes, sus causas y su justificación, Ramón M. Valdés.
- **El movimiento obrero en Panamá (1880-1914)**, Luis Navas.
Blázquez de Pedro y los orígenes del sindicalismo panameño, Hernando Franco Muñoz.
El Canal de Panamá y los trabajadores antillanos. Panamá 1920: cronología de una lucha, Gerardo Maloney.
- **Panamá, sus etnias y el Canal**, varios autores.
Las manifestaciones artísticas en Panamá. Estudio introductorio, Erik Wolfschoon.
- **El pensamiento de Carlos A. Mendoza**.
- **Relaciones entre Panamá y los Estados Unidos. Historia del canal interoceánico desde el siglo XVI hasta 1903 (Tomo I)**, Celestino Andrés Araúz y Patricia Pizzurno.



A los Mártires de enero de 1964,
como testimonio de lealtad a su legado
y de compromiso indolegable
con el destino soberano de la Patria.

